

LA DEBILIDAD DE LA CEO

MARTINA LEIVA

LA DEBILIDAD DE LA CEO

MARTINA LEIVA

Primera edición.
La debilidad de la CEO
©Martina Leiva
©febrero, 2025
©Imágenes por Freepik y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Epílogo

Capítulo 1



¿Habéis tenido alguna vez la sensación de la que vida se os escapa entre los dedos? ¿De sentir la soledad, a pesar de estar rodeados de personas? Pues así es exactamente como yo me siento en este momento de mi vida. Aunque, será mejor que os lo cuente desde el principio.

Mi nombre es Sofía y, a pesar de que todo el mundo puede pensar que tengo en la vida todo lo que soñé, no es para nada la realidad, vamos, no se acerca ni de lejos.

Tengo treinta años y actualmente soy la CEO de un importante estudio de arquitectura que fue fundado por mi abuelo materno. Ahora, tengo el privilegio de dirigirlo yo junto a un equipo excepcional, en el que se encuentran dos de mis mejores amigas, Almudena y Nazaret. Por otro lado, Lourdes decidió no seguir estudiando y optó por abrir su propia tienda de lencería en un centro comercial, la cual le va estupendamente bien y cuenta con dos empleadas en las que confía plenamente.

Mis tres mosqueteras, como yo las llamo, son mis pilares para seguir adelante en esta vida, ya que tengo claro que, sin ellas no hubiera podido sobrevivir a ese episodio tan duro de mi vida, el que ocurrió hacía ya siete meses, y del que me estaba costando muchísimo salir adelante.

Hace siete meses mi vida se truncó cuando recibí una llamada de teléfono del hospital, para darme la terrible noticia de que Tano, mi pareja con quien convivía desde hacía ya tres años, y con quien empezaba a plantearme la maternidad, había sufrido un accidente de moto y se debatía entre la vida y la muerte.

Tano era un hombre de los que ya quedan pocos, siempre pendiente de mí, al igual que yo de él; cariñoso, fiel, trabajador, y que me conquistó con su labia, ya que era una persona que tenía el humor por bandera. Por eso, cuando entré en esa habitación de hospital y vi el estado en el que se encontraba, se me cayó el mundo encima.

Rodeado de cables por todos lados, ni respirar podía por sí mismo, con la cara totalmente desfigurada a causa del golpe. No pude permanecer dentro más de dos minutos, y salí corriendo hasta la sala de espera, donde se encontraban sus padres, esos que me querían como a una hija.

—Sofía, cariño, estamos aquí —dijo la madre de Tano.

—Marta, ¿qué os han dicho? ¿Como se encuentra? —pregunté angustiada.

—Mal, está muy mal. El médico nos ha dicho que sería un milagro que saliera adelante, aunque ya sabes eso que dicen, que la esperanza es lo último que se pierde —respondió su madre a lágrima viva.

—Nos han comentado que, en caso de sobrevivir, lo más probable es que quede en un estado vegetativo, y yo no quiero ver a mi hijo así, aunque sepa que sigue vivo, y él tampoco querría verse así. Te estábamos esperando para tomar esta decisión de manera conjunta, ya que, si esta tarde no despierta, podríamos desconectarlo de las máquinas y permitirle descansar en paz —me explicó su padre.

—Pero…. no soy quién para tomar decisiones sobre eso, es su vida y vosotros sois sus padres. Mi opinión no tiene peso aquí, solo soy su pareja —respondí, aún sin creerme que su bienestar estuviera en nuestras manos.

—Claro que cuenta, tú mejor que nadie sabes cómo es, y lo que él decidiría si lo pudiera hacer por sí mismo.

—Bueno, vamos a esperar a ver qué ocurre, lo mismo despierta y no tenemos que tomar ninguna decisión —dije convencida, porque la verdad es que tenía que ser tremendamente difícil decidir si una persona vivía o moría, y más cuando nos tocaba tan de cerca.

Pasamos dos horas más en la sala de espera, transcurridas la cuales, bajamos a la cafetería a por algo de comer. A pesar de que el disgusto nos había dejado sin apetito, sabíamos que la cosa podría alargarse y no queríamos arriesgarnos a enfermarnos. No tardaríamos y, en el caso de que ocurriera algo, en el hospital tenían nuestros números de teléfono, tanto el mío como el de su padre, así que podrían avisarnos sin problema.

Una vez nos tomamos un sándwich y un refresco, volvimos a la posición inicial, es decir, a sentarnos en esas sillas tan incómodas de la sala de espera, con la incertidumbre de no saber si tendríamos noticias o no, así como de la magnitud de estas.

—¿Familiares de Cayetano Rivera? —Salió un médico preguntando, y nos levantamos todos como un resorte, deseando que las noticias fueran las mejores, pero por el semblante de la persona que nos venía a informar, nos temíamos lo peor.

—Somos nosotros, doctor. ¿Cómo está Tano? —preguntó su padre.

—Lamento informarles que no hemos podido hacer nada por él debido a la gravedad de sus heridas, las cuales eran numerosas y de diversas características —respondió el médico, con los ojos llenos de lágrimas.

El mundo se me cayó encima, ¿cómo podía estar pasando esto? Tano, mi Tano, que tan solo tenía treinta y un años, y poseía una salud de hierro. Primero me invadió la rabia, puesto que no entendía que, precisamente a él, que era tan bueno, le hubiera pasado esto, cuando había tantos hijos de puta respirando, violadores, maltratadores y un sinfín de personas que no se merecían

vivir. A continuación, fue el dolor el que se apoderó de mí, con un llanto desgarrador, que me oprimía el pecho, y un pensamiento claro, ¿qué sería ahora de mi vida sin él? Por último, fue una especie de nostalgia la que sentí, tantos y tantos proyectos que teníamos pendientes y que no íbamos poder llevar a cabo, nuestro sueño de ser padres, los viajes que proyectamos juntos… Toda una vida que se había truncado por una injusticia, porque no podía considerar su muerte de otra manera.

Una vez en el tanatorio, todo flotaba a mi alrededor, me sentía totalmente sola, a pesar de que junto a mí estaba mi madre, Manuela, esa que me había sacado adelante sola, y que era mi apoyo junto a mis tres mosqueteras, que también estaban a mi lado.

—Buenos días, venimos del seguro de decesos que tenía contratado su hijo, y por el cual debemos tratar algunos asuntos con vosotros, los herederos. —Aparecieron dos chicos trajeados.

—Marta, id, Juan y tú, yo no quiero nada material, más que los enseres personales que hay en nuestra casa. Vosotros lo necesitáis más que yo, además, fuisteis los que apoyasteis a vuestro hijo económicamente para que pudiera alcanzar su sueño profesional —les comenté a sus padres, porque era totalmente cierto. En el plano económico, yo no necesitaba nada, pero ellos se habían dejado todos sus ahorros en el proyecto laboral de su hijo, y era justo que lo recuperasen, aunque todos hubiéramos preferido renunciar a lo material si eso significara tenerlo de vuelta con nosotros.

Trataron de disuadirme, pero no lo lograron, lo único que consentí quedarme fue con su parte de la casa, esa que compramos entre los dos, y que aún se estaba pagando, pasando a estar completamente pagada debido al seguro de vida que nos obligaron a hacernos en el banco en el momento de firmar la hipoteca. Esa parte que yo estaba dispuesta a pagarles, pero que no consintieron que lo hiciera, ya que decían que su hijo se revolvería en el más allá si fuera así.

Una vez terminado todo, me fui a mi casa, acompañada de mis inseparables amigas, esas que no había dudado ni un solo segundo que lo harían, pero no sin antes prometerles a los padres de Tano que pasaría a visitarlos más adelante, pero a los que también les pedí tiempo, pues lo necesitaba para reponer mis fuerzas antes de enfrentarme a su entorno sin que me llevara él de la mano.

—¿Qué voy a hacer ahora sin él, Almudena? No sé si tengo la fuerza para seguir adelante —le dije entre sollozos, mientras ella me abrazaba, ya que en ese momento estábamos las dos solas, ya que mi madre y mis otras dos amigas habían bajado a buscar cajas para meter toda la ropa de Tano y llevarla a la parroquia. Cuanto más tardara en quitarla, más doloroso sería para mí, me repetían todas, y les iba a hacer caso, porque en el fondo tenían razón; contemplar sus cosas solo iba a intensificar el dolor que ya sentía, un dolor que no sabía si podría soportar.

—Eres fuerte, Sofía. Ahora mismo no le ves salida a esto, pero te prometo que, con la ayuda de todos, en unos meses estarás mejor. No te digo que lo vayas a olvidar tan pronto, porque eso es imposible, pero sí que el dolor irá a menos, hasta que llegues a un punto en el que recordarás a Tano con una sonrisa, los momentos que pasasteis juntos, sus bromas, sus risas. Pero debes seguir adelante, a él no le gustaría verte así.

En el fondo, sabía que era así, pero en esos momentos mi cabeza no quería admitirlo, solo deseaba escuchar la llave de mi casa y que entrara por ella cantando, como hacía siempre.

Capítulo 2



Los meses fueron transcurriendo entre el trabajo y mi casa, ya que no me veía con fuerzas ni siquiera para salir a cenar con mis amigas, esas que no me dejaron sola ni un solo día. Siempre estaban ahí intentando sacarme una sonrisa, o poniendo su hombro para que llorara, llantos que cada vez iban a menos, a pesar de que la pena la llevaba por dentro, pero si no ponía de mi parte, iba a caer en un pozo del que me iba a ser prácticamente imposible de salir.

—Tenemos algo que contarte, pero vamos a esperar a que llegue Lourdes con las *pizzas*, que con el estómago lleno se ven las cosas de otro modo —dijo la loquita de Nazaret, esa que siempre tiene una sonrisa en la boca, por muy negro que tenga el panorama.

—Miedo me da. ¿Tú lo sabes, Almudena? —le contesté.

—Por supuesto que lo sé, y estoy totalmente de acuerdo con lo que ha propuesto Nazaret, al igual que tu madre, que también lo ve perfecto.

—No pienso salir a ninguna discoteca ni a hacerme un Tinder de esos para buscar pareja, desde ya lo aviso.

—Calla, loca, que no van por ahí los tiros —me replicó Nazaret.

Nos habíamos criado juntas, ya que nos conocíamos desde que entramos en primaria, y solo nos habíamos separado de Lourdes cuando empezamos a estudiar arquitectura, y porque ella no quiso seguir estudiando, que, si no, creo que hubiera estudiado lo mismo que nosotras solo para que no tuviéramos que separarnos.

Cuando terminamos la carrera y mi abuelo nos ofreció trabajo juntas, fue el culmen de nuestra felicidad, ya que permaneceríamos juntas en otra etapa de nuestra vida. A pesar de que yo tenía pareja, en ningún momento nos alejamos, ya que establecimos un día a la semana como salida de chicas, aunque fuera quedar a cenar en mi casa con Tano delante, no nos importaba, puesto que era incluso más payaso que nosotras, y en más de una ocasión y a modo de risas, se había puesto una falda y una peluca.

—¡Ya estoy aquí con las *pizzas*, chicas, abridme! —gritaba Lourdes saliendo del ascensor, mientras que Almudena se dirigía a la puerta para abrirla.

—¡Qué olor, por favor! Dan ganas de comerse hasta el cartón —exclamó Nazaret, sacándonos una carcajada a todas. Y es que cuando se trataba de comida, ella no tenía ningún problema, además lucía un cuerpo de escándalo.

Nos sentamos a cenar en la mesa baja del salón, esa que tenía unos pequeños taburetes que eran perfectos para sentarse. A Tano y a mí, nos encantaba disfrutar de la cena allí. A pesar de que el dolor se había ido mitigando, me era prácticamente imposible no acordarme de determinadas costumbres que ambos teníamos y que nos hacía ilusión hacer juntos.

—Toma, come un trozo más, que estás en los huesos, hija. Si te vistes de rojo, vas a parecer un arañazo —me decía Nazaret con todo su arte.

—Habló la que tienes kilos de más, vamos, que tiene que pasar dos veces para que la veamos —le repliqué a mi amiga.

—A mí, ni me sobra ni me falta nada, chavala, que tengo curvas donde debo tenerlas y una delantera que ya la quisiera un equipo de futbol —dijo poniéndose de pie para presumir de cuerpo. Y es que ella era así, no tenía abuela ni le hacía falta, puesto que su autoestima la llevaba elevada a la enésima potencia.

—Bueno, me vais a contar, de una vez por todas, ¿cuál es esa propuesta en la que todas estáis de acuerdo? Que digo yo, que ya va siendo hora.

—¡Nos vamos de crucero! —dijeron las tres a la vez, dejándome completamente descolocada, puesto que hacer un viaje así en estos momentos, no pasaba ni por mi imaginación.

—¿Cómo que nos vamos de crucero? ¿Quiénes os vais, a dónde y cuándo? Porque supongo que ya lo tendréis todo planeado, cuando lo decís con tanta seguridad —dije un tanto mosqueada con la situación.

—Todas, las cuatro nos vamos de crucero —respondió Almudena.

—Y lo haremos el mes que viene, durante el mes de vacaciones en el que cierra el estudio, para que no pongas como excusa que tienes mucho trabajo, está todo pagado y planeado —esa vez habló Lourdes.

—¿Cómo que pagado y planeado? Porque yo no he puesto ni un céntimo, y no tengo ni idea de por dónde es ese crucero, lo mismo ya conozco la zona y no me interesa ir —dije intentando escabullirme de ese viaje, ya que no me veía con fuerzas todavía, y quedaba menos de un mes para coger las vacaciones en el estudio.

—Meggg, error. Tu madre ha pagado tu parte, ya te pones de acuerdo con ella si quieres pagárselo o no, aunque te adelanto que se va a negar. Y la zona no la conoces, que nos hemos asegurado de ello, nos vamos de crucero una semana por los Fiordos Noruegos —me respondió Nazaret, y a mí se me cayó el alma a los pies, ya que ese era uno de los destinos que tenía pendiente de visitar con Tano, y ahora me daba la sensación de que lo estaba traicionando al ir sin él.

—No vayas a poner pegas, Sofía, que lo sabemos todo. Tano querría que siguieras adelante, que encontraras de nuevo el amor y que vivieras por él, que ya no puede hacerlo. Así que, a partir de ahora, quiero una sonrisa en esa boca perenne, tu corazón abierto a encontrar otro hombre y tus pies listos para salir a bailar. Tano no va a volver, eso no se puede remediar, pero sí podemos hacerlo con el hecho de que tú no quieras vivir, cuando no sería justo ni para él ni para ti. —Se dirigió Almudena a mí.

Fue entonces cuando recapacité y vi que tenía razón. Si las cosas hubieran sido diferentes y yo hubiera sido la que hubiese fallecido, no querría ver a Tano sumido en la tristeza, negándose a ser feliz solo porque yo ya no estaba. A mis treinta años, era fundamental que viviera plenamente; mi responsabilidad era encontrar la felicidad por los dos. No era justo que me dejara consumir por el dolor, y aunque su partida fue un golpe durísimo, tenía claro que a él la sonrisa pocas cosas se la quitaba de la cara. La vida es única y efímera, así que había que aprovechar cada instante, porque en cualquier momento todo puede cambiar.

Después de tomarme esos minutos de reflexión, y con mis tres amigas mirándome como si tuviera una pantalla de cine en la frente y estuvieran echando su película favorita, sonreí y les dije que estaba dispuesta a volver a vivir.

Me abrazaron de tal modo, que terminamos las cuatro tiradas en la alfombra, con las cajas de las *pizzas* encima de nosotras y los vasos de las bebidas rodando por el suelo. No había nada más reconfortante que eso, la amistad verdadera, esa que te demuestra que están ahí incondicionalmente para la otra persona, a pesar de que haya momentos en los que ni tú misma te aguantas.

—Ya tengo el plan para la semana antes de embarcar, porque no te hemos dicho que nos vamos en la segunda semana de agosto —dijo Nazaret, que parecía tener todo calculado al milímetro, bueno, el parecía sobraba, lo tenía y punto.

—Ilústranos, loquita, ¿qué tienes pensado? —le pregunté.

—En primer lugar, tenemos que ir a la peluquería, porque, hija, tu cabello está en un estado que ni en las películas de terror lo verías. Te toca dar un giro radical a tu vida, y nada mejor que empezar por un buen corte y un cambio de color, que lo llevas muy apagado y necesita un poco de brillo para resaltar tu belleza. Para eso, también tendremos una sesión de estética, en la que nos harán una limpieza profunda de cutis, así como una manicura permanente —contesto mi amiga muy ilusionada.

—Parece que, en vez de irnos de vacaciones, nos vamos a ir a una recepción con la casa real, que barbaridad, hija mía —le respondí para buscarle la lengua.

—Y todavía queda lo mejor, la renovación del vestuario, que me he fijado y solo tienes ropa de trabajo y de andar cómoda, cómo se nota que ya te esperaba en casa un buen maromo y no tenías que buscar nada. Pero como eso también ha cambiado, por desgracia, necesitamos ropa bonita, sexi y con la que puedas ligar.

»Además de un vestido de fiesta para la cena del capitán, que es la primera noche, y en la que hay que ir vestidos de gala. Todo eso, sin contar con ropa interior nueva, de esas que

provocan infartos en cuanto que la otra persona la ve —dijo con toda la seguridad de que, en ese crucero iba a encontrar de nuevo el amor, cosa que yo no estaba por la labor todavía, pero no quería decir nada para no chafar sus ilusiones.

Capítulo 3



Primer día de vacaciones, y ya tenía a mi madre llamando a mi puerta, seguro que traía churros y chocolate para desayunar, ya que sabía que era mi desayuno preferido cuando estaba sin trabajar, porque el resto del año si me daba tiempo a tomarme un café, era de milagro. Siempre tenía las reuniones a primera hora de la mañana, y me gustaba tanto dormir, que era incapaz de levantarme antes para comer algo, prefería estar media hora más en la cama, y pedir que me lo subieran a mi despacho una vez que terminaban las reuniones.

—*Telechurro* a domicilio —dijo mi madre tal y como abrí la puerta, lo que me sacó una carcajada.

—Eres única, mamá, lo que no se te ocurra a ti, no se le ocurre a nadie —le dije mientras le daba un beso. Y es que realmente lo era, mi madre tenía un sentido del humor un tanto peculiar, y no le importaba reírse incluso cuando la situación pedía un poco más de seriedad.

Estuvimos juntas casi toda la mañana, hablando del crucero y las locas de mis amigas, con las que había quedado al día siguiente para ir de compras, ya que Nazaret decía que las sesiones de belleza las dejaríamos para el último día, puesto que así luciríamos espléndidas el día que nos tocaba embarcar.

—Mamá, me tienes que decir cuánto es mi parte del crucero, para hacerte una transferencia ahora mismo —informé a mi madre.

—¿De verdad crees que lo necesito? Eso es un regalo que tu madre ha querido hacerte para que comiences una nueva vida, esa que te mereces y que a Tano le hubiera gustado que vivieses. Usa ese dinero para hacer las compras que necesites para el viaje, del que espero que vuelvas con un muchacho guapo colgado del brazo.

—Eso no creo que vaya a pasar, lo del muchacho me refiero, que en lo referente a las compras no hay duda de que lo voy a hacer. De hecho, hemos quedado mañana para ir al centro comercial. Lourdes se encargará de la ropa interior, ya que mencionó que han llegado unos modelos preciosos y cómodos a su tienda.

—Nunca digas, nunca jamás, Sofía, que el amor está donde menos lo esperas, y da igual que tengas cerrado tu corazón, porque Cupido tiene unos cerrajeros excelentes.

—Y eso me lo dices tú, que después de que mi padre no quisiera saber nada de mí, te has buscado miles de novios, por los cojones —le contesté con ironía.

—Eso es distinto, yo no me he cerrado al amor. Es más, a mis casi cincuenta años, he conocido a un hombre que me atrae mucho, y nos estamos conociendo, lo mismo y a la vuelta del crucero, te lo presento.

—¿Qué me dices? ¿Por qué no me habías contado nada? ¿Cuánto tiempo hace que lo conoces? —interrogué a mi madre.

—Uy, hija, que pareces del FBI, qué cantidad de preguntas en un minuto. Pues se llama Sergio, tiene cincuenta y dos años y es divorciado. Hace unos años, descubrió a su mujer en la cama con su mejor amigo, lo que lo sumió en una profunda depresión. Un día llegó a la clínica con un ataque de ansiedad, y como yo estaba de guardia, fui la encargada de administrarle la medicación que le había recetado la doctora.

»Empezamos a charlar y al final me invitó a tomar un café al terminar mi turno, lo que nos llevó a intercambiar números de teléfono, y desde ese momento, no hemos podido pasar un solo día sin vernos. —contestó ella. Se me ha olvidado contaros que mi madre es enfermera en el área de psiquiatría del hospital público de mi ciudad. Ella se negó a seguir los pasos de su padre, algo que yo sí hice, lo que me llevó al trabajo que tengo ahora, un puesto que podría haber ocupado mi madre si le hubiera interesado la arquitectura, pero ella prefirió dedicarse al ámbito sanitario.

—Me alegro de todo corazón, mamá. Estaré encantada de conocerlo, puesto que tengo claro que, si tú has decidido darle una oportunidad después de tantos años, es porque tiene que ser un gran hombre.

—Lo es, sin ninguna duda. Es un hombre atento, cariñoso y nada controlador. A pesar de lo que ha pasado, confía en mí plenamente. Siempre menciona que no todas las mujeres son iguales y que, aunque él haya tenido una mala experiencia con alguien que solo buscaba aprovecharse, eso no significa que le vaya a pasar lo mismo con todas.

—Mamá, te quería comentar algo, y que tú me dieras tu opinión. He pensado acercarme esta tarde a casa de los padres de Tano, quiero explicarles de viva voz mis planes, porque necesito su aprobación, es como si él me la diera a través de sus padres —le dije a mi madre.

—Me parece perfecto, pero debes ir tú sola, y, además, quiero que te quede claro una cosita, a pesar de que sé que eso no va a suceder, en caso de que Marta y Juan te pusieran alguna pega con tus planes, es tu vida, y solo te pertenece a ti decidir cómo vivirla. No admitas que nadie quiera dirigirla, por mucho que te duela enfrentarlos.

Me vestí con unos vaqueros y una camiseta, así como unas deportivas. Recogí mi pelo en una cola alta y me dirigí con mi coche a casa de los padres de Tano, a los que les había prometido una visita, pero que, hasta ahora, no encontré la fuerza suficiente para hacerla.

—Buenas tardes, Marta —le dije a su madre en el momento en que me abrió la puerta.

—Sofía, mi niña, ¿qué tal estás? Que alegría tener tu visita —exclamó dejándome paso hasta el salón, donde nos sentamos las dos, ya que su marido estaba en la ducha.

—Prometí que vendría, y aquí estoy. Sé que debería haber venido antes, pero os prometo que no encontraba las fuerzas. Quería comentar con vosotros una cosita —le respondí con lágrimas en los ojos. —Te veo bien, Marta, mucho más delgada, pero con otro semblante distinto al último día que nos vimos.

—La vida sigue, cariño, y mi hijo no querría verme eternamente triste, como sé que tampoco a ti. Así que, si vienes a decirme que has encontrado de nuevo el amor, te doy mi bendición, porque mientras que Tano estuvo a tu lado, lo quisiste más que a tu propia vida, y es justo que encuentres a otra persona que sea capaz de quererte de la misma manera que tú.

—No, no, para nada he encontrado un nuevo amor, y la verdad sé que me va a resultar difícil querer de la misma manera. Lo que vengo a contaros es que la próxima semana voy a embarcarme en un crucero. Siento que es hora de reiniciar mi vida, porque no puedo enterrarme en vida, de lo contrario sé que Tano me lo reprochará en el más allá, cuando tengamos la oportunidad de vernos de nuevo.

—Estás en todo tu derecho, Sofia, y lo entendemos perfectamente. Eres muy joven y, que la vida de mi hijo se viera truncada con ese fatídico accidente, no quiere decir que la tuya también se vea así. Tienes que vivir, que experimentar de nuevo el amor, saber lo que es llevar a un hijo en tu vientre y todo lo que conlleva disfrutar de la vida. Solo te pido una cosa, que no nos dejes de lado, queremos ser partícipes de tu felicidad, aunque sea con solo una visita al mes —dijo Juan, que llegaba en ese momento al salón.

—Tienes mi palabra de que así será. En el caso de que llegue a tener hijos, seréis unos abuelos más para ellos —prometí mientras que le daba un abrazo, ese en el que los dos lloramos. —Necesitaba vuestra aprobación, puesto que lo veía como si Tano hablara a través de vosotros, dándome la bendición para intentar ser feliz de nuevo.

Estuve con ellos hasta prácticamente la hora de cenar, en la que insistieron que me quedara con ellos, pero ya se había hecho demasiado tarde y quería volver a casa.

Cuando crucé la puerta, me fui directamente a mi despacho, donde tenía una foto de los dos juntos en uno de nuestros viajes, concretamente en el que hicimos a las Islas Griegas, en la que se nos veía sonrientes contemplando la puesta de sol en Santorini. Al mirarla, las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas, pero recordé lo que decía Antoñito Molina en su canción y me prometí a mí misma que solo recordaría los momentos felices que habíamos compartido. Le juré que volvería a lucir esa sonrisa de felicidad, ya fuera al lado de otro hombre o sola. Cogí el marco y lo guardé en el cajón. No se trataba de olvidarme de él, porque eso era imposible y, además, sería injusto. Sin embargo, sabía que, si tenía que seguir adelante, aferrarme a esos recuerdos solo haría el camino más difícil y doloroso.

Capítulo 4



Las nueve de la mañana y mis amigas llamando a la puerta como si el edificio se estuviera quemando, qué cruz tenía con ellas, Dios mío.

—Y después dice que no se le cae el alma, la hora que es y todavía está en pijama, ni la cara se ha lavado —dijo Nazaret empujando la puerta, y a mí con ella.

—¡Qué manera de avasallar! Ni que cerraran las tiendas, para tu información, todavía estaba durmiendo, por si no te habías dado cuenta —dije entre risas.

—Ya, ya, lo que tú quieras. Tienes diez minutos para estar lista, que no he desayunado y tengo hambre, me apetecen esos gofres que sirven en la cafetería del centro comercial. Solo de pensarlo se me hace la boca agua.

—Venga, no le metas prisa, arréglate que te esperamos aquí —dijo Almudena.

—Vaya, gracias por la consideración. Solo tengo que vestirme, me duché anoche cuando volví de casa de los padres de Tano —contesté sabiendo que ahora vendría el momento interrogatorio.

—¿Fuiste? ¿Qué…?

—Me visto y os lo cuento todo mientras desayunamos. —No las dejé terminar de formular la pregunta, porque si las dejaba nos íbamos a comer los gofres para la merienda.

Nos dirigimos en mi coche al centro comercial, ya que yo tenía plaza de garaje en mi edificio, y ellas tenían los suyos bien aparcados, así que era una triste guasa hacer que los movieran.

Mientras desayunamos, las puse al día de todo lo que habíamos hablado la tarde anterior en casa de los padres de Tano, así como de su reacción cuando les dije lo del viaje y demás.

—Eso les honra como personas ya que, a pesar de que era su hijo, no han dudado en animarte a que vayas en busca de tu felicidad —dijo Almudena, haciendo otra vez gala de su sensatez.

—Lo mismo pensé yo, que a pesar de la tristeza por la que están pasando, no dudaron en

decirme que viviera, que era muy joven. Lo que sí me sorprendió fue que me pidieran ser partícipes de mi felicidad, era como si su hijo estuviera hablando por ellos, y necesitara cerciorarse de que soy feliz, me parece que me estoy volviendo loca —dije con una sonrisa.

—Para nada, no es locura, es el sentimiento al que te aferras para encontrarle sentido a lo que vas a hacer, y no sentirte culpable por ello. Pero, mientras que lo hagas, da igual a lo que sea que te agarres. Hazlo, aunque tengas miedo, pero no te quedes con las ganas por el qué dirán —contestó Nazaret.

Cuando salimos de la cafetería eran más de las doce, y nos fuimos directamente a la tienda de Lourdes, en la que sus empleadas ya habían preparado cuatro bolsas con todo lo que les había dicho su jefa, y en las que podíamos encontrar de todo, desde conjuntos de bragas y sujetadores, tangas y cuatro bikinis para cada una, según nuestros gustos y nuestros cuerpos, esos que ella conocía muy bien, tanto, que no tuvimos que cambiar absolutamente nada.

—Todo eso corre por cuenta de la casa —nos informó Lourdes cuando le preguntamos cuánto era la cuenta.

—Te has pasado, Lourditas, así no vas a hacer un buen negocio —le contestó Almudena.

—Me va de maravilla, no puedo decir otra cosa. Esta tienda vende por condena, con lo cual, ¿de qué serviría si no puedo obsequiar a mis amigas con lo que sé que les gusta y que puedan disfrutarlo?

—Vale, pero déjanos que te regalemos nosotras algo a ti también, que, si no, me voy a sentir mal —le dije con carita de pena.

—Habla por ti, Sofía, que yo me siento estupendamente sin tener que regalar nada a cambio —me respondió Nazaret en tono de broma, sabía que ella era la primera que quería regalarle algo a Lourdes, ya que lo habíamos hablado el día anterior, porque teníamos claro que no nos iba a cobrar nada.

De ahí nos fuimos a una *boutique* que teníamos como referencia a la hora de conseguir vestidos de ceremonia, esos que alguna que otra vez habíamos necesitado para acudir a alguna entrega de premios del estudio o para asistir a la boda de algún compañero.

Me decanté por un vestido de corte sirena con cuello *halter*, que dejaba toda mi espalda al aire, casi hasta la parte baja de la zona lumbar. Era en color azul marino, adornado con unos destellos plateados que evocaban la imagen de un cielo estrellado en la noche. Lo combinaría con unas sandalias de tiras plateadas, así como con unos pendientes largos de plata, que serían la única joya que llevaría.

Almudena escogió un vestido en rojo pasión con escote corazón y la falda vaporosa. Nazaret iba a llevar un conjunto de dos piezas en azul eléctrico, con la falda del mismo tipo que el vestido de Almudena, y un corpiño de tirantes finos, que atravesaban toda la espalda de un lado a otro. Lourdes, se decantó por un conjunto de dos piezas, al igual que Nazaret, pero en su caso de pantalón *palazzo* y un chaleco a modo de corpiño. A todas nos quedaban ideales, estaba claro

que no íbamos a pasar desapercibidas en esa cena.

Salimos del centro comercial pasadas las nueve y media de la noche y, como al otro día nos tocaban las sesiones de belleza, decidimos quedarnos todas a cenar en mi casa, para lo que nos subiríamos unos deliciosos sándwiches de pollo del bar que había en mi calle, así como varias raciones de patatas fritas, ya que Nazaret era capaz de comerse una ración ella sola. Luego dormiríamos todas juntas, repartiéndonos en las dos habitaciones de las que disponía mi casa, para que, de ese modo, no se nos hiciera tarde para llegar a la peluquería.

❖ ❖ ❖

—¿Qué te vas a hacer, Sofía? —me preguntó la chica que se iba a encargar de darle un cambio a mi aburrida melena.

—Pues lo primero, un buen corte, quiero que me dejes el pelo a la altura de los hombros, de manera que pueda recogérmelo en una coleta o en un moño para el trabajo, pero que pueda llevarlo suelto cuando salga a cenar. Y en cuanto al color, no sé ¿qué me recomiendas? —solicité a la peluquera, puesto que tampoco quería que me pusieran los pelos de colores ni nada que llamara mucho la atención.

—¿Qué te parece si le damos un toque de rubio con un degradado *balayage*? De esa manera, tu pelo tendrá un tono rubio que parecerá aclarado por el sol, no demasiado llamativo, pero que le aportará luz a tu rostro. Es un cambio sutil que no te hará sentir como si fueras otra persona.

—Pues vamos allá, me pongo en tus manos, que tú entiendes más que yo. Espero que me guste el resultado y no tenga que ir todo el crucero con una gorra —le contesté en tono de broma.

Pasamos casi toda la mañana en la peluquería, y digo casi por no decir toda, ya que entramos antes de las diez y salimos pasadas la una y media. Eso sí, entró una Sofía y salió otra, no podía estar más contenta con el cambio que me habían hecho. El corte y el color quedaron espectaculares, y, además, la manicura y pedicura que me hicieron eran una maravilla; opté por una francesa con un tono de color en cada dibujo que la chica había realizado en algunos dedos. Ahora sí que estábamos listas para emprender esa aventura, que para mí significaba volver a vivir de nuevo. Si alguien me lo llega a decir antes de reservar nada, probablemente me hubiera negado a ir, pero ahora estaba deseando de empezar.

En el camino de vuelta, paramos a comer en un asador que estaba en una zona céntrica, donde hacían una carne a la brasa para chuparse los dedos. Antes de entrar, Nazaret dijo que tenía que hacer un recado y que nos fuéramos sentando. Yo ya sabía de qué se trataba, ya que nos habíamos puesto de acuerdo el día anterior, y era algo que nos emocionaba a las tres: una preciosa pulsera de una firma muy conocida, a la que le añadimos cuatro colgantes que simbolizaban nuestra amistad, y que le regalaríamos a Lourdes.

—Toma chochona, esperamos que te guste —dijo Nazaret mientras le tendía el paquete de la joyería a Lourdes.

—De verdad que no hacía falta —contestó ella a la vez que abría el regalo, con las manos temblorosas a causa de los nervios—. ¡Es preciosa! Y nada puede representarnos más que estos cuatro colgantes.

—Ahora, a disfrutarla mucho, y acuérdate de nosotras cada vez que la mires, que como te salga un maromo en el barco, no te vamos a ver ni en fotos, te lo digo yo. —Seguía Nazaret con la guasa.

Decidimos pedir una parrillada de carne a la brasa con unas deliciosas patatas panadera al romero, que tenían una pinta exquisita. Para acompañar pedimos una botella de vino de Rioja y alzamos nuestras copas en un brindis por nosotras, por nuestra amistad y para que la memoria de Tano estuviera siempre presente, ya que era la primera vez que salía con ellas de esta manera desde que sucedió la tragedia.

Capítulo 5



Entre preparativos, llegó el momento de embarcar y, por suerte, no tuvimos que desplazarnos para hacerlo, ya que el crucero partía desde nuestra propia ciudad. Habíamos pasado la noche juntas en mi casa, así que cogimos nuestras maletas y salimos a la calle. Donde un taxi ya nos estaba esperando, gracias a que Almudena había hecho la reserva el día anterior a través de una aplicación, de ese modo se aseguró que no tuviéramos problemas de disponibilidad, puesto que necesitábamos uno en cuyo maletero cupiera todo nuestro equipaje, y así lo dejó reflejado en su solicitud.

¿Sabéis esa sensación de que está a punto de ocurrirte algo trascendental en tu vida? Pues así me había levantado ese día, con una mezcla de nervios y emoción por un viaje que no sabía cómo iba a terminar. Podía imaginarme riendo a carcajadas o, por el contrario, llorando a mares, pero con un pellizquito en el pecho que me decía que algo importante iba a ocurrir, a lo mejor era que me tropezaba y caía por la borda. Me reía yo sola con esos pensamientos, y menos mal que no había nadie mirando, ni siquiera mis amigas, que estaban centradas en jugar al tetris con el equipaje, porque tengo claro que me habrían tomado por loca.

—¿Listas para pasarlo mejor que bien? —preguntó a gritos la loquita de Nazaret mientras alcanzaba la pasarela que nos llevaría hasta la recepción del barco.

—¡Listas! —contestamos las tres a la vez. La verdad es que necesitaba una salida así, aunque no fuera consciente de ello, pues por primera vez en mucho tiempo, me sentía con ganas de vivir.

En la recepción, nos atendió una pareja muy amable, que nos indicó dónde estaban nuestros camarotes, que eran dobles y comunicados por dentro, ya que no íbamos a coger cuatro camarotes cuando terminaríamos durmiendo juntas, así que ellas lo organizaron de ese modo.

Los camarotes contaban con una cama doble y dos mesitas de noche a los lados. Además, había un sofá y una televisión, que tendría que ser por si alguien se encontraba indispuesto en algún momento del viaje, porque nadie en su sano juicio se sentaría a ver la tele con la cantidad de lugares atractivos que tenía el barco para disfrutar durante la travesía. También había una preciosa terraza equipada con dos hamacas y una mesita baja, que era ideal para tomar una copa antes de acostarse o para un café recién hecho al despertar. En el mueble de la televisión, había una cafetera de cápsulas, junto con tazas y monodosis de leche, azúcar y canela.

—Venga niñas, a estrenar uno de los bikinis con pareo que nos ha regalado Lourdes, y a disfrutar de la piscina —ordenaba Nazaret, que estaba deseando perderse por el barco y lucir palmito para, como ella misma decía, buscar un maromo prontito, que una semana pasaba muy rápido.

—A sus órdenes, mi general —le contesté con ganas de guasa. Y es que, aunque parezca increíble, desde que subimos al barco, mi mentalidad había cambiado por completo. Ahora tenía ganas de reír, de bailar, de conocer a gente nueva; en definitiva, de disfrutar de la experiencia.

Me puse uno de esos bikinis, en concreto uno en color rosa pastel con rayitas en blanco, que me quedaba como un guante, y que combiné con un caftán transparente blanco y unas cuñas de esparto también en tono pastel. Me asomé a la terraza, miré al cielo, y le di las gracias a mi ángel, a Tano, porque así lo consideraba ya, y le di las gracias por darme las fuerzas para seguir adelante y ayudarme a ser feliz. Jamás lo olvidaría, pero tenía que pasar página.

La primera parada, nada más zarpar el barco, fue la primera cubierta, en la que se encontraba uno de los bares especializados en cócteles, y en el que pedimos el primero, sin alcohol por supuesto, porque era demasiado temprano para empezar a beber, por mucho que Nazaret hubiese protestado. Nos dirigimos a la piscina con ellos, sumergiéndonos a la vez que dejábamos las copas en unos soportes habilitados para ello en el borde de esta.

—Esto es vida, y lo demás es un cuento —dijo Almudena.

—Solo nos faltan cuatro maromos *buenorros* a nuestro lado, para que nos trajeran más copas y no tener que salir nosotras del agua —le contestó Nazaret, a la vez que estallamos todas en carcajadas.

—Hija, que solo piensas en lo mismo. ¿Cuánto hace que no te dan un buen meneo, Nazarita? —le preguntó Lourdes para buscarle la lengua.

—Yo digo como el lobo, aaauuu.

—Ya será menos, que hace dos semanas quedaste con ese cliente que nos encargó la reforma de sus oficinas, y me parece que no fue esa la única propiedad suya que visitaste —le contesté.

—Es verdad, se me había olvidado. El tío estaba buenísimo, pero a la hora de la verdad, no me duró ni un asalto entero, que lástima que follara como el culo, porque si lo hiciera bien, lo hubiera tenido todo: guapo, con dinero, amable, pero de mecha corta —me respondió mientras que no dejábamos de reír.

Nadie sabía lo bien que me estaban sentando esas risas y ese viaje, era un punto de inflexión en mi vida, esa que estaba dispuesta a vivirla a tope, disfrutando de todo lo que me ofreciera, sin cerrarme a nada, ni siquiera a conocer a otro hombre.

Por momentos que pasaba, me encontraba mejor y tenía más claro cuál iba a ser mi filosofía a partir de ahora, sabía que él me estaría animando a que así fuera desde el lugar en el que se encontrara ahora, y lo iba a conseguir, sería feliz de nuevo.

Mientras estábamos en la piscina, entre risas y copas, nos dio la hora de comer, decidimos hacerlo en uno de los restaurantes tipo bufé que había en esa misma cubierta, en el que podías coger tu bandeja y llevártelo a una de las mesas que había con su sombrilla justo al lado de esa piscina.

—Mirad qué cuatro bombones están yendo hasta la barra —nos dijo Nazaret, a la que no se le iba una en cuestión de hombres, tenía como un radar, analizaba toda la zona en la que nos encontráramos en diez kilómetros a la redonda.

—Mala suerte, se acaban de acercar sus parejas, así que yo que tú, miraba para otro lado —le dijo Almudena.

—Joder, qué pena, porque estaban para darles un repaso, y encima cuatro, como nosotras.

—Seguro que esta noche, en nuestra mesa, nos ponen dos parejas, con la mala suerte que tengo —contestó Lourdes.

—No te preocupes que, si eso ocurre, yo te como la boca y listo, para que no se crean más que nadie —dijo con total rotundidad Nazaret, mientras que las demás nos reíamos a carcajadas, y ella se hacía la indignada.

Nos pasamos la tarde entre la piscina y las hamacas, hasta que llegó la hora de volver al camarote para arreglarnos, puesto que nuestro turno de cena era a las nueve y media, para así poder disfrutar de los espectáculos y de la discoteca justo después de cenar, sin tener que esperar o hacerlo antes de entrar.

—Joder Sofía, estás para comerte con ese vestido, nena. Deja que te recoja el pelo en un lateral, para que así destaque más la espalda y puedas lucirla como se merece —me dijo Nazaret, a la vez que iba a buscar un pasador plateado con el que aguantarme la melena.

—Todas estamos divinas, cada una en su estilo —le contesté, porque era cierto, las cuatro íbamos ideales, esperaba que esa noche fuera el punto de partida para muchas cosas.

Salimos del camarote y nos dirigimos hacia la cubierta en la que tenía lugar la copa de bienvenida, antes de entrar en el comedor para llevar a cabo la cena, pero antes de salir, cogimos una copa de champán cada una.

—¡Por nosotras! —Brindé con mis chicas.

—¡Por todo lo bueno que nos va a deparar el futuro! —Brindó Almudena

—¡Porque lo primero que nos depare la vida, sea un buen maromo para cada una! —Le tocó el turno a Nazaret, y estallamos en carcajadas, puesto que era única para todo, no sé qué sería de mi vida sin su actitud ante las adversidades.

Tras esa primera copa, Nazaret se acercó de nuevo al camarero, que no dudó en acercarnos una más para cada una, y volvimos a brindar entre risas.

—No volváis la cara, pero allí, en la mesa que hay junto a la barandilla de la cubierta, hay cuatro tíos que no nos quitan ojo —comentó Almudena.

—Y yo no me he dado cuenta, desde luego, que estoy perdiendo facultades, ya no soy lo que era —contestó Nazaret, haciendo como la que lloraba, y que nos hizo reír de nuevo a carcajadas.

Capítulo 6



Seguimos allí disfrutando de la noche, así como de las copas de champán que iban y venían. Como siguiéramos así tendríamos que entrar en la cena a gatas.

—Vienen hacia aquí, ¡ay, dios mío! ¿Y ahora qué hacemos? —dijo Lourdes muy nerviosa.

—Qué vamos a hacer, loca, pues preguntarles el nombre y darles dos besos, aunque si me deja alguno, le como la boca directamente —le contestó Nazaret con todo el arte que tenía.

—Buenas noches, señoritas. ¿Os importa si os acompañamos hasta la cena, que estamos muy solitos? —dijo uno de ellos y… esa voz. No, no podía ser, mi cabeza me estaba jugando una mala pasada, tenía que ser el champán. Sí, sería eso, después de tantos años, no podía encontrármelo así porque sí.

—Por supuesto que no nos importa, es más, sería todo un placer contar con la compañía de cuatro chicos como vosotros —respondió Nazaret en un tono de lo más dulce, como si no hubiera roto un plato, vamos—. Estas son mis amigas: Almudena, Lourdes y Sofía, y yo soy Nazaret. —Nos señaló una a una, mientras que yo seguía inmóvil, me daba miedo volver la cabeza y despertarme de este sueño.

—Muchísimas gracias, nosotros somos: Iker, Jairo, el que parece una estatua es Gael y yo soy Paul —dijo uno de ellos en el mismo tono de guasa. Aunque quedaba totalmente confirmado, era él, porque ya sería casualidad encontrar a un hombre con su mismo nombre y su misma voz, esa que le caracterizaba desde que tenía dieciséis años. Recuerdo alguna que otra vez que me llamó por teléfono a casa y mi abuelo me preguntaba quién era ese hombre tan mayor.

—¿Sofía? ¿Eres tú? —me preguntó con total incredulidad, y es que habíamos reaccionado los dos de la misma manera, anonadados.

—La misma que viste y calza —dije girando mi cara para verlo, y al hacerlo, no me lo podía creer. Si ya era guapo en su adolescencia, ahora era aún más impresionante. Se había convertido en uno de esos hombres que te hacen voltear por la calle, con ese pelo negro alborotado que parecía no haber cambiado nada en todos estos años, y esos ojos grises, casi azules, que te atrapaban en el instante en que los mirabas.

—¡Ven aquí, dame un abrazo! —exclamó mientras me ayudaba a ponerme en pie, ya que yo me encontraba sentada en un taburete—. Sigues igual de guapa, bueno no, todavía más, que los años te han sentado muy bien.

—¿Os conocéis? —preguntaron casi todos a la vez, alucinando por la situación que, desde luego, era surrealista.

—Desde hace más de veinte años nos conocemos, lo que ocurre es que hacía, por lo menos catorce o quince años que no nos veíamos —contestó él sin dejar de abrazarme de lado.

—Justo desde tu repentina desaparición, recuerdo que pasamos la tarde haciendo planes para el fin de semana. Pero cuando me levanté a la mañana siguiente, te habías evaporado, tú y toda tu familia. No volvimos a saber nada de ninguno de vosotros.

—Ya sabes que, con esa edad y en aquella época, la opinión de un adolescente no contaba para nada, y con mi padre todavía menos —me contestó apenado.

Estuvimos un buen rato conversando, y durante la charla me contó que su padre, que había sido militar en aquellos tiempos, ahora ya estaba jubilado, recibió un destino provisional por unos meses. Por eso, su madre decidió que no se mudarían con él, ya que sería mucho trastorno mover a toda la familia solo para un pequeño periodo de tiempo. Sin embargo, lo que comenzó como un destino provisional se convirtió en algo definitivo. Por ese motivo su padre, que ya había buscado casa allí, vino un fin de semana y se los llevó a todos sin dar ninguna explicación. La verdad es que ese hombre era muy antipático; jamás lo vi sonreír cuando estaba en su casa, solo se limitaba a saludar de manera fría y siempre mirando por encima del hombro, como si se creyera superior a los demás.

—Anda mira, si estamos los ocho en la misma mesa. Lo siento, Lourditas, pero te quedaste sin morreo —dijo Nazaret con mucha guasa, haciendo referencia al comentario que hizo anteriormente de que, si nos tocaban dos parejas, ella la iba a besar para que no se sintiera inferior.

—Muy graciosa —le contestó Lourdes totalmente avergonzada, mientras que Nazaret les explicaba a los chicos el porqué de ese comentario, poniendo a la chica todavía más roja.

—Ah, si es por eso, no hay problema, yo me ofrezco como voluntario —le dijo Jairo a Lourdes, manteniendo su mirada fija en ella. Desde que se habían acercado, no había desviado la vista ni un solo segundo; parecía completamente cautivado por su presencia, y es que mi amiga era realmente preciosa.

—No, gracias, no tienes por qué hacer ningún sacrificio por mí —contestó Lourdes, sin saber ni dónde mirar.

—Aprovecha, chica, no seas tonta. Anda que iba a decir yo que no a una propuesta así, un morreo es un morreo, y más si viene de alguien como ellos, vamos ni loca me iba a negar —soltó Nazaret como la que dice que está lloviendo, igual.

En ese instante, Iker, que estaba justo a su lado, le giró la cabeza y le plantó un beso en los labios, que la dejó sin poder reaccionar en ese momento, y eso que para dejar a mi amiga así, tenía que venir un tsunami.

Al ver la situación, estallamos todos en carcajadas, y la cosa se puso aún más divertida cuando la vimos con las mejillas coloradas. Y eso que solo fue un ligero roce de labios, un pequeño apretón entre ellos, pero no pasó de ahí. Aunque tenía claro que esos dos iban a terminar la noche juntos.

La cena pasó muy rápido, entre risas, bromas y algún que otro gesto cómplice entre mis amigas y los chicos, pero con la diferencia de que, mientras que Iker y Nazaret iban a saco, sin cortarse lo más mínimo en decirse las cosas, Almudena y Lourdes se lo estaban tomando con más calma. Se veía que entre ellos había atracción, eso era indudable, pero no hasta el punto de que saltaran chispas como con esos dos. Esas dos relaciones, por llamarlas de algún modo, se estaban fraguando a fuego lento.

De ahí nos dirigimos a la zona de la discoteca, donde tuvimos suerte y pudimos coger una especie de reservado. Allí podíamos bailar, tomar una copa o simplemente sentarnos a charlar tranquilamente, lo cual era ideal ya que en nuestro grupo había diferentes personalidades. Mientras que los loquitos, Nazaret e Iker, se comían con la mirada, y no solo eso, pues era raro que la lengua de cada uno estuviera dentro de su boca; Paul decidió invitar a Lourdes a bailar una bachata, porque al parecer a ambos les encantaba ese tipo de baile. Almudena y Jairo optaron por salir a la cubierta a dar un paseo, mientras que Gael y yo nos acomodamos en los sillones, disfrutando de una copa y de la buena compañía.

—Me parece que me vas a tener que dar asilo político esta noche, es eso o voy a tener que dormir en una de las hamacas de cubierta, porque comparto camarote con Iker, y esos dos van directos para allá a echar un polvo —me dijo risueño.

—No por favor, como te voy a dejar dormir en la cubierta, si yo también comparto camarote con Nazaret y esa no va a aparecer en toda la noche, que te lo digo yo. Además, que la cama es enorme, cabemos los dos perfectamente y sin rozarnos —le contesté igualmente entre risas.

—Pues, ¿qué te parece si, en vez de tomarnos esta copa aquí con tanto ruido, nos vamos al camarote y nos la tomamos allí?

—Me parece perfecto, así podremos hablar tranquilamente, sin tener que alzar la voz, y así nos ponemos al día de todos estos años.

Y eso hicimos, nos despedimos de nuestros amigos, de los que quedaban, porque los demás habían salido pitando, y no nos íbamos a poner a buscarlos ahora, y nos dirigimos al camarote, no sin antes pasar por la recepción para solicitar que nos llevaran una botella de champán helada para poder tomárnosla allí en la terraza.

Lo primero que hice, nada más entrar, fue quitarme las sandalias, puesto que me ardían los pies. También me quité los pendientes y el reloj, una manía que tengo desde bien pequeña; era entrar en mi casa y no podía tener ninguna joya puesta, me resultan incómodas. Gael hizo lo

mismo, se quitó los zapatos y los calcetines, además de la chaqueta y la corbata, y se desabrochó los primeros botones de la camisa. Decía que le encantaba andar descalzo, sin importar la época del año, y recordé que de adolescente también era así, yo le decía que parecía Tarzán, siempre en calzoncillos y descalzo.

Capítulo 7



Tras servirnos una copa de champán para ambos, cuya botella encontramos en una cubitera con hielo nada más llegar al camarote, salí a la terraza, y me apoyé con los dos brazos en la barandilla, mirando al mar.

—¿En qué piensas? —me preguntó poniéndose detrás de mí, con ambos brazos a cada lado de mi cuerpo, poniéndome nerviosa, ya que Gael siempre había sido mi debilidad, no podía remediarlo.

—En lo caprichoso que es el destino. Hace muchos años, te borró de mi vida de un plumazo y hoy, sin esperarlo, te vuelve a poner ante mis ojos.

—¿Te cuento un secreto? —me susurró en el oído y yo asentí con la cabeza, puesto que ni las palabras me salían al tenerlo tan cerca—. Esa noche, la última que estuvimos juntos, en la que nos dimos ese primer y único beso, al acostarme, me dije que a la mañana siguiente te pediría que fueses mi novia, pero cuando me levanté, ya estaba todo preparado para nuestra marcha, y ni cuenta me había dado el día anterior, por lo que mis intenciones se quedaron solo en eso, en un sueño que no podría llevar a cabo.

—¿Por qué no me volviste a llamar? Tenías mi número de móvil, y si no, siempre podrías buscar el fijo de mi casa, y hubiéramos mantenido el contacto —le pregunté, pues siempre me había quedado con la duda de su silencio y ausencia.

—Pues es muy sencillo, no iba a poder verte más. ¿Para qué alargar un sufrimiento para los dos por más tiempo? —me contestó a la vez que empezaba a dejar un reguero de besos por mi cuello, y que estaban poniendo taquicárdica.

Miré hacia el cielo, sintiendo que debía pedirle perdón a Tano por lo que estaba a punto de hacer, pero la verdad es que no podía dejar escapar la oportunidad de estar con Gael. En ese momento, una estrella fugaz cruzó el horizonte, y lo interpreté como una señal de aprobación por su parte. Es curioso cómo las personas nos agarramos a un clavo ardiendo con tal de no sentirnos culpables, pero lo tomé así.

Giré mi cabeza para mirarlo a los ojos, y él aprovechó ese gesto para coger mi mandíbula con una mano y besarme, a la vez que me aprisionaba entre su cuerpo y la barandilla, pudiendo notar

su dureza en mi espalda, lo que me puso hirviendo directamente.

Me giró hacia él, sin dejar de besarnos, y lo que empezó como un reencuentro entre dos amigos, iba a terminar en una noche de pasión. Con un movimiento ágil, desabrochó el botón del cuello de mi vestido, de manera que la parte superior cayó hacia delante, dejando mis pechos al aire. No perdió la ocasión de besarlos y acariciarlos a su antojo, para minutos después, bajar la cremallera y hacer que el vestido entero se deslizara hasta caer a mis pies.

Yo tampoco perdí el tiempo, pues mientras que él hacía la maniobra de mi vestido, yo le quité la hebilla del cinturón y desabroché su pantalón, haciendo que cayera junto a mi vestido. Así que, en ese instante, solo nos separaban su bóxer y mi tanga. En esos momentos, me sentía agradecida por haber seguido el consejo de la alocada de Nazaret, quien durante nuestra sesión de belleza casi me obligó a hacerme la depilación en todo mi cuerpo y sacó todas las braguitas cómodas de algodón que había llevado en la maleta, ya que decía que eran el antimorbo, y que nadie sabía lo que me podía deparar este crucero.

—Dios, eres preciosa, Sofía. Me has vuelto loco desde el momento en que te he visto, aun sin saber que eras tú —dijo mientras seguía repartiendo besos por todo mi cuerpo, en dirección a mis pechos.

—Joder, Gael, toda mi puta vida soñando con este momento, y es mucho mejor que lo que podía haber imaginado —contesté muy excitada por sus besos, y a él le salió una sonrisa en los labios.

Volvió de nuevo a mi boca, mientras que con dos de sus dedos se dirigió a mi sexo, y con solo una caricia logró hacerme alcanzar mi primer orgasmo. Después, llevó esos mismos dedos a su boca, para saborearlos.

—Mmm, deliciosa, aunque ahora te saborearé a fondo. Me encanta que reacciones a mis caricias de esta manera, creo que la noche la vamos a disfrutar a fondo —dijo, poniéndome más caliente todavía. Acababa de llegar al clímax y quería más, mucho más, deseaba tenerlo dentro y no aguantaba más.

—Te quiero dentro, Gael, y a ser posible, ya mismo —dije entre gemidos, mientras que a él se le escapaba una carcajada.

—¿Qué prisa tienes? Tranquila, que nos queda mucha noche y, te aseguro, que este no va a ser el único asalto —me contestó mientras bajaba mi tanga con los dientes, para dar una primera pasada en mi sexo con su lengua.

El sexo oral era una cosa que me fascinaba, tanto recibirlo como practicarlo, pero con Gael había llegado a otro nivel. Esa lengua deberían nombrarla patrimonio de la humanidad, qué barbaridad, lo que estaba gritando estaba segura de que lo había oído todo el barco, pero no podía remediarlo.

Cuando él terminó, llegó mi turno, y así se lo hice saber. Lo tumbé en la cama bocarriba y, mientras le iba dejando un reguero de besos por su torso, iba bajando su bóxer negro, liberando

su erección de la presión a la que estaba sometida. La miré de arriba abajo, y me relamí los labios, lo que provocó que su miembro diera una sacudida, deseoso de sentir eso mismo en su propia piel.

Lamí toda su envergadura, hasta que llegué al glande, en el cual me recreé a placer, para a continuación engullirla entera. Su cara, sus gestos y la manera que tenía de retorcerse en la cama me lo estaban diciendo todo.

—Para, para, por favor, o voy a terminar antes de empezar. Eso lo dejamos para otro momento mejor —me dijo mientras que tiraba de mí hasta poner mi cara a la altura de la suya.

—Eso suena a promesa, y me encantaría que la cumplieras —le dije a la vez que, mientras nos besábamos, atrapé su miembro con mi mano y lo introduje dentro de mí.

Así estuvimos durante más de una hora, cambiando de postura y en el que yo había llegado al orgasmo en más de una vez hasta que, tras una serie de fuertes embestidas mientras que yo estaba a cuatro patas y él me sujetaba por las caderas, alcanzamos el clímax los dos juntos, dejándonos con la respiración entrecortada y el corazón a mil por hora.

La noche fue tan bonita como pasional, ya que, durante ella, alternamos los momentos de pasión desenfrenada con otros en los que las caricias y los gestos de cariño se dejaron ver en grandes cantidades.

Nunca había tenido quejas de mi vida sexual y de mis relaciones con Tano, pero acababa de descubrir otro tipo de sexo con Gael, ese con el que me había convertido en una «yonqui» de él. Esperaba que no fuera cosa de una sola noche.

—¿Una duchita juntos antes de que me vaya a mi camarote? —me dijo nada más despertarnos, y tras darme un beso en los labios.

—¿Ya te vas? —Fue lo primero que salió de mi boca, pues no quería separarme de él.

—Mujer, tendré que ir a cambiarme, ¿no? Porque no va a estar bonito que yo me bañe en la piscina en bóxer o con el traje, entre otras cosas porque me ha costado un pastizal y con el cloro se va a estropear —me contestó entre risas y mientras me hacía cosquillas, ya que sabía que era una cosa que no podía soportar.

—Vale, vale, tú ganas. Vamos a la ducha y luego, si me quedo satisfecha, dejaré que te marches a tu camarote. —Os juro que yo no era así de descarada, pero con Gael volvía a renacer esa chiquilla de quince años que no tenía ningún reparo en pedir lo que quería y lo que estaba buscando.

Esa ducha fue más que eso, ya que, tal y como me prometió, me dejó terminar aquello que la noche anterior había dejado a medias, para luego hacer él lo mismo conmigo, ayudándose también de sus dedos. Tenía una capacidad de recuperación asombrosa, ya que tardó el tiempo en el que me degustaba en estar listo de nuevo. Aprovechó ese momento para girarme y presionarme contra los azulejos de la pared, penetrándome de nuevo y llevándome a

experimentar una sensación de éxtasis que me hizo sentir como si estuviera tocando el cielo con las manos.

Una vez que nos secamos y nos vestimos, yo me puse una bata antes de ponerme el bikini, salió hacia su camarote, quedando en que nos veríamos en el restaurante junto a la piscina para desayunar todos juntos. Estaba segura de que las niñas estarían encantadas con eso, ya que tanto Almudena como Lourdes se encontraban muy a gusto con los chicos, por no hablar de Nazaret, a la que le faltaba un cuarto de hora para trasladarse al camarote de Iker.

Capítulo 8



Todavía nos quedaba ese día de navegación antes de atracar en el primer puerto que visitaríamos, por lo que, después de desayunar, nos fuimos a la piscina porque, aunque pensábamos que no iba a ser así, hacía un calor de mil demonios.

—Que estaba yo pensando…—reflexionó Nazaret en voz alta.

—Miedo me da cuando te da por pensar —dijimos varios a la vez, y estallamos en risas.

—Qué capullos sois, eh. Lo que estaba diciendo, que había pensado que, para que no tengamos que ir moviéndonos de un camarote a otro para vestirnos, el moreno y yo podíamos hacer un cambio, él se queda en el tuyo, y yo me paso al de él.

—Por mí no hay problema, pero ¿tú le has preguntado a ellos? Lo mismo te estás montando una película, porque en realidad solo hemos sido un rollo de una noche —le dije antes de que llegaran los chicos.

—La verdad es que no, aunque anoche la impresión que me dejaron Iker y Gael fue diferente. Pero en cuanto aparezcan con las bebidas, se lo pregunto.

—Aquí estamos con bebidas sin alcohol para todos, y cuando digo todos es sin excepción alguna. —Llegó canturreando Iker y se dirigió a Nazaret, que había puesto mala cara por lo que había comentado el chico.

—Vamos a ver, tú y tú —dijo señalando a Iker y a Gael—, venid aquí que tengo que hablar con vosotros y proponeros algo. No me pongáis esa cara, que un trío no es.

—No puedo contigo, Nazaret, te lo prometo —decía Jairo a carcajada limpia, por las ocurrencias de esta loquita.

—¿Qué es eso que nos vas a proponer? Dispara. —Se dirigió Gael a ella, expectante por lo que podría soltar por esa boquita.

—Que digo yo, y esto solo es cosa mía, Sofía no tiene nada que ver y quiero que quede clarinete… —Continuó explicándole a los dos lo mismo que me había dicho a mí antes, pero

recalcando que no tenían compromiso ninguno de aceptar.

—Pues a mí me parece perfecto. ¿Tú qué opinas, Sofía? —me preguntó Gael.

—Ya le he dicho antes que por mí no había problema, siempre que vosotros estuvieran de acuerdo, que no quiero poner en un compromiso a nadie, ni que se vea obligado a hacerlo —respondí muy solemne.

—¿Realmente crees que lo de anoche lo hice por compromiso? ¿O que no quiera repetirlo todas y cada una de las que nos quedan a bordo? —me susurró en el oído para a continuación, ponerme de cara a él, ya que estaba apoyada en el filo de la piscina, y él se encontraba situado a mi espalda, y me besó.

Salimos de la piscina un rato para secarnos, y nos sentamos en una hamaca, él se situó detrás de mí, pasando una pierna a cada lado de mi cuerpo, de manera que yo quedaba apoyada en su pecho mientras que él lo hacía en el respaldo. Acariciaba mi espalda suavemente, y dejaba un reguero de besos que iban desde mi hombro hasta mi cuello, mordisqueando después el lóbulo de mi oreja, mientras que los demás decidían a cuál de los restaurantes iríamos a comer.

—¡Te quieres estar quieto, chaval! Me estás poniendo taquicárdica. La madre que lo parió, que al final me encierro con este en el camarote y a tomar por saco la comida —exclamó Nazaret dirigiéndose a Gael, y este estalló en una sonora carcajada.

—Ni que te lo estuviera haciendo a ti —le contestó.

—Eso digo yo, a ver si al final es este el que te pone como una moto y te quitas la calentura conmigo, que soy el que tienes más a mano —respondió Iker fingiendo que estaba enfadado.

—Anda ya, tonto, pero es que lo estoy viendo ahí, pico y pala con Sofía, y nosotros hablando de si vamos a comer *pizza* o algo más elaborado, cuando estos dos lo que se van a comer es el uno al otro —dijo Nazaret mientras le hacía carantoñas a su chico.

Al final, nos decantamos por irnos a comer al restaurante de la cubierta número tres, en el que había un menú más elaborado y podíamos degustarlo con vistas al mar, ya que el comedor lo tenía al aire libre, en una especie de terraza desde la que se veía la cubierta interior del barco, así como todo el horizonte.

Yo me pedí una sopa fría de melón, que estaba buenísima, y que compartí con Gael, que se había pedido una ensalada, pero al probar mi plato, dijo que las dos cosas para compartir. De segundo, un solomillo en salsa de Pedro Ximénez con patatas fritas, pero de esos pedimos dos platos, ya que no pensaba compartir el mío con nadie, estaba que me moría de hambre. Para el postre, un trozo de tarta Sacher de chocolate acompañado de una bola de helado de pistacho, cuya combinación era una explosión de sabor.

—Bueno qué, hacemos el cambio ya, ¿no? Para que podamos echarnos la siesta tranquilitos —dijo Nazaret.

—Yo no me pienso echar siesta ninguna que tenemos el *jacuzzi* reservado para Jairo y para mí durante dos horas esta tarde —contestó Lourdes.

—Anda mira lo calladito que se lo tenían los dos. Ya podías haber avisado, guapita, y lo hubiéramos disfrutado todos, a no ser que tengas otros planes…

—Por mí tampoco hay problema si queréis que también intercambiemos camarote, es más, lo agradecería. No me mola nada estar metido en faena y tener que estar pendiente de la puerta —le dijo Paul a Lourdes, mientras que Almudena se ponía como un tomate.

Al final, acabamos todos con maletas para arriba y para abajo. Paul decidió cambiarse al camarote de Almudena, mientras que Lourdes hizo lo mismo y se llevó sus cosas al de Iker. Por otro lado, Gael y Nazaret también intercambiaron posiciones, lo que hizo que todo se volviera un poco caótico.

—¡Por fin solos! —exclamó Gael abrazándome, para después agarrarme de los glúteos y subirme a ahorcajadas en su cintura y pegarme a la pared— No te puedes imaginar las ganas que tenía de tenerte así.

—Me imagino, porque creo que yo tenía las mismas —le contesté mientras que me lanzaba a su boca.

—El que inventó este bikini se merece que le hagan un monumento, llevo con la bandera subida desde que te quitaste el pareo esta mañana. Si te lo llegas a poner antes de irme al otro camarote, no hubiéramos salido de aquí en toda la mañana —me decía a la vez que metía su mano entre mis piernas, apartando la tela hacía un lado, para introducir dos dedos en mi sexo, lo que me volvió loca de placer.

Una vez que consiguió arrancarme el primer orgasmo, se bajó el bañador y me penetró de un solo empellón, provocando que de mi garganta salieran los gemidos más intensos, esos que soltaba en su oído, que lo ponían como una moto de carreras. Así, juntos, llegamos al clímax una vez más, sintiendo la conexión y la pasión en su máxima expresión.

La tarde nos dio para mucho, porque al salir del camarote ya casi era hora de cenar. Así que nos preparamos y nos arreglamos para disfrutar primero de un espectáculo de transformismo que tenían programado en el barco esa noche.

Llevaba un *outfit* ideal, compuesto por un vestido de algodón en un suave rosa pastel, que se ajustaba a mi figura como un guante y que me hacía una silueta espectacular. El vestido caía justo por debajo de la rodilla y tenía un escote en V tanto por delante como por detrás. Lo combiné con unas sandalias de cuña blancas y un bolso de mano del mismo color, en el que llevaba el tabaco y el móvil. Por su parte, él optó por unas bermudas casi del mismo color que mi vestido, una camisa de lino blanca con las mangas remangadas y unas zapatillas de esparto a rayas en blanco y rosa, que hacían juego con su pantalón. La gran diferencia era que mi ropa era de una de esas franquicias que tiene artículos para todo tipo de bolsillos, mientras que la suya era de firma de pies a cabeza. No es que yo no pudiera permitírmelo, porque afortunadamente podía, pero me parecía una soberana tontería pagar el triple por una prenda que iba a hacer la misma

función que la otra.

—Ya están aquí los desaparecidos —informó Iker al vernos llegar.

—Vamos, como si vosotros hubieseis estado contemplando el atardecer desde la cubierta del barco —contestó Gael entre risas.

Pasamos a la sala donde tendría lugar el espectáculo, y nos situamos en dos mesas contiguas, ya que eran solo para cuatro personas, y muy cerquita del escenario. Lo que no sabíamos ninguno es que íbamos a ser el centro de atención por parte de los integrantes de la función, esos que no dudaron a la hora de sacar a Iker y a Gael al escenario, y hacerles un pase privado a los dos, mientras que nosotros nos partíamos de la risa, ellos no sabían dónde meterse.

Capítulo 9



La noche transcurrió entre risas y besos, para dar paso a una madrugada en la que volvimos a dar rienda suelta a nuestra pasión, viendo prácticamente los primeros rayos de sol antes de cerrar los ojos. Tuvimos que ponernos unas gafas para proteger nuestros ojos, ya que solo logramos dormir un par de horas antes de prepararnos para nuestro primer destino, que no era otro que Dinamarca.

Atracamos en el puerto de Copenhague, que es el más grande de todo el país, y uno de los más importantes de la cuenca del mar Báltico, y que recibía el nombre de Malmö. Entre todos, decidimos ir mejor por nuestra cuenta, sin contratar ninguna excursión o guía.

Lo primero que hicimos fue irnos a buscar al famoso monumento de La Sirenita, ese que está situado cerca del puerto, y según te fijaras en él, podías observar cómo parecía que estaba vigilando la entrada de los barcos a la ciudad.

Nos hicimos infinidad de fotos, algunas las subimos a las redes. Gael decía que no le gustaba subir nada a Internet, que era como exponer tu vida privada. En uno de esos momentos, le hice una videollamada a mi madre, ya que no había hablado con ella durante los dos días que llevábamos navegando.

—Hola mi niña, te veo muy buena cara. ¿Será por qué te lo estás pasando bien? —me dijo mi madre nada más descolgar el teléfono.

—Hola, a la madre más bonita del mundo. Sí, mamá, lo estoy pasando de miedo, y te tengo que contar un montón de cosas, pero será a la vuelta, que ahora queremos aprovechar el día. Tenemos muchas cosas que ver y muy poco tiempo. Solo te llamaba para que supieras que estoy bien, un beso.

—Disfruta mi vida, que te lo mereces, a la vuelta quedamos un día para comer y me lo cuentas absolutamente todo, dales un beso a mis niñas —me dijo antes de colgar la llamada.

Me extrañó un poco que Gael no se acercara a saludarla, considerando que se conocían desde hacía muchos años, lo mismo que yo a sus padres. Habíamos crecido en la misma calle hasta que fuimos adolescentes, y él había pasado alguna que otra tarde en la piscina de casa de mis abuelos. Sin embargo, pensé que tal vez le daba un poco de vergüenza por la forma en la que se

marcharon, ya que nuestras madres eran amigas y compartían alguna que otra tarde de café juntas. Así que no le di demasiada importancia a su actitud.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Nazaret, que era un culo inquieto y quería ver todo lo máximo posible.

—Pues teniendo en cuenta que el canal Nyhavn lo hemos visto al pasar con el barco, y nos hemos hecho las correspondientes fotos, ¿que os parece si nos vamos a visitar los Jardines Tívoli antes de irnos a comer? —contestó Gael, que llevaba una guía en el móvil con todo anotado.

—Venga, vamos a tomar un taxi, porque si vamos andando desde aquí, vamos a llegar a la hora del volver al barco —dijo Iker que se había informado de la distancia que había desde donde estábamos.

Eso hicimos, buscamos por Internet una empresa de alquiler de coches con conductor, y contratamos un minibús de nueve plazas para todo el día. De ese modo iríamos más tranquilos de un sitio a otro, sin preocuparnos de tener que estar pendientes de algún medio de transporte.

Nos vino a buscar al sitio donde estábamos y, al llegar a nuestro destino, nos dijo que nos esperaría afuera cuando termináramos la visita. La verdad es que aquello era precioso, porque mientras paseábamos por sus maravillosos espacios verdes, podíamos observar la cantidad de atracciones que allí había. Además, como era un día festivo en la ciudad, estaba tan lleno de gente que no cabía ni un alfiler.

—Venga, por favor, vamos a montarnos en esa, por fa, por fa, por fa —decía Nazaret, como una niña pequeña, ya que quería que nos montáramos en una especie de montaña rusa ambientada en China, que se llamaba The Demon, y yo, con solo mirarla, ya estaba mareada.

—Súbete tú con Iker, que sabes que a mí no me gustan estas cosas, que luego me mareo —le contesté.

—Es que no es lo mismo, yo quiero que nos subamos todos, y vivir la experiencia —dijo mi amiga poniendo carita de pena.

Al final, se salió con la suya y nos subimos todos juntos. Puedo afirmar que fue la peor experiencia de mi vida; no había pasado tanto miedo en mis treinta años. Sin embargo, también fue la mejor, porque las risas que compartimos mientras estábamos en la atracción fueron innumerables. Eso sí, le dejé claro que no me subía a ninguna más. Si ella quería experimentar esa adrenalina, que se comprara unas gafas de realidad virtual y lo buscara en Internet.

Cuando salimos de allí, era la hora de comer, así que le pedimos al chofer que nos llevara a un lugar donde pudiéramos probar algo típico de la ciudad. Nos llevó a un restaurante donde tuvimos la oportunidad de saborear el *smørrebrød*, un delicioso bocadillo abierto que se elabora con pan de centeno y se cubre con exquisiteces como arenque, salmón ahumado, carne asada o paté de hígado de cerdo. Para acompañar, pedimos una buena cerveza local. Por supuesto, invitamos al conductor a comer con nosotros, y aceptó encantado, ya que lo habían avisado con poco tiempo y no había podido prepararse nada para llevar, como solía hacer en otras ocasiones

mientras esperaba a los clientes.

Nuestra última parada antes de volver al barco fue al Strøget, la calle peatonal más larga de Europa, llena de tiendas donde aprovechamos para hacer varias compras, tanto para nosotros como para llevar de recuerdo. Aparte nos hicimos fotos frente a la fachada del Ayuntamiento, ante la escultura de Hans Christian Andersen y el majestuoso Teatro Real de Copenhague. Nos llevamos una gran impresión de esa ciudad, aunque nos quedaron muchísimos sitios por ver, y prometimos que volveríamos en otra ocasión para conocerla más a fondo.

—Toma, esto es para que siempre tengas presente este viaje en el que nos volvimos a encontrar —me dijo Gael, tendiéndome un paquete de una joyería en la que entramos y donde yo le compré a mi madre una hermosa pulsera.

—Es preciosa, muchas gracias. Aunque no hacía falta que me compraras nada, porque este viaje no lo voy a olvidar en la vida —le dije mientras le daba la cadena que me había comprado de la que colgaba una réplica en miniatura de la famosa Sirenita, todo en oro blanco, para que me la pusiera.

Me acercó a él cogiéndome por la cintura, y me plantó un beso, antes de montarnos de nuevo en el minibús para dirigirnos al puerto. Donde nos esperaba el barco para zarpar hasta la siguiente parada. Nos despedimos del conductor, que se había portado con nosotros estupendamente, y le dimos una buena propina, ya que se lo merecía.

—¡Estoy muerta! —exclamé al entrar en el camarote, lanzando las zapatillas a un lado y dejándome caer en la cama.

—¿Quieres que llame al servicio de camarotes y que nos traigan la cena aquí? Podemos disfrutar de la terraza mientras que cenamos y tomarnos una copa tranquilos más tarde.

—Pues la verdad es que me seduce mucho la idea, así me ducho y me pongo cómoda. Sí, definitivamente, acepto tu propuesta. Voy a enviarle un mensaje a las chicas para que no nos esperen.

—Yo voy pidiendo la cena. Una mariscada para dos y una carne a la brasa también para compartir, ¿lo ves bien?

—Perfecto, pero pide también una botella de vino blanco y otra de champán bien frías —le propuse mientras me dirigía a la ducha, donde no tardó en unirse a mí, dando el pistoletazo de salida a nuestro primer momento de pasión, Nos dijeron que la cena tardaría alrededor de cuarenta y cinco minutos, así que teníamos tiempo de sobra para dejarnos llevar por la pasión.

—Las chicas me han contestado que planean hacer lo mismo que nosotros, que tampoco tienen ganas de salir a cenar ni de copas —le comenté mientras que me secaba el pelo, ya que solo me había puesto una bata de satén que Lourdes había incluido en el lote de ropa que nos obsequió, y que era extremadamente sexi, puesto que tapaba lo justo y necesario, ni ropa interior me puse, para qué, si iba a tardar más en ponérmela que en lo que me iba a durar puesta.

Él sacó de su maleta un batín de raso un poco más largo que el mío, y que me sorprendió bastante, puesto que era lo que menos me esperaba que pudiera llevar en su equipaje, él tampoco llevaba nada debajo.

Tras la cena, cogió una copa de champán y la derramó sobre mi cuerpo, en una de las tumbonas que había en la terraza, empezando así nuestro segundo asalto.

Capítulo 10



Después de pasar una noche toledana, como se dice en mi tierra, y sabiendo que ese era otro día de navegación, nos dedicamos a descansar en el camarote, a la vez que disfrutábamos el uno del otro.

—Bueno, todavía no me has dicho a qué te dedicas, ¿seguiste los pasos de tu padre y de tu abuelo, y eres militar? —le pregunté, ya que no nos habíamos contado nada de nuestra vida. Se puso un poco tenso, pero di por hecho que sería porque le nombré a su padre, pero se recompuso al instante.

—¿Yo, militar? ¿En serio me ves así? —Se reía mientras me contestaba.

—Pues la verdad es que no sé de qué te veo, tal vez abogado.

—Nada más lejos de la realidad. Soy médico, en concreto trabajo en la rama de la pediatría. Te recuerdo que cuando era adolescente me encantaban los niños, y siempre andaba rodeado de todos los pequeños de la urbanización, jugando a la pelota con ellos, o empujándolos en los columpios.

—Es verdad, me había olvidado de eso. ¿Y qué tal le sentó al señor coronel? Porque imagino que pondría el grito en el cielo.

—Imaginas bien, solo me dijo: «Espero que aproveches el tiempo y no te vayas a la universidad solo por las fiestas, porque como traigas algún suspenso, da igual que estés en primero o terminando la carrera, te saco de ahí y vas derechito al ejército».

—Y tu hermano, ¿a qué se dedica? —pregunté intentando conocer más cosas de su vida, pero había que sacarle las palabras con un sacacorchos.

—Él lo tuvo más fácil que yo, el cabrito ya tenía el camino hecho, y a él no le obligaron a no suspender, pero con su cabeza tampoco necesitó un mayor esfuerzo. Terminó ingeniería y ahora trabaja en una multinacional del sector aeronáutico. Pero dejemos de hablar de mí y de los míos, ahora cuéntame cosas de ti. ¿Estudiaste enfermería como tu madre?

—¡Que va, para nada! Yo sí que seguí los pasos de mi abuelo, y ahora soy arquitecta, en

realidad soy la CEO del estudio de arquitectura de mi abuelo, en el que también trabajan Nazaret y Almudena. Lourdes, no, ella no quiso seguir estudiando una vez terminó bachillerato y tiene su propia tienda de lencería femenina —le dije, no quise contarle mi historia con Tano, si él no me hablaba de su vida sentimental, yo tampoco, aunque di por hecho que actualmente no tenía pareja, pues no tenía mucho sentido que estuviera liado conmigo si le esperaba alguien, y más después de la conversación que tuvo con Nazaret en la piscina, en la que aseguró que yo no era un rollo de una noche para él.

A pesar de que todos teníamos más o menos la misma edad y que las chicas y yo no nos habíamos separado nunca desde que entramos en primaria, Gael y su hermano Alejandro, no habían coincidido nunca con ellas, ya que ellos iban a un colegio militar, mientras que nosotros asistíamos a uno concertado de la zona. Durante las vacaciones, mis amigas se marchaban con sus familias y yo me quedaba en la ciudad con mi abuelo y mi madre, a excepción de las veces en las que coincidían sus días libres y nos íbamos de viaje.

Su padre siempre miraba a mi madre mal, por el simple hecho de ser madre soltera, a pesar de que mi abuelo lo llevaba con orgullo, ya que decía que muy pocas personas eran capaces de sacar a su hija adelante sola, y terminar la carrera. No pocas noches mi madre estudiaba conmigo sentada en su regazo, ya fuera porque se me había espantado el sueño con la luz de su lamparita o porque estuviera malita, pero jamás consintió que mi abuelo le pusiera una persona para ayudarla, decía que yo era su responsabilidad y que no iba a delegar en nadie, que sabía a lo que se enfrentaba cuando decidió seguir con el embarazo adelante.

Tenía ganas de conocer a Sergio, ya que debía ser una persona estupenda para que mi madre, después de tantos años, decidiera darle la oportunidad.

—¿En qué piensas? Te has quedado como ida —me preguntó Gael.

—En mi madre, en lo luchadora que ha sido, yo no sé si hubiera sido capaz de hacer todo lo que ella hizo, sobre todo por mí. ¿Te puedes creer que ahora, al cabo de los años, ha decidido darle una oportunidad al amor de nuevo?

—¿Y por qué no? Para enamorarse de nuevo no hay edad, lo importante es que sea feliz. Además de que ella es muy joven todavía. ¿Qué edad tiene ahora? Porque recuerdo que parecíais hermanas más que madre e hija.

—Acaba de cumplir cuarenta y ocho hace unos días, vamos a celebrarlo a mi vuelta de este viaje, y por fin voy a conocer a Sergio, que es la persona que ha conseguido llegar a su corazón. Lo mismo y te apetece venir.

—No sé, porque cuando regresemos tendré que hacer varias guardias seguidas que les debo a mis compañeros, quienes me están cubriendo para que yo haya podido tener toda la semana libre —me contestó con un tono nervioso, intentando justificarse.

—Lo siento, igual he querido ir demasiado rápido —dije apenada.

—No, no, para nada, y si puedo, iré —me contestó bajando la intensidad. Ahí fue cuando me

di cuenta de que me ocultaba algo, no podría decir el qué, pero no estaba siendo todo lo natural que era normalmente.

Nos dimos una ducha, la cual fue testigo de nuevo de otro tórrido encuentro sexual, tras la que procedimos a vestirnos para ir a comer y pasar la tarde en la piscina. Así se lo hice saber a las chicas a través del chat que teníamos juntas, a lo que me contestaron que ellos ya estaban allí cogiendo mesa para todos.

Ese día nos decantamos por coger varias *pizzas* familiares, así como algunos entrantes para picar, como palitos de mozzarella, patatas chips y un cuenco de olivas rellenas de anchoa, que eran mi pasión, me lo podía comer yo sola y quedarme tan ancha. Todo ello acompañado de refrescos, ya que a ninguno nos apetecía tomar alcohol tan pronto, preferíamos dejarlo para la noche.

La comida transcurrió como siempre, con risas ante las ocurrencias de Nazaret, que cuando no decía una cosa, soltaba otra, sobre todo en referencia al sexo que mantenía con Iker, el que tampoco se quedaba atrás en sus contestaciones.

Después de comer, le di el pareo a Almudena para que lo llevara hasta donde iban a colocar todas las cosas y donde se quedarían ella y Paul, ya que decía que estaba cansada y no le apetecía darse un baño. Así que me fui a la piscina, donde me lancé de cabeza desde el borde. Necesitaba refrescarme, ya que desde la conversación de antes tenía una sensación muy rara; tenía la corazonada de que Gael ocultaba algo, pero no lograba saber el qué. Tal vez tenía un hijo con otra persona y no quería contármelo por si me daba miedo afrontar la situación, pero bueno, ya cruzaría ese puente cuando llegara el momento.

—¿Qué te pasa? Te noto como tristona —dijo situándose a mi espalda mientras me abrazaba.

—No te preocupes, no es nada. Son bajones que me dan después de todo lo que me ha pasado en este último año. —Me decidí a abrirle mi corazón a ver si así lograba que él me abriera el suyo, y le conté todo lo ocurrido con Tano.

—Joder, qué putada. No sé si yo sería capaz de estar tal y como tú estás ahora —me contestó, dándome un breve beso en los labios.

—Mi trabajo me ha costado, no te creas. Me dio un bajón muy grande, anímicamente hablando, y me centré solo en el trabajo, hasta que me di cuenta de que a él no le gustaría verme así. Fui a hablar con sus padres, incluso, puesto que lo veía como una traición hacia su persona.

»Pero ellos me animaron a que disfrutara de la vida, no podía estar enterrada en vida —le conté a la vez que él asentía con la cabeza, dándome la razón, pero ni eso consiguió que abriera su boquita para contarme nada más de su vida, y decidí no comerme más la cabeza, lo mismo y era una paranoia mía.

Pasamos la tarde entre baños, cócteles y risas, hasta que llegó la hora de ir a ducharnos y cambiarnos para la cena. Esa noche no iríamos a ver el espectáculo, sino que, como la noche anterior, cenaríamos en el mismo restaurante y luego visitaríamos de nuevo la discoteca, aunque sin volver muy tarde, ya que al día siguiente nos tocaba visita de nuevo. Ya habíamos hecho

todos los trámites para tener un minibús de alquiler con conductor tal y como bajáramos del barco, e ir como en Copenhague, con toda la tranquilidad de que llegaríamos a tiempo antes de que nuestro crucero zarpara de nuevo.

Capítulo 11



Tras una noche de intensa pasión, tocaba de nuevo bajar del barco para visitar el siguiente país, Suecia, y más concretamente su capital, Estocolmo. Atracamos en el puerto de Frihamnen y, a pesar de que estaba solo a unos veinte o treinta minutos andando del centro de la ciudad, ya habíamos decidido hacer igual que en Copenhague, contratar un minibús con conductor en el cupiéramos los ocho. Nos estaba esperando en la zona del puerto habilitada para ello.

Nuestra primera parada fue en Gamla Stan, que es el centro histórico de la ciudad, y en el que su principal atractivo son sus calles estrechas y adoquinadas, que me recordaron mucho a las del casco histórico de las ciudades de Andalucía. Una zona que me encantaba visitar con mi madre cuando era pequeña, y perderme por sus infinitas playas.

Gael me llevaba de la mano en todo momento, y sus muestras de cariño no se hacían de rogar, disipando así todas mis dudas al respecto de lo que él sentía por mí. Aunque en ningún momento habían salido de su boca esas palabras mágicas que yo tampoco me atrevía a pronunciar, no sé si por miedo a asustarlo o a asustarme yo de lo que estaba sintiendo.

Para mí no era nada nuevo, ya que siempre había estado enamorada de él, desde que era una niña, pero al perder el contacto y conocer a Tano, creía que esos sentimientos se habían evaporado. Aunque, nada más lejos de la realidad, tan solo habían estado dormidos en lo más profundo de mis sentimientos.

—Vamos a hacernos una foto ahí, todos juntos, que hay un chico que se ha ofrecido a hacérnosla. —Vino corriendo Nazaret a buscarnos, ya que nosotros íbamos un poco más rezagados que ellos.

—A mí es que no me gusta hacerme fotos —respondió Gael un tanto nervioso.

—Hijo, pero por una no te va a pasar nada, además, vamos a salir todos juntos, no es que te esté pidiendo una foto los dos solos —le respondí yo bastante enfadada, porque no entendía su actitud por una simple fotografía, y otra vez esa sensación de que ocultaba algo salió a relucir.

—Está bien, pero no quiero que la subas a ninguna red social, que no me gusta que mi vida esté expuesta de ninguna de las maneras, que me conoce mucha gente y luego se ponen a preguntar cosas que no les importan —contestó.

—No, mira, déjalo, mejor no te pongas, no vaya a ser que les dé por secuestrarte y pedir un rescate, me sentiría culpable —le respondió Nazaret con toda la ironía del mundo. ¿Quién se había creído que era? De verdad que su forma de actuar me estaba escamando muchísimo.

Nos pusimos todos delante de esos edificios medievales, cuyas fachadas de colores eran de lo más llamativas, y la foto quedó ideal, eso sí, Gael vio el cielo abierto cuando Nazaret le dijo que no se pusiera en la foto.

—Te has enfadado porque no me he puesto en la foto —afirmó, no preguntó.

—Es que, de verdad, no lo entiendo. ¿Qué tiene de malo posar en una foto juntos? O, ¿será que estás ocultando algo? —Ya no pude aguantar más y lo solté.

—Pero ¿de qué estás hablando? Simplemente no me gusta salir en ninguna foto, y menos para que tu amiguita la suba a las putas redes sociales, y si no me entiendes, me da exactamente lo mismo —dijo bastante nervioso y a la defensiva, lo cual me enfadó bastante más.

—¡Vete a cagar al monte! —le respondí y aceleré el paso para alcanzar a mis amigas, dejándolo atrás. Si a él no le importaba cómo me sentía yo en ese momento, le iba a pagar con la misma moneda.

Paseando por esas calles, en las que también visitamos la Catedral de San Nicolás, el Palacio Real y el Parlamento, nos dio la hora de comer, por lo que buscamos algún restaurante en el que pudiéramos degustar la comida típica de la zona. Nos hablaron de dos lugares que eran muy famosos y nos decantamos por uno de ellos, el que estaba situado más cerca de donde nos encontrábamos nosotros.

Por descontado que no me acerqué a Gael ni de lejos, es más, me senté en la otra punta de la mesa, a pesar de que tanto Almudena como Lourdes, me decían que hablara con él, no así Nazaret, que estaba cerca de nosotros y escuchó cómo me había hablado. Ella me incitaba a que le pagara con la misma moneda.

Pedimos varios platos para compartir, entre los que estaban las deliciosas albóndigas y los arenques, así como el salmón fresco, el cual pedimos cocinado de varias maneras. De postre nos pedimos un delicioso chocolate caliente, porque a pesar de que era verano, las temperaturas distaban mucho de las que teníamos en España por la misma época.

Después de terminar de comer, decidimos seguir explorando la zona, aprovechando para hacer algunas compras y llevar recuerdos a todos de cada ciudad en la que atracáramos. En ese momento, me mantuve alejada de Gael, ya que iba agarrada al brazo de Nazaret, quien no dudó ni un segundo en prestarme su apoyo incondicional. Mientras tanto, Iker iba hablando con su amigo, y en un tono que, si bien no era a gritos, por sus gestos se podía deducir que estaba bastante enfadado. Por otro lado, su amigo parecía estar en su mundo, con la mirada fija en el suelo y sin levantar la vista.

Tras nuestro paseo y compras, llamamos al chófer de nuevo, para que nos recogiera en el

lugar más cercano a donde estábamos ubicados y en la que tuviera acceso con el coche, ya que toda la zona era peatonal, para que nos llevara a visitar las Cúpulas Brillantes, que se podían ver desde lejos para, a continuación, llevarnos de vuelta al puerto y que pudiéramos embarcar de nuevo en nuestro crucero.

—¿No me piensas hablar más? —me preguntó tal y como entramos en el camarote del barco.

—¿Crees, realmente, que te mereces que vuelva a hablarte después de cómo te has dirigido a mí? —contesté en el mismo tono que él.

—Lo siento, vale. No tenía que haberte hablado así, pero es que tu amiga me pone nervioso con tantas fotos y tantas redes sociales.

—Pero, da la casualidad, de que no era mi amiga la que estaba hablando contigo, y lo mínimo que me merecía era que me hubieses hablado correctamente, no en ese tono y con esas palabras. Qué menos que darme una explicación razonable, tipo «mira Sofía no quiero hacerme fotos porque una vez, en la universidad, me hicieron una mientras me cambiaba en los vestuarios y mi culo estuvo expuesto durante meses en las redes» —le dije con la intención de rebajar un poco la tensión que había entre nosotros, nos quedaban dos días de viaje y no quería que se estropeara lo que había entre nosotros.

—Tienes toda la razón del mundo —me contestó con una sonrisa por lo que yo había dicho antes —, y te mereces una explicación. No quiero que me hagan fotos ni se suba a las redes porque mis padres no saben que estoy aquí, para ellos estoy en un congreso de medicina. Todos los años me pierdo una semana por el mundo, pero para ellos estoy trabajando en algún proyecto o algo por el estilo, porque si no, me acribillarían a llamadas y a mensajes diciéndome que no tengo tiempo para ir a verlos, pero sí para andar de cachondeo por ahí.

—Ves como no era tan difícil. Te prometo que no te diré más que poses en ninguna foto ni, aunque estemos los dos solos y sea para mi propia galería, sin subirlas a redes ni nada.

Sellamos nuestro pacto con un beso, que empezó siendo un leve roce de labios, para convertirse en uno hambriento que nos encendió como la leña de una chimenea. No sé qué me pasaba con este hombre, que era acercarse a mí y estar deseando perderme en su cuerpo, a la vez que él se perdía en el mío.

Así nos fuimos hasta la ducha, enredados el uno en el otro, y la verdad es que no tengo ni idea de cómo nos desnudamos, porque cuando me di cuenta, ya estábamos los dos bajo el agua. Él me levantó, sosteniéndome por las nalgas, mientras mis piernas se envolvían alrededor de su cintura. De repente, me penetró de una manera inesperada, lo que me hizo soltar un grito que no sé si fue por la impresión del empellón que me dio o por el placer que sentí; aunque, ahora que lo pienso, puede que fuera por una mezcla de ambas cosas.

No nos hicieron falta preliminares de ningún tipo, puesto que ambos estábamos más que preparados para ese encuentro, que nos llevó, de nuevo, a alcanzar el clímax, primero yo y, al cabo de dos o tres embestidas más, le llegó a él.

Terminamos de ducharnos y vestirnos, ya que habíamos quedado con los chicos en la puerta del restaurante de la cubierta dos, ese que era mucho más elegante que los demás, y en el que habíamos reservado una mesa para ocho personas antes de salir a visitar la ciudad.

Capítulo 12



Tras la cena, que volvió a transcurrir entre bromas y risas, y en la que Gael les pidió disculpas a todos por su forma de actuar esa tarde, en particular a Nazaret, la cual no dudó en decirle que, para la próxima foto le iba a buscar un pasamontañas, lo que provocó que todos estallásemos en una fuerte carcajada. Pasamos a la discoteca a tomar una copa, ya que solo nos quedaba esta noche y la siguiente para disfrutar de ella.

—A mí no me vayas a decir esta noche que nada con alcohol, te lo advierto, porque pienso beberme hasta el agua de los floreros —le soltó mi amiga a Iker, que la abrazó por detrás en ese momento.

—Por mí, te puedes beber lo que quieras, pero ten cuidado porque mañana toca excursión de nuevo y vas a estar echa una *piltrafilla* humana —le respondió este.

—Sofía, ¿tú que quieres tomar? Que voy a ir a la barra a pedir —me preguntó Gael.

—Un San Francisco sin alcohol, que a mí no me pasa como a esta, que es capaz de acabar con todas las existencias del barco y mañana estar como una rosa —dije en referencia a Nazaret, la que en su vida había sentido el peso de una resaca, por mucho que hubiera bebido el día anterior.

Estuvimos bailando y bebiendo hasta altas horas de la madrugada, momento en el que decidimos que nos retirábamos ya, aunque tengo que decir que, si al día siguiente nos hubiera tocado navegación, hubiésemos seguido hasta el cierre, ya que el ambiente era inmejorable y las risas se hicieron notar desde el principio. La verdad es que estaba contenta de haber coincidido con ellos, porque nos habían dado un giro en nuestra experiencia de ciento ochenta grados, y no es porque no fuésemos capaces de pasarlo bien las cuatro solas, sino porque habían llegado para completar nuestro grupo.

Lo que quedaba de noche, volvimos a pasarla disfrutando de nuestros cuerpos, tanto, que vimos amanecer en la terraza a la vez que nos envolvía un potente orgasmo a los dos. Tras el cual, decidimos irnos a la ducha y a desayunar puesto que, si nos echábamos en la cama, no íbamos a ser capaces de levantarnos para visitar Noruega, que era nuestro último destino.

Atracamos en el puerto de Skolten, en Bergen, ese que mi amiga decía que tenía nombre de marca de papel higiénico, y que nos sacó una risa a todos con su comentario.

Ese día la visita era fue más breve, ya que el barco zarparía mucho antes, porque empezábamos el camino de regreso. Así que, optamos por visitar algo típico de allí, la Lonja, donde tuvimos la oportunidad de probar una gran variedad de deliciosas formas de cocinar el salmón. Había una zona al aire libre con pequeños chiringuitos, donde se podían degustar todas las especialidades, compramos varias latas para llevarnos de recuerdo, y volvimos al barco.

Eran pasadas las cuatro de la tarde cuando volvimos a embarcar, ya que nuestro crucero zarpaba a las cuatro y media, dejando en tierra a todo aquel que no estuviera a bordo y, aunque los bares y restaurantes permanecían abiertos, con lo que habíamos picado en la Lonja, ni Gael ni yo teníamos nada de hambre, así que nos fuimos directamente al camarote.

A pesar de lo que podáis pensar, no nos fuimos a dormir de inmediato, por muy cansados que estuviéramos. Antes de eso, nos dimos un momento para disfrutar juntos, lo que nos llevó a caer rendidos en un abrazo, durmiendo en esa posición tan acogedora que todos conocen como cucharita.

Cuando quisimos darnos cuenta, ya era la hora de cenar. Dado que era nuestra última noche a bordo del barco, optamos por pedir la cena al camarote, acompañada de una botella de champán. Decidimos quedarnos ahí, disfrutando de la intimidad, sin salir en toda la noche. Después de haber disfrutado al máximo de la discoteca la noche anterior, ahora era el momento de aprovechar al máximo nuestros momentos de pasión y placer.

—Voy a avisar a las chicas que no vamos a salir, así no se quedan esperando por nosotros —le dije mientras que él cogía el teléfono del camarote para pedir la cena. Él simplemente asintió con la cabeza, puesto que ya estaba realizando el pedido.

Mis amigas me dijeron absolutamente de todo menos bonita. La verdad, eso me daba exactamente igual, porque lo único que realmente me preocupaba era disfrutar de las últimas horas con Gael y saber qué iba a suceder con nosotros una vez que desembarcáramos en el puerto. No tenía ni idea si vivíamos en la misma ciudad o si cada uno estaba en un extremo opuesto, y eso era algo que me inquietaba, ya que no entendía tanto secretismo.

Nos volvimos a perder en esa ducha, porque al igual que la vez anterior, la cena iba a tardar y decidimos hacer la espera más amena, alcanzado cotas de placer que ni siquiera podría haber imaginado alcanzar. Aunque mis encuentros con Tano no eran aburridos precisamente, con Gael me sentía totalmente saciada en el terreno sexual, no así en el personal, en el que me faltaban muchas cosas.

Después de haber disfrutado de la cena, nos encontrábamos en la terraza, contemplando el mar y el cielo totalmente estrellado que nos cubría, a la vez que nos tomábamos una copa. En medio de esa atmósfera mágica, la incertidumbre me estaba consumiendo, así que finalmente me armé de valor y decidí hacer la pregunta. Creía que ya iba siendo hora de dejar todos los puntos claritos, especialmente porque solo nos quedaban unas pocas horas en ese barco.

—Gael, ¿qué va a pasar cuando desembarquemos? —pregunté expectante y con la esperanza de que me dijera que íbamos a continuar con lo nuestro.

—No entiendo lo que quieres decir —me contestó como queriendo darme largas, y ahí comprendí que lo nuestro se acaba ahí y ahora, lo que no me esperaba era el bombazo que me soltaría minutos después.

—Me refiero a lo nuestro. Es que, ni siquiera sé si vivimos en la misma ciudad y, llámame desconfiada, pero tanto secretismo me escama un poco.

—A ver… Joder, es que no sé cómo contarte esto... —me respondió.

—Qué tal si empiezas por el principio, así me enteraría de una vez —dije empezando a enfadarme de verdad.

—Verás, lo nuestro termina en cuanto bajemos de este barco, y tiene un motivo bastante claro: estoy casado.

—¿En serio? ¿Y no has tenido tiempo de contármelo antes de que pasara nada entre nosotros? No me lo puedo creer, ¿cómo eres tan cabrón? Estoy segura de que tu mujer está ajena a todo esto, por eso no querías que subiéramos fotos contigo, bueno, ni siquiera has querido hacerte una conmigo, solo nosotros dos, y ahora entiendo por qué —le dije mientras las lágrimas comenzaban a brotar de mis ojos.

—Eh, para, para y no saques tus propias conclusiones, que Silvia lo sabe todo, es más, ella debe estar haciendo lo mismo.

—Ahora sí que no entiendo nada. Todo me tiene que pasar a mí, ¿es que, acaso, sois una pareja abierta? —pregunté sin entender por qué la vida me lo ponía tan complicado.

—No exactamente. Cuando nos casamos, Silvia, mi mujer, y yo, llegamos a un acuerdo. Todos los años cogeríamos una semana y nos iríamos de vacaciones por separado, cada uno con su grupo de amigos, y durante estos días, cada uno puede hacer lo que quiera, y acostarse con quien le venga en gana.

»Con la única condición de que no haya constancia de ello, ni fotos, ni regalos ni nada de nada y, por supuesto no contarle lo sucedido a la otra persona. Antes de salir, dejamos nuestras alianzas en casa y, una vez de vuelta del viaje, volvemos a ser el matrimonio de siempre.

»Los únicos que no lo saben son mis padres, en cuya mentalidad no cabría hacer tal cosa, por eso creen que estamos trabajando, ya que mi mujer también es médico, solo que ella es psiquiatra —contestó y se quedó tan ancho y pancho.

—¿Y no crees que yo debería haberlo sabido? Digo yo que algo tendría que haber dicho sobre si quería participar en semejante esperpento —dije dolida y enfadada.

No soy de esas personas que se dedican a juzgar a nadie, cada uno establece sus propios límites en sus relaciones, y si ambos están de acuerdo, nadie tiene derecho a opinar. Sin embargo, lo que no iba a permitir era que me hubiera usado. Estaba en mi pleno derecho de decidir si quería entrar o no, y tenía claro que no lo hubiera hecho. Ahora me sentía como una muñeca hinchable, de la que se habían aprovechado durante esa semana para satisfacer sus deseos, y ahora, simplemente me desinflaban y la guardaban en el trastero hasta el próximo año.

—Tienes toda la razón, pero si te lo decía, sabía que me ibas a decir que no, y hacía mucho tiempo que deseaba tenerte como te he tenido, llámame egoísta si quieres.

—¿Egoísta? Eres un verdadero cabrón, con todas las letras y en mayúsculas. Te da igual pisotear y jugar con los sentimientos de los demás, mientras que puedas satisfacer todos tus deseos. No quiero volver a cruzarme contigo nunca más, ojalá no te hubieras cruzado otra vez en mi camino. Maldita sea la hora en que decidiste acercarte a mí en este barco.

Capítulo 13



Como ya tenía la maleta preparada desde esa misma tarde, entré en el camarote para vestirme y, tras coger el equipaje, salí de allí sin mirar atrás, mientras que Gael seguía en la misma postura en la que lo dejé cuando me fui para dentro.

Pasé toda la noche llorando, sentada en una hamaca en la cubierta inferior, pero lo prefería a tener que compartir el mismo espacio que ese ser sin escrúpulos con el que había vivido los últimos días, y al que creía conocer. Nada más absurdo que lo que me estaba pasando a mí, enamorarme de una persona que tenía tan pocos valores.

En cuanto el barco atracó en el puerto de mi ciudad, y pusieron la pasarela para que los pasajeros pudiéramos bajar, me apresuré a la salida, puesto que necesitaba dejar todo eso atrás. Busqué un taxi que me llevara de nuevo a casa, que era el único lugar en el que me sentía segura ante el nuevo palo que me había asestado la vida.

Una vez que me subí al taxi y mientras iba de camino a mi lugar seguro, les mandé un mensaje a las chicas por el chat que teníamos las cuatro. Les conté lo que había sucedido y les pedí por favor que no fueran a mi casa ni me llamaran, ya que necesitaba un tiempo a solas para procesar todo lo que había pasado antes de enfrentarme a alguien. También le mandé a mi madre un audio, informándole que acababa de bajar del barco y que estaba bien, aunque un poco cansada para recibir visitas. Le prometí que mañana hablaría con ella para comer juntas.

—Es que no me puedo creer que una persona pueda ser así, si es que soy imbécil. ¿Cómo no me di cuenta de que no era trigo limpio? —me decía a mí misma mientras me secaba el pelo, pues lo primero que hice nada más llegar a mi casa, fue meterme en la ducha, como si así pudiera eliminar todo rastro de Gael en mí.

Era tanta la rabia y el dolor que sentía, que no era capaz de echar una lágrima más, estaba totalmente decepcionada, pero especialmente conmigo misma. Para mí era impensable que no me hubiera dado cuenta de lo que pasaba.

Aún en distinto plano, porque no era comparable una cosa con la otra, este mazazo había sido incluso peor que la muerte de Tano, ya que lo de mi pareja no se podía prever, fue un accidente, pero lo de Gael había sido maldad humana, y además de la persona que menos me podía haber

imaginado que albergara tanta.

Una vez que me puse el pijama, puesto que no pensaba salir a ningún sitio, deshice el equipaje y puse a lavar la ropa sucia, así como a colgar toda aquella que no había utilizado. Me tumbé en el sofá, con la televisión encendida de fondo, en la que no sabía ni lo que estaban emitiendo, y cerré los ojos, intentando dejar la mente en blanco, pero no lo conseguí.

A mi mente acudieron todas las imágenes de esos días en los que, de nuevo me sentí feliz; todos los besos, los momentos de pasión y las caricias que nos hicimos y, casi sin darme cuenta, mis ojos se volvieron a llenar de lágrimas. Me acordé del colgante que me regaló, y con rabia le di un tirón y me lo arranqué del cuello, tirándolo en la mesa que tenía junto al sofá. ¡Cuánto significado habían tenido sus palabras cuando me lo puso! Y no, no iba a olvidar ese viaje, pero no por los motivos que yo pensaba que iba a ser, sino por otros totalmente diferentes.

Pero, como Sofía Álamo que me llamaba, que iba a salir de esta. Si pude superar la muerte de Tano, que me quiso y me trató como nadie, tenía más que claro que a Gael lo iba a olvidar, sí o sí. Con ese pensamiento, me quedé dormida, y es que, aparte de no pegar ojo en casi toda la noche, la tensión del momento sufrido me había agotado psicológicamente.

Me desperté con unos golpes en la puerta, pero fuera quién fuese se iba a quedar ahí, ya que no tenía pensamientos de abrirle a nadie, había dejado muy claro que quería estar sola, así que tenían dos trabajos: permanecer dando golpes o marcharse.

Dejaron de escucharse los golpes, aunque no los murmullos de personas hablando en el descansillo, pero estaba tan aturdida que no podía reconocer quienes eran los que permanecían hablando, hasta que, en un momento dado, no puedo decir cuánto tiempo transcurrió, la puerta se abrió, entrando por ella mis amigas con sus chicos.

—¿Qué parte de no quiero hablar con nadie no habéis entendido? Y encima con ellos, hay que joderse lo que hacen unos buenos polvos, que te incitan incluso a traicionar a las amigas —le dije a Nazaret, que era la que había entrado la primera, y en un tono que no dejaba lugar a dudas del monumental enfado que tenía.

—En primer lugar, me importa un cojón de pato que quieras estar sola o no. En segundo, el que vengan ellos no tiene nada que ver con una traición, más bien todo lo contrario, están tan preocupados por ti como nosotras y dicho esto, voy a obviar el tono en el que nos has hablado —me contestó con solemnidad.

—Sofía, venimos a pedirte disculpas. —Esta vez fue Iker quién habló—. Pensábamos que te lo había contado el primer día, ya que, normalmente, es lo que suele hacer. Le expone a la chica en cuestión lo que hay, si le interesa perfecto, si no, pasa a otra y solucionado. Incluso ha habido veces en las que no ha estado con nadie durante todo el viaje, todo depende de cómo se encontrara su situación con Silvia en ese momento.

—Pues entonces, antes de embarcar le tenía que haber enviado los papeles del divorcio, eso por lo menos —le contesté con toda la ironía que mi cabeza era capaz de procesar, pues todavía me encontraba aturdida por todo lo que me estaba sucediendo.

—No es eso, de verdad. Y no entiendo cómo no te lo contó —me dijo Jairo con cierta tristeza —. Si lo llego a saber antes, yo mismo lo hubiera hecho. Tenías todo el derecho a decidir si querías entrar al juego o no.

—Yo me siento culpable, puesto que a mí Paul sí me lo contó, pero pensaba que habías decidido vivir la semana a tope para luego seguir con tu vida como si tal cosa. Por eso no te dije nada —me explicó Almudena con lágrimas en los ojos, a la vez que Paul la abrazaba, dándole consuelo.

—¡¿Y no se te ocurrió preguntarme?! Es que esto es para mear y no echar gota, te lo juro — increpé a mi amiga, lo que hizo que rompiera en un llanto desgarrador.

—No, y te pido perdón por ello.

—El único que debería disculparse no lo ha hecho ni tiene intención de hacerlo, así que ahora, más que nunca, tenemos que permanecer unidos, y me refiero a todos, a los siete —contestó Nazaret, y tenía razón, ya no había vuelta atrás, lo único que nos quedaba era avanzar.

—Tienes razón, amiga, lo pasado, pasado está. Solo quiero una cosa, a partir de este momento, no quiero escuchar una sola palabra de ese ser sin conciencia y sin escrúpulos, para mí está muerto y enterrado. Entiendo que es vuestro amigo, y si alguna vez decide salir con vosotros, me lo decís antes y yo me quedo en mi casa.

»Al igual que cuando queráis hacer planes de pareja, no quiero que os veáis obligados a cargar conmigo —les dije, dirigiéndome a todos, pero sobre todo a los chicos, porque sabía que mis amigas no me volverían a hablar de él nunca más.

—Eso tenlo claro, Sofía. Además, que a nosotros no nos volverá a llamar hasta que no nos proponga hacer un viaje de nuevo, y menos ahora que sabe que vamos en serio con tus amigas — me explicó Paul.

—O sea, que solo se acuerda de vosotros para poder echar una canita al aire, el resto del año, ni una felicitación por Navidad o por un cumpleaños, y vosotros lo aceptáis. —Divagó Lourdes en voz alta.

—La cosa no es tan sencilla ni tan drástica. El matrimonio de Gael con Silvia es bastante… peculiar, por llamarlo de alguna manera. Y ojo, que con esto no lo estoy intentando justificar ni mucho menos, que lo que ha hecho no tiene nombre, bueno sí que lo tiene: putada. Pero es que el trasfondo de esa relación es mucho más fuerte de lo que se ve aparentemente. —Intentó Iker que lo entendiéramos.

Capítulo 14



Las palabras de Iker resonaron en mi cabeza durante toda la noche. No llegaba a entender a qué se refería cuando dijo que la relación matrimonial de ellos era bastante peculiar. ¿Acaso eran una pareja abierta? ¿Habría algo detrás de esa pareja que no querían que saliera a la luz? Como siguiera así, me iba a volver loca, así que me levanté y, mientras me preparaba un café, llamé a mi madre, ya que sabía que estaba libre.

—Buenos días, mamá. ¿Te cojo ocupada o en mal momento? —le dije en cuanto contestó a mi llamada.

—Para ti nunca será un mal momento, mi vida. ¿Te ocurre algo? Te noto demasiado decaída.

—No, sí, bueno no sé. ¿Te vendría muy mal que comamos hoy las dos juntas? Pero a solas, por favor, necesito contarte algo y prefiero que no esté Sergio, no me gustaría que se llevara una mala impresión de mí —le pedí a mi madre casi sollozando.

—Como ya te he dicho antes, para ti siempre estoy y estaré dispuesta. Si quieres que sea las dos a solas, pues perfecto, ahora mismo le digo a Sergio que necesitas a tu madre, que las presentaciones se quedan para otro día. Dime dónde nos vemos, y allí estaré a la hora que me digas.

—¿Te parece bien que comamos en mi casa? No me gustaría dar el espectáculo en la calle, porque créeme que, si no lo hago yo, lo harás tú en el momento en que te lo cuente todo. Y la hora, me da igual, vente cuando quieras.

—Vale, por mi está bien, pero no te metas en la cocina, compraré algo en el bar para las dos. Dame el tiempo de vestirme y recoger un poco, porque estaba organizando el armario del pasillo y no quiero dejarlo todo desordenado. En cuanto termine, voy para allá. Un beso, cariño, y no te preocupes, todo saldrá bien.

—Un beso, mamá, te espero aquí.

Aproveché el resto de la mañana para limpiar a fondo la casa, ya que necesitaba mantener mi mente ocupada, porque si no era así, no paraba de pensar en lo mismo una y otra vez, en lo imbécil que había sido por caer en su trampa.

A eso de las dos menos cuarto de la tarde, llamaron al telefonillo, y ya sabía que sería mi madre, no me equivoqué. La esperé con la puerta abierta, en el recibidor de mi casa y, en cuanto entró y me abrazó, rompí a llorar desconsoladamente.

—No puedes seguir así, Sofía, eres demasiado joven para estar enterrada en vida, Tano ya no va a volver —me dijo pensando que era por eso por lo que lloraba. ¡Cuan equivocada estaba!

—No lloro por eso, mamá —le expliqué en cuanto que me serené un poco, y mientras que ella retiraba las lágrimas de mi rostro—. A Tano lo echaré de menos toda mi vida, puesto que era mi amigo y mi compañero. Ya he entendido que no va a volver, y que yo no puedo enterrarme con él, como estaba haciendo, es por otra cosa.

—Pues vamos a sentarnos a degustar estos manjares que he traído primero, y después con un cafelito me lo cuentas todo, porque si me lo cuentas ahora, está claro que no vamos a comer ninguna de las dos —me respondió y, de nuevo, volvía a tener razón.

Preparamos la mesa de la cocina para comer las dos, ya que ella decía que no tenía edad para estar sentada en el suelo junto a la mesa del salón, esa que siempre elegíamos para juntarnos a cenar o almorzar en mi casa.

Había traído comida para un regimiento, y más con el estómago cerrado tal y como lo tenía ahora, aunque haría el esfuerzo de comer por ella, especialmente porque se había tomado la molestia de comprarme todo lo que me encantaba del bar. Una vez que terminamos de comer, preparé un café para cada una y nos acomodamos en el sofá para charlar.

—Ahora sí, cuéntame eso que te tiene así, tan afligida, y que ha tenido que sucederte al llegar aquí, porque durante el crucero te notaba feliz cada vez que me llamabas. —Me incitó a que hablara mi madre.

—Realmente fue la noche antes de llegar, pero mejor empiezo por el principio, así lo entenderás mejor. ¿Te acuerdas de Gael? El hijo de tu amiga Gala, que desaparecieron del barrio de la noche a la mañana —le pregunté para ponerla en situación.

—Claro que me acuerdo. Ese chaval tan guapo, con esos ojos grises tan bonitos. Como para no acordarme, si siempre andabais juntos para arriba y para abajo. ¿Qué pasa con él? —respondió mi madre.

—Pues me reencontré con él en el crucero, fue la primera noche…—y así le expliqué a mi madre todo lo que había sucedido entre nosotros, con todo lujo de detalles, ya que entre mi madre y yo nunca había habido secretos. Se emocionó por el reencuentro, hasta que llegué al momento de la última noche.

—Y fue cuando me dijo que estaba casado, que entre ellos existía un acuerdo en el que, durante una semana al año, cada uno hacía su vida, acostándose con quién quisiera pero que, a la vuelta de ese viaje, volvían a ser un matrimonio feliz.

»Y, no me lo contó hasta ese momento, mamá. Además de que estoy segura de que lo hizo porque yo le pregunté que, si no llego a hacerlo, se hubiera callado la boca. Me sentí utilizada —

le conté a mi madre, y en este momento las dos llorábamos juntas.

—Es un cabrón y, como tal, no merece ni una lágrima tuya, mi vida. Quédate con lo que disfrutaste con él en el plano sexual, que eso no te lo va a quitar nadie, pero obviando a su persona, esa que no tiene moral ni ética ninguna si consiente eso.

»Y, ojo, no lo estoy juzgando en el tema de que tengan ese acuerdo, por mi como si acuerdan que se tienen que tirar de un décimo piso cada uno, que eso es entre ellos, me refiero a consentir que la otra persona se sienta así, utilizada.

—Lo sé, mamá, pero es que me ha hecho mucho daño. Tengo tanto dolor por dentro, que no sé cómo canalizarlo.

—Apúntate al gimnasio, te lo recomiendo, te deja como nueva. Yo voy con mi amiga Soraya todos los días, vente con nosotras. De hecho, tenemos que estar allí dentro de una hora, vístete y vamos, aunque me tendrás que dejar algo de ropa deportiva para mí, que no me da tiempo de ir a cambiarme y llegar a la clase de *spinning* —me dijo.

A pesar de que no tenía muchas ganas, decidí que valía la pena probarlo, así que me dirigí hasta el vestidor y saqué un par de mallas y tops. Ambas compartíamos la misma talla, excepto de zapatillas, que yo tenía un par de números más, pero como ella traía las suyas, no había problema.

Nos fuimos hasta donde había quedado con su amiga, que ya la estaba esperando para entrar al gimnasio, y se quedó alucinada de saber que éramos madre e hija, pues pensó que era su hermana.

—Mira, Sofía, qué maromo está en la máquina de las pesas —me decía Soraya, a quien todos llamaban Sory, y que me recordaba muchísimo a Nazaret.

—Sory, por favor, que puede ser tu hijo —le decía mi madre.

—Pero no lo es, así que voy a ver si me da algunas clases particulares —le contestó a mi madre sacando la lengua, a la vez que se marchaba hacia donde estaba el chaval.

La verdad es que pasé una tarde estupenda con las dos, en la que no pararon de sacarme sonrisas, e incluso alguna que otra carcajada, y es que Soraya era para verla pasearse por el gimnasio, como si estuviera en la pasarela Cibeles, intentando ligar. Estaba divorciada desde hacía muchos años, sin hijos, y era la jefa de enfermeras del hospital en el que trabajaba también mi madre. Tenía cuarenta y nueve años, y un cuerpazo de escándalo y, al igual que mi madre. No aparentaba la edad que tenía, por lo que se llevaba a los hombres de calle, aunque decía que no quería otro marido, que para un trozo de chorizo no tenía por qué cargar con el cerdo entero.

Cuando volví a casa, me sentía renovada, me había venido de lujo ese ratito de deporte, por lo que hablé con mi madre para decirle que contaran conmigo para ir junto a ellas, a lo que me contestó que mañana, antes de entrar en su turno, iba a formalizar la matrícula, para que así no pudiera echarme atrás, que ella se encargaba de la mensualidad y de todo. Es verdad eso que dicen que, para las madres, siempre seremos sus niños, independientemente de la edad que

tengamos.

Capítulo 15



El tiempo fue transcurriendo entre el gimnasio, las comidas con mis amigos, porque así consideraba ya a los chicos, ya que se estaban portando conmigo igual de bien que mis chicas y alguna que otra charla con mi madre. Hoy, por fin, iba a conocer a Sergio, a quién ya consideraba la pareja de mi madre, porque antes no había tenido fuerza suficiente para ello.

—Mamá, ya estoy aquí —dije vociferando al entrar en su casa, de la que tenía llave, para dejar claro mi presencia, no fuera que estuvieran en una situación comprometida.

—Estamos en la cocina, mi niña —respondió mi madre entre risas.

Cuando entré lo que me encontré me sacó una enorme carcajada, eran como dos niños pequeños. Habían estado preparando la masa de una empanada y estaban de harina hasta las cejas. Por lo visto, una vez elaborada la masa, a Sergio le dio por tirarle un poco de harina a mi madre en la cara, y ella le respondió de la misma manera, pero con mayor cantidad, empezando así una guerra en la cocina, esa que daba miedo de ver, pues parecía que los muebles estaban rebozados.

—¡¿Esto qué es?! —pregunté entre risas.

—Pues ya ves, tu madre que es muy graciosa y mira la que ha liado. Soy Sergio, encantado, perdona que no te dé un abrazo —dijo la pareja de mi madre, presentándose con una sonrisa.

—¡¿Cómo qué no?! —contestó mi madre, a la vez que me daba un abrazo que me cogió totalmente desprevenida, y al que Sergio correspondió haciendo lo mismo, pero por la espalda, de manera que me habían puesto perdida entre los dos.

—¡Nooo! —dije y me salió una carcajada— Me habéis puesto fina de harina. A ver cómo me voy para mi casa así.

—Eso no es estar pringada, hija, esto sí —dijo mientras que hacía que las dos acabáramos en el suelo, al que se unió su pareja.

Al final, terminamos los tres rebozados de harina hasta las cejas, haciendo la croqueta por el suelo de la cocina y, aunque me toméis por loca, necesitaba ese momento, esas risas, pues me

quitaron de golpe muchas cosas de la cabeza.

Nos dimos todos una ducha, después de recoger el desastre de la cocina, y salimos a comer a un restaurante cercano, para lo que mi madre me tuvo que prestar ropa, menos mal que, afortunadamente, teníamos la misma talla.

Conocer a Sergio de cerca solo me confirmó lo que ya sabía, que era un gran hombre y que estaba con su Manuela que no vivía, todo le parecía poco, cada gesto que tenía con ella era una muestra de cariño. Había tardado, pero por fin encontró a la persona perfecta para ella, se complementaban a la perfección, ojalá yo encontrara eso mismo de nuevo.

❖ ❖ ❖

Era finales de septiembre, y había centrado toda mi energía y mis pensamientos en el trabajo. Me encontraba revisando unos planos para una reunión que teníamos en media hora, de la que dependía la firma de un contrato decisivo para nosotros.

Se trataba del diseño y construcción de una urbanización de lujo en Marbella, que supondría para nosotros dar un paso muy importante tanto en el plano laboral como en el económico, ya que serían muchos millones de euros los que ganaríamos con esta operación.

—Ya han llegado los dueños de la urbanización —me avisó Nazaret asomando la cabeza por la puerta de mi despacho.

—Perfecto, hazlos pasar a la sala de reuniones, que ahora mismo voy, el tiempo de coger todos los planos, puesto que la maqueta ya está allí. Avisa también a tus compañeros, por favor.

—Eso está hecho, jefa.

Entramos en la sala de reuniones cuando no eran todavía las nueve de la mañana, y estuvimos allí casi cuatro horas, desgranando el proyecto minuciosamente, y resolviendo todas las dudas que tenían los dueños, así como realizando las modificaciones que habían sugerido, esas que imprimimos con una impresora 3D, añadiéndolas a la maqueta inicial.

La reunión fue todo un éxito, firmando el contrato del diseño en ese mismo momento, y además por una cantidad bastante superior a la acordada inicialmente, ya que habían propuesto cambiar la fecha de finalización, adelantándola en tres meses.

Al despedir a los dueños, empecé a sentirme mal, bueno en realidad llevaba sintiéndome indispuesta durante toda la reunión, pero llegados a este punto, el mareo y la indisposición ya eran más que evidentes, hasta el punto de que, de momento, lo vi todo negro y perdí la consciencia.

—¡Sofía! —gritó Nazaret al verme caer al suelo.

—Sofía, por favor, despierta —me decía Almudena mientras que me daba pequeños golpes en la cara—. Llama a una ambulancia, Nazaret.

—Quita, quita, deja la ambulancia, que no es nada. Tráeme un poquito de agua, por favor —dije en un murmullo, puesto que todavía no me encontraba demasiado bien,

—¿Agua? ¿Es que eres un pato ahora? Déjate de tonterías que ahora mismo nos vamos al médico —dijo Nazaret.

—Te voy a traer algo de comer, que seguro que es una bajada de azúcar por no haber probado bocado en toda la mañana. —Se dirigió a mí Almudena, y fue pensar en comida, y tener que salir al baño como un rayo, pues me dieron unas arcadas impresionantes.

—Se acabó —dijo mi amiga entrando en el baño, pues no me había dado tiempo ni a cerrar la puerta—. Coge ahora mismo tu bolso, que nos vamos a que te vea un médico. Y no, no vayas a protestar, porque llamo a tu madre a la voz de ya, y me da igual que me digas que no eres una niña pequeña.

—Está bien, así me receta algo, que llevo sintiéndome mal desde hace unos días, aunque no a este nivel —respondí cogiendo mis cosas.

Quiso llevarme al hospital en el que trabajaba mi madre, pero al final conseguí disuadirla y me llevó al centro privado que tenía asignado en mi seguro médico, y que tenía las ventajas, por un lado, de que sería más rápido, y por otro, que no preocuparía a mi madre por una tontería. Cuando tuviera un diagnóstico, ya le contaría lo que me pasaba.

—Buenos días, Sofía. Cuéntame, ¿qué te trae por aquí? —me preguntó la doctora una vez que nos pasaron a consulta.

—Buenos días, Daniela. Pues verás, llevo varios días que no me encuentro muy bien, me noto muy cansada, así como con el estómago un poco revuelto, como si sintiera asco —le contesté.

—Esta mañana se ha desmayado al finalizar una reunión. Ah, y también ha vomitado —puntualizó Nazaret.

—¿Hay alguna posibilidad de que puedas estar embarazada? —me preguntó, y se me cayó el mundo encima.

—Hombre, como haberlas, las hay —murmuró Nazaret en mi oído.

—Pues, no sé, porque yo tomo la píldora desde hace mucho tiempo.

—Pero la píldora también puede fallar, ante situaciones de estrés, grandes disgustos y cosas así. ¿Has pasado últimamente por algo así? —me dijo Daniela.

—¿Algo? Lo ha tenido todo, desde la muerte de su pareja hasta el mayor desengaño de su vida —contestó mi amiga por mí, ya que yo no era capaz de articular una palabra.

—Pues entonces, salgamos de dudas. Acompáñala a la zona de extracciones, donde le realizaremos una analítica de sangre completa, así como una de orina. Cuando tengamos los resultados, veremos a qué especialidad la derivamos, si a digestivo o a ginecología —le dijo Daniela a mi amiga, esa que me agarró del brazo y me llevó por el pasillo correspondiente, ya que por mí misma no era capaz de dar ni un paso.

Me realizaron las pruebas pertinentes, y nos sentamos a esperar los resultados en una sala destinada a ello, mientras mi cabeza no paraba de dar vueltas una y otra vez.

—¿Qué piensas, cabecita loca? —me preguntó Nazaret.

—Eso mismo, que me voy a volver loca. ¿Cuántas sorpresas más me va a deparar la vida? Porque te prometo que ya no puedo más.

—No te pongas en lo peor, lo mismo no es ningún embarazo y tu debilidad tiene otra causa.

—No considero un embarazo como lo peor, Nazaret, todo lo contrario, para mí es un regalo. Además, si mi madre pudo con ello, que encima eran otros tiempos, yo también podré. Lo que me da miedo es la reacción del padre, porque ya sea por mí o por sus amigos, va a terminar enterándose, eso lo tengo claro. Y no sé qué es peor, si me dice que no quiere saber nada, o si quiere implicarse en la crianza del niño —le contesté.

—Sofía Álamo —llamó la enfermera para darnos paso a la consulta.

Capítulo 16



De ocho semanas, estaba embarazada de ochos semanas, y ahora mismo me encontraba tumbada en la camilla de ginecología para hacerme mi primera ecografía, con mi amiga tomándome de la mano, en vez del padre del bebé.

—Pues vamos a ver cómo se encuentra este garbancito —dijo la doctora empezando a pasar el ecógrafo por mi vientre, ese que todavía estaba como una tabla—. Mira, aquí está. ¿Lo veis?

—¡Sí! —dijimos mi amiga y yo a la vez, mirando la pantalla.

—Ahora vamos a escuchar el latido de su corazoncito.

Tanto Nazaret como yo, rompimos a llorar al escuchar ese sonido. Había estado tan sumida en mi dolor que ni siquiera me había percatado de que no me había bajado la regla. Ahora, con su latido de fondo, me daba cuenta de lo afortunada que iba a ser a partir de ahora, pues el amor de mi pequeño no me iba a faltar nunca.

—¿Se lo vas a decir? —preguntó mi amiga nada más nos montamos en el coche.

—¿A quién? —respondí sin darme cuenta de la tontería que acababa de decir, y a la que tanto mi amiga como yo reaccionamos con una carcajada— Pues si te digo la verdad, no lo sé.

—Debería saberlo, al fin y al cabo, es su padre. Creo que tiene el derecho a decidir si quiere ejercer como tal o no.

—Yo también tenía derecho a saber que estaba jugando conmigo y me dejó al margen —contesté medio enfadada, ya que no entendía que ahora mi amiga se pusiera de su lado.

—No cometas el mismo error que él, Sofía. Hazlo de manera que, el día de mañana, cuando el bebé sea mayor, no te pueda reprochar que no tiene relación con su padre por tu culpa.

Y, en ese punto, cortamos la conversación, el resto del camino lo hicimos en absoluto silencio, ya que yo iba sumida en mis pensamientos y ella no quería hablar por miedo a meter la pata y que la apartara de mi lado.

—Déjame en casa de mi madre, por favor, que le he escrito un mensaje y me ha dicho que va de camino para allá. Ahora mismo necesito su abrazo y su consejo. Si quieres, quédate a comer con nosotras —le dije a Nazaret, en un tono que rebajó la tensión que había entre nosotras desde que nos montamos en el coche.

—Perfecto, pero lo de la comida, mejor lo dejamos para otro día. Primero, porque creo que este debe ser un momento entre las dos, y lo segundo, porque he quedado con Iker en el restaurante que hay junto al estudio, y me sabe mal decirle que no voy.

—No le vayas a decir nada del embarazo, por favor. Me gustaría ser yo la que diera la noticia, y antes necesito poner mi cabeza en orden y decidir si se lo voy a contar a Gael o no.

—Sin problema, sabes que mi boca estará cerrada. Ni siquiera las niñas lo sabrán por mí, y eso que Almudena no para de enviar mensajes al grupo preguntando.

—Ahora contestaré yo, no te preocupes por eso, que no te voy a poner en el aprieto de mentir, que sé de sobra que no te gusta.

Paró el coche en la puerta de la casa de mi madre y, aunque tenía llave para entrar, la iba a esperar en el porche, sentada en el balancín, y así de paso pensaba en lo que iba a hacer. Le di un beso a mi amiga en la mejilla y un abrazo, y procedí a apearme del coche, dirigiéndome a la entrada, mientras esperaba iba a contar en el grupo de las chicas lo de mi embarazo, dejando claro que no saliera de ahí.

—Hija, ¿qué haces ahí? ¿Por qué no has entrado? —me dijo mi madre cuando me encontró sentada en el porche.

—Preferí esperarte aquí, y que me diera el aire. Tenía mucho en qué pensar, y encerrada en casa se me iba a hacer demasiado cuesta arriba, mamá —dije intentando sonar despreocupada, pero no lo conseguí.

—¿Qué te ocurre, mi niña? Tienes mala cara —me respondió mi madre a la vez que abría la puerta—. Vamos dentro, mejor, y así hablamos tranquilamente, que seguro que no has comido.

Pasamos a la cocina, y mientras que mi madre iba a su habitación a cambiarse, yo puse a calentar el pollo al horno que ella había dejado listo para comer, así como preparé también la ensalada que compartiríamos, y puse la mesa.

—Ya estoy aquí. Siéntate que ya sigo yo, y ve pensando en la manera de contarme eso que te tiene así —dijo mi madre al entrar en la cocina.

—Solo hay una manera, mamá. Estoy embarazada —le dije de sopetón a mi madre, a quien se le resbaló la panera con el pan que tenía en la mano en ese momento, de la impresión—. Ya ves, me parece que la historia se repite, aunque con la diferencia de que yo ya tengo mi vida resuelta.

—¿Qué vas a hacer? ¿Se lo vas a contar a Gael? —me respondió a la vez que se agachaba para recoger los trozos de pan del suelo y tirarlos a la basura. Por suerte, no se habían caído

todos, ya que el pan se había vuelto una adicción para mí.

—No lo sé, mamá. Tengo un lío en mi cabeza monumental, y no he decidido todavía lo que voy a hacer.

—Siéntate, vamos a comer y luego hablamos tranquilamente, que las decisiones se toman mejor con el estómago lleno —me dijo, y la verdad es que la noté un poco nerviosa, pero seguro que solo serían imaginaciones mías.

No os puedo decir si era por el embarazo o no, lo que sí puedo asegurar es que ese día comí con ganas, todo me parecía exquisito y me sentó muy bien. En vez de café, que no podía tomar por el embarazo, mi madre preparó dos infusiones para tomarlas con el postre, y nos sirvió una porción de tarta de chocolate a cada una. Parecía que mi madre tuviera previsto que la iba a necesitar, pues me dijo que la había comprado el día anterior, por si se le apetecía a Sergio o a ella después de cenar. Sergio cada día pasaba más tiempo en casa de mi madre, y no iba a tardar mucho en terminar de mudarse con ella.

—Creo que ha llegado el momento de hablar contigo, y de que no cometas los mismos errores que yo he cometido, hija —me dijo mi madre en aparente estado de nerviosismo, ya que hasta le temblaban las manos.

—¿A qué te refieres, mamá? ¿Me estás insinuando que he sido un error en tu vida? —pregunté con lágrimas en los ojos.

—¿Qué estás diciendo, tonta? Tú has sido y serás lo mejor que me ha pasado en la vida. Y ese bebé, va a venir a completar mi vida y mi felicidad, al igual que la tuya. Fue duro, no te lo voy a negar, porque sacarte adelante sola ha sido lo más fuerte a lo que me he tenido que enfrentar, pero no cambiaría ni un solo segundo de mi vida desde que llegaste a ella. No me refería a eso.

—¿Entonces? Habla claro, por favor, que no estoy entendiendo nada.

—Me refiero a tomar la decisión de contárselo al padre o no —me contestó con lágrimas en los ojos.

—Pero… tú se lo contaste a mi padre y él no quiso saber nada, así que fue él quien cometió el error, y no tú.

—Eso no sucedió así, cariño. Y te ruego que me dejes hablar sin interrumpirme, luego si quieres te contestaré a todo lo que necesites conocer.

—Está bien, no te interrumpiré hasta que termines tu relato —contesté con toda las dudas y la incertidumbre que era capaz de albergar en mi cabeza y en mi corazón.

—Cuando me quedé embarazada, solo tenía diecisiete años y tu padre tenía diecinueve, pero no fue un rollo de una noche, ambos estábamos enamorados. En el momento en el que tu abuelo se enteró, en vez de montar en cólera, como era lo normal en aquella época, me abrazó y me dijo que podíamos contar con él para todo lo que necesitáramos.

»Así que, con toda la felicidad del mundo, me dirigí a la casa de tu padre, que estaba a pocas casas de la nuestra. Tus abuelos paternos me abrieron la puerta, y me preguntaron que hacía allí, que su hijo no estaba.

»Pensando que iban a tener la misma reacción que tu abuelo, se lo conté, pero en lugar de eso, me dijeron que abortara, y que no le dijera nada a su hijo, que se iba a ir a estudiar la carrera al extranjero, y que una niñata golfa como yo, que se dejaba embarazar a las primeras de cambio, no le iban a arruinar la vida.

»Regresé a mi casa llorando, y le conté al abuelo lo que me habían dicho. Él se limitó a abrazarme y a decirme que lo dejara ir y que terminara la carrera, sin decirle nada del embarazo, que, si nuestro amor era fuerte, resistiría a esa distancia y volveríamos a estar juntos.

Capítulo 17



En *shock*, así me encontraba en ese momento, y la dejé seguir hablando, porque lo necesitábamos las dos, ella para desahogarse y yo para entender todo y actuar en consecuencia.

—Y eso hice —continuó contándome su historia, nuestra historia—. No le conté nada del embarazo y, el día antes de que se marchara para Estados Unidos a estudiar, le dije que no deberíamos estar juntos en el tiempo en el que estuviera en el extranjero, que si cuando volviera sentíamos lo mismo, lo retomaríamos donde lo habíamos dejado.

»Y lo aceptó sin más, sin discutirlo siquiera. Cuando volvió, después de cinco años, ya que ni siquiera venía para pasar las Navidades, porque eran sus padres los que se trasladaban allí, temiendo que su hijo volviera y me viera contigo en brazos, lo hizo de la mano de una mujer, con la que estaba prometido, así que continué con mi silencio. —Terminó con lágrimas en los ojos.

—Entonces, él no tuvo la oportunidad de decidir si me quería en su vida o no. Lo manipulasteis entre todos, se convirtió en una marioneta, tanto de sus padres como del abuelo y tuya. No me parece justo lo que nos hicisteis, ya que nos privasteis a los dos de la posibilidad de tener una relación de padre e hija —contesté con rabia. Ahora tenía más que claro que se lo iba a decir a Gael, y que él decidiera su grado de implicación en la crianza de este bebé.

—Reconozco que me equivoqué, Sofía, pero ponte también en mi lugar, solo tenía diecisiete años, dieciocho en el momento de tu nacimiento. Y es por eso, por lo que no quiero que tú caigas en lo mismo que yo ni que cometas mis mismos errores.

—Y ¿se puede saber quién es mi padre? Debo ir a buscarlo y contarle todo, creo que nos lo merecemos los dos.

—Tu padre se llama Pablo del Castillo, y es el CEO del Hospital Clínico Santa Clara. Ahí podrás encontrarlo —me dijo ya mucho más tranquila.

—Se lo voy a contar a Gael, lo acabo de decidir, no quiero pasar por esto el día de mañana, y que la vida de mi hijo o hija se vea trastocada una vez que sea mayor. Ahora tengo que digerir todo lo que me has contado.

»Que conste que no estoy enfadada contigo, todo lo contrario, hiciste lo que creíste conveniente que era mejor para las dos, pero necesito procesarlo. Mañana te llamo, mamá —dije

mientras me levantaba y cogí mi bolso, para salir de allí.

Me fui andando hasta mi casa, dando un paseo, a pesar de que tenía una buena caminata por delante, pero necesitaba pensar, y nada mejor que eso para poner mi cabeza en orden. Por el camino le envié un mensaje a las chicas, para decirles que las necesitaba, que las vería en mi casa en una hora, a lo que me contestaron que por supuesto, además de que Nazaret me dijo que me iba a llevar mi coche del estudio, para que lo tuviera disponible al día siguiente.

En cuanto llegué a mi casa, me puse cómoda, ya que no había contado con que llevaba unos tacones de vértigo, esos que me había puesto esta mañana para ir al estudio, y que no eran los más idóneos para la caminata que me había pegado, así que tenía los pies destrozados.

Me senté en el sofá, con el portátil en el regazo, y me puse a buscar los datos de mi padre, necesitaba ponerle cara y saber quién era antes de ir a buscarlo, porque eso sí que lo tenía más que claro, que mi padre iba a saber de mi existencia, y que ya decidiera por él mismo si quería que nos conociéramos o no, y por fin le ponía cara. Siempre me había preguntado a quién me parecía, puesto que no era ni a mi madre ni a mi abuelo, aunque este último siempre me decía que era a mi abuela, pero acababa de descubrir que era igualita que mi padre. Tuvo que ser muy duro para mi madre ver en mí al amor de su vida, ese que no estaba a su lado durante mi crianza, a pesar de que no conocía nada de mi existencia.

—Abre loquita, que ya estamos aquí —gritó Nazaret desde el descansillo, no sabía si era porque quería llamar la atención o porque había llamado a la puerta y yo no lo había oído, metida tanto en mis pensamientos como estaba.

—Ya está, no era necesario gritar de esa manera, el timbre sigue funcionando.

—Una de dos, o estás sorda o estabas dormida, porque vaya manera de llamar que hemos tenido —contestó Almudena.

Nos sentamos todas juntas y las puse al día de las últimas novedades, esas que las dejaron tan impactadas como a mí. Bueno, no tanto, porque a mí me afectaba directamente, poniendo mi vida patas arriba de nuevo. El jodido destino, que parecía que la tuviera tomada conmigo, y no paraba de ponerme a prueba día tras día.

Esa noche la pasé dando vueltas en la cama hasta que, a las seis de la mañana ya no podía más y me levanté, para darme una ducha y desayunar tranquila. A partir de ahora, eso de tomarme un café y salir volando, se había terminado, debía cuidarme, por mí y por mi bebé.

Llegué al estudio mucho antes de lo que lo hacía normalmente, así que le dije a mi secretaria que acudiera a mi despacho. Tenía varios frentes abiertos a los que debía enfrentarme cuanto antes, así que cogería el toro por los cuernos.

—Hola Sofía, cuéntame qué necesitas y en qué puedo ayudarte —me dijo Ana en cuanto me vio acomodada en mi despacho.

—Hola Ana, preciosa. Son dos cositas. Primero necesito que me localices al doctor Gael

Garza, y me concientes una cita en su consulta, pero sin dar mis datos. Sé que es mucho pedir, pero es pediatra y necesito hablar con él, pero si sabe que soy yo, no me va a atender. ¿Podrías poner los datos de tu hija, por favor? —le informé a Ana, que más que secretaria, era amiga.

—Claro, sin problema. Tengo plena confianza en ti, y sé que si me pides eso es porque no tendrás otra opción y lo que le tienes que decir es importante. ¿Y la otra? Quiero decir que cuál es la otra cosa para la que necesitas mi ayuda —me dijo totalmente segura.

—Ah sí, la otra cosa es que me concientes una cita con el CEO del Hospital Clínico de Santa Clara. Ahí sí necesito que des mis datos, así como mi cargo en el estudio, es de prioridad absoluta que sea lo antes posible, por favor.

—¿Tienes algún problema de salud? Me estás asustando, entre el desmayo del otro día y la cita de ahora, con tanta premura…

—No mujer, de salud estoy bien, el desmayo se debió a mi estado, estoy embarazada. Y la premura de la cita con el CEO se debe a que, a los años, me he enterado de que es mi padre —le contesté y le expliqué todo lo que había pasado en mi vida, sabía de su total discreción y no me parecía justo tenerla preocupada pensando en que me pasaba algo.

Ana se marchó de mi despacho para llevar a cabo las gestiones que le había encargado, mientras yo me sumergí en la montaña de papeles que tenía sobre la mesa, los cuales requerían de mi atención absoluta en ese momento, ya que eran proyectos que teníamos pendientes de valorar, lo que supondría un incremento económico para el estudio.

—¡Lo tengo! —Entró Ana corriendo en mi despacho— Perdón, perdón, pero me ha podido la emoción y no he llamado ni a la puerta.

—Pasa, anda, y cuéntame qué es lo que tienes —le dije entre risas.

—La cita con tu padre. He hablado directamente con él, y cuando he dado tu nombre y el del estudio, me ha dicho que conocía a tu familia desde la infancia, y que estaba dispuesto a recibirte hoy mismo, sobre las cinco de la tarde —me contó con evidente alegría, la misma que sentí yo al conocer que todavía se acordaba de mi familia, por lo que sería mucho más fácil de lo que tenía pensado.

—Mil gracias, Ana, no sabes lo que esto significa para mí.

—Pero eso no es todo. ¿A que no sabes en qué hospital pasa consulta el doctor Garza?

—No, no puede ser —dije mientras que Ana asentía con la cabeza—. ¿En serio? ¡Vaya casualidad!

—Pues sí, totalmente. Además, he conseguido cita para hoy mismo, a las tres de la tarde, así matas dos pájaros de un tiro.

Capítulo 18



No eran las tres menos cuarto, cuando ya estaba yo en la sala de espera de la consulta de Gael, que estaba plagada de mamás con sus niños, y ya me imaginaba yo con mi bebé en brazos esperando mi turno, al igual que todas ellas.

—Marta Guerra —dijo la enfermera, llamando a la hija de Ana, así que me levanté para ir directa a la consulta—. Perdone, pero esto es pediatría, creo que debe haber algún error.

—Para nada, está todo correcto, vengo a hablar con el doctor Garza de un asunto sobre mi hija —mentí para que me dejaran pasar.

—Disculpe, entonces, adelante.

Me adentré en la consulta, cerrando la puerta y dejando fuera a la enfermera, hasta que Gael levantó la cabeza y me vio allí, y fue cuando se le descompuso la cara. No sé qué era lo que se le pasaba por la cabeza en ese momento, pero estaba segura de que ni se acercaría a la realidad que le esperaba.

—Sofía, ¿se puede saber qué haces aquí? —dijo en un tono que no supe diferenciar si era de sorpresa o de enfado.

—Venir a hablar contigo, antes de que te enteres por nadie y me reproches nada —le dije con mucho orgullo en el tono de mi voz—. En primer lugar, quiero que sepas que no vengo a reclamar nada, solo a informarte, y que, si decides ignorar lo que te he dicho, no seré yo quien te exija nada.

Dicho lo cual, estoy embarazada y tú eres el padre. Ahora está en tu tejado el decidir lo que vas a hacer y el papel que quieres ocupar en la vida de este bebé. Eso sí, házmelo saber pronto, porque depende de ti hacer un tipo de contrato u otro.

Dicho esto, me levanté de la silla y me dispuse a salir de la consulta, pero me frenó poniéndome la mano en el hombro.

—Espera, por favor. ¿Es en serio? ¿Vamos a ser padres? —dijo con ilusión, esa que yo me encargué de quitarle.

—No, yo voy a ser madre. Tú, todavía no has decidido nada. Pero te voy adelantando algo, si quieres estar presente en la vida de mi hijo, tenemos que sentar muy bien las bases del acuerdo.

—Es nuestro hijo —dijo haciendo especial énfasis en la palabra nuestro.

—Bueno, dilo como quieras. Tienes esta semana para decidir si vas a querer estar presente y en el grado en el que vas a querer hacerlo. Si estás pensando en darle solo el apellido y una manutención, y luego no aparecer para nada, será mejor que firmes la renuncia cuanto antes.

—En ningún momento he dicho eso y, por supuesto que va a llevar mi apellido, así como estaré presente en los días que reflejen el convenio regulador que me pertenecen.

—Si es así, lo veo perfecto, espero que luego no cambies de opinión. Te veo el viernes en el despacho del letrado don Miguel Benítez, que está junto a mi estudio de arquitectura y es de mi total confianza, para llegar a un acuerdo y firmar en ese mismo momento el convenio que lo refleje. Te haré llegar la dirección y la hora a través de un mensaje.

—Si tenías mi teléfono, ¿por qué no me has llamado en vez de venir hasta aquí? —me preguntó nervioso.

—En primer lugar, porque no era una cosa que quisiera contarte por teléfono ni a través de terceros, y, en segundo lugar, porque tengo una cita con el director del hospital.

—No irás a perjudicarme laboralmente, ¿verdad? Porque lo personal no tiene nada que ver con el trabajo, y ese lo llevo a cabo muy bien.

—No digas tonterías —lo corté, porque no estaba yo para seguir escuchando estupideces, además, que tenía hambre y quería comer algo antes de subir a ver a mi padre—. No te creas el ombligo del mundo, que no todo gira en torno a ti.

Salí de allí con la satisfacción de haberle dejado completamente descolocado, además de nervioso. Ahora le tocaba lidiar con lo peor, contarle a su esposa que iba a tener un hijo con otra mujer, y es que quien juega con fuego suele terminar quemado.

Con esos pensamientos, me metí en la cafetería del mismo hospital ya que estaba que me comía una piedra molida si llevaba mucha sal, del hambre que tenía. Me daba la impresión de que mi bebé iba a ser tela de tragón, porque en mi vida había tenido esa sensación de hambre durante todo el día, lo mismo me llamaba la atención el dulce que el salado, no le hacía ascos absolutamente a nada.

Faltaban diez minutos para las cinco, cuando estaba saliendo de la cafetería para dirigirme al despacho de mi padre, qué raro me sonaba esa palabra en mis labios, solo esperaba que me creyera y que no me diera de lado, pues eso iba a ser devastador para mí.

—Buenas tardes, tenía cita con el señor Del Castillo —le dije a la secretaria.

—Yo me ocupo, María José —dijo mi padre saliendo del despacho, mientras que yo me

encontraba de espaldas a él, nerviosa como un flan. Creo que estaba más incluso que antes de hablar con Gael—. Sofía, ¿verdad?

—Esa misma —le dije a la vez que me volvía, y su cara de asombro me lo dijo todo—. Encantada. Podemos hablar en privado, ¿por favor?

—Sí, sí, claro. Disculpa mi actitud, pero es que tienes un parecido asombroso con mi hija Emma. Es como verla a ella dentro de unos años, increíble —me contestó mientras entramos en el despacho y cerraba la puerta.

—Es normal lo que me dices, y espero que me creas en lo que te voy a contar ahora, y permíteme que te tutee, pero en cuanto termine lo vas a entender todo, no es una cuestión de falta de respeto, ni mucho menos.

—Por supuesto, llámame Pablo, y dime, cuéntame eso tan importante y urgente que tienes que hablar conmigo —me dijo asombrado.

Le conté absolutamente todo lo que me había dicho mi madre, sin ocultar ni una coma, mientras su rostro mudaba del asombro a la alegría, no sin pasar antes por el enfado y la ira.

—Y eso es todo. Ahora ya está en tu mano si quieres que nos conozcamos o no, así como si deseas que tenga trato con tu familia, con mis hermanos, sobre todo —le dije para terminar.

—¿Estás loca? ¿Cómo no voy a querer? Eres mi hija y, aunque hayas aparecido treinta años tarde, no te voy a dejar de lado. Mi familia estará encantada de recibirte con los brazos abiertos, sobre todo Emma, que parecía que sabía algo y todos los años les pide a los Reyes una hermana mayor que la ayude a maquillarse —dijo riendo.

—Y yo estaré encantada de ayudarla, si no tienes prisa, me gustaría que tomáramos un café y me contaras cosas de ellos. Bueno, yo una infusión, porque te han caído del cielo una hija y un nieto o nieta, porque estoy embarazada —le comenté, y entonces se echó a llorar, levantándose para abrazarme.

—Para ti tengo todo el tiempo del mundo, vamos a mi casa y así los conoces a todos, empezando por Renata, mi mujer, esa que estoy seguro de que te va a adorar.

—Pues nada, vamos a tu casa, y así te tengo localizado no solo en el trabajo.

—María José, anula todos mis compromisos para esta tarde, y avisa a mi mujer que voy para casa con una sorpresa, por favor, para que estén presentes los niños —le dijo a su secretaria en cuanto salió del despacho.

Salíamos del hospital y nos dirigíamos al aparcamiento cuando nos encontramos con Gael. Me miró con una expresión de sorpresa, porque mi padre me tenía el brazo alrededor de los hombros y me dio un beso en la mejilla.

—Buenas tardes, Pablo. Qué bien acompañado te veo, ¿no? Seguro que Renata no lo sabe,

¿me equivoco? —dijo con toda la maldad del mundo, pensando que yo era la amante de mi padre.

—Seguro que lo sabe igual que tu mujer —le respondí con ironía, ante la cara interrogativa de mi padre, al que le hice un gesto indicándole que luego le contaba.

—En este preciso instante vamos para mi casa a presentársela —contestó mi padre mientras que la cara de Gael se tornaba en sorpresa—. Parece que ya os conocéis, pero, por si acaso, te presento a mi hija mayor, Sofía. Y ahora, si nos disculpas, nos están esperando.

Gael se quedó sin poder moverse, mientras nosotros nos alejábamos entre risas, viendo cómo el otro no podía reaccionar. Seguro que estaba pensando que le iba a fastidiar en el trabajo, cosa que no podía estar más lejos de mis intenciones, ya que una cosa iba separada de la otra.

Nos montamos en el coche y, al pasar por delante del hospital, ahí seguía todavía Gael, por lo que estallamos los dos en una carcajada que se escuchó desde fuera, aun con las ventanas cerradas.

Capítulo 19



—Bueno, cuéntame cosas de tu familia, así conozco algo de ellos antes de llegar —le dije a mi padre.

—Ahora te cuento todo lo que quieras saber. Pero antes, ¿puedes explicarme qué es lo que tienes con Gael? Porque, hasta donde yo sé, está felizmente casado con Silvia Mendoza, una de las mejores psiquiatras de mi hospital, pero teniendo en cuenta la mirada que me ha echado, como si tú fueras de su propiedad, ya no sé qué pensar.

—La historia es muy larga, pero para resumirte, nos conocemos de toda la vida, y es el padre de mi bebé —le dije a la vez que mi padre me miraba totalmente asombrado.

—Claro, el que os conocéis de toda la vida, lo puedo entender, ya que su familia vivía en la misma urbanización que tu madre y que mi familia. Es más, fue su padre el que me pidió que le diera la oportunidad a su hijo de ejercer en mi hospital cuando terminó la carrera.

»Al poco tiempo entró Silvia, también por mediación de su suegro, aunque ambos son unos excelentes profesionales, no tengo ninguna duda de ello. Pero ¿el padre de tu hijo? Eso sí que no lo entiendo —me explicó mi padre.

—Pues te lo explico, coincidimos este verano en un crucero por Los Fiordos Noruegos, que mis amigas me obligaron a hacer para superar la muerte de mi pareja… —le conté a mi padre todo lo que habíamos vivido en ese crucero, así como lo que me contó después del acuerdo que tenía con su mujer—. Solo te pido que no le digas nada, Paaa… papá. —Y es que no sabía si llamarlo Pablo o papá, pero cuando dije esa palabra, a él se le iluminó la sonrisa.

—Mi boca está sellada, hija. Y sí, llámame papá, que es lo que soy, tu padre.

—¿No me vas a pedir una prueba de paternidad ni nada por el estilo?

—No me hace falta, solo hay que verte, eres el vivo retrato mío con tu edad, pero en género femenino —me respondió riendo—. Y si no te lo crees, ya verás cuando veas a tu hermana, sois dos gotas de agua. Leo es más parecido a su madre, aunque tiene mi carácter.

»Volviendo al tema de Gael, creo que ese matrimonio es todo fachada, quiero decir, siempre he tenido la impresión de que eran demasiado perfectos los dos, como que lucían demasiada

apariencia de cara a la galería, no sé si me entiendes.

—Sí, sus amigos me dijeron que había mucho detrás de ese matrimonio. Pero a mí me da exactamente igual, solo quiero que me diga si se va a hacer responsable de su paternidad, y no me refiero al plano económico, que para eso me basto y me sobro yo sola, sino al sentimental.

»Si se va a involucrar en su crianza o no. Le he citado el viernes en el despacho de mi abogado, dejándole bien clarito que venga con la decisión tomada, porque de allí no salimos sin firmar el convenio o la renuncia por su parte, que luego no quiero sustos de última hora.

—Me parece perfecto que lo hagas así, pero quiero que sepas que, en el plano económico, aunque tú te sobres y te bastes, este niño también va a tener a sus abuelos y a sus tíos, porque te puedo asegurar que Renata, mi mujer, lo va a querer como si fuera de su propia sangre, al igual que a ti —me aclaró mi padre.

—Verás tú que llegamos, y todavía no sé nada de mis hermanos ni de tu mujer —le increpé, y a él le salió una carcajada.

—Que no, que no. Mi mujer, Renata, tiene cuarenta y ocho años, es odontóloga, pero desde que nació Emma no ejerce. Cuando nació Leo, se pidió una excedencia hasta que empezó a asistir al colegio en primero de primaria, pero cuando se quedó embarazada de la niña, decidió dejar de ejercer definitivamente, ya que decía que prefería ver crecer a sus hijos, ya que con Leo se había perdido muchas cosas.

—Si tenía la posibilidad y era lo que le apetecía, hizo muy bien. Aunque no creo que yo fuera capaz de dejar de trabajar, es mi válvula de escape.

—En eso, te pareces a mí —me contestó entre risas—. Tu hermano Leo tiene veinte años y, aunque te parezca mentira, está estudiando Arquitectura. Es muy buen estudiante, y un chaval muy bueno, jamás nos ha dado ningún problema, es demasiado dócil.

»Emma, por el contrario, es una polvorilla, no puede estar quieta, se mueve más que el rabo de una lagartija. Físicamente se parece mucho a ti, y tiene doce años. Ella dice que no va a estudiar, que de mayor va a ser *influencer*.

—Ah, no, de eso nada. Que sea lo que quiera, pero no le permitas que deje de estudiar, que sea una *influencer*, pero con la cabeza llena de conocimientos, no de pajaritos —le dije a mi padre muy indignada, mientras que él se reía.

Llegamos a una urbanización de lujo, no es que yo viviera en una zona marginal ni mucho menos, pero tampoco llegaba al nivel de esta. Saludó al chico de la garita de seguridad, el mismo que nos abrió la verja para poder pasar.

—Me tienes que dar una copia de tu DNI, así como la matrícula de tu coche, para autorizarte la entrada a la urbanización —me informó mi padre mientras que llegábamos a su casa, que más que eso, era una mansión, y que miré totalmente asombrada.

—¡Madre mía de mi alma! Seguro que mi piso entero cabe en el salón de tu casa —exclamé asombrada.

—Eso tiene fácil solución, te miras una casita en esta urbanización y yo te la regalo.

—Si claro, y un coche, no te digo. Treinta años sin saber que tienes una hija, y ahora voy a llegar yo a llevarme tu dinero.

—No es mi dinero, hija, es nuestro dinero. Y no quiero que tengas carencias de ningún tipo, máxime cuando yo tengo acumulado para vivir tres vidas, y todavía me sobraría —me dijo—. Antes de entrar, quiero comentarte algo.

»Cuando salgamos de aquí me gustaría que me acompañaras a visitar a tus abuelos, hace años que no los veo, porque también intentaron arruinar mi relación con Renata, pero mi intención es pasarles por delante que has venido a buscarme, a pesar de todo.

—Cuenta con ello, yo también estaré encantada de decirles cuatro cositas, con tu permiso por supuesto —ironicé con la situación, y mi padre se doblaba de la risa.

Entramos en su casa y era lo que yo había dicho, pero me había equivocado de estancia, todo mi piso cabía en el recibidor, y eso que mi casa no era pequeña precisamente. Estaban todos sentados en el salón, expectantes ante la sorpresa que su padre había anunciado que traía.

En primer lugar, se dirigió a Renata, llevándola a un lado para explicarle lo que yo le había contado, a lo que ella reaccionó totalmente asombrada y viniendo a darme un abrazo, para a continuación, ir los tres juntos al salón, donde esperaban mis hermanos.

—Chicos, os presento a Sofía, vuestra hermana —dijo Renata, adelantándose a mi padre, que la miraba como diciendo que le correspondía a él las presentaciones—. Perdón, cariño, pero es que me ha podido la emoción.

—¿Mi hermana? ¿Mi hermana mayor? Gracias al universo por darme lo que tanto te he pedido —gritó Emma mirando hacia el cielo, lo que provocó que riéramos todos, incluido Leo, que no se atrevió a moverse.

—Tú debes ser Leo, si no me equivoco —dije acercándome a él.

—Sí soy Leo, encantado. —Se levantó a darme dos besos—. Perdona mi reacción, pero es que me he quedado como en *shock*. Creo que mi padre tiene mucho que explicarnos.

—Punto por punto, hijo, ahora os daré todas las explicaciones que creáis oportunas, pero antes vamos a disfrutar de una merienda en familia, en la que muy pronto seremos uno o una más, porque también vais a ser tíos —le contestó mi padre, ante la cara de asombro de todos.

—¿Estás embarazada? —me preguntó Renata y yo asentí con la cabeza, mientras que Emma se vino corriendo a darme un abrazo— ¡Ay, que alegría más grande, por favor!

—Leo, me ha contado papá que estudias Arquitectura, ¿verdad? —Me dirigí a mi hermano.

—Sí, tan solo me queda este curso y el que viene para terminar, y saco muy buenas notas, se me da genial. ¿Por qué lo preguntas? —me contestó Leo.

—Casualmente, yo soy arquitecta, y soy la CEO del estudio de arquitectura más famoso de la ciudad. ¿Te suena el Estudio de Arquitectura Álamo?

—Pues claro, no me va a sonar. Todo el mundo sueña con trabajar ahí, yo incluso lo puse para realizar las prácticas, pero me contestaron en la facultad que ese estudio no entraba en el concierto con las empresas.

—Considérate dentro, tanto para las prácticas como para cuando termines la carrera. Para algo soy la dueña, ya me pongo yo en contacto con la universidad y lo tramito todo, no te preocupes por eso.

»Te quiero el lunes en mi despacho a las nueve en punto de la mañana, para dejarlo todo listo —le dije a mi hermano, que se levantó a abrazarme y me cogió en peso, dando una vuelta conmigo en sus brazos.

Capítulo 20



Estuve toda la tarde en casa de mi padre, y me sentí de lo más querida y arropada, todo lo contrario, a lo que nos esperaba después, ya que, de ahí, fuimos a visitar a mis queridos abuelos.

Llegamos a la urbanización en la que, antiguamente, vivían mi madre y mi abuelo, y de la que trasladaron a la que residía mi madre actualmente. Sus calles me resultaban muy familiares, ya que fueron muchos los momentos que viví en ellas, la mayoría junto a Gael.

—¿Ves esa casa de ahí? —preguntó mi padre señalando una unifamiliar que se encontraba a la derecha de la calle—. Pues es donde viven los padres de Gael. Por lo que tengo entendido, su hermano Alejandro no les habla y se ha marchado a vivir fuera, huyendo de la manipulación que pretendían ejercer sus padres en su vida.

—No me extraña nada que sea así, esa familia, y en concreto su padre, siempre me ha resultado una persona clasista y ególatra, que solo veía bien lo que él dictaba y hacía —le respondí.

—¿Lista para recibir una lluvia de insultos de todo tipo? —preguntó mi papá con un tono burlón.

—Solo si me das permiso para contestar. Yo no voy a insultar a nadie, lo prometo, pero con toda la educación con la que mi madre me ha surtido en esta vida, le voy a decir cuatro cositas a tus padres —le contesté, y él me aplaudió la idea.

Dejamos el coche aparcado fuera de la propiedad, en la acera que había justo delante de la casa, y llamamos al timbre, ya que la verja de fuera se encontraba abierta cuando llegamos, y nos abrió una señora que debía ser parte del servicio, porque era demasiado joven para ser mi abuela.

—Buenos días, ¿qué desean? —nos preguntó.

—Buenos días, venimos a hablar con los señores Del Castillo —respondió mi padre esperando en la puerta a que nos dieran paso, sin hacer uso de su condición de familiares de los dueños.

—¿Han concertado cita? Porque los señores no reciben a nadie que no tengan una cita

agendada con ellos —contestó muy altiva, pero pronto se vendría abajo.

—¿Desde cuándo un hijo y una nieta necesitan coger cita para hacer una visita? —dijo mi padre sin esperar más y adentrándose en la casa, y yo le seguí.

—Esperen, esperen, por favor, que tengo que anunciar su llegada.

—Joder, ni que se tratase de la realeza. —Me salió del alma darle esa contestación, y mi padre estalló en risas.

—Bartola, ¿quién es? ¿Quién ha llamado a la puerta? —preguntó mi abuela desde el salón, como si fuera una duquesa.

—Soy yo, madre, junto con mi hija —respondió mi padre.

—Pablo, ¿eres tú? ¿Vienes con Emma? —preguntó extrañada.

—Sí y no. Soy Pablo, pero no vengo con Emma, vengo con Sofía, mi hija mayor.

—Pablo, por favor, que lo que tú tienes mayor que Emma es un niño, me parece que estás peor que yo, creo que tanto trabajar no te está sentando muy bien, pero claro, mientras ella está mano sobre mano en su casa, tú deslomándote para sus caprichos —contestó mi abuela tirando el dardo envenenado contra Renata.

—No abuela, Leo es su hijo mediano, yo soy la mayor y Emma la pequeña. Claro que lo mismo y no te acuerdas de mí porque no me has conocido nunca, a pesar de vivir a menos de tres casas de donde yo vivía. También puede ser que como echaste a mi madre de tu casa cuando vino a contarle a mi padre que estaba embarazada, tampoco lo recuerdes.

»Pero no te preocupes, que no tienes fallos de memoria ni nada, tan solo es la mucha maldad que corre por tus venas y, desgraciadamente, para eso no hay ninguna medicación que te ayude a combatirlo —le dije quedándome más a gusto que un arbusto, como se suele decir.

—No voy a consentir que vengas a insultarme a mi propia casa —dijo ella muy altiva—. Si no vais a cambiar de actitud, ahí tenéis la puerta.

—No te ha insultado, mi hija solo te ha definido. Pero no te preocupes que no vamos a tardar ni un minuto más en irnos, solo hemos venido para que supieras que, pese a todos tus intentos por alejarme de mi hija, la verdad ha salido a la luz —dijo mi padre, mientras me cogía de la mano para salir de ahí.

En nuestro camino al coche, nos cruzamos con mi abuelo que, casualmente, venía acompañado del padre de Gael, en cuanto nos vio se le cambió la cara, mudando su rostro a una mezcla de inseguridad y dolor. Por lo visto, aquí se hacía lo que mi abuela dictaba, y al verme, me reconoció enseguida.

—¿Pablo? ¿Ella es…? —preguntó mi abuelo, que se paró junto a nosotros con Ángel, el padre de Gael.

—Sí papá, ella es Sofía, mi hija. Esa que ustedes me privasteis de ver crecer y convertirse en la gran mujer que actualmente es.

—Pero ¿ella no es la hija de Manuela? La chica que siempre iba detrás de mi hijo Gael, igual de casquivana que su madre —dijo Ángel.

—En primer lugar, no voy a consentir que insulte a mi madre, de ninguna de las maneras, ya que ella no está aquí para defenderse, aunque para eso estoy yo. Y, en segundo lugar, pero no menos importante, ¿casquivana yo? —pregunté entre risas— Será mejor que me calle.

—No hija, no te calles, aunque mejor se lo digo yo. Más vale que te laves la boca para hablar de mi hija, Ángel, porque puede ser que tengas que comerte tus palabras una a una. ¿Eres conocedor del acuerdo que tiene tu hijo mayor con su mujer? ¿Te ha contado algo de las consecuencias de ese acuerdo? —dijo mi padre con mucha rabia.

—De mi hijo y de mi nuera no digas ni mu. No hay un matrimonio mejor avenido que el suyo, si hasta cuadran una semana al año para irse de congreso juntos, para no tener que ir a ninguno más por separado —contestó Ángel y a mí me dio la risa.

—¿Sabes qué, papá? Que de perdidos al río. Si no querían que nadie lo supiera, que no lo hubieran hecho. Ya estoy harta de quedar de lo que no soy, cuando otros lo son con creces —le dije a mi padre, que me entendió a la primera.

—Pues dale, Sofía, que no te achante nunca nadie —contestó mi padre con mucha chulería, mientras que Ángel nos miraba a unos y a otros sin entender de lo que estábamos hablando.

—Vamos a ver, señor Garza, porque mi carrera y mi posición me dan la categoría y la educación para dirigirme a usted, además de los valores que me inculcó mi madre. El matrimonio de su hijo y su nuera es una farsa total, ya que no es que se vayan de congreso juntos, no, es que esa semana se va cada uno por un lado de viaje, para follar con quien les dé la gana, con la única condición de que, a la vuelta, vuelvan a tener su idílica vida.

—¡Eso es mentira! ¡Te lo estás inventando todo para manchar su nombre! No es cierto, nada de eso es cierto —me increpó.

—¿Mentira? Claro, por eso ahora mi hija está embarazada y tu hijo es el padre, porque se lo ha inventado todo —le dijo mi padre bastante enfadado.

—Eres una puta, por acostarte con un hombre casado, si lo que buscas es que abandone a su mujer, ya te digo que eso no va a pasar nunca ¿te enteras?¡Nunca! —me gritó e insultó.

—Si vuelves a referirte a mi hija de esa manera o a insultarla de cualquier forma, te aseguro que tendrás que visitar al dentista, porque vas a perder los dientes uno a uno, y no miraré los años que tienes.

Y ten presente que el futuro laboral de tu hijo y de su mujer pasa por mis manos, así que no me provoques a hacer algo que no quiero, porque no dudaré en hacerlo —le respondió mi padre,

mientras el otro agachó la cabeza.

—Vámonos, papá, no merece la pena. Dice el refrán que, «de tal palo, tal astilla», y aquí queda demostrado que es verdad. No nos pongamos a su altura, que no nos llega ni a la suela del zapato, ni moral ni éticamente —le dije a mi padre, a la vez que abría la puerta del coche para marcharnos de allí. Ahora me tocaba ir a ver a mi madre a contarle todo, y mi padre pidió acompañarme, a lo que accedí sin problemas.

Capítulo 21



Cuando mi madre abrió la puerta y nos vio a mi padre y a mí esperando en el porche, su semblante mudó del asombro a la incredulidad, no sabía si saludar o meterse para dentro y darnos con ella en las narices.

—¿No me vas a saludar? —preguntó mi padre avanzando hasta mi madre.

—Ay, Pablo, no sé ni qué decir —contestó mi madre a la vez que se fundían en un abrazo.

—Con que me digas, «Hola, Pablo, me alegro de verte» me conformo —le contestó él.

—¡Eh! Qué estoy aquí… —dije en voz alta, porque parecía que era invisible para los dos.

—Vamos dentro y hablemos tranquilos —nos dijo mi madre dirigiéndose a ambos.

Pasamos dentro de la casa, pero notaba a mi madre muy nerviosa, y la entendía perfectamente, debía ser muy fuerte encontrarte con tu pasado de frente sin esperarlo, y más con todo lo que arrastraba detrás.

Nos sentamos en el salón, y en ese momento entró Sergio, el cual se mostró tan sorprendido como mi madre con la situación, pero intentó disimularlo, prestándole todo su apoyo a su pareja.

—Me gustaría pedirte perdón, Pablo, no debí haberte ocultado la existencia de tu hija… —Empezó a hablar mi madre.

—No tienes por qué hacerlo, Manuela. Los dos éramos unos niños, y ambos fuimos víctimas de la fechoría y la maldad de los adultos, más en concreto, de mis padres, los cuales también intentaron romper mi matrimonio con Renata, pero ahí sí que no lo consiguieron. Desde entonces, no los había vuelto a ver, hasta hoy, que he ido junto a nuestra hija —le explicó mi padre.

—¿Habéis ido? No me puedo imaginar la cara que habrá puesto —dijo mi madre entre risas —. Lo siento, lo siento, pero es que es imaginarme su cara y me da la risa.

—Sí, la cara de mi abuela era un poema, y más cuando ha intentado agredirnos verbalmente a

las dos, mamá, pero le he dicho cuatro cosas, con toda la educación del mundo, pero sin cortarme un pelo —le contesté a mi madre, y le explicamos todo lo sucedido, tanto con mis abuelos como con el padre de Gael, así como la charla que tuve con el doctorcito en su consulta.

—Tú ya has cumplido con tu obligación de contarle, de tu propia voz, la noticia del embarazo. Ahora, la pelota está en su tejado, y será él quien tenga que decidir cuál será su relación con ese bebé —me dijo mi madre, tomándome de la mano.

—Si la decisión la tuviera que tomar solo él, tengo claro que querría tener la máxima implicación, pero estando su mujer y su padre por medio, me parece que lo obligaran a hacer todo lo contrario —respondí a mi madre.

—Pues ya es mayorcito, hija, para no dejarse influenciar por lo que quieren los demás —me respondió mi padre.

—Es que no tengo claro que ese sea un matrimonio al uso, hay algo extraño en todo esto y, por el bien de todos, espero que no sea un inconveniente para que mi bebé pueda contar con su padre. Yo, más que nadie, he vivido en mis propias carnes la falta de esa figura paterna en determinados momentos de mi vida.

»Y con esto no quiero decir que mi madre no lo haya hecho bien, todo lo contrario, lo hizo estupendamente, que conste, que hoy día soy la mujer que soy gracias a ella y a la educación que me ha dado, basada en valores. Pero siendo una niña, me dolía cuando veía a los padres de mis amigas que iban a recogerlas al colegio, o las funciones de teatro, y yo solo tenía a mi madre y a mi abuelo —expliqué.

—Me duele escuchar esto, hija mía. Ojalá, hubiera podido estar ahí para ti, independientemente de que la relación que teníamos tu madre y yo hubiese o no seguido adelante. Ahora estoy aquí, para ti y para ese bebé, al igual que tu madre, pero debemos llegar al fondo del asunto —dijo mi padre con lágrimas en los ojos. Llegados a este punto, todos estábamos llorando, empezando por mi padre y terminando por Sergio, al que ya consideraba una parte importante de mi familia.

Sergio se dirigió a la cocina, para preparar café y algunas pastas, ya que ninguno había probado bocado desde hacía muchas horas, aunque a mí me hizo una infusión porque, aparte de que no lo podía tomar por el embarazo, le había cogido un asco horroroso, a eso y a las fresas, es que no podía ni olerlas.

Mi padre nos explicó que hablaría con su abogado para llevar a cabo todos los trámites necesarios para el cambio de mi apellido, así como me pidió que llevara el control de mi embarazo en su hospital, porque de ese modo, estaría más tranquilo, puesto que tenía plena confianza en su equipo médico, a lo que accedí sin problemas, tanto a una cosa como a la otra.

Salimos de casa de mi madre, y me llevó hasta el hospital, en cuyo aparcamiento había dejado estacionado mi coche, el cual cogería para volver a casa. En cuanto llegara les enviaría un mensaje a las chicas, para que vinieran a cenar con sus chicos y poder explicarles todo, a ver si alguno de sus amigos podía arrojar algo de luz al asunto.

—Gracias por todo, papá. En mi vida me habría imaginado tener esta acogida por tu parte y de la de toda tu familia —le dije a mi padre, dándole un fuerte abrazo.

—No hay que darlas, hija mía, eres sangre de mi sangre y, aunque treinta años tarde, no pienso separarme de ti jamás en la vida. Eres igual de importante para mí que tus dos hermanos —me respondió mientras me mantenía en sus brazos y dejaba un reguero de besos en mi cabeza.

Mi padre era un hombre muy atractivo y, al igual que mi madre, no aparentaba la edad que tenía, así que todo el que pasaba se nos quedaba mirando, pensando que éramos pareja, aún era peor cuando el que nos veía era algún empleado del hospital, que se quedaba con la boca abierta, puesto que todos conocían la existencia de Renata, así como del amor que ambos se profesaban.

Les mandé a las chicas el mensaje, las cuales me dijeron que en media hora estarían en mi casa, junto con Iker, Jairo y Paul. Así que aproveché ese tiempo para darme una ducha y ponerme ropa cómoda. Preparé dos tortillas de patatas, una con cebolla y otra sin, además de una ensalada que compartiríamos todos. Preparé la mesa con algunos aperitivos, tales como olivas, frutos secos y un poco de jamón y queso, aunque esto último yo no pudiera ni probarlo.

Justo estaba poniendo el último plato en la mesa, cuando llamaron al timbre, tenía claro que eran ellos, porque el murmullo de sus voces y de sus risas, se escuchaban desde el salón.

—Si tienes llaves, ¿por qué me haces venir para abrir la puerta? —le dije entre risas a Nazaret.

—Ay, chica, porque me he dejado esas llaves en mi casa, no creía que me fueran a hacer falta. Además, dicen que andar es bueno para las embarazadas, así no te salen estrías ni varices —me contestó con guasa.

—Anda, pasad y sentaros, que ya está la cena lista.

—Uy, me parece que alguien está de muy buen humor hoy, ¿no? ¿Qué ha pasado para que estés así? Queremos todos los detalles —dijo un Iker tan payaso, en el buen sentido de la palabra, como Nazaret.

—Vamos a cenar primero, y luego con una copa os cuento todo con pelos y señales, aunque ya os adelanto que vais a alucinar con todo —les contesté.

Cenamos entre risas y bromas, ya que la cantidad que yo normalmente cenaba no era ni por asomo la que comía ahora, que no es que comiera mucho, es que devoraba todo lo que encontrara a mi alcance. Cuando saqué el postre, que había llevado Almudena, y que se trataba de una tarta de selva negra con cerezas, fue el culmen para mí, ya que me comí dos trozos. Como siguiera así, en lugar de diez kilos, como me habían recomendado engordar, iba a coger por lo menos veinte, tendría que hacer una rutina de caminar o algo, porque a la comida no estaba dispuesta a renunciar.

Pasamos al sofá y, mientras que las chicas recogían la mesa y los chicos metían todo en el lavavajillas, yo preparé una cubitera con hielo, así como varias copas en una bandeja, y las llevé a la mesita baja que tenía junto al sofá. Saqué del mueble del salón una botella de ron y otra de

ginebra, esta última sin alcohol para mí, ya que con el embarazo no podía probarlo. Le di un grito a los chicos, que continuaban en la cocina, para que se trajeran los refrescos de la nevera.

Capítulo 22



Mis amigos habían alucinado la noche anterior, cuando les conté todo lo que me había pasado, así como las reacciones, tanto de Gael como de mi padre.

—Este tío es idiota. Se va a perder lo que más desea en esta vida por culpa de un pacto. —Pensó Iker en alto, sin darse cuenta de que lo había hecho, por lo que luego intentó disimular, pero no lo consiguió.

—¿Qué quieres decir con eso, Iker? ¿A qué te refieres? —le pregunté totalmente desconcertada.

—No soy yo quien tiene que contarlo, entendedme, por favor. No tenía que haberlo dicho en alto, pero la rabia ha hecho que se me haya escapado. Solo quiero que sepas que, si él te dice que no va a reconocer ni a implicarse en la crianza de este bebé, no es porque no lo desee, sino porque no le dejan. Ponte en su pellejo —contestó pasándose las manos por el pelo varias veces, en señal de preocupación.

—Tal y como me ha dicho mi padre esta tarde, ya es mayorcito para dejar que manipulen su vida —le contesté.

Y esa fue la conversación que tuvimos anoche, y que había revivido en mi cabeza una y otra vez desde que tuvo lugar, y de la que no conseguía sacar nada en claro de ninguna de las maneras, así que era mejor para mí centrarme en los planos que tenía delante, porque si seguía de ese modo, iba a terminar volviéndome loca.

—Sí, ¿dígame? —respondí al teléfono sin ni siquiera mirar el interlocutor, pues me había centrado en el trabajo y, cuando eso ocurría, me abstraía de todo.

—Sofía, cariño, soy papá. ¿Tienes un minuto? —me preguntó.

—Para ti, tengo todo el tiempo que necesites. Cuéntame en que puedo ayudarte.

—Ya tengo toda la documentación lista, mi abogado se ha puesto las pilas desde que lo llamé anoche, y me la ha traído hace unos minutos al hospital, tan solo falta tu firma y una copia de tu DNI. ¿Podríamos vernos hoy?

—¿En serio? Sí que se ha dado prisa el abogado. Claro, dime una hora y allí estaré, faltaría más —le respondí a mi padre un tanto nerviosa.

—¿Para qué perder más tiempo? Ya nos hemos perdido treinta años, no quiero que pase ni un segundo más para hacer las cosas bien. ¿Nos vemos a las cinco en mi despacho?

—Por supuesto, allí estaré. Aunque lo mismo, te secuestro antes y te llevo a comer. No sé por qué tengo tanta hambre siempre, mi garbancito va a ser un pocito sin fondo, me da la impresión.

—Me parece estupenda esa idea, así que te espero aquí a las dos y media, que hay un restaurante cerquita que hace una carne a la brasa que está para chuparse los dedos —me informó mi padre, con una alegría en su tono de voz que daba gusto escucharlo.

Tras colgar la llamada de mi padre, me centré de nuevo en esos planos de la nueva urbanización, en los cuales teníamos que hacer una serie de modificaciones, ya que parte del terreno tenía unas imperfecciones y, debido a ello, nos era imposible construir nada en ese espacio, así que teníamos que cambiar la ubicación y distribución de varios edificios.

Las dos de la tarde, y ya estaba recogiendo todo lo que tenía esparcido por mi mesa de trabajo, puesto que quería llegar puntual a la cita con mi padre. Lo organicé todo en mi maletín, porque tenía claro que ya no iba a volver, y me tocaría echarle un ojo una vez que llegara a casa después de esa reunión.

Le hice una llamada a mi padre, para informarle de que iba de camino, y me contestó que me esperaba en la puerta del restaurante, del que me dio la dirección, esa que metí en el GPS, y me dirigí hacia allí. Habíamos quedado que, durante la comida, hablaríamos de mi situación con Gael, ya que él quería sabe de qué manera me había afectado todo ese tema.

—Papá, en serio, no quiero que la situación que tenemos Gael y yo perjudique para nada en su trabajo. Me parece que te ha demostrado con creces lo buen profesional que es, así que creo que no se lo merece —le pedí a mi padre mientras terminábamos de tomarnos el postre.

—Eso que me acabas de pedir, te honra como persona, Sofía. No todo el mundo es capaz de hacer lo que tú acabas de hacer. Es más, estoy completamente seguro de que, si fuera su mujer la que estuviera en tu lugar, lo primero que haría sería pedir tu cabeza —me contestó mi padre—. Desde luego que tu madre ha hecho una gran labor de educación, eso se lo tengo que alabar.

—Yo no sé lo que harían los demás, pero sí sé que yo no podría dormir si su despido pesara sobre mi conciencia.

Salimos y nos fuimos paseando de regreso al hospital, dado que el restaurante se encontraba justo en la calle contigua. Mi coche estaba bien aparcado, así que no tenía sentido moverlo de sitio por no querer andar cien metros, que era la distancia que nos separaba de un lugar al otro.

Mi padre tomó la iniciativa de informar a todos que yo era su hija, ya que no quería que hubiera más habladurías en torno a nosotros. En su opinión, un hospital era como un patio de vecinos donde cualquier pequeño detalle podía convertirse en tema de conversación, así que era

mejor aclarar las cosas de inmediato para que los chismes no se propagaran de persona a persona.

—Que nadie nos moleste, por favor —le dijo mi padre a su secretaria, antes de que accediéramos al despacho.

—Lo que usted diga, don Pablo —le contestó ella.

Entramos en su despacho, y ya mi padre tenía preparada toda la documentación en una carpeta encima de su mesa, esa que se apresuró a abrir y a mostrarme dónde tenía que firmar, así como todos los trámites que tendría que llevar a cabo yo, tales como actualizar mi DNI, pasaporte y demás.

Estaba firmando mi parte, ya que él ya lo había firmado, cuando escuchamos jaleo en la parte de fuera. Parecía que su secretaria estaba tratando de evitar que alguien entrara en la oficina, pero no tuvo éxito. En ese momento, vimos a Gael entrar hecho una furia, le pasaba como a los dibujitos animados, se le veía salir el humo por las orejas.

—¿Por qué has sido tan hija de puta? ¿Tenías que contárselo a mi padre? ¡Claro, lo que buscas es arruinarme la vida! Ojalá nunca te hubieras cruzado en mi camino, a saber, si te has quedado embarazada a posta para atraparme y utilizar al niño para coaccionarme —dijo en evidente estado de rabia.

—En primer lugar, no voy a consentir que le hables así a mi hija, y mucho menos en mi presencia. Dicho esto, haz el favor de tranquilizarte y de sentarte, y escucha la otra versión —le habló mi padre con seriedad.

—Ahora me toca hablar a mí. Si le conté a tu padre todo, fue porque, nada más verme, se dedicó a insultarme, a mí y a mi madre, utilizando tu matrimonio como un modelo de amor incondicional y de pareja ideal, y no pude evitar reírme a carcajadas en su cara.

»En cuanto a lo de quedarme embarazada para atraparte, te aseguro que nada más lejos de mi intención. Es más, si quieres, en este preciso momento llama mi padre a su abogado, o yo al mío, y redactamos un acuerdo de renuncia al bebé, y sales de aquí sin responsabilidad alguna.

»Lo que no voy a consentir es que se me ataque gratuitamente ni una vez más —le dije con lágrimas en los ojos, pues el único pecado que había cometido había sido enamorarme de un imbécil, de un hombre que era una marioneta en manos de su padre.

—Lo siento —dijo respirando profundamente—. No debería haber entrado de esta manera. Pero es que, cuando me dijo que mi puesto de trabajo pendía de un hilo, y que era por mi inconsciencia, por haberte dejado embarazada, lo he visto todo negro, la rabia me ha cegado.

—Precisamente, así actuaría tu padre si el asunto hubiera sido al revés, y eso es lo que intenta hacer, que todo el mundo actúe como lo haría él. Pero, da la casualidad, de que ha sido lo primero que me ha pedido mi hija, que no mezclemos lo laboral con lo personal. Que, personalmente puedes ser un cabrón que se deja manipular por todo el mundo, pero laboralmente, eres un profesional como la copa de un pino.

»Así que no cortes a todo el mundo con el mismo patrón, porque no sería justo —le contestó

mi padre, puesto que a mí ya no me salían ni las palabras. Eso que había soltado por su boca, se había clavado en mi corazón como si fueran puñales.

—Y ahora, si eres tan amable, ¿nos permites que te expliquemos cómo sucedió todo? Así podrás ponerte en nuestro lugar, para saber cómo hubieras actuado tú.

Capítulo 23



Mi padre le contó a Gael cómo había ocurrido todo, y su cara iba del asombro a la rabia, pasando por la decepción, llegando incluso a parecer desesperado en determinados momentos. Por eso, aproveché la ocasión y le pregunté por aquello que había dicho Iker en mi casa, y que tantas vueltas le daba en la cabeza, no iba a encontrar mejor momento que este.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le dije una vez que ya me había serenado.

—Claro, las que quieras. Pero déjame reiterarte mis disculpas, por favor, estoy avergonzado, tanto de la actitud de mi padre como de la mía, ya que debería haberte preguntado antes de dar las cosas por hecho —me respondió.

—Quiero que me expliques por qué Iker dijo el otro día en mi casa que ibas a perder lo que más habías deseado en tu vida, por culpa del pacto que tenías con tu mujer —le dije, y sus ojos se pusieron como platos, no concebía la idea de que yo me hubiera enterado.

—No sé cómo Iker ha podido decir eso, la verdad —murmuró más para él que para nosotros —. Además, es que no sé por dónde empezar…

—En su defensa, tengo que decir que no lo hizo a posta, sino que lo pensó en voz alta, y ni cuenta se dio de lo que había soltado, y luego quiso hacerse el tonto, pero ya lo habíamos escuchado todos. En cuanto a por dónde empiezas, me parece que lo mejor es por el principio —le interrumpí.

—Cuando estaba haciendo mis prácticas, cometí un error que le hubiera podido costar la vida a un niño de cinco años, así como a mí la carrera, puesto que podría haber ido incluso a la cárcel. Confundí la medicación que debía recetarle a un niño con la de otro, siendo prácticamente mortal para él.

»El padre de Silvia, de quien yo era su residente, decidió tapar el asunto argumentando que el niño tenía una alergia de la que no habíamos sido informados, y gracias a eso me declararon inocente, ya que la familia me denunció. Afortunadamente, al pequeño le hicieron un lavado de estómago en ese mismo momento, ya que se encontraba todavía ingresado en el hospital, y no hubo que lamentar más daños —contó con lágrimas y con la boca seca.

—Toma, refréscate la boca antes de continuar. —Le tendió mi padre una botella de agua que había cogido de una pequeña nevera que tenía en el despacho.

—Silvia llevaba obsesionada conmigo desde que nos conocimos en la Facultad de Medicina, y vio la oportunidad perfecta de convencer a su padre de que «ese favor» que me había hecho, lo tenía que pagar casándome con ella, porque tenía claro que no lo haría de otra forma. Me había acostado con ella en un par de ocasiones antes, no lo voy a negar, pero no quería nada serio con ella.

»Tanto ella como su padre, fueron a mi casa a contarle a mi padre lo que tenían pensado, y él lo dio por bueno, manipulándome de tal manera, que no tuve más remedio que acceder a sus deseos, ya que me amenazaban con ir a la policía y decir que yo había obligado al padre de Silvia a firmar ese documento con malas artes, y que no habían tenido más remedio que hacerlo. Hasta mi padre dijo que, si hacía falta, él iría a declarar en mi contra.

»Cuando nos casamos, que fue una boda exprés, ya que se llevó a cabo al mes siguiente de salir indemne de ese juicio, ella me decía que terminaría por enamorarme de ella, que tarde o temprano lo haría, porque el roce hace el cariño —nos contó llorando ya de manera desconsolada y es que, su vida tenía que ser un infierno.

—¿Lo consiguió? Solo necesito saber eso, y dime la verdad, por favor, porque mi respuesta dependerá de lo que me digas —le preguntó mi padre.

—Nunca, Pablo, nunca. Es más, procuro cuadrar mis turnos de manera que ella esté en casa cuando yo no estoy, puedes comprobar en los cuadrantes de los turnos que nunca coincidimos en nuestros días libres o en los que estamos trabajando. Cada vez soporto menos su presencia, por eso lo de la semana al año para hacer lo que me dé la gana.

»Me consta que ella en esos días también se acuesta con otros, pero me da completamente igual, a diferencia de ella, que me hace un interrogatorio cada vez que vuelvo, y siempre terminamos discutiendo por lo mismo, por su obsesión de querer ganarse mi amor, un amor que ya tiene dueña desde que era un adolescente, aunque a mi padre no le gustara nunca.

»Pueden intentar controlar mi vida, como lo han hecho hasta ahora, pero jamás podrán manipular lo que siento en mi corazón.

—Pues tengo la solución a esa cárcel de oro en la que te encuentras, y eso no tiene nada que ver con qué estés con mi hija después de liberarte o no. Lo haré porque, al igual que tú, yo también fui manipulado, en mi caso por una madre que solo pensaba en su estatus y en sí misma, privándome de disfrutar de treinta años junto a Sofía. Además, intentó interferir de nuevo en mi vida, tratando de arruinar mi matrimonio con Renata, pero no se lo permití —le dijo mi padre.

—He intentado todo lo que se me ha ocurrido, Pablo, pero no ha habido forma de que funcione. Ni siquiera compartimos la misma habitación; solo somos pareja de cara a la galería. Fuera de eso, cada uno hace su vida, aunque a mí no se me permite tener nada extramatrimonial, nada más que en esa semana, ya que se me amenaza con lo mismo una y otra vez.

—¿Y qué opina tu padre de esta situación? —le pregunté, puesto que no concebía que un padre fuera cómplice de la infelicidad de su hijo.

—¿Él? —dijo con una risa irónica— Para él todo es perfecto, me dice que no tengo de qué quejarme, que tengo la vida ideal, con una mujer guapísima, con un cuerpo de infarto, y un trabajo que conservo gracias a mi suegro, que, si no fuera por él, probablemente estaría barriendo calles, porque para él un error así no tiene perdón.

»Cada vez que mi madre me pregunta por qué ya no tengo ese brillo en la mirada que tenía antes, él se limita a darme el mismo discurso: «Céntrate en lo que tienes y dame un nieto ya, que mi nuera está deseándolo, y olvídate de esas tonterías del amor, que eso no lleva a ningún lado. Yo me casé con tu madre y ni siquiera me gustaba, y hemos tenido dos hijos, así que no entiendo tantos remilgos teniendo el mujerón que tienes al lado».

—Está bien, llegados a este punto, cuéntame lo que sientes por mi hija porque, aunque es evidente, tanto ella como yo necesitamos oírlo de tu boca. Así como cuál va a ser tu papel con este bebé que viene de camino, y ahora te contaré cómo lo vamos a solucionar —le comentó mi padre, instándole a que se desahogara del todo.

—Pablo, llevo enamorado de ella toda la vida, pero mi padre se encargó de mover todos los hilos para alejarnos y que no pudiéramos estar juntos. Siempre decía que la hija de una madre soltera no era buena para un hijo de un militar, que su madre se había visto en esa situación por casquivana y ligerita de cascos.

»Incluso, recuerdo que le prohibió a mi madre salir con ella, le decía que con saludarla por la calle cuando la viera, tenía más que suficiente, que ella era una mujer casada y la gente podía pensar que iba con ella buscando hombres, y que él no iba a quedar como un cornudo. Como podéis ver, no ha cambiado su discurso mucho desde entonces.

»Cuando le propusieron que aquel fuera su destino definitivo, vio el cielo abierto, pues tenía la posibilidad de alejar tanto a mi madre como a mí de un ambiente que él no consideraba el adecuado.

—Yo me cago en todo lo que me pueda cagar, como me lo vuelva a cruzar, le va a faltar calle para correr, al muy desgraciado. ¿Cómo puede jugar así con la vida de las personas y poder dormir tranquilo? —le dije muy enfadada.

—Cariño, porque son gente sin escrúpulos, igual que tu abuela, que están acostumbradas a que todos bailen al son que ellos marcan y, por desgracia, se encargan de anular la voluntad de todo el que se encuentre cerca de ellas, haciéndose valer de todas sus artimañas —me contestó mi padre, mientras que Gael asentía con la cabeza.

—Mi hermano Alejandro fue más listo que yo. Cuando se dio cuenta de que mi padre estaba a punto de anunciar su compromiso con la hija de un amigo suyo militar, decidió que lo mejor era desaparecer. La chica en cuestión era lesbiana, pero en el entorno militar, eso no se aceptaba, así que lo planearon todo, ella aceptó cansada ya de luchar contra ellos, pensando que así la dejarían tranquila. Le dijo a mi hermano que podrían vivir sus vidas como quisieran, que todo sería un paripé de cara a la galería, pero él no lo consintió. Desde entonces, mi padre no le habla, y, por consiguiente, mi madre tampoco.

Capítulo 24



Seguimos hablando durante más de dos horas de lo mismo, de su situación con la familia y del amor que ambos nos teníamos.

—Cuando la vi en aquel barco, por primera vez en mucho tiempo, fui feliz. Aunque me porté como un egoísta, porque solo pensé en mí, al negarme a contarle nada de mi vida, porque me merecía esa felicidad, esa que sería efímera, ya que solo me duraría durante esa semana. La última noche, estuve tentado a decirle que lo dejáramos todo y que nos fuésemos a otro país a empezar de nuevo, los dos solos, pero me pareció injusto que ella tuviera que dejar atrás su trabajo, sus amigas y su familia por mis movidas, que solo eran mías.

»Sabiendo que era el final, apuré hasta el último momento para contarle la verdad, porque tenía claro que nos destrozaría a ambos. Esa noche lloré todo lo que no lo había hecho durante mi vida, pues sentía que estaba dejando escapar al amor de mi vida para volver a mi cárcel —explicó mientras me cogía de la mano y la apretaba fuerte, y no me pude resistir a levantarme y darle un breve beso en los labios, ese que me supo a gloria, era como volver a estar en casa.

—Eso que has dicho es muy bonito, Gael. Estoy completamente convencido de que vais a ser muy felices juntos, y que me vais a llenar la casa de nietos, lo cual me encanta —dijo mi padre emocionado.

—Eso será si nos dejan, Pablo, que tengo una losa encima que cada día me pesa más. Todavía no le he dicho nada del embarazo a Silvia, aunque tengo clarísimo que mi padre ya la habrá puesto al corriente, y estará esperando que llegue a casa para montarme el espectáculo, y mucho más cuando se entere de quién es la madre. Empezará con gritos y terminará con lágrimas por su parte, en un intento de hacerme chantaje emocional, diciéndome por enésima vez que soy un desagradecido que no tengo en cuenta su amor por mí ni lo que su familia ha hecho.

»Se tiene el discurso muy bien aprendido, así que estoy casi seguro de que me van a obligar, tanto ella como mi padre, a renunciar a mi hijo, y eso sería lo más doloroso que podría sucederme —me dijo mirándome a los ojos, en los que vi una completa sinceridad.

—No vas a tener que renunciar a tu hijo, te lo garantizo. Primero, vamos a llamar a mi abogado y pedirle que venga para que nos confirme si lo que pienso es correcto o no, aunque tengo un noventa por ciento de seguridad en que es así —dijo mi padre a la vez que levantaba el teléfono para llamar al abogado, quien había ofrecido recibirnos en su en su bufete si así lo

deseábamos. Sin embargo, mi padre rechazó esa opción, ya que no queríamos que nadie viera a Gael entrando allí. Además, su despacho estaba justo enfrente del hospital, lo que significaba que cualquiera podría verlo y luego ir a contarle a Silvia.

El abogado dijo que tardaba como mucho treinta minutos en llegar, ya que estaba ultimando una documentación que le haría falta al día siguiente para un juicio.

Ese tiempo lo pasamos los dos solos, ya que mi padre dijo que iba a salir, que tenía que hablar un momento con uno de los médicos sobre unas vacunas que tenía que ponerse mi hermano Leo, y que no quería que viniera al despacho y viera a Gael en él, y menos conmigo allí.

—Te juro que os amo más que a mi propia vida, Sofía. El día que entraste en mi consulta para decirme que íbamos a ser padres, fue el mejor de mi vida, aunque no vaya a poder disfrutarlo como quisiera —me dijo después de que mi padre saliera, sentándome en su regazo y mientras me abrazaba.

—Ten fe, verás como lo vamos a solucionar, aunque no dudo de que vaya a ser duro pasar por eso —le contesté y le di un beso en los labios, al que respondió poniéndome una mano en el cuello para profundizarlo.

—Solo te voy a pedir una cosa, en el caso de que me viera obligado a renunciar a él como padre, no me alejes de su vida. Permíteme verlo crecer, no me prives de su cariño, aunque sea como un empleado del abuelo, pero que pueda darle un beso y sentirlo cerca cada vez que nos crucemos —me pidió con lágrimas en los ojos, a lo que yo asentí sin dudarlo, pues no me salían ni las palabras.

En ese momento notamos que se estaba abriendo la puerta, por lo que me apresuré a volver a sentarme en la silla que estaba situada junto a la de él, puesto que no sabíamos quién podría ser y, ahora, lo que menos nos convenía era que nadie hablara de más, pero resultó ser mi padre con el abogado.

Gael le contó al abogado todo lo que nos había contado a nosotros, sin dejarse absolutamente nada, mientras que él tomaba nota de todo, preguntando nombres y apellidos de todos los que estaban involucrados en esa farsa.

—Pues, tal y como pensaba Pablo, todo esto se podría haber evitado si hubieras acudido a un abogado desde el principio, así que te voy a contar todo en lo que nos vamos a basar para realizar un escrito, tanto a tu padre como a tu suegro. Para empezar, durante las prácticas o residencia como adjunto de un médico, la responsabilidad de sus actos no recae sobre él mismo, sino sobre el médico que está de responsable, y nunca mejor dicho, del adjunto. Dicho esto, aunque el fallo hubiera sido tuyo, como así ha sido según tu relato, en ningún momento estaba tu suegro contigo, por lo cual eso anula tu acción, siendo él el único culpable de la situación —le explicó el abogado.

—¿Me estás diciendo que todo lo que hizo no lo llevó a cabo por mí, sino por salvar su propio culo? —preguntó Gael totalmente incrédulo.

—Exactamente eso, por eso tú no tuviste ni que declarar en el juicio, porque todo recaía en su persona, que era la que tenía que estar presente en cada paso que tú dabas, exhortándote de toda culpa —le contestó el abogado.

—¿Cuánto tiempo podemos tardar en llevar a cabo todas las gestiones? ¿Podemos redactar un acuerdo de divorcio desde este mismo momento o tenemos que esperar a que esté resuelto el otro asunto? —Bombardeaba Gael al abogado, que lo escuchaba con una sonrisa en los labios.

—La carta que recibirán tanto tu padre como tu suegro, ya está redactada, la hice mientras que me lo contabas, por eso te he pedido todos los datos. Será cuestión de llamar a un mensajero y que se las entregue urgente, así que podrían estar en su poder en una hora, aproximadamente.

»Con respecto al divorcio, te aconsejo que intentes hacerlo de mutuo acuerdo, ya que esa sería la forma más cómoda y rápida de llevarla a cabo, aunque mucho me temo que tu mujer no te lo va a poner precisamente fácil.

—Eso está claro, pero te prometo que estoy dispuesto a que se quede ella con todo, no quiero nada, solo mi libertad, y poder vivir mi vida con la mujer que amo y el bebé que viene en camino —le contestó Gael.

—Si es así, si quieres, puedo redactar un acuerdo en el que le cedes todo a cambio de que firme en ese mismo momento. De no ser así, y si llegamos a los tribunales, le pedirás daños y perjuicios por todo a lo que te has visto sometido en estos dos años.

—Pero eso no va a ser fácil de demostrar, ya que para los demás siempre hemos sido la pareja ideal.

—Ya, pero ella no lo sabe —le contestó el abogado entre risas,

—Pues vamos allá. Así, nada más que entre en mi casa, le daré los documentos mientras que recojo mis cosas. No sé dónde voy a dormir esta noche, pero necesito salir de ahí cuanto antes —dijo Gael albergando un poco de esperanza.

—Por eso no te preocupes, Gael, las puertas de mi casa las tienes abiertas, aunque creo que mi hija no me lo permitiría. Lo que sí voy a hacer es acompañarte a recoger tus cosas, ya que me temo que se pueda inventar que has intentado agredirla para seguir haciendo tu calvario todavía más grande, y no se lo voy a permitir.

»Además, dependiendo de cómo se porte, conservará su puesto de trabajo o no, ya que una persona que es capaz de manipular así a la gente, no me da confianza como psiquiatra —le explicó mi padre, mientras el abogado asentía con la cabeza, dándole la razón.

Capítulo 25



Mi padre y yo, nos montamos en su coche, mientras que Gael iba delante, en el suyo, pero todos nos dirigíamos al mismo sitio, a casa de este último para recoger todas sus cosas y entregarle la documentación del divorcio.

Nada más bajarnos del coche, Gael recibió una llamada del abogado, esa que puso en manos libres para que la escucháramos todos.

—Gael, perdona que te moleste, pero lo que tengo que comentarte, es urgente —le dijo el abogado.

—No, no, para nada es una molestia, cuéntame —le respondió Gael.

—Para empezar, quiero decirte que tanto tu padre como tu futuro exsuegro, ya han recibido la carta, así que no te extrañe que recibas una llamada de ambos a la mayor brevedad. Pero no es eso lo que considero tan urgente, es otra cosa. Vamos a ver, la casa en la que vivís Silvia y tú, es de tu propiedad antes de casaros, ¿verdad? —le preguntó a Gael.

—Sí, claro. Esa era mi vivienda habitual, en la que decidí que nos íbamos a instalar, porque ya había demasiados cambios en mi vida obligatoriamente, como para ceder en esa también. Silvia fue la que se trasladó aquí, dejando cerrado el ático en el que vivía, lo que no te puedo decir es si lo ha vendido o alquilado, no me han interesado nunca sus movimientos. Pero ¿por qué esa pregunta?

—Pues muy sencillo —le respondió el abogado—, porque esa casa seguirá siendo tuya, ya que lo que le cedes son todas las propiedades que se han adquirido durante el matrimonio, así que no vas a perder esa casa, aunque sí la de la playa, que esa se compró a los dos meses de contraer matrimonio. Es por eso, que no vayas a sacar nada más que lo necesario para pasar la noche, y adviértele que tiene veinticuatro horas para salir de allí, eso sí, una vez que firme los papeles.

—Pero es que, yo esa casa no la quiero, me trae tan malos recuerdos, que no sería capaz de volver a vivir ahí.

—Pues la vendes, chico, y te compras otra, pero no dejes que se quede también con esto, que

ha sido exclusivamente fruto de tu esfuerzo y tu trabajo —le dijo mi padre.

Se prepararon para subir los dos, yo los esperaría en el coche, porque lo que menos queríamos es que ella montara en cólera y su divorcio fuera todavía más difícil, aunque teníamos claro que iba a ser más que eso, sería tortuoso.

—¡¿Se puede saber dónde coño estabas metido?! —le gritó Silvia a Gael desde el otro extremo de la casa. Estaba claro que empezaba el espectáculo.

—En el hospital, estaba ultimando algunos asuntos, además de que, a partir de ahora no voy a tener que darte explicaciones de nada —le contestó Gael.

—¡Mentira! He llamado a tu consulta y me han dicho que hacía más de dos horas que habías terminado, saliendo de ella inmediatamente —seguía gritando como una loca—. Seguro que estabas con esa puta a la que has dejado embarazada.

—Silvia, no te voy a consentir que hables así de mi hija —le dijo mi padre con total tranquilidad, en el momento en el que ella se dejó ver en el salón.

—¿Tu hija? Pero ¿cuántos años tiene Emma?, ¿trece, catorce? Es un pervertido y ¿tú lo ves bien, te quedas tan tranquilo? —gritó Silvia, ya completamente fuera de sí.

—No digas majaderías, Emma no está embarazada, es mi otra hija, la mayor, Sofía —le respondió mi padre.

—No, no. Es que no puede ser. Con ella no, no consentiré que seas padre con Sofía. ¡No me va a quitar todos mis sueños! —decía mientras daba vueltas por todo el salón, pasándose las manos por el pelo una y otra vez.

—¡Tú te vas a callar, ya! —le gritó Gael, empezando a estar harto de la situación y de sus caprichos.

—¡No me voy a callar! Eres un desagradecido que solo has mirado por ti y tus intereses, sin tener en cuenta mi amor y todo lo que mi familia ha hecho por ti —le dijo Silvia llorando.

—¿Yo, desagradecido? Permíteme que me ría. Tú eres una niñata caprichosa, que piensa que puede manejar la vida de los demás a su antojo, a pesar de la edad que tienes. Tú eres la desagradecida, que no te ha importado hacer de la mía un infierno, con tal de salirte con la tuya.

»Y en cuanto a tu familia, lo único que ha hecho ha sido joderme para sacar su propio beneficio, así que mejor no me hagas hablar —le contestó Gael muy enfadado.

—¿De qué estás hablando? No me lo puedo creer, y todo por un capricho tuyo —dijo Silvia enfrentándose a Gael.

—Esto se acabó, Silvia. Ahí tienes lo papeles del divorcio —le dijo tendiéndole la documentación.

—Mira lo que hago con tus papeles —dijo mientras los rompía sin leerlos siquiera.

—¿Ves cómo yo tenía razón? No me equivoqué en lo que supuse que haría, es tan predecible —le dijo Gael a mi padre, que miraba a Silvia alucinado, no se esperaba esa reacción por parte de ella, y sacó de su maletín otra copia del acuerdo de divorcio.

—Te aconsejo que lo leas y lo firmes, ya que será lo mejor para ambos —le dijo mi padre mientras que le tendía otro sobre.

—Quédate con todo, no quiero absolutamente nada, solo mi libertad, poder pasear de la mano con la mujer de la que estoy enamorado, ver crecer a mi hijo o hija y formar una familia —le dijo Gael a Silvia que, después del numerito que había formado, estaba leyendo la documentación que le había dado mi padre.

—Voy a firmar, pero ten por seguro que te voy a arruinar la vida. Esto no se va a quedar así. En el momento en el que mi padre se entere, tu carrera estará más que acabada —le dijo mientras firmaba toda la documentación, tendiéndosela a Gael de nuevo, que ya la había firmado antes de dársela a ella—. Saca todas tus cosas de aquí, no quiero ver nada que me recuerde ni a ti ni a lo que en su día tuvimos.

—No, perdona, la que tienes que sacar tus cosas eres tú, y tienes veinticuatro horas para hacerlo, ya que voy a poner la casa en venta mañana mismo. Lo que te he cedido han sido las propiedades que hemos adquirido después de la farsa de boda que tuvimos, así que lo que te quedas es la casa de la playa, esta seguirá siendo mía —le contestó Gael, con una sonrisa en los labios. Por primera vez en mucho tiempo, las cosas le estaban saliendo bien.

—¡Eres un cabrón! —le decía gritando a la vez que le daba golpes en el pecho, pero Gael parecía que no la escuchaba.

—Seré un cabrón y todo lo que tú quieras, pero libre y feliz, por primera vez en mucho tiempo. Ahora, voy a coger algo de ropa para marcharme, y volveré mañana por la tarde, así que espero que ya no haya nada tuyo aquí, puesto que todo lo que haya, irá directamente a la basura. Me dará igual que se trate de unos zapatos de firma o de una simple gomilla del pelo. ¿Te ha quedado claro? —Se dirigió a Silvia, a la vez que entraba en su dormitorio para preparar una mochila.

—Supongo que tú también estarás dispuesto a despedirme, ¿no? —Se dirigió Silvia a mi padre, que todavía la miraba con los ojos como platos.

—Te voy a decir lo mismo que le dije a Gael ayer. Lo personal no tiene nada que ver con lo laboral, mientras que sigas cumpliendo en tu trabajo de manera eficiente. Siempre que dejes toda esta situación de lado, olvidándote de que él trabaja allí y de que tiene una relación con mi hija, tu puesto de trabajo estará asegurado.

»Solo cambiaré de opinión si decides hacerle la vida imposible a mi futuro yerno, entonces sí que no tendré piedad ninguna, y me encargaré de que no vuelvas a ejercer tu profesión en tu puñetera vida. Creo que me he explicado con claridad —le dijo mi padre, hablándole directamente mirándola a los ojos.

—Pues la verdad, te lo agradezco, puesto que sería la puntilla que le faltaría a mi vida para terminar de hundirme —le respondió con los ojos llenos de lágrimas, mientras Gael salía otra vez al salón con su mochila colgada del hombro. Sin embargo, Silvia no podía dejar pasar la oportunidad y decidió rematar la situación, continuando con su juego de chantaje emocional.

—No te vayas, Gael, por favor. Quédate y hablamos, podemos solucionarlo. ¿Quieres ver crecer a tu hijo? Yo te lo permitiría, pero no puedo perderte, nuestro amor tiene que estar por encima —le decía mientras se arrodillaba llorando.

—No pierdas la poca dignidad que te queda. Tú a mí no me tienes que permitir absolutamente nada, puesto que todos estos años, no han sido más que una farsa. Y ahora, déjame salir, que mi verdadero amor, me está esperando —le dijo Gael pasando por su lado y deseando de salir de allí.

Capítulo 26



Cuando salieron de la casa de Gael, lo primero que hizo fue tirar la mochila a un lado y venirse corriendo para abrazarme y besarme, a la vez que me cogía en brazos y daba vueltas conmigo. Por fin lo veía feliz, y eso era lo más importante.

—¡Te quiero, que se entere todo el mundo! —se puso a gritar en medio de la calle, mientras que Silvia nos miraba desde la ventana, lo que no le pasó desapercibido a mi padre.

—¡Estás loco! ¿Lo sabías? —le dije entre risas—. Además de que está tu exmujer en la ventana, y no me gusta hacer daño gratuitamente a nadie.

—Estoy loco por ti, que te quede claro. Y en cuanto a lo de Silvia, si puedo devolverle un mínimo de todo el daño que ella me ha hecho a mí, me doy por pagado. Aunque, evidentemente, no lo he hecho por eso, sino porque lo sentía, por primera vez he podido demostrar mis sentimientos, los de verdad, no hacer un paripé para convencer a los demás de mi idílica relación —me respondió Gael.

—Venga anda, vámonos ya, que ya tendréis tiempo de demostraciones públicas de amor en otro momento —nos dijo mi padre entre risas.

Nos montamos en el coche de Gael, mientras mi padre se iba hacia el suyo, quedando en vernos al día siguiente en casa de mi padre, ya que era sábado y ninguno trabajábamos. Me encargó que también llamara a mi madre, para que acudiera con Sergio, su pareja. Nos dijo que nos tenía que hacer una propuesta y que, en caso de aceptar, nos daría una sorpresa.

En el momento en el que entramos en mi casa, nuestra casa a partir de ahora, volvimos a ser los mismos que habíamos sido durante el crucero, dos personas completamente enamoradas, que tenían la pasión por bandera, esa que dejamos que volara libre como el viento, llevándonos a perdernos el uno en el otro.

A duras penas fuimos capaces de llegar hasta el dormitorio, dejando un reguero de ropa tirada por el camino, mientras que nos devorábamos a besos, cayendo a plomo en la cama, ya medio desnudos. Volvimos a ser uno, y a disfrutar de nuestros cuerpos, ya que nuestras manos no paraban quietas, queriendo tocar más incluso de lo que podían abarcar, hasta que llegamos al culmen del placer, quedándonos abrazados en la cama, con su brazo rodeando mi cuerpo y mi

cabeza reposando en su pecho.

—Creí que no volveríamos a estar así de nuevo. Eres mi sueño hecho realidad, Sofía —me dijo mientras me besaba la parte superior de la cabeza.

—Te quiero, Gael, lo he hecho desde el primer minuto en que te vi, y solo espero poder compensarte con mi amor todo el daño y sufrimiento que has pasado en todos estos años —le contesté abrazándolo todavía más fuerte.

Escuchamos sonar un teléfono, pero estábamos tan a gusto, que no estábamos dispuestos a romper ese momento, ya llamaría otra vez quién fuera. Pero, cuando se paró esa llamada, volvió a sonar de nuevo, y entonces pensamos que podía ser importante, así que nos levantamos, descubriendo que el móvil que sonaba era el de Gael.

Al sacarlo del bolsillo de su chaqueta, no nos sorprendió en absoluto ver que los miles de mensajes en el contestador y las llamadas perdidas eran de su padre. Justo cuando iba a guardarlo, el teléfono sonó otra vez.

—Contesta o no te dejará en paz —le dije infundiéndole unos ánimos que necesitaba, puesto que solo quería estar tranquilo—. Tenemos que coger el toro por los cuernos.

—¿Se puede saber a qué viene tanta insistencia? Si no te he contestado antes es porque estaba ocupado, no hacía falta que me llamaras veinte veces más, ya lo hubiera hecho yo más tarde —le contestó a su padre.

—¡Eres un desagradecido! Seguro que estabas ocupado con esa fulana con la que pretendes sustituir a tu mujer —le dijo, insultándome otra vez más.

—No te voy a permitir que hables así de ella, así que te sugiero que la dejes al margen de lo que hay entre nosotros, y la respetes como madre de mi hijo que va a ser.

—No puedo dejarla al margen, porque ella es la culpable de todo lo que ha pasado. Si no te hubieras liado con ella, si no te hubiera provocado para que lo hicieras, ahora seguirías feliz con tu mujer.

—¿Feliz? ¿En qué mundo vives, papá? No me puedo creer que me digas eso, cuando he sido un desgraciado desde que esa mujer se cruzó en mi camino. Así que, si no vas a respetarnos como pareja, nuestra relación de padre e hijo se acabó aquí. Ya has perdido a un hijo, no te supondrá nada perder al otro, tú decides —le dijo con contundencia a su padre—. Eso de manipular mi vida, ya no te lo voy a consentir.

—Pues entonces, a partir de este momento, ya no tengo hijos. Sois la vergüenza de esta familia, ojalá nunca hubierais nacido —le respondió su padre, para colgar la llamada a continuación.

—Muy típico de él, si no se sale con la suya, todo el mundo está en su contra. Es incapaz de dar su brazo a torcer, así le cueste perder a toda su familia.

Volvimos a la cama, con un sabor agridulce en mi vida, ya que, por una parte, estaba totalmente feliz de tener a Gael a mi lado, ejerciendo de pareja y de padre, pero, por otro lado, me dolía la actitud de su padre, que anteponía el qué dirán a la felicidad de sus hijos y, en cierto modo, me sentía culpable por ello.

—No pongas esa cara, que tú no has tenido la culpa —me dijo mientras me abrazaba.

—¿Ahora también me lees la mente? —le dije entre risas.

—Pues no, pero es que te conozco de toda la vida y, para mí, eres transparente. De lo único que eres culpable, es de hacerme el hombre más feliz de la tierra. Qué digo de la tierra, del universo entero.

—Ojalá tu padre recapacite. No puede anteponer todo a sus hijos, como lo está haciendo, porque al final, la única perjudicada es tu madre, que se queda sin sus hijos por su culpa —le dije, cuando en ese mismo momento, volvió a sonar su teléfono. En esta ocasión era su suegro, pero le colgó la llamada y bloqueó su número automáticamente, puesto que decía que ya no le interesaba escucharlo, que nada ni nadie interrumpiría su felicidad.

Nos quedamos dormidos, después de darnos una ducha, en la que derrochamos de nuevo todas esas ganas que nos teníamos, alcanzando el placer juntos nuevamente, y no sin antes hacerle esa llamada a mi madre, en la cual le instamos a que se reuniera, junto con Sergio, con todos nosotros en casa de mi padre. Sé que puede resultar extraño, pero mi madre hacía ya mucho tiempo que había pasado página en lo que respectaba al amor que se profesaron ellos un día, comprendiendo que él había rehecho su vida, al igual que ella lo había hecho ahora.

—Mamá, que no vas a importunar a nadie, te lo prometo. Es más, creo que Renata y tú vais a terminar siendo buenas amigas —le decía ante las excusas que ella me ponía.

—Está bien, pásame la dirección de tu padre por mensaje y nos vemos mañana allí sobre las doce y media, más o menos. Así tendré tiempo de hacer algunos recados que tengo pendientes antes de ir —me respondió mi madre, aceptando finalmente esa invitación que mi padre había hecho extensiva a Sergio y a ella.

—Un beso, mamá, nos vemos mañana en casa de mi padre, no vayas a llevar nada, que nos conocemos —le advertí a mi madre antes de colgar la llamada, para después reunirme con mi chico en la cama, en la que me esperaba con los brazos abiertos.

La noche fue testigo, por enésima vez, de cómo nuestros cuerpos se fundían una y otra vez, deleitándonos con el vaivén de nuestras caderas, acompasadas la una con la otra, ambas en busca de llegar a un clímax que nos era más que necesario.

A la mañana siguiente, ambos nos despertamos con una sonrisa en los labios, incrédulos de que todo nos estuviera saliendo tan bien, y empezando a pensar que teníamos que buscar un nuevo sitio en el que vivir, ya que mi casa era demasiado pequeña para convivir con un bebé, y en la suya, ni él ni yo, queríamos entrar, más que para coger lo imprescindible y ponerla a la venta.

Capítulo 27



Estábamos saliendo de mi casa para dirigirnos a casa de mi padre, cuando el teléfono de Gael sonó de nuevo y, al cogerlo para ver quién llamaba, se extrañó muchísimo al saber que era su madre.

—Dime mamá, ¿ocurre algo? —le contestó, aunque su tono era distante.

—No hijo, no pasa nada, o bueno sí, pero no es grave. Necesito hablar contigo, mi niño, o me volveré loca —respondió ella casi llorando.

—¿Estás bien? Y no me vayas a contestar que sí, mintiéndome otra vez, porque ya no me lo creo.

—Pues tú mismo te has respondido solo. No, no estoy bien, y necesito salir de aquí cuanto antes, y recuperar el cariño de mis dos hijos —dijo entre llantos.

—Gala, escúchame —le dije yo, ya que su hijo había puesto el teléfono en manos libres—. Vamos a casa de mi padre y mi madre también estará, así que, te paso la dirección en cuanto cuelgue, y te reúnes allí con nosotros. Entre todos, seguro que le encontramos una solución.

—Solo espero que no sea nada orquestado por mi padre, y que tú le hayas obedecido, porque entonces será cuando me habrás perdido para siempre —le contestó Gael.

—Te juro por mi vida que no, precisamente eso es lo que quiero, que salga de mi vida de una vez por todas, pero ahora, en cuanto nos veamos, os explico todo y espero contar con vuestra ayuda —dijo antes de colgar.

En cuanto colgamos la llamada, cogí el teléfono de Gael para enviarle la dirección de la casa de mi padre al teléfono de Gala para, a continuación, montarnos en el coche y salir al encuentro de mi madre y de Sergio, que decidieron a última hora que los recogiéramos en nuestro coche, ya que temían perderse, puesto que habían introducido los datos en el GPS y decían que no iban a saber llegar. También le dimos la opción a la madre de Gael, pero ella sí sabía dónde estaba situada la urbanización y nos dejó claro que prefería ir en su coche, así que no insistimos.

—Algo le ha debido ocurrir a mi madre para que haya decidido tomar esa decisión, y espero

que no sea lo que se me está pasando ahora mismo por la cabeza, porque como sea eso, voy a hundir a ese cabrón —me dijo bastante preocupado por su madre, cosa que entendía y que yo también había pensado.

—Verás tú cuando los chicos se enteren de todos los acontecimientos que han sucedido en estos días entre nosotros —le dije intentando cambiar de tema para evitar esa preocupación que notaba en su rostro.

—Sí, van a alucinar. La verdad es que no se me ha ocurrido avisarles de todo lo acontecido en estos días, estoy tan feliz, que tan solo he pensado en disfrutar de nuestra situación —me contestó con una sonrisa en los labios, imaginándose la cara que iban a poner todos cuando nos vieran juntos.

Llegamos en ese momento a casa de mi madre, que ya nos estaba esperando en el porche, y que llevaba en las manos una tarta, estaba segurísima de que sería de chocolate, esa que ella hacía y que tenía un sabor delicioso. Con la que tenía claro que iba a conquistar a mi hermana Emma.

—Te dije que no tenías que llevar nada, mamá —le dije entre risas porque, por mucho que yo le hubiese dicho, ella no era capaz de llegar con las manos vacías.

—¿Cómo iba a presentarme allí sin nada, hija? Eso no está en mi naturaleza, me digas tú lo que me digas —respondió, mientras que Sergio le daba la razón con sus gestos.

Fuimos hablando de todo un poco, incluso le contamos a mi madre lo de la llamada de Gala a su hijo, y la decisión que había tomado, a lo cual mi madre reaccionó de una manera que nos sorprendió a todos.

—Gracias, Dios mío, por fin se han hecho realidad mis súplicas, eso que llevo muchos años pidiéndote. Esa mujer ya ha sufrido demasiado, tanto física como psicológicamente. Solo espero que no haya sido lo que me estoy imaginando, ya que no sería la primera vez —nos respondió y, tanto Gael como yo, nos miramos sin saber a qué se refería.

—No te entiendo, Manuela. ¿A qué te estás refiriendo con esa afirmación? Te rogaría que, si sabes algo que yo desconozca, me lo cuentes inmediatamente, por favor —le preguntó Gael.

—Gael, cariño, no soy yo la que tengo que contarte nada, sino ella. Solo te diré que tu padre nos separó puesto que no admitía los consejos que yo le daba a tu madre y que, si los hubiera seguido, no estaría ahora en la situación en la que se encuentra —le contestó mi madre—. Deja que sea ella la que decida qué y cuándo contarlo, por favor.

Llegamos a la urbanización donde vivía mi padre y, la reacción de mi madre fue la misma que la mía la primera vez que la vi. Le dimos los buenos días al personal que había en la garita de seguridad, los cuales ya estaban avisados de que llegarían invitados a casa de mi padre, por lo que nos dejaron pasar sin problemas, y les avisamos que el coche que venía detrás, que era el de la madre de Gael, también tenía permiso para entrar.

Cuando llegamos hasta la finca de mi padre, porque casa no se le podía llamar debido a las dimensiones que tenía, aparcamos el coche en la zona habilitada para ello, y en la que ya se encontraba mi padre con Renata, esperando nuestra llegada.

Le habíamos avisado de que Gala, la madre de Gael, también acudiría a este almuerzo, ante lo que se mostró encantado, ya que la conocían y se caían muy bien.

Cuando nos bajamos del coche, y Gael vio en el estado en el que se encontraba su madre, no volvió a subirse en el coche para ir a buscar a su padre porque tanto mi padre como Sergio lo retuvieron y lo convencieron de que no podía hacer las cosas en caliente, que era mucho mejor hacerlo todo de manera más tranquila y legal, que no cometiera la misma atrocidad que había cometido su padre.

Y es que daba pena verla, con unas gafas de sol enormes, y cojeando, así se bajó del coche, pero lo que escondía debajo de esas gafas nos dejó a todos con el corazón encogido, ya que se trataba de un ojo morado, fruto de un puñetazo.

—¿Qué te ha hecho, mamá? ¿Qué te ha hecho ese cabrón? —le dijo llorando Gael, mientras que abrazaba a su madre.

—Ya no puedo más, Gael. Lo he aguantado todo lo que he podido, por vosotros dos, por no perderos, pero ya lo había hecho y seguía aguantando, así que hasta aquí hemos llegado —le contestó Gala en un estado de evidente ansiedad.

—Vamos dentro, mejor, y allí hablaremos todos tranquilamente. Voy a decirle al servicio que te prepare una tila, Gala —dijo Renata pasándole una mano por la espalda.

Y eso hicimos, nos fuimos todos dentro. Afortunadamente, tanto Leo como Emma no se encontraban en la casa, ya que mi hermano había acercado a la pequeña a un centro comercial cercano en el que había una firma de libros de un autor que se dedicaba a la literatura juvenil, y de la que mi hermana era una fanática.

—Cuéntanos todo, Gala. Para saber a qué tenemos que atenernos. Ya he avisado a mi abogado y viene para acá, para llevar a cabo todas las gestiones oportunas —le explicó mi padre.

—Papá, como sigamos así, vas a tener que poner el hospital a su nombre para pagarle los honorarios —le dije a mi padre, intentando rebajar la tensión que se había creado y, al parecer, casi lo conseguí, ya que terminamos todos riendo.

—No será para tanto, hija —me contestó él—. Venga, Gala, cuenta sin miedo, que ya hemos convencido a Gael para hacer las cosas bien, no temas por su reacción y no te calles nada.

Gala le dio un sorbo a su tila, esa que le había traído Renata, y que tenía apoyada en su regazo. Tomo aire antes de empezar a hablar, mirando a su hijo con una mirada suplicante, con la que le quería transmitir tranquilidad, para que no hiciera nada de lo que se pudiera arrepentir.

—Tranquila, mamá, no voy a ir a partirle la cara a ese cabrón, por mucho que se lo merezca.

Prefiero que caiga sobre él todo el peso de la ley —le dijo Gael, intentando infundirle confianza, para que soltara ese lastre que llevaba sobre sus espaldas de una vez por todas.

—Manuela, no sabes la cantidad de veces que he pensado en ti y en tus consejos, esos que debería haber tomado como míos y hacerte caso. Cuánto sufrimiento me hubiera ahorrado. —Se dirigió a mi madre con lágrimas en los ojos.

—No le des más vueltas, Gala. Ya estás a salvo, ahora solo tienes que contar la verdad y que ese cabrón no se vaya de rositas.

Capítulo 28



—Hace mucho tiempo que llevo sufriendo un maltrato continuado por parte de Ángel, ese al que deberían haber llamado Lucifer, que sería un nombre más apropiado para él. —Empezó a contar Gala, que tomó otro sorbo de su tila antes de proseguir.

»Al principio, fueron pequeños comentarios, a los que no les di importancia, como «con esos pantalones pareces una fulana, será mejor que te los quites» o «si te pintas los labios de ese color, la gente va a creer que sales del prostíbulo del pueblo», y a los que yo reaccionaba quitándomelo, en vez de plantarle cara.

»Poco a poco, fue minando mi autoestima y mi confianza en mí misma, a pesar de que Manuela me lo dijo muchísimas veces, no lo veía como ningún tipo de maltrato por su parte. Cuando se encontraba fuera de la ciudad, durante ese tiempo, volvía a ser la mujer feliz que era antes, hasta que volvía y de nuevo, nada de lo que hacía le parecía bien.

Gael apretaba los dientes escuchando a su madre, culpándose por no haberse dado cuenta antes, a lo que su madre le respondía con una mirada de cariño, hasta que le insté a que fuera a su lado y de cogiera la mano, pues necesitaba todo su apoyo en este momento.

—Tranquila, Gala, nadie te va a juzgar, estamos aquí para ayudarte —le dijo mi padre, que no parecía sorprenderse por nada de lo que estaba contando.

—Lo sé, Pablo, y os lo agradezco, pero todavía no ha venido la peor parte, esa en la que se vio involucrado uno de mis hijos —contestó Gala, y todos dimos por hecho que se refería al tema de Gael, pero estábamos muy equivocados—. Continúo, porque de otro modo no podría hacerlo, necesito soltarlo todo de una vez, luego os contestaré a todas las dudas que tengáis.

»La cosa pasó a mayores un día que volvió del trabajo pronto, y vio salir al técnico de la lavadora de nuestra casa, al cual le sonreí y le di las gracias por todo, y que él malinterpretó como una insinuación hacia el chico. Cuando entramos en la casa, me dio una bofetada tan fuerte que se quedó marcada su mano en mi mejilla.

»Ante ese suceso, y al verme llorar, me juró y perjuró que no iba a suceder más, que lo perdonara, y todo lo que suelen hacer los maltratadores. Como había sido solo una vez, decidí perdonarlo, y ese fue el mayor error de mi vida. Tras esa bofetada, vinieron muchas más, por cualquier tontería, hasta que llegó la primera paliza.

—Me voy fuera, mejor, porque noto cómo me está hirviendo la sangre y no quiero hacer nada

de lo que pueda arrepentirme luego —interrumpió Gael a su madre.

—Espera Gael, que te acompaño —le dijo Sergio, levantándose para irse con él, ya que ninguno nos fiábamos de dejarlo solo, no fuera a salir en busca de su padre.

—Casi prefiero que no esté en este momento, ya que no quiero que se sienta culpable por nada. La primera paliza llegó el día que se enteró de que Gael estaba saliendo con Sofía, que era la hija de su mayor archienemiga, ya que, en su retrógrada mente, no concebía que una mujer tuviera un hijo sin estar casada, y, mucho menos, que anduviera con mujeres decentes como yo.

»Encima, osando a darme consejos sobre nuestro matrimonio, ya que en algunas ocasiones había oído como Manuela me decía que no consintiera que me tratara así. Como yo salí en defensa de mi hijo y de Sofia, se volvió loco, golpeándome con una furia inusitada, hasta que se dio cuenta de lo que había hecho y tomó la decisión de que marcharse de aquí era la única solución, y lo hicimos de madrugada y corriendo.

»Lo único que conseguí fue que no vendiera la casa, porque le dije que me gustaría volver en un tiempo no muy lejano. Tras eso, hubo un periodo de cierta tranquilidad por su parte, y pensé que ya se había acabado todo, craso error por mi parte.

»Había estado tranquilo mientras había podido controlar la vida de Gael, pero cuando le llegó el turno a Alex, las cosas se complicaron. El pequeño resultó ser mucho más rebelde que su hermano mayor, negándose a aceptar que su padre decidiera por él. Al darle la razón a mi hijo y reconocer que no podía imponerles a mis hijos el camino que había planeado para ellos, volvió a su locura anterior, y terminé en el hospital, diciendo que me había caído por las escaleras.

»Mi hijo pequeño vino corriendo en cuanto se enteró de que la ambulancia había venido a recogerme y, al verme, me dijo que a él no se la colaba y que, o dejaba a su padre o lo perdía a él para siempre, así que se fue sin mirar atrás. —Hizo otra parada para beber un poco de agua, se le notaba un nudo en la garganta mientras hablaba, ya que intentaba retener las lágrimas, esas que algunas veces eran imposibles de guardar, y que acababan cayendo por sus mejillas. Me senté a su lado, ocupando el lugar en el que, hasta minutos antes, había estado sentado su hijo, para infundirle confianza y mostrarle todo mi apoyo.

»Y la última, fue anoche, cuando recibió la carta del abogado, en la que se le explicaba la situación de Gael, así como las medidas que se iban a llevar a cabo. El detonante fue un pensamiento que expresé en voz alta en el que dije, algo así como «por fin se va a hacer justicia y mi hijo volverá a ser feliz». Vino hacia mí, con los ojos inyectados en sangre y, sin mediar palabra, me asestó un puñetazo que me hizo perder el conocimiento, pero no se conformó con eso, puesto que cuando volví en mí, continuaba dándome patadas por todo el cuerpo. Tras esa llamada que hizo a Gael, y escuchando las respuestas que le daba, decidí que hasta aquí habíamos llegado que, teniendo a mi hijo de mi lado, no me iba a sentir sola jamás.

—Nos tienes a todos, Gala, no solo a tu hijo —le dije a la vez que me inclinaba hacia ella para darle un abrazo y un beso en la mejilla.

—Mi abogado va a escuchar todo, ya que lo he grabado a modo de declaración, para presentarlo como prueba en el juzgado y que no tengas que volver a relatarlo todo. Ahora que acaba de llegar, me voy al despacho con él a preparar la demanda, esa que vamos a presentar en el juzgado de guardia inmediatamente.

»También vamos a adjuntar tanto fotos de todos tus moratones, como una copia de tu

expediente médico, en el que aparecen todas «tus caídas accidentales», que no era más que una burda excusa para intentar ocultar todas las atrocidades que te hizo el cabrón de tu marido, pero que no servirá para nada, pues vamos a sacarlo todo a la luz —le dijo mi padre bastante serio—. Vuelvo enseguida.

—De verdad que no sé cómo voy a poder pagaros todo lo que estáis haciendo por mí, cuando no me he portado bien con ninguno de vosotros, empezando por Manuela y terminando por mi hijo —dijo Gala llorando.

—Olvídate de todo eso, somos tu familia, aunque algunos no lo seamos de sangre, pero ese bebé que está por nacer nos convertirá a todos en parientes, y nuestro deber es ayudarnos los unos a los otros —le respondió mi madre, dejándole claro que no estaba sola en este asunto, ni lo estaría a partir de ahora, que seríamos su apoyo y estaríamos a su lado para todo lo que necesitara.

En el despacho de mi padre, se encontraban el abogado, Sergio, Gael y mi padre, ultimando todos los detalles, pero no tardaron más de media hora en salir, justo cuando llegaron Emma y Leo del centro comercial.

Mi hermano empezaría el próximo lunes sus prácticas en mi estudio, ya que el tema del papeleo nos había llevado más tiempo del que pensábamos, puesto que no sabíamos que, desde mi empresa, teníamos que mandar la solicitud de alumnos en prácticas, especificar cuántas plazas tendríamos para realizarlas, así como el periodo de tiempo de la que constaría cada una, teniendo que elaborar un informe con todo lo expuesto anteriormente, para presentarlo lo más completo posible.

Al final, y viendo todo el trabajo que se nos venía encima con el tema de la urbanización, mi equipo y yo habíamos decidido solicitar tres plazas de becarios en prácticas, ya que contar con su ayuda nos vendría bien para sacar parte del trabajo adelante, con lo cual, ese próximo lunes, vendría mi hermano Leo y dos de sus compañeros, que él mismo se había encargado de aconsejarme, ya que él los conocía mejor que yo, y sabía quiénes irían mejor para cumplir con eso.

Capítulo 29



Una vez que salieron del despacho, y que ya estábamos más tranquilos, puesto que el abogado se había encargado de todo, solo quedaba esperar a que se hiciera efectivo el divorcio por malos tratos continuados, ya que Gala había renunciado a todo, no quería nada, solo anular su matrimonio. Ni siquiera quiso denunciarlo, ya que decía que eso no le iba a devolver los años perdidos, y que no quería una guerra interminable. Salimos al jardín a preparar la comida, ya que se había quedado un día estupendo.

Gala volvió a reír con las ocurrencias de uno y de otro, y su hijo la miraba con admiración, ya que había escuchado todo lo que su madre había narrado en el salón, y que sería la moneda de cambio con la que el abogado jugaría con la finalidad de que el divorcio se hiciera efectivo.

—Bueno, os había reunido aquí a todos con un propósito, una propuesta que me gustaría hacerle a Gael y a Sofía, aunque también saldrán beneficiadas otras personas si ellos aceptan —dijo mi padre, poniéndose de pie y apoyándose en la mesa.

—Se me había olvidado por completo, papá, con todo el jaleo de antes, se me ha pasado por alto —le contesté a mi padre, mientras que me miraba con todo el amor que eran capaces de transmitir sus ojos.

—Lo sé, cariño, por eso lo he comentado yo.

—Y ¿cuál es esa propuesta, Pablo? —le preguntó mi chico.

—Vamos a ver, hace unos años, mandé construir dos chalés en esta misma urbanización, uno para Leo y otro para Emma, y llevan listos ya unos meses, pero ni mi hija pequeña tiene edad para irse a vivir sola ni a Leo le gusta estar tan lejos de la universidad ni de sus amigos.

»Es por ello, por lo que he pensado que uno de ellos, el más grande, lo podíais ocupar vosotros, Sofía. Por supuesto que lo pondría a vuestro nombre y, a cambio, tú le cedes tu piso a tu hermano, que es ideal para una persona sola y, además, está en el centro a pocos minutos de todo lo que él considera importante.

»De ese modo, la casa de Gael podría pasar a ocuparla su madre, y no tendría que ponerla en venta ni esperar el tiempo que tardara en venderla —explicó mi padre.

—Me parece perfecto lo del chalé, ya que estábamos mirando la posibilidad de buscar una nueva vivienda a la que trasladarnos, porque su piso es demasiado pequeño para empezar una vida nueva con un bebé. Pero también te digo que mi casa es demasiado grande para que viva mi madre sola, así que voy a proponer otra cosa —dijo Gael, mirándome, esperando mi aprobación, esa que le di mediante un gesto con la cabeza.

¿Qué tal si es mi madre la que ocupa el piso de Sofía y Leo se traslada a mi casa? También está en el centro, y estará más cómodo allí si quiere invitar a alguien, así como si le apetece alquilar las habitaciones que sobran a algunos compañeros, y sacarse un dinerito.

—Te quiero, cuñado —soltó Leo, y todos estallamos en una carcajada—. De alquilar habitaciones, por el momento, ni lo pienses, porque me muero de ganas por vivir solo y poder andar por mi casa en calzoncillos sin que nadie me riña y me diga que vivo con más gente.

—Está bien, por mí perfecto, pero te compraré la casa —dijo mi padre.

—De eso nada, hacemos una cosa mejor. El chalé, lo ponemos a nombre de Gael y mío, la unifamiliar a nombre de Leo y mi piso al de Gala. Así todos salimos ganando —le dije a mi padre, que no había contemplado esa opción.

—No, no, yo no quiero que pongáis nada a mi nombre, no me lo merezco, ese lo poneis también a nombre de los dos —contestó Gala, negando con la cabeza.

—Te mereces un palacio, mamá, pero ibas a tener que limpiar mucho, y no creo que la manutención que te vaya a dar mi padre te diera para que pudieras pagar servicio —le dijo Gael entre risas.

—De tu padre no quiero absolutamente nada, solo la tranquilidad que me va a dejar, ya me pondré a trabajar en lo que encuentre, aunque sea limpiando escaleras —habló Gala.

—Nada de eso, Gala. Para empezar, vas a aceptar la titularidad del piso de Sofía, así como un puesto en la recepción del hospital, ya que una de las recepcionistas se marcha la semana que viene, porque a su marido lo han destinado a otro país, y ella se va con él.

»Con eso me ahorro la búsqueda de una nueva, tan solo tendrás que atender el teléfono y agendar algunas citas, tus compañeras te enseñaran todo para que puedas llevar a cabo tu trabajo con total tranquilidad —le dijo mi padre a Gala.

—Sé que soy muy repetitiva, pero gracias de nuevo, a todos, por esta nueva oportunidad de vivir que me estáis dando —respondió ella llorando a mares.

—Y ahora, la otra propuesta. Manuela, no me gusta que estés tan lejos de nosotros, tu familia, ni de tu nieto. Es por eso por lo que quisiera proponerte que ocupes tú el chalé que queda libre, haciendo un cambio, y poniendo tu casa a nombre de Emma, la cual alquilaremos, ingresando ese dinero en la cuenta de la niña, hasta que ella sea mayor y decida qué hacer con la casa, si quiere vivir allí o buscarse otra vivienda. —Se dirigió mi padre a mi madre y a Sergio—. Todo ello si estáis de acuerdo, claro.

—¿Qué os parece si vamos a verlos? Será la mejor manera de salir de dudas, viéndolos in situ —preguntó Renata, a la vez que se levantaba para coger las llaves del coche, ya que tendríamos que desplazarnos a cuatro ruedas, porque se encontraban a demasiada distancia para ir a pie.

Nos montamos todos entre los dos coches, y nos dirigimos a la zona donde estaban situados los chalés, de los cuales nos quedamos totalmente prendados.

Al llegar allí, mi padre abrió la verja de una de uno de los chalés, ya que estaban uno frente al otro, y tenían los dos la misma distribución. Estaban cerca, pero nos brindaban toda la intimidad que necesitábamos, tanto mi madre y su pareja, como Gael y yo.

Contaban con un poco de terreno en la parte delantera, en la que había una especie de techado para que las visitas pudieran aparcar el coche, y un caminito de piedra que daba acceso al porche de la casa, ese que tenía tres escalones para subir a una zona techada, con una barandilla, en la que había un sofá tipo columpio.

La planta baja tenía un concepto abierto, de manera que tanto la cocina, la zona de comedor y el salón, se podían ver desde la puerta, de manera que, si teníamos invitados, podías hablar con ellos mientras que estabas cocinando, lo único que estaba cerrado era un aseo, que tenía un lavabo y un váter.

En la parte derecha, había una escalera que daba acceso a la primera planta, donde se encontraban las habitaciones, que eran cuatro, todas con su propio baño, la única diferente era la habitación principal, en la que, aparte del cuarto de baño completo, había también un *jacuzzi* y un vestidor del tamaño de otra de las habitaciones.

En el mismo lugar en el que estaban las escaleras que llevaban a la primera planta, se encontraban otras con las que teníamos acceso al sótano, en la que había una zona de juegos con un billar y un futbolín, así como un sofá y una pantalla de televisión gigante al fondo de la estancia. Tras una puerta, había una especie de despacho, que sería ideal para trabajar cuando estuviera en casa.

Desde el salón, y a través de unas puertas francesas, teníamos acceso al jardín trasero, en el que había una zona de barbacoa y otra con una piscina y unas tumbonas para tomar el sol.

—¿Te imaginas la cara que van a poner estos cuando les enseñemos el chalé? ¡La de fiestas que vamos a poder hacer aquí en verano! —exclamó Gael, poniendo en su boca mis pensamientos, ya que yo había llegado a la misma conclusión que él en cuanto que vi esa zona.

—Y no solo en verano, en cuanto vean la barbacoa, está claro que se apalancaran aquí todos los fines de semana que el buen tiempo lo permita. Eso sí, la carne la ponen ellos —le dije cogiéndole la mano.

—Me parece que vamos a hacer la mudanza este mismo fin de semana, ya mismo voy a buscar una empresa para que nos traigan nuestras pertenencias, porque estoy loco por estrenar ese *jacuzzi* —me comentó Gael con una sonrisa pícara.

Capítulo 30



El siguiente paso fue ir a ver la unifamiliar de Gael, y a comprobar que no hubiera ninguna pertenencia de Silvia en ella, aparte de quedarnos tranquilos de que no hubiera hecho alguna de las suyas y no hubiera destrozado nada.

Fuimos en los dos mismos coches, pero con la diferencia de que llevábamos las pertenencias de Leo repartidas entre los dos maleteros, ya que decía que él se quedaba ya en la casa, aunque Silvia lo hubiera destrozado todo y tuviera que comprar una colchoneta para poder dormir.

—Miedo me da abrir la puerta, por lo que me pueda encontrar —me dijo Gael con evidentes signos de intranquilidad.

—No creo que haya sido tan tonta como para actuar de esa manera, eso sería cavarse su propia tumba. Mi padre le dejó claro que, si no se comportaba como una dama en toda esta situación, la echaría a la calle sin pensarlo dos veces.

—Pues solo espero que haya surtido efecto —dijo girando la llave para poder entrar y comprobarlo de una vez.

A simple vista, no había nada roto ni nada por el estilo, solo una pintada en la pared del dormitorio individual, en la que se veía reflejada la palabra cabrón, en mayúsculas, y que había hecho con un lápiz de ojos, todo lo demás estaba perfecto.

Mi padre buscó cajas para meter todas las cosas de Gael, y las fueron guardando, mientras que mi madre y Gala fregaron la pared, eliminando la pintada. Aunque mi hermano decía que tenía suficiente con cerrar la puerta, que esa habitación no la necesitaba para nada, pues tenía la principal para dormir y la otra era un despacho, ese que yo me encargué de recoger y organizar.

—Cuñado, en esta habitación hay unos pendientes que parecen buenos, y un bolso de una firma muy cara —llamó Leo a Gael, que se acercó para comprobar de qué se trataba.

—Y tanto que son buenos, como que son diamantes. Esos se los «regalé» el año pasado por su cumpleaños, y el bolso es de estos Reyes, está incluso sin estrenar —le respondió Gale, entrecomillando con los dedos la palabra regalé, ya que todos sus regalos consistían en que ella se compraba lo que le gustaba, y luego pedía que le hiciera un Bizum por el importe que se había

gastado.

—¿Qué quieres hacer con estas cosas? Porque si no las quieres, te las podría comprar a un buen precio, y así se las regalo a mi chica y quedaría de fábula con ella —comentó, sin darse cuenta de que había revelado que existía alguien a quien llamaba su chica, por lo que todos lo miramos.

—Te las regalo, chaval. Pero asegúrate que es la persona correcta antes de darle nada, y, si no lo es, las guardas para cuando llegue la idónea —le respondió Gael.

—¿Qué es eso de «mi chica»? —le preguntó Renata con cierta burla— Ya que yo no tenía noticias de que hubiera ninguna.

—Llevamos juntos dos años, pero me daba vergüenza decir nada. Es Paloma, la hija del doctor González, y que estudia conmigo Arquitectura —dijo agachando la cabeza, avergonzado.

—¿Paloma González Torres? —le pregunté a Leo, que asintió haciendo un gesto con la cabeza— Anda mira, pues también voy a tener a mi cuñada trabajando en el estudio conmigo.

Cuando hubimos recogido todo, ya estaba una empresa esperando para hacerse cargo de las cajas y llevarlas al chalé, pero antes teníamos que pasar por mi piso a recoger las mías.

Me parecía todo muy precipitado y loco, pero era la locura más bonita que podíamos cometer, además que debíamos dejar el piso listo para que Gala pudiera hacer uso de él esa misma noche.

—No hace falta que corráis tanto, de verdad, que yo me puedo ir unas noches a un hotel o algo, hasta que lo tengáis todo listo —dijo Gala un tanto apurada por la situación.

—Que no, mamá, que tanto Sofía como yo, estamos como locos de poder estrenar nuestra nueva casa ya —le contestaba Gael.

—Gracias hijos, no sabéis lo feliz que me hace veros juntos y enamorados. Ahora solo os queda recuperar el tiempo perdido.

—Y eso vamos a hacer en cuanto lleguemos a casa, empezar a recuperarlo en el *jacuzzi* —respondió él y todos estallaron en carcajadas, menos yo, que lo que me iba a estallar era la cara, de lo roja que la tenía.

Al final, recogimos todo en muy poco tiempo, ya que solo se trataba de la ropa y de los enseres personales, porque todo lo demás, al igual que en la casa de Gael, se quedaría allí para que Gala hiciera uso de ello. Nos dirigimos al chalé, detrás del camión de la mudanza, pero esta vez cada uno en su coche, porque no podíamos dejarnos uno allí, ya que los íbamos a necesitar los dos.

Mi madre y Sergio decidieron que iban a realizar el cambio, ya que querían estar cerca de nosotros y del bebé. Le ofrecimos a Gala la posibilidad de venirse durante una temporada con nosotros, ya que teníamos sitio suficiente, pero se negó, porque decía que tenía que aprender a

vivir sola y que nosotros necesitábamos la intimidad que toda pareja debería de tener.

—Mamá, me parece que tendríamos que avisar a mi hermano de todo lo que ha pasado, lo voy a llamar para saber dónde se encuentra y si podemos vernos, no creo que sea justo dejarlo al margen —le comentó Gael a su madre.

—Llámalo, hijo, a mí me tiene bloqueada desde que se fue, no tengo acceso a él de ninguna de las maneras —le respondió su madre, a lo que Gael se marchó a buscar su teléfono para localizarlo.

Gael dejó todo solucionado con su hermano antes de salir hacia el chalé, quedando en verse al día siguiente en un bar cercano a mi antiguo domicilio, para que Gala pudiera bajar en cuanto que Alejandro estuviera al tanto de todo.

Nos dieron las tantas bajando cajas y colocando cada una en su habitación correspondiente, para que al día siguiente nos fuera más fácil colocar todo en su sitio, y no tener que andar rebuscando aquí y allá.

Estábamos agotados, pero por mucho agotamiento que tuviéramos, no estábamos dispuestos a renunciar a nuestro momento de pasión e intimidad y, mientras que yo cogía dos copas y una botella de champán que mi padre había dejado en la nevera, sin alcohol, eso sí, que yo no podía ni olerlo con el embarazo, Gael llenó el *jacuzzi*, y me esperaba sumergido en él totalmente desnudo.

Me acerqué al filo del *jacuzzi*, para dejar las copas y, a continuación, me fui despojando de mi ropa muy lentamente, casi de manera tortuosa para Gael, que me miraba como si estuviera viendo una Coca-Cola fría con hielo en medio del desierto.

—¿Vas a tardar mucho, o es que pretendes que me dé un infarto para quedarte con el bebé tu sola? —me preguntó con mucha guasa.

—Qué impaciente, por favor, disfruta de las vistas —le contesté.

—Disfrutaría mucho más si tú estuvieses aquí dentro, conmigo.

Y eso hice, terminé de bajar mi ropa interior y me sumergí muy lentamente en el *jacuzzi*, junto a él, que no tardó ni media fracción de segundo en sentarme en su regazo y comerme a besos.

Los besos se fueron tornando cada vez más y más intensos, así como calientes y pasionales, de manera que, casi sin darnos cuenta, me estaba poseyendo con ternura, pero a la vez una pasión que no había sentido nunca. No sé si sería cosa de las hormonas del embarazo o de qué, pero por fin, podíamos pasear nuestro amor por el mundo. El caso es que me sentía como si estuviera en una nube, como si pudiera tocar el cielo con solo levantar un poco los dedos.

Pasamos la noche tal y como Gael le había dicho a su madre que lo haríamos, recuperando el tiempo perdido y perdiéndonos el uno en el otro, llevándonos al clímax una y otra vez, sin que nos importara nada más que nuestro placer y nuestra felicidad, hasta caer completamente

rendidos.

Cuando me desperté, no lo encontré a mi lado, es más, el lado de su cama ya estaba frío, como si hiciese mucho tiempo que se hubiera marchado. Temí que hubiera sido un sueño y que todo estuviera como antes, y empecé a llorar sin consuelo, hasta que lo vi entrar en la habitación.

—Mi amor, ¿qué te ocurre?, ¿por qué lloras?, ¿te encuentras mal? —preguntaba una y otra vez, y yo solo lo abrazaba, sin poder parar de llorar.

—Creí… pensé… —No podía hablar, no me salían las palabras.

—¿Qué creíste, mi amor? —me decía sin soltarme.

—Al despertarme y no verte, creí que todo había sido un sueño, que no te iba a tener nunca en mi vida, y el llanto se ha apoderado de mí —le respondí como pude.

—Me vas a tener siempre, tú y este garbancito que está creciendo dentro de ti, y que es la máxima expresión de nuestro amor, ese que estará siempre en nosotros — me dijo mientras que no dejaba de besarme.

Capítulo 31



Después del episodio de incertidumbre que tuve, en el que realmente no fui consciente de lo que me había sucedido, puesto que, con solo salir del dormitorio, me hubiera dado cuenta de que nada de lo que había pasado por mi cabeza era cierto, pero como siempre me ocurría, me ponía en lo peor.

Bajamos a desayunar, ya que había preparado la mesa del jardín trasero con todo tipo de manjares, desde zumo de naranja recién exprimido hasta una bollería que había traído de una panadería cercana, y que fue la causa de su ausencia en la cama.

—Sofía, cariño, quería pedirte una cosa —me dijo Gael mientras que me servía el zumo en una copa.

—Dime, si está en mi mano, no dudes que te ayudaré.

—Me gustaría que vinieras conmigo a ver a mi hermano, no sé si voy a tener la suficiente fuerza para contarle todo, y me gustaría contar con tu apoyo en esos momentos.

—No tenía pensado ir, pero si me necesitas, ahí estaré, junto a ti, aunque no sé si a tu madre y a tu hermano les parecerá bien, lo mismo piensan que es un asunto familiar —le expresé mis dudas.

—Por eso mismo, porque es un asunto familiar, tienes que estar ahí con nosotros pues, tal y como dijo tu padre ayer, todos somos familia, aunque no sea de sangre, y así lo demostramos ayer en torno al problema de mi madre.

—Está bien, en cuanto termine de desayunar, subo a vestirme. Creo que voy a tener que ir a comprarme ropa nueva, los pantalones ya me aprietan un poco, y no quiero sentirme incómoda ni encorsetada.

—Si quieres, mañana por la tarde podríamos ir, ya que tengo el turno de mañana y salgo a las tres. Te puedo dejar en el estudio de camino al hospital, y así luego te recojo, comemos juntos y nos vamos de compras.

—Hecho, lo veo muy factible. Así le echo un vistazo a las tiendas de premamá y me hago con

varios *outfits* que me sirvan para todo el embarazo. Por cierto, el miércoles tengo cita en obstetricia para hacerme una ecografía y empezar a llevar los controles del embarazo, es a las doce y media de la mañana, ¿podrás acompañarme?

—¿Lo dudas? Por supuesto, además ese día me toca control de los enfermos en planta, así que procuraré estar listo antes y, a no ser que haya una urgencia grande, nadie me va a impedir que esté allí para conocer a mi bebé —me respondió mientras me acariciaba la mano.

Nos dirigimos al vestidor, ya que teníamos que arreglarnos puesto que su hermano nos esperaba en una hora en el bar que había cerca de mi antiguo domicilio, y todavía nos quedaba un ratito de camino.

Al final, me tuve que poner unos *leggings*, porque no cerraba ningún pantalón, y lo combiné con un jersey ancho de hilo, que tenía el escote en V y unas zapatillas de deporte de una firma que me encantaba. También me llevé una chaqueta vaquera pues, aunque estábamos ya a mediados de la primavera, en determinados momentos del día, se levantaba fresquito.

Nos montamos en el coche, después de cerrar con llave nuestra casa, qué bonito sonaba eso de «nuestra», ni suya ni mía. Era el primer paso para llevar a cabo nuestro proyecto de familia, y que a mí me parecía mentira.

—Mira, allí está Alejandro —me dijo Gael señalando a un chico que había en la acera, junto a la puerta del bar.

—¿Ese es tu hermano? —dije totalmente incrédula, puesto que siempre había sido un chico más bien feúcho, demasiado delgado y mucho más bajito que Gael—. Madre mía, cómo ha cambiado el chico.

—A ver si ahora voy a tener que ponerme celoso de mi hermano —me dijo mirándome muy serio.

—¿De verdad me estás diciendo eso?

—Tú dirás, lo has dicho como si te hubiera enseñado un trozo de tu pastel preferido.

—Madre mía lo que hay que oír. Tú y solo tú serás siempre mi pastel favorito, y del que no me conformaré con tomarme un trozo, ya que me lo voy a comer entero una y otra vez, que te quede claro —le dije, esta vez la enfadada era yo, ya que no entendía esos celos infundados, y más cuando le había demostrado por activa y por pasiva mi amor.

—Perdóname, tienes que entender que no estoy acostumbrado a esto, que nunca me ha importado a quién ha mirado Silvia. Por mí como si quería bajarse del coche y comerle la boca al sujeto en cuestión. Pero a ti, no quiero que te roce ni el aire, y voy a tener que acostumbrarme a esto —me respondió cogiendo mi mano mientras aparcaba.

—No quiero escenas de celos entre nosotros, porque eso lo pueden utilizar en nuestra contra, sirviéndose de nuestras inseguridades, tanto Silvia como tu padre. Si alguna vez te molesta algo,

solo tienes que decírmelo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, lo que nos moleste es mejor hablarlo entre nosotros para que nada ni nadie se interponga entre nosotros.

Nos acercamos de la mano hasta donde estaba Alejandro, que se sorprendió de ver a su hermano con una mujer que no fuera Silvia, esa que no lo dejaba ni a sol ni a sombra.

—Hola, hermanito —le dijo Alejandro a Gael—. ¿Dónde has dejado a la arpía?

—La arpía es parte del pasado, afortunadamente para todos. ¿Te acuerdas de Sofía? —le dijo Gael mientras me señalaba.

—¿Esa Sofía? —le preguntó a su hermano mientras este asentía con la cabeza—. No me lo puedo creer. ¿Qué hacéis juntos? ¿Qué ha dicho tu querido padre de todo esto?

—Vamos dentro a pedir algo, y ahora te cuento absolutamente todo, aunque mejor sentados, porque si lo hago de pie vas a terminar cayendo de culo —le dijo Gael, mientras que me cogía de la mano para entrar en el bar.

Cogimos una mesa y pedimos tres cervezas, la mía sin alcohol, así como algo para picar, ya que a mí se me antojaron unas patatas bravas, las mismas que a Gael le faltó tiempo para pedir. Decía que no quería que el bebé saliera con una patata en la frente, mientras que Alejandro nos miraba boquiabierto.

Gael le contó todo lo sucedido, empezando por nuestra historia, con la que estaba alucinando, ya que decía que el destino nos tenía todo organizado y, que por mucho que nos pusieran obstáculos, lo que era para nosotros no nos lo quitaría nadie.

Continuamos explicándole todo lo sucedido con Silvia y con su padre, así como su reacción, para terminar por contarle la llamada de Gala y cómo nos la encontramos.

Llegados a este punto, le faltó poco para romper la copa de la cerveza, de lo mucho que la estaba apretando, pero Gael lo tranquilizó diciéndole que ya estaba a salvo. Le explicó dónde estaba viviendo, así como el trabajo que le había ofrecido mi padre, para el que tendría que esperar hasta que sus lesiones mejoraran un poco.

—¿Quieres que la llame? —le preguntó Gael a su hermano—. Está esperando la llamada para bajar a abrazarte.

—¿Y por qué no ha bajado antes? Pensaba que no quería verme, que todavía estaba resentida conmigo —le respondió apenado.

—Todo lo contrario, está deseando verte y poder darte un beso, pero ella pensaba que eras tú el que no querrías verla. Así que, si estás de acuerdo, voy a realizar esa llamada —le dijo Gael, mientras que salía para ir a buscar a su madre, ya que pensó que sería mejor que llegara acompañada, pues estaría tan nerviosa que no sabía cómo reaccionaría ante esa llamada, y así nos

lo hizo saber.

—Bueno cuñada, y ¿qué tal va ese embarazo? ¿Para cuándo me vais a hacer tío? —me preguntó Alejandro una vez que nos quedamos solos.

—Pues para dentro de cinco meses, aproximadamente. El miércoles sabremos si es niño o niña, aunque a mí me da exactamente igual, mientras que venga sano. Y tú, ¿qué hay de tu nueva vida?

—A ver como digo esto, porque en cuanto mi hermano se entere, va a querer cotarme las pelotas por no habérselo dicho, pero es que él estaba abducido por mi padre, y no podía permitir que él se inmiscuyera en mi vida —me contó con cierto aire de preocupación.

—Mientras que no le digas que te has acostado con su exmujer, me parece que todo irá bien —le dije mientras que nos reíamos los dos, cuando llegó su hermano con su madre, que se acercaron a nuestra mesa.

—Alejandro, mi vida, ven aquí, cuanto te he echado de menos —le dijo Gala y, ese abrazo fue el detonante para que los dos estallaran en llanto. Viendo ese gesto, a Gael y a mí se nos cayó más de una lagrimilla.

Nos sentamos todos juntos, y pedimos otra ronda de bebidas, así como algún que otro aperitivo más, ya que teníamos muchas conversaciones pendientes, entre ellas a la que Alejandro se había referido antes.

Capítulo 32



—Creo que Alejandro iba a contarme algo muy importante cuando nos habéis interrumpido —le dije a Gael con cierto tono de guasa.

—Ah, ¿sí? No estarías intentando conquistar a mi chica, ¿no? —contestó Gael mirando a su hermano, mientras que éste negaba con la cabeza.

—Para líos estoy yo. Con los que tengo, ya tengo bastante —dijo Alejandro a Gael—. Lo que os voy a contar es muy importante para mí, y no quiero reproches, ¿vale?

—Dale ya, hijo, que parece que nos vas a contar que te has metido a espía de la CIA o del FBI —le alentó su madre a seguir hablando.

—Estoy viviendo con una chica, se llama Macarena y es mi pareja, y además estamos esperando un hijo, un niño que nacerá en dos meses y que se llamará Gael —dijo mirando a su hermano, al que se le saltaron las lágrimas cuando escuchó que se llamaría como él—. Y del que, además me gustaría que fueras su padrino.

—Joder hermano, claro que sí. Me has emocionado con ese gesto que has tenido.

—A pesar de que nuestra relación no ha sido la misma en estos últimos años, para mí siempre serás mi referente, la persona a la que admiro y que fue capaz de sacrificarse por los demás. Así que ahora, me alegro de que por fin te sonría la suerte y que seas feliz junto a la persona de la que siempre has estado enamorado.

—Ay, por favor, que voy a ser abuela por partida doble. No puedo ser más feliz que ahora mismo —decía Gala llorando, pero esta vez de alegría.

Estuvimos allí charlando un buen rato, hasta que Alejandro nos invitó a ir a su casa, para conocer a Macarena y enseñarnos dónde vivía. Parece mentira que viviera en el edificio que había en la calle de detrás y jamás nos hubiéramos cruzado.

Fuimos hasta allí dando un paseo, pero un poco antes de llegar, apareció Ángel, el padre de los dos, en su coche. Lo dejó en medio de la calle, en doble fila, y se bajó a toda prisa, con una expresión en su rostro que parecía sacada de una película de locos.

—¡Tú, puta, que has llegado a mi familia para destrozarla! —gritó a la vez que levantaba la mano para pegarme, pero tanto Gael como su hermano, se interpusieron entre los dos, agarrando mi chico esa mano para frenarlo.

—Ni se te ocurra, o entonces va a ser cuando descargue toda la ira que tengo acumulada contra ti, y no me va a importar ni que seas mi padre ni que seas mayor —le dijo Gael con mucha rabia.

—Aquí el único que ha destrozado a esta familia has sido tú, actuando de la manera en que lo has hecho, y maltratando a mi madre —le contestó Alejandro.

—Esa es otra, tu madre se viene conmigo sí o sí, soy su marido y no pienso consentir que ande por ahí haciendo vida de soltera, por encima de mi cadáver —volvió a gritar.

—A mí no me tienes que consentir absolutamente nada, porque no soy de tu propiedad. Así que, si no quieres que llame ahora mismo a la policía y que les enseñe el audio de mi declaración en el juzgado, ya te estás largando por donde has venido. Y más vale que firmes el divorcio, porque si no, vas a terminar con tus viejos huesos en la cárcel —le contestó Gala, sacando un genio que no le conocíamos.

—Llama, corre y llama a la policía, que verás como al final me dan la razón. Lo que pasa en un matrimonio, se queda entre ellos, y si el marido tiene que usar la fuerza para que ella entre en razón, es por una buena causa —contestó con sorna, como si su palabra fuera la verdad absoluta.

—Tú lo has querido —le dijo Alejandro mientras marcaba el número de la policía, aunque su hermano ya tenía el móvil preparado para hacerlo, y le dio todos los datos de lo que estaba sucediendo.

Cuando la policía llegó, les explicamos sus amenazas y todo lo que había hecho anteriormente, no dudaron en llevárselo detenido, quedando en que Gala pasaría más tarde para presentar la denuncia y aportar las pruebas de todo lo que habíamos relatado.

—Creo que lo más acertado sería que llamáramos al abogado, mamá, así él podría asesorarte y estar presente en la comisaría —le comentó Gael a su madre.

—Sí, yo también lo creo. Subamos a mi casa y hablemos desde allí, así será más cómodo y privado para todos —respondió Alejandro.

—Me preocupa lo que va a pensar mi otra nuera de mí. Dirá que soy una loca a la que quiere lejos de su pareja y de su hijo —habló Gala más para ella que para nosotros, pero lo habíamos oído todos.

—Tu nuera lo único que va a pensar es que tiene una suegra que es una guerrera, y un suegro que es un cabrón y que, a ese sí que lo quiere lejos de mí y de mi hijo, no tú —le respondió Alejandro a la vez que abría la puerta del portal de su casa para subir a su piso.

—Vamos mamá, no digas tonterías. Mi hermano tiene razón —le dijo Gael, afirmando las

palabras que había pronunciado su hermano.

—No eres tú la que tienes que estar avergonzada, Gala. Tú lo único que has hecho ha sido intentar sobrevivir, nada más. El que tendría que desaparecer es Ángel, de tu vida y de la de todos nosotros —le hablé yo, para que entendiera que absolutamente todos estábamos de su parte.

Subimos en el ascensor hasta la planta donde se encontraba el piso de Alejandro, con una Gala visiblemente nerviosa, tanto por lo que había ocurrido con Ángel hacía unos minutos como por el hecho de conocer a su nueva nuera.

—Amor, ya estoy aquí, y te traigo una sorpresa —gritó Alejandro en el momento en el que atravesamos el umbral de su piso, avisando a Macarena.

—Estoy en la cocina, me moría de hambre y me estoy preparando un sándwich —contestó ella para indicarle dónde podía encontrarla.

Llegamos a la cocina, y mi cuñado fue el primero en entrar. Con un gesto juguetón, le cubrió los ojos a su pareja y le dio un beso en la mejilla, un beso que resonó y que claramente mostraba el cariño que se tenían.

—Mira quién ha venido y te voy a presentar —le dijo girándola de manera que nos viera a todos de una vez—. Ellos son, Gala, mi madre y tu futura suegra; Gael, mi hermano mayor y por el que va a llevar su nombre nuestro hijo y Sofía, el amor de mi hermano de toda la vida, ese que te conté que tuvo cuando era un adolescente, y que el destino ha querido poner de nuevo en su camino, además de que lleva en el vientre a mi sobrino o sobrina. Aquí tienes a mi familia al completo, porque de mi padre no quiero saber absolutamente nada, ahora te contamos lo que acaba de ocurrir.

—Encantada, preciosa, y muchísimas gracias por consentir que tu primer hijo lleve mi nombre —le dijo Gael a la vez que se acercaba para darle dos besos y tocarle la barriguita, previo consentimiento de ella, por supuesto.

—Un placer conocerte, Macarena. Nuestros hijos se van a llevar muy poco tiempo, y me encantaría que se criaran los dos juntos. Tenemos un jardín en nuestra casa que, te aseguro, será la delicia de los dos —hablé yo, dejando a Gala para el final, mientras que me acercaba y le daba dos besos.

—Macarena, cariño, no estoy en mi mejor momento y no quiero que te lleves una mala impresión de mí. Estoy encantada de tenerte como nuera, y quiero que me permitas ser parte de la vida de mi nieto. Cuenta conmigo para todo lo que necesites, ya que además vivo en la calle de ahí detrás —le dijo Gala a su nuera, con una mezcla de miedo y vergüenza.

—Muchísimas gracias a todos por venir a mi casa, y por supuesto que quiero que todos, absolutamente todos, —dijo mirando principalmente a Gala—, estéis presente en nuestra vida y en la de nuestro hijo. Es curioso, pero siempre la persona maltratada es la que siente vergüenza por lo sucedido, cuando realmente, el que tendría que estar avergonzado es el maltratador.

Mientras nosotros estábamos sentados en el salón, tomando un refresco y hablando de nuestros embarazos, así como escuchando a Gala contar sus experiencias de la gestación de sus dos hijos, Gael llamaba al abogado, quien no dudó en decirle que en una hora estaría en la comisaría, en representación de su madre. En caso de que fuese necesario, le avisaría para que la llevara a la comisaría, pero, en principio, no lo creía necesario, ya que tenía todo grabado y podría presentarlo como declaración, evitándole así el mal trago de tener que relatar todo de nuevo.

Pasamos toda la mañana allí, incluso pedimos *pizzas* para comer, ya que Macarena decía que le había dado por ellas durante todo el embarazo, que cuando diera a luz iba a terminar por aborrecerlas, por lo que estallamos todos en una carcajada.

Capítulo 33



Una vez terminamos de comer, los dejamos tranquilos en su casa, ya que Macarena necesitaba descansar, pues tenía los pies muy hinchados. Nos contó que era psicóloga, pero que no había encontrado trabajo de lo suyo, así que trabajaba de cajera en uno de los grandes supermercados, pero que ahora estaba de baja, puesto que con ese barrigón no llegaba a coger los productos de la cinta.

Le dijimos de hacer una barbacoa al día siguiente, a la que también acudirían nuestros amigos, así como toda la familia, ya que habíamos hecho una videollamada con ellos el día anterior, para contarles todo lo que nos había ocurrido desde que les conté lo de mi embarazo. Todos alucinaron, pero se alegraron por nosotros, ya que decían que nos merecíamos esa felicidad que se nos había negado durante tanto tiempo, sobre todo a Gael.

Antes de llegar a casa, pasamos por un supermercado, para comprar la carne y todo lo necesario para realizar la barbacoa del día siguiente, así como para hacer una compra grande, que nos llevarían en unas horas, puesto que teníamos la nevera totalmente vacía. Es lo que suele ocurrir cuando te mudas a la prisa y corriendo.

Nos sentamos en el salón de nuestra casa, en el mismo momento en el que llegamos, tan solo tardamos el tiempo de ponernos ropa cómoda, y mientras que yo lo hacía, Gael se dedicó a preparar café y una infusión para mí, así como también unas pastas que nos trajimos del súper para picar.

—Estoy pensando una cosa, pero no sé si preguntárselo a tu padre o no, me parece que se lo puede tomar como un abuso —me dijo Gael una vez que nos sentamos tranquilos, yo con mis pies en su regazo.

—Creo que los dos pensamos lo mismo, a ver si acierto. Quieres comentarle a mi padre que le dé una oportunidad a Macarena en el hospital, ¿es así? Porque si eso lo que se te pasa por la cabeza, no hace falta que se lo digas, ya lo he hecho yo.

»Me ha llamado antes, para saber lo que había sucedido, ya que el abogado se había mensajeado con él, pero quería saberlo de primera mano, viene para acá —le conté a Gael, en el mismo momento en que llamaron al interfono de la verja.

—Yo abro, no te levantes.

Y le hice caso. Pensaba que sería mi padre, pero resultó ser el pedido del supermercado, del que mi chico se encargó, tanto para entrarlo en la cocina como para guardarlo, no me permitió moverme del sofá, y lo agradecí, porque últimamente me encontraba muy cansada, sería algo que le diría el martes a la ginecóloga. Despidió a los chicos del súper con una buena propina, lo que hizo que se fueran la mar de contentos, ya que decían que les daba para irse los dos a cenar y a tomar una copa, porque eran dos jovencitos de unos dieciocho o diecinueve años.

Pocos minutos después, llegaron mi padre y Renata, y se veía en su rostro que estaban tremendamente preocupados.

—Hola hija, ¿qué tal todo? —preguntó mi padre a la vez que me daba un abrazo y un beso en la mejilla.

—Hola papá, ya mejor, una vez que nos tranquilizamos todos.

—Gael, hay algo que me está comiendo por dentro y necesito aclararlo. ¿Tu padre sabía dónde se estaba quedando tu madre, o simplemente ha sido una casualidad? —le preguntó mi padre a mi chico.

—Pues no estoy seguro, Pablo. Supongo que tendría localizado a mi hermano, y pensó que se estaba quedando con él. Aunque también cabe la posibilidad de que a quién tuviera localizada fuera a Sofía y, como sabía que yo estaría con ella, ató cabos y llegó a la conclusión de que también podría encontrarse conmigo. Es todo muy confuso, de verdad —contestó Gael desconcertado, pasando las manos por su pelo, en señal de desesperación.

—Bueno, sea como sea, Marcelo, el abogado, ha solicitado medidas cautelares antes de que lo pongan en libertad, a la espera de juicio, y se las han concedido. Tu padre llevará una pulsera telemática, y no podrá acercarse a ella a menos de quinientos metros. Si lo hace, a tu madre le sonará una alarma, tanto en el móvil como en un reloj que tendrá que llevar ella, lanzándose el aviso directamente a la comisaría de policía más cercana a su ubicación.

»Ahora mismo, está la policía con ella junto con el abogado, explicándole su funcionamiento y dándole información adicional, ya que también tiene la opción de ponerse en contacto con la policía de otra manera, a través del reloj, en caso de que viera algo extraño, incluso di tu padre no está cerca. Ha habido situaciones en las que, por cobardía, algunas personas no actúan directamente, sino que prefieren enviar a otros a hacer el trabajo sucio a cambio de dinero.

—Espero que todo esto se solucione pronto, y que acabe con sus huesos en la cárcel, porque no se puede ser más malo ni tener peor corazón que él. Es la peor persona que he conocido en mi vida —expresé mis pensamientos en voz alta.

—Bueno, cambiemos de tema, que este ya está muy bien encaminado. ¿Qué tal ha ido el encuentro con Alejandro? Quiero que me contéis todo —habló Renata intentado que dejáramos a un lado todo lo feo.

—Pues ha ido de maravilla. Mi hermano tiene pareja, Macarena, y están esperando a su

primer hijo para dentro de dos meses, se llamará Gael, como su tío —explicó mi chico muy orgulloso—. Por fin volvemos a ser una familia, mañana van a venir todos, haremos una barbacoa para celebrar nuestro reencuentro.

—Con respecto a Macarena, papá, quería pedirte un favor —le dije a mi padre con carita de pena, esa que él ya me iba conociendo.

—Sofía, hija, no hace falta que pongas esa cara, si está en mi mano, por supuesto que lo haré —dijo mi padre riendo.

—¿Te has dado cuenta de que Emma pone la misma cara que su hermana cada vez que quiere convencerte de algo? ¡Si es que son igualitas! —expresó Renata en voz alta, mientras que todos reíamos.

—Venga, cuéntame qué es lo que quieres, anda —me instó mi padre a que siguiera hablando.

—Pues verás, Macarena es psicóloga, pero al no encontrar trabajo de lo suyo, empezó a trabajar de cajera en una cadena de supermercados, y había pensado…

—Habías pensado que le diera una oportunidad en el hospital —me interrumpió mi padre—. ¿Me equivoco?

—La verdad es que no, papá. A pesar de que me vas a decir que me creo que el hospital es una ONG, pero es que le veo mucho potencial a esa chica para que esté detrás de una cinta en un supermercado —le argumenté a mi padre.

—Vais a tener suerte, porque el doctor Ramírez, el jefe del departamento de psicología, se jubila a finales de este año, y había pensado en ascender a la doctora Martínez, así que su puesto quedará vacante. Por lo que, si sumamos el tiempo que le queda de embarazo más el tiempo de baja maternal, llegamos a tiempo para que se pueda incorporar.

—Es verdad, que Diego se jubila. ¿Alicia tiene constancia de ese ascenso? Porque no me ha comentado nada, y hemos coincidido varias veces en la sala de descanso —le preguntó Gael a mi padre.

—Todavía no le he dicho nada, sois los primeros en saberlo, por lo que te pido total discreción al respecto. El lunes llamaré a ambos a mi despacho, y se lo comunicaré a los dos y, mañana, hablaré con tu cuñada, a ver qué le parece la propuesta —contó mi padre sus planes, obteniendo nuestro beneplácito.

—Yo no es por nada, pero la hora que es y no me he tomado ni un cafecito todavía, y empiezo a desesperarme —nos dijo Renata con total confianza, consiguiendo que todos estalláramos a carcajadas.

—Sabes dónde está la cocina, así como las tazas y los platos, y tienes la cafetera y las cápsulas en la encimera, ve y sírvete tú misma —le contestó Gael entre risas.

—Lo que hay que oír, que me sirva yo misma, con lo acostumbrada que yo estoy a que me lo pongan todo por delante —dijo Renata con una voz y unos gestos de indignación, como si fuera una marquesa, y mientras se dirigía a la cocina, todo en broma, por supuesto, porque ella, a pesar de que tenía servicio en casa, estaba más que acostumbrada a realizar las tareas domésticas.

Fue hasta la cocina y preparó café para todos, y puso más pastitas en una bandeja, para mí una infusión, y pasamos lo que quedaba de tarde charlando de todo, tanto de cosas triviales como de otras más importantes, ya que no parábamos de darle vueltas al tema de Gala y Ángel, esperando todos que tuviera un pronto final, y que fuera el correcto.

Capítulo 34



Una vez que se marcharon mi padre y Renata, a los que le dijimos de quedarse a cenar, pero que rechazaron el ofrecimiento, ya que decían que Emma estaría al llegar a su casa, que había ido con una amiga y sus padres al cine, y que no querían que llegara y se encontrara sola con el servicio, fuimos a prepararnos algo de comer.

Si Macarena decía que ella se llevaba todo el día comiendo desde que estaba embarazada, yo me pasaría todas las horas durmiendo, lo único que me quitaba el sueño eran los momentos de sexo que tenía con Gael. Incluso cuando estaba en el trabajo, se me caían los ojos de sueño, así que me vendría muy bien la ayuda de Leo y de sus compañeros, ya que en la universidad me habían asegurado que eran los primeros de la promoción, especialmente Leo y Paloma, que tenían las mejores notas de todo el curso, por ese orden, además.

—Se te están cerrando los ojos, cariño —me dijo Gael mientras estábamos tumbados en el sofá viendo una película.

—Sabes que, desde siempre, el que me acaricien la cabeza es como una anestesia para mí, que me deja cao en dos minutos, y llevas más de media hora así, pero no pares, que me encanta —le dije a Gael bostezando.

—Anda, vámonos a la cama, que el día ha sido demasiado largo para todos, y mañana también tendremos jaleo, aunque afortunadamente para nosotros, mucho más ameno que hoy, que hemos sufrido todo tipo de emociones, desde las más alegres con el embarazo de mi sobrino, hasta las más desagradables con el numerito de mi padre —me dijo mi chico, tendiéndome la mano para ayudarme a levantarme, dejándome un dulce beso en la cabeza cuando me levanté y me abracé a su pecho.

A pesar de todo el cansancio que llevábamos arrastrando, no pudimos resistirnos a nuestro momento de pasión, ese que empezó en la ducha, ya que antes de dormir decidimos darnos una, para destensar nuestros músculos con el agua calentita, pero en la que lo logramos de otro modo mucho más placentero, ofreciéndonos placer el uno al otro con un sexo oral que hizo las delicias del momento.

Al pasar al dormitorio, y como no habíamos tenido bastante para saciarnos el uno del otro,

empezamos el segundo asalto, que comenzó conmigo encima de él. Dejándole besos en todo su torso, desde la boca hasta el ombligo, pasando por su barbilla y sus pectorales, hasta que ya no pudo más y me ensartó en su miembro, volviéndome loca, guiándome mientras me agarraba de las caderas. Para acto después, tenerme debajo, y cambiando de postura al poco rato, poniéndome bocabajo, apoyada en mis rodillas y mis codos, para penetrarme desde atrás, y así fue como llegamos juntos al clímax, aunque yo había tenido varios orgasmos antes.

Agotados y abrazados, nos quedamos dormidos, hasta bien entrada la mañana, en la que escuchamos sonar mi teléfono, así que me levanté para contestar.

—¿Estás ya en este mundo o habéis tenido una tórrida noche de pasión y todavía no te puedes tener en pie? —dijo Nazaret nada más escuchar mi voz al otro lado del teléfono.

—Buenos días a ti también —le contesté—. Y sí a todo lo anteriormente preguntado, menos a lo que no me puedo tener en pie.

—Os llamaba para que sepáis que vamos de camino, que en unos quince minutos estaremos allí. ¿Necesitáis que compremos algo?

—El pan, es lo único que no hemos comprado, para tenerlo calentito. Así no tendrá Gael que salir de casa para ir a por él. Aquí cerca hay una panadería muy buena, está justo antes de llegar a mi casa, por la misma calle por la que accedéis a ella.

—Sí hija, sí, tú no te conformas con un paquete de barras del Mercadona. Desde luego, que no se puede ser más pija con la comida que tú —me contestó riéndose.

—No seas capulla, anda. Y no vayáis a comprar nada de dulces, que mi madre ya trae dos tartas de esas que te gustan tanto, una de chocolate y otra de zanahoria —le dije antes de colgar la llamada.

—¿Ya vienen los chicos? —me preguntó Gael.

—Sí, dice que en quince minutos estarán aquí, así que nos toca levantarnos y vestirnos, si no quieres que nos cojan todavía en la cama y desnudos —le contesté, pues sabía que las intenciones de mi chico eran otras, a las que yo estaría encantada de sucumbir, pero no teníamos tiempo, y así se lo hice saber.

Cuando llegaron nuestros amigos y nuestra familia, que llegaron todos prácticamente a la vez, ya estábamos nosotros en el jardín, encendiendo la barbacoa y preparando todo, solo nos había dado tiempo de tomarnos un café, bueno yo un cacao, que ya estaba harta de infusiones.

—¿Os podemos ayudar en algo? —dijo Alejandro acercándose a nosotros, ya que Gael estaba encendiendo el fuego y yo me había acercado a su lado una vez abrí la verja.

—Quédate aquí y dame conversación, porque está claro que mi chica, en cuando entren todos, se va a ir a hacerle un *tour* por la casa a todas las chicas. No hay nada que le guste más que enseñar nuestra humilde morada a todo el mundo —le contestó Gael a su hermano, mientras que

le daba un abrazo.

Dicho y hecho, los dejé allí a los dos, me encantaba ver la relación que tenían, como cuando eran adolescentes y no podían vivir el uno sin el otro, y me marché con mis chicas a mostrarles la casa.

Por el camino me crucé con Iker, Paul y Jairo, así como con mi padre y Sergio, que se dirigían a darle el encuentro a Gael en la barbacoa, ya que estos últimos llevaban unas bandejas con la carne y otras para ponerla, una vez estuviera cocinada.

—Bueno chicas, os voy a mostrar nuestra humilde morada —dije en tono de broma a mis niñas, para que todas me siguieran.

—¿Humilde morada? Tendrás valor de decir eso, cuando todo mi piso cabe en el porche trasero de tu casa, y eso que el mío no es de los pequeños, precisamente —me respondió Nazaret en el mismo tono de guasa que yo había empleado.

—Yo mejor y me callo, que mi piso cabe en el cuartito de aseo de la planta baja. La madre que me parió, no me saliera a mí un padre de estos —murmuró Almudena, y todas nos reímos. Y es que mi amiga tampoco había conocido a su padre, ya que su madre la sacó de un centro de acogida cuando era muy pequeña, y había terminado por adoptarla. Sus padres biológicos perdieron su custodia cuando casi era un bebé, y después no habían aparecido más, cosa que ella había agradecido, ya que para ella su madre era Martina, la mujer que la había criado y que lo era todo para ella.

—Aquí tenemos un dormitorio con baño incluido para cada pareja, para cuando os apetezca quedaros porque se os haga tarde en la cena o porque hayáis bebido demasiado para coger el coche —les dije mostrándoles la planta superior de la casa.

—¡Iker, empieza a beber que hoy no nos vamos! —gritó Nazaret desde una de las ventanas del, que decía, era su dormitorio. Tanto las chicas como ellos estallaron en carcajadas.

—Suegro, y eso que no ha visto la tuya, si no, te pide que la adoptes —le dijo Gael a mi padre en referencia a lo que había gritado Nazaret.

Bajamos de nuevo al jardín trasero, entrando por las puertas francesas del salón, las cuales estaban ocultas tras unas cortinas, y que mis amigas no habían visto hasta ese momento, en el que las abrí y les dije que pasaran, la piscina estaba cubierta por una estructura metálica recubierta de césped artificial, con lo cual tampoco se habían dado cuenta de su existencia.

—A este jardín lo único que le falta para ser perfecto es una buena piscina. ¿Habéis pensado en poner una? Porque sería la leche, entonces nos ibais a tener aquí todos los fines de semana —le comentó Iker a Gael mientras que le tendía una cerveza.

—Solo por eso que has dicho, me parece que no le vamos a dar a este botoncito de aquí —le dijo mi chico a su amigo, al que le faltó tiempo para pulsar el botón, haciendo que la estructura metálica se retrajera, mostrando la magnífica piscina.

—La madre que te parió, *Gaelito*, ¡qué callado os lo teníais! Pedazo de piscina que tenéis —dijo Paul, con la boca completamente abierta de la sorpresa.

—Qué egoísta, no querían compartirla con nosotros, amor. —Le echaba Nazaret más leña al fuego.

—Será que la quieren para ellos solos, para hacer cochinadas en las noches de calor —le contestó el otro, al que tampoco le gustaba una broma nada, qué va.

Capítulo 35



Volvimos a cerrar la piscina, puesto que todavía estaba vacía y temíamos mantenerla abierta y que alguien cayera sin querer, haciéndose daño. Habíamos hablado de limpiarla y llenarla una vez entrara el calor un poco más fuerte, aunque Macarena, la pobre, con los calores de los últimos meses del embarazo, decía que ella con una manguerita ahora mismo se las apañaba, y todos nos reímos, puesto que decía las cosas como si no tuvieran importancia, pero con la cara más seria que un guardia civil.

Ya estaba la barbacoa casi lista, cuando llamaron de nuevo al interfono de la verja, y nos miramos extrañados, puesto que no esperábamos a nadie más. Gala, que hasta ese momento había estado tranquila, empezó a ponerse nerviosa, y a mirar el reloj que le había puesto la policía, viendo que estaba completamente en silencio, pues pensó que podía ser Ángel, que viniera a por ella de nuevo, pero nada más lejos de la realidad. Se trataba de mi hermano Leo con su novia, Paloma, lo que no se esperaban ellos es que la casa estaría llena de gente.

—Joder, hermanita, si lo llego a saber te llamo antes. Venía a presentarte a Paloma, para que la conocieras y charlaras con ella un rato antes de que mañana coincidierais en el estudio —me contó Leo al entrar y ver la cantidad de gente que había.

—Anda ya, si me hubieras llamado tampoco te habría contado nada de la gente que había, porque si lo hubiera hecho, no habríais venido. Pasad dentro, están todos en el jardín trasero —le contesté mientras le indicaba el camino que debían seguir.

—Hola a todos, familia y no conocidos —dijo mi hermano al llegar al jardín, dirigiéndose a todo el mundo—. Para quienes no me conocéis, soy Leo el hermano de Sofía y de Emma, y ella es Paloma, mi novia, y a la que no os había presentado a ninguno, todavía.

—Hijo mío, que solemnidad, por favor —le respondió Renata, su madre, mientras que se levantaba para darle un abrazo a su futura nuera—. Paloma, cariño, bienvenida a la familia.

—Y a los amigos —dijo Nazaret que, si no la ganaba, la empataba—. Anda que, si el hermanito llega a tener unos años más, nos íbamos a convertir en cuñadas, lo mismo que si Macarena no estuviera en este estado. Iba a ser tu cuñada, sí o sí, si no de una manera, de otra. Pero no tomármelo en cuenta eh, que yo respeto la propiedad privada.

—Gracias por la parte que me toca, churri —gritó Iker desde la barbacoa, y estallamos todos en una fuerte carcajada.

—No te preocupes, mi amor, si están los dos ocupados —le respondió ella, mientras que mi hermano se ponía cada vez más rojo.

—Al final, echo al niño por la boca —decía Macarena doblada de la risa.

—Si eso ocurre, estamos cubiertos, porque tenemos una enfermera que te puede ayudar a parir, varias mujeres que han parido más de una vez, así que te darían las indicaciones oportunas, y un pediatra para que revise al niño, todo solucionado —soltó Nazaret muy seria, lo que hizo que continuáramos riendo.

Gala decía que en su vida se había reído tanto, ni cuando era una niña, mientras que Gael le contaba las anécdotas que había tenido que aguantar durante el crucero por parte de mi amiga, a lo que la otra afirmaba muy seria con la cabeza, como diciendo que eso era lo que había.

Una vez que nos sentamos todos a la mesa, seguimos dándole caña a Iker por el comentario que había hecho Nazaret, y que tanto Paloma como Macarena, con sus palabras, le daban mayor énfasis al asunto. Esa niña era un amor, e iba a llevar a mi hermano por muy buen camino, realmente por el que llevaba, ya que Leo era una persona muy noble y cariñosa, que siempre estaba pendiente de todo el mundo, en especial de su hermana pequeña, por la que sentía adoración.

—Alejandro, yo quiero que tu hijo también me llame tita o tata, al igual que el de mi hermana Sofía —le decía mi hermana Emma a mi cuñado.

—Claro que sí, cariño mío, te llamará como tú quieras. Además, que tengo la impresión de que vamos a pasar aquí muchos momentos, con los dos peques correteando por estos jardines. Porque en mi casa, como no corra por el pasillo…—le contestó Macarena, mirando de un lado a otro mi jardín.

—Eso tiene fácil solución, os compráis la que queda libre, y que está al lado de la de Manuela y Sergio, y todos juntos en la misma urbanización —le dijo mi padre a Macarena.

—Claro que sí, con un sueldo de cajera y otro de informático, eso sin contar el niño que viene en camino, ahora mismito vamos a ir a verla —contestó Macarena con toda la ironía del mundo y entre risas.

—De eso ahora hablaremos, pero antes tengo que decirle a la única persona que se va a quedar lejos, que he hecho una oferta por una de las casitas pequeñas de la urbanización. Está prácticamente nueva, solo habrá que darle una manita de pintura.

»En ella vivía una señora mayor a la que sus hijos han ingresado en una residencia, ya que no se puede valer por sí misma. Querían ponerla en venta, pero yo me enteré antes de que la pusieran en ninguna inmobiliaria, y aproveché.

»Aunque habíamos quedado en que te quedases a vivir en casa de Sofía, he pensado que querrías estar cerca de ellos cuando nazca el bebé. Ya pensaremos qué hacer con ese piso. Y, tu

antigua casa, supongo que la querrás vender, ¿cierto?

—Pues sí, porque allí no pienso volver a poner un pie ni muerta, pero me parece que esta zona está muy por encima de mis posibilidades —respondió Gala.

—De eso nada, mamá. Esta mañana me llamó Pablo para decirme si tenía acceso a las cuentas de mi padre y tuyas, y recordé que una vez mi padre me las dio para que le hiciera una transferencia urgente de algo que tenía que pagar, y las busqué, puesto que las tenía apuntadas por si algún día las necesitabas para salir de allí.

»Así que, por el dinero no tendrás que preocuparte más, ya que he cogido la mitad del saldo que había en esas cuentas y lo he transferido a otra de otro banco que he abierto a tu nombre. En unos días recibirás la tarjeta y toda la documentación —le explicó su hijo pequeño.

—Me va a matar, en cuanto se entere, querrá matarme —decía Gala en un murmullo.

—No se atreverá mamá, ese dinero es tanto tuyo como suyo, ya que, aunque tú no trabajabas, porque decía que una mujer decente tenía que estar en su casa, cuidando a sus hijos, y no alternando con unos y con otros, él se encargó de gestionar todo el patrimonio que te dejaron los abuelos en herencia, vendiendo todo menos la casa. Demasiado que mi hermano le ha dejado la mitad, yo lo hubiera cogido todo —le dijo Gael a su madre, para que viera que estaban haciendo lo correcto.

—En realidad, no ha sido la mitad. He investigado cuánto ganó con la venta de esos inmuebles, y les he sumado los intereses. Eso ha sido lo que he traspasado a la cuenta de mamá, dejándole a él siete mil quinientos cuarenta y tres euros a su nombre —explicó Alejandro, dejándonos a todos con la boca abierta.

—Pues muy bien hecho, hijo. Ese malnacido no se merece ni respirar —lo elogió Renata, mientras que todos los demás asentíamos con la cabeza.

—Con respecto a la casa, esa es solo de tu propiedad, y justo esta mañana he recibido una oferta por ella en la web en la que ayer la publiqué para su venta, la cantidad que te ofrecen es esta —dijo mostrándole el teléfono—. De ti depende aceptarla o no, puesto que esa decisión te corresponde tomarla solamente a ti.

—Yo veo un precio justo, la verdad, porque, aunque está en una buena zona, necesita muchísimas reformas, ya que está muy anticuada —le dijo mi padre a Gala.

—El muy tacaño, ni pintarla quería, decía que eso le añadía carácter a la casa, así que imagino que sí, que le harán una buena reforma —le contestó Gala, pero habló de una forma que nos hizo reír a todos—. Así que sí, hijo, acéptala en mi nombre.

»Dile que nos dejen unos días para sacar los enseres personales y algunos recuerdos de la casa, y después les entregaré las llaves. Que se joda, que cuando salga no tenga ni dónde dormir, que sufra lo mismo que lo he hecho yo durante todos estos años.

—Perfecto mamá, ahora mismo les mando un mensaje a los nuevos propietarios diciendo que estás conforme con el precio propuesto —le respondió mi cuñado.

—Pero antes, quiero pediros una cosa —dijo Gala dirigiéndose a Gael y a mí—. Me gustaría que, con ese dinero, me permitieseis ayudar a Alejandro y Macarena a comprar su nueva casa.

Capítulo 36



—Mamá, a nosotros no nos tienes que pedir permiso para absolutamente nada, es tu dinero y puedes hacer con él lo que te dé la gana —le respondió su hijo en nombre de los dos.

—Afortunadamente, nosotros ya tenemos una casa preciosa, y es justo que Alejandro pueda disfrutar de otra, si no igual, de similares características, Gala —le contesté yo.

—Pero ese dinero es de los dos, tanto de Gael como de Alejandro, es parte de una herencia que nos dejaron sus abuelos —habló Gala dirigiéndose a todos los que estábamos presentes.

—No mamá, ese dinero es tuyo, y eres tú quien tienes que disfrutar de él. Tanto Macarena como yo, estamos muy a gusto en nuestro piso —le dijo Alejandro a su madre.

—Hermano, deja que mamá te ayude. Nada me gustaría más que nuestros hijos crecieran, si no juntos, cerca el uno del otro.

—Pero es que, aunque tu madre nos ayude, no vamos a poder pagar el resto de la hipoteca, ahora mismo estamos de alquiler y hay meses en los que nos cuesta llegar a fin de mes. Además, ahora hay que sumarle los gastos que conlleva un bebé. Os lo agradecemos, pero creo que nos vamos a quedar donde estamos, por lo menos de momento —dijo Macarena un tanto apurada.

—¿Habéis tenido problemas de dinero y no has venido a buscarme? Porque no me parece bien lo que has hecho —le preguntó Gael a su hermano.

—Gael, tú tenías tus propios problemas, no iba a ir yo a echarte más preocupaciones a la espalda.

—Ahora me toca a mí —dijo mi padre, haciendo que todo el mundo guardara silencio en ese momento—. Los problemas de dinero se han terminado para siempre, a no ser que ahora os volváis ludópatas o algo por el estilo. En cuanto a la casa de Gala, la he conseguido a un precio menor del estipulado, con lo cual, con la venta de su antigua vivienda, estaría cubierto todo el importe de la compra de la nueva, sobrándole incluso un piquito.

»Con respecto a la que les he ofrecido a Alejandro y a Macarena, es de un buen amigo mío, que está como loco por deshacerse de ella, ya que la compró porque su exmujer decía que sería

una buena inversión, cuando en realidad la usaba de picadero con su amante, así que no la quiere ver ni bañada en agua bendita. Dicho esto, nos la vende por la mitad de su precio original, dice que prefiere perder dinero a mantenerla, con lo cual, la hipoteca se os quedará en una mensualidad muy fácil de asumir.

—Es que, con nuestros sueldos, no vamos a poder, de verdad. Estaríamos encantados de venirnos a vivir a esta zona, pero de verdad que no podríamos. Alejandro trabaja como *freelance*, por lo que algunos meses cobra más y otros menos, y yo de cajera, os podéis imaginar mi sueldo cual es —habló Macarena, que tenía los pies en el suelo, a pesar de las bromas que estaba haciendo.

—Y ahí viene la segunda parte —siguió diciendo mi padre—. Tengo una propuesta que haceros a los dos, pero si me lo permites, voy a empezar por Macarena. Tengo entendido que eres psicóloga, y en mi hospital, a finales de año, se jubila el jefe del departamento, así que voy a ascender a otra de mis doctoras, con lo cual quedará una vacante. Me gustaría que la ocuparas tú.

»Me gusta incorporar a mi equipo a gente joven, que destaquen en su campo, y me he informado que tú has sido la primera de tu promoción, pero que no aceptaste la oportunidad de trabajo que te ofrecieron porque estaba lejos de aquí y estabas cuidando a tu padre, que ya estaba muy enfermo en aquella época y que, una vez que falleció, ya fue imposible entrar en el mercado laboral. ¿Me equivoco?

—Para nada, pero yo tengo todavía muchos meses por delante, no me gustaría defraudarte y tener que decirte que no cuando me tenga que incorporar, porque para mí sería un sueño hecho realidad —habló Macarena llorando, mientras que mi padre le daba un abrazo.

—No te preocupes por eso. Ya hemos hecho cálculos y, entre los meses que te quedan de embarazo, y los de la baja por maternidad, todavía faltaría un mes para que te incorporaras a tu nuevo puesto de trabajo. Solo tienes que decirme que sí, y pasar el martes por mi despacho para firmar el contrato.

—¡Por supuesto que sí! Sería una idiota si perdiera esta oportunidad —le contestó Macarena con lágrimas en los ojos, pero esta vez de felicidad.

—Y ahora te toca a ti, señor Alejandro. Antes tenía contratada a una empresa que se encargaba del tema informático del hospital, pero desde que tuvimos un problema gordo y tardaron más de tres días en venir a solucionarlo, decidí prescindir de ella y formar mi propio equipo.

»Es por lo que, estaría encantado de que formaras parte de él, con tu sueldo mensual fijo y tus horarios establecidos, con lo que podrías seguir atendiendo a tus clientes fuera de ese horario si quisieras —le explicó mi padre a mi cuñado, que lo miraba boquiabierto y con lágrimas en los ojos.

—Porque mi hijo ya tiene nombre, que si no… Pero ten claro, que el segundo se llamará Pablo, sí o sí, porque eres nuestro ángel de la guarda, y por supuesto que acepto —respondió Alejandro dándole un fuerte abrazo a mi padre y un beso a su chica, que estaba al lado y que no paraba de llorar.

—Déjate de ángel ni ángel, yo solo soy un hombre de negocios que busca lo mejor para ellos, y si resulta que lo mejor está dentro de la familia, pues fantástico.

—Yo no me muevo de mi casa, así que conmigo no contéis. Ya dentro de unos añitos, cuando nos volvamos viejunos y no queramos ir de fiesta, os aviso y nos buscáis una casita por aquí —soltó Leo y todos rompimos a reír.

—Nosotros, en una entramos las tres parejas, eso sí que tenga una planta para cada una y que solo compartamos la piscina y el jardín —habló Nazaret, así como quien no quiere la cosa, y continuamos riéndonos.

—Cariño, en unos dos o tres años, si seguimos juntos, nos compramos algo por aquí, pero de momento, vamos a seguir gorroneándoles a estos dos la zona de la piscina y de la barbacoa, que, si no, vamos a tener que ir alternando de una casa a otra y nos va a tocar abrir el monedero —le respondió Iker a su chica.

—¿Cómo que si seguimos juntos? Que sepas que no me ha gustado nada esa puntualización —le dijo Nazaret haciéndose la ofendida.

—Tú me dirás, todavía no hacía ni cinco minutos que conocías a estos dos, y ya le habías tirado los tejos. Si hubiera sido yo, me hubiera llevado cates hasta en el DNI —volvió a replicarle Iker, a lo que Nazaret respondió con un besito, poniendo cara de buena por delante de él, pero haciéndole burlas por detrás, y eso provocó que volviéramos a reír de nuevo.

La tarde transcurrió entre risas y más risas, las que se vieron aderezadas con las tartas de mi madre a la hora de merendar, ya que absolutamente todos alabaron su gusto y textura, en especial Emma, que decía que tenía la barriga igual de gorda que Macarena, pero que ella en vez de tener un hijo, iba a parir una tarta. Lo que nos reímos con ella no estaba escrito, y es que mi loquita chica tenía cada ocurrencia que no era normal.

Cuando cayó la noche, y como aún quedaba carne sin hacer de la barbacoa que habíamos hecho por la mañana, decidimos cocinarla para cenar todos juntos, aunque no estaríamos hasta muy tarde, ya que todos, excepto Renata y Macarena, teníamos que madrugar. Unos para ir a trabajar y Gala porque el abogado la había llamado. Al día siguiente se llevaría a cabo un juicio rápido por el maltrato continuado que había sufrido a manos de Ángel. El juez había determinado que había un riesgo de que el acusado se diera a la fuga, así que no lo dejarían en libertad bajo fianza.

Mi padre se ofreció para acompañarla, así como mi madre y Sergio, y que de ese modo estuviera respaldada en todo momento, ya que Renata no podía acudir puesto que tenía que dar una charla en el colegio de Emma, estaba programada desde hacía tiempo y no podían cambiarla. Los demás teníamos que trabajar. A Macarena le dijeron que se quedara mejor en casa, para que no pasara por el mal trago en el estado en el que estaba, ya que no queríamos tener que lamentar más tragedias.

Despedimos a todos con besos y abrazos, quedando para repetir el siguiente fin de semana, pero esta vez en casa de mi padre. Nos habíamos vuelto una piña inseparable, una familia que,

aun sin ser todos de sangre, nos apoyábamos los unos en los otros.

Capítulo 37



Un nuevo lunes, una nueva semana y nuevos retos a los que tendríamos que enfrentarnos. Empezamos el día dando rienda suelta a nuestra pasión, antes de irnos a trabajar, ya que la noche anterior estábamos tan agotados, que nos quedamos dormidos en cuanto nos metimos en la cama. Por eso nos habíamos despertado pronto, para recuperar nuestra sesión anterior, ya que no podíamos desperdiciar la ocasión.

Nos fuimos en el coche de Gael, porque por la tarde iríamos a comer al centro comercial y a comprarme ropa de premamá, y es que todo me venía pequeño y necesitaba renovar el vestuario.

—Te recojo a las tres, ¿vale? ¿Te viene bien? —me dijo Gael en la puerta del edificio donde estaba situado mi estudio.

—Me parece perfecto, así me da tiempo a terminar de organizar todo, porque mañana no voy a poder venir, ya que tengo cita con la ginecóloga a media mañana y antes quiero pasar por el despacho de mi padre —le contesté dándole un beso que empezó siendo dulce, pero se volvió hambriento. Hasta que unos golpes en la ventanilla nos hicieron separarnos.

—Cuñado, que he leído por ahí que puedes dejar de nuevo embarazada a tu chica, aun estando ya en estado de buena esperanza —le dijo mi hermano a Gael, muy serio, lo que nos hizo reír.

—Pues ya sabes, chaval, póntelo pónselo —le contestó mi chico con una frase que se hizo famosa gracias a una campaña de planificación familiar hacía muchísimos años—. Por cierto, me encanta esa chica para que le regales los pendientes y el bolso.

—El bolso ya se lo he dado, y ha flipado. Los pendientes para una ocasión más señalada que, si no se va a malacostumbrar, y yo tengo un sueldo muy pequeñito todavía. Además de que he encontrado una caja con un montón de cosas de marca, casi todas con las etiquetas puestas, la tengo en el coche, luego se la doy a mi hermana para que miréis lo que hay, por si reconoces algo o lo quieres conservar —dijo mi hermano, haciendo gala de lo bien amueblada que tenía la cabeza, porque otro se hubiese callado la boca y habría dejado las cosas para regalárselas a su novia.

—Perfecto colega, aunque desde ya te adelanto que, lo más probable es que no me quede con nada, porque tengo claro que tu hermana no va a aceptar nada que hubiera pertenecido a Silvia,

así que creo que vendrá de vuelta, para que hagas lo que quieras con esas cosas —le contestó Gael.

—Pues me vas a salvar unos cuantos aniversarios y cumpleaños, no solo de Paloma, sino también de algunas amigas de la pandilla. —Reía Leo mientras lo decía—. Me voy para arriba, que Paloma ya ha subido y tengo que dar ejemplo.

—Espera, anda, si hasta que yo no llegue no tenéis nada que hacer. Me despido de Gael y subimos juntos. —Me giré para darle un beso, que él profundizó para fastidiar a mi hermano, que nos miraba como diciendo que ya nos valía, teniendo nuestra casa y dando el espectáculo en público.

Subimos hasta el estudio, en el que ya nos estaban esperando Paloma y su otro compañero, junto con Almudena y Nazaret.

—Hombre, menos mal que apareces, mañana pon el despertador media horita antes, y así no llegas tarde —me dijo mi amiga como si ella fuera la dueña.

—No, mañana no voy a tener que poner el despertador antes, por la sencilla razón de que no vengo —le dije riendo mientras que soltaba mi bolso y mi maletín en mi despacho, y mi amiga puso los ojos en blanco—. Podéis pasar dentro y sentaros, ahora mismo os explico cuáles van a ser vuestros cometidos en el estudio y en qué proyectos trabajareis cada uno, pero necesito urgentemente ir al baño.

Durante más de una hora, les estuve explicando todo lo relacionado con el trabajo del estudio, los proyectos que teníamos en activo, así como le asigné al compañero de mi hermano un trabajo, que realizaría supervisado por Almudena.

—Eso es todo. Leo y Paloma, quedaros conmigo, por favor, que vosotros vais a trabajar conmigo —le dije a mi hermano y a mi cuñada, indicándole a su compañero dónde tenía que ir, ya que Almudena estaba avisada.

—A nosotros no nos has asignado nada, hermanita, qué pasa ¿nos vamos a dedicar a hacer fotocopias? —me contestó Leo con mucha guasa.

—No, idiota, vosotros trabajareis conmigo en el proyecto más importante que tiene ahora mismo el estudio, una urbanización de lujo en Marbella. Y os quiero conmigo porque, de aquí a unos meses, habrá que viajar hasta allí para supervisar las obras, y yo no estaré al cien por cien, por lo que vais a ser vosotros dos los que os ocupareis de ello.

»Así que, vamos a la mesa de trabajo y os voy enseñando los planos y las modificaciones que hay que realizar en ellos, a ver si sois capaces de tomar las decisiones por vosotros mismos —le dije a los dos, abriendo los planos y poniendo las tabletas digitales en sus manos, ya que las había preparado anteriormente con todo lo necesario.

Pasamos la mañana, entre planos y decisiones, casi sin darnos cuenta de que ellos habían sobrepasado su hora de salida, y yo iba a lo justo, puesto que Gael me había enviado un mensaje hacía ya diez minutos, que en quince estaría allí para recogerme, y ni siquiera lo había visto.

—Chicos, os habéis pasado casi dos horas de vuestro horario de prácticas, así que mañana podéis venir más tarde —les dije mientras cogía el bolso para colgármelo al hombro.

—De eso nada, mañana estaremos aquí a la misma hora. Esta oportunidad que nos estás dando no podemos desaprovecharla, por muy hermana mía que seas. Ya que, el simple hecho de poner en nuestro currículo que hemos estado aquí de prácticas nos abrirá muchas puertas —me contestó Leo, mientras que Paloma asentía con la cabeza.

—A vosotros no os va a hacer falta abrir ninguna puerta, en cuanto terminéis la carrera, formareis parte de este equipo, los tres, solo espero que vuestro compañero no lo desaproveche y haga que no contemos con él. Si eso es lo que queréis, apuntaré el tiempo de más y os lo remuneraré a final de mes. Ahora tengo que irme, o tu cuñado me dejará aquí tirada y estoy que me muero de hambre.

Salimos los tres a la vez del estudio, en el que solo quedaba la chica de recepción, que permanecía hasta las cinco de la tarde, hora en la que cerraba el estudio al público, por si había que recoger alguna documentación o paquete.

Cuando salimos, ya estaba Gael con el coche aparcado en la zona de carga y descarga, que ya había terminado su horario, apoyado en la puerta del copiloto, mirando algo en su móvil.

—No me digas que te has apuntado a una de esas aplicaciones de ligoteo, porque desde ya te digo que me voy a dedicar a boicotear todas tus citas —le dije a la vez que me acercaba a darle un beso en la mejilla.

—Si me vas a saludar con un beso así cada vez que nos veamos, me parece que me voy a tener que apuntar en todas —me contestó mientras me cogía por la cintura, acercándome a él y dándome un beso que me dejó con las piernas temblando.

—Bueno, tampoco hay que pasarse, pero estoy segura de que encontraremos un término medio —le dije cuando nos separamos, mientras que en su boca se podía ver una amplia sonrisa.

—¿Qué tal ha ido el día? ¿Con Leo y sus compañeros, todo bien?

—Pues mira, con el compañero no sé, pero supongo que bien, porque de lo contrario, Almudena me lo habría hecho saber. Pero con Leo y Paloma, que han sido los que han trabajado conmigo, ha ido de maravilla. Mi hermano tiene una capacidad resolutoria increíble, y mi cuñada unas ideas fantásticas, juntos van a realizar grandes cosas. ¿Y tú?

—Con los niños, perfecto, muchos mocos y toses, como siempre, pero también he tenido que lidiar con los comentarios de mis compañeros, a los que he tenido que parar los pies en más de una ocasión — me contestó con resignación.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —le pregunté intrigada, aunque me podía imaginar por dónde iban a ir los tiros.

—La señorita Silvia, que se ha dedicado a contarle a todo el mundo que la tenía engañada, y

que me dedicaba a ponerle los cuernos cada vez que tenía ocasión, y que se había visto obligada a dejarme porque una tarde llegó una chica a su casa, diciéndole que estaba embarazada de su marido, y eso ella no lo iba a consentir.

»Que valía mucho para estar arrastrándose ante un marido infiel que, aunque de cara a los demás, parecía que la adoraba, en realidad lo único que quería de ella, era el estatus y la reputación que le ofrecía, pero nunca la había querido.

Capítulo 38



Estaba alucinando con todo lo que me estaba contando Gael, no se podía caer más bajo que Silvia en esta vida, a la que parecía que su puesto de trabajo le importaba una reverenda mierda, puesto que mi padre le advirtió que, si llegaba a manchar el nombre de su yerno o mío, se vería de patitas en la calle.

—Pero ¿a esa mujer le trabaja bien el cerebro? No me puedo creer que haya caído tan bajo, te lo prometo —le contesté cuando terminó de contarme lo que le había pasado.

—Y lo peor es que lo hace creyendo que a mí me molesta, y yo, mientras que me deje en paz, que cuente la versión que quiera. El hecho de que le haya contestado a dos o tres es porque me estaban acusando de infiel, cuando son ellos los que se han liado con medio hospital, engañando a sus mujeres, y así se lo he hecho saber, sobre todo a uno de ellos, que estaba con su mujer allí presumiendo de integridad, y no me he podido callar.

»Me he acercado y el he dicho: «¿Tú vas a presumir de que se debe hacer lo correcto? Permítame que me ría, cuando tienes a esta infeliz engañada por completo, y la mayoría de las noches que le dices que tienes guardia, es porque te vas con la enfermera de tu consulta al hotelito ese que hay en la carretera nacional». Te puedes imaginar la cara de los dos, y es que ya está bien, yo no me meto en la vida de nadie para que estén todos cuchicheando de la mía.

—Pero ¿sabes qué es lo peor? Que va a llegar a oídos de mi padre, y la va a despedir, haciendo que la culpa recaiga sobre nosotros dos, yo por ser su hija y tú por ser su yerno, y ella quedará como la víctima nuevamente.

—Me da igual, te lo juro, solo quiero perderla de vista, y cuanto antes, mejor.

Nos bajamos del coche y nos fuimos a comer a una de las mejores marisquerías de la zona, y que tenía un establecimiento en el centro comercial, y en el que, aparte de servir marisco, servían también pescado frito y algunas tapas frías, de las que pedimos varias, porque yo no comía, devoraba. Gael se reía mientras me veía comer, pero es que últimamente no le hacía ascos a nada, todo iba para dentro.

—¿Sabes lo que me apetece ahora? —le pregunté a Gael.

—Ah, pero ¿tienes sitio en el estómago para algo más? —me dijo entre risas.

—Pues sí, tonto, me muero por una copa de helado de chocolate, con su barquillo, su bola de helado, su sirope por encima…

—Me parece que mañana le voy a decir a mi compañera que mire bien en la ecografía, porque tú, en vez de un bebé, debes tener una solitaria, qué manera de comer, por Dios.

—Una solitaria no, esta tiene que estar acompañada —le dije muy seria, mientras que él se partía de risa.

Así que nos fuimos a una heladería cercana, que ya estaba abierta, y nos pedimos dos copas de helado, de las cuales, una y media me comí yo, porque Gael decía que ya no podía más, pero que no quería que el niño naciera con una bola de helado en la frente, por no haber sabido saciar mi antojo.

—¿Te imaginas que un día se me antoje comerme lo que llevas colgado entre las piernas, y no estés cerca para saciar mi antojo? —le pregunté con guasa, a colación de lo que él había dicho antes.

—Me llamas y cojo un taxi, si hace falta, pero mi niño solo va a nacer con un pene, el que le colgara entre las piernas, no con otro tatuado en la frente, me niego en rotundo —me respondió muy serio, pero estallamos los dos en carcajadas.

—Eso sin contar que no se trate de una niña. —Lo piqué un poco más.

—Quita, quita, qué dolor de ella —contestó haciendo como el que lloraba.

Íbamos agarrados de la mano, y nos disponíamos a entrar en la tienda de premamá, cuando nos dimos de frente con el padre de Silvia, que se vino para nosotros como los toros de miura, pero al que Gael le paró los pies en el acto.

—Desde luego, lo que menos esperaba era encontrarme contigo cara a cara, aquí, en un centro comercial, paseando a tu fulana como si fuera tu mujer, hay que se cobarde y sinvergüenza —le dijo a Gael con cara de asco.

—Si en todo este asunto hay una fulana, esa es tu hija, que se vendió a un matrimonio sin amor, solo por salirse con la suya. Y si me hablas de cobarde y sinvergüenza, mírate en el espejo, que me hundiste la vida por salvar tu pellejo, sin escrúpulo ninguno. Ahora, si nos disculpas, mi mujer y yo nos vamos de compras, que mi hijo está creciendo mucho y tiene que estar cómodo ahí dentro, sin nada que le apriete, buenas tardes.

Se quedó inmóvil en el mismo sitio que estaba, sin saber cómo reaccionar, pues Gael lo había dejado planchado, con toda la educación del mundo, eso sí, pues en ningún momento había alzado la voz, tan solo le había argumentado y personalizado todos esos insultos que él nos había dedicado a nosotros. Ahora tengo claro ese refrán que dice «de tal palo, tal astilla», puesto que padre e hija compartían la misma dignidad, ninguna.

—A mí me han temblado hasta las pestañas, jamás pensé que fueras a reaccionar así —le dije a Gael, mientras nos dirigíamos al interior de la tienda.

—Escúchame —dijo mientras enmarcaba mi cara con sus manos—, jamás en la vida os voy a poner en una situación incómoda ni a ti ni a nuestro hijo, por mucho que ese ser despreciable se lo mereciera. —Y a continuación me dio un breve beso en los labios, al que yo correspondí con una sonrisa.

Nos pasamos gran parte de lo que quedaba de tarde, de tienda en tienda, ya que no solo necesitaba ropa para salir o trabajar, sino también ropa interior, ya que mis pechos habían aumentado considerablemente, y los sujetadores tampoco me venían bien.

Hicimos más de un viaje al aparcamiento, para dejar en el coche las bolsas de lo que íbamos comprando, porque no solo yo compré, sino que él también se hizo con varias prendas que le gustaron y que necesitaba.

Al pasar por delante de una tienda de bebés, nos quedamos mirando la cantidad de cositas que había en el escaparate, y nos decidimos a entrar, porque con todo lo ocurrido, no habíamos comprado ni un simple babero y, aunque todavía teníamos tiempo, decidimos llevarnos algo.

Una vez dentro, y después de coger algunas cositas de color neutro para nuestro bebé, pues todavía no sabíamos si era niño o niña, nos pusimos a mirar los cochecitos, ya que su sobrino nacería en breve y sabíamos que todavía no habían podido comprarle nada de eso, así que ese sería mi regalo, puesto que su tío le encargó un dormitorio de bebé que era de lo más completo, y que le instalarían en su nueva casa a finales de semana, que sería cuando ya estuvieran allí con la mudanza terminada. No sabían nada, y estábamos seguros de que se iban a sorprender.

—Hermanito, ¿por dónde andáis? —le dijo Gael a su hermano tras llamarlo por teléfono.

—En casa, ¿dónde vamos a estar? Acabo de llegar de tu urbanización, de ayudar a mamá a llevar sus cosas a la casa nueva, y ahora mismo estoy embalando y preparando todo lo nuestro, puesto que el miércoles por la tarde viene el camión de la mudanza, y como mañana tenemos que ir al hospital a firmar los contratos, pues intento adelantar todo lo que puedo.

—Pregúntale a Macarena si le apetece una *pizza* de ese italiano que tanto le gusta.

—Te estoy escuchando, cuñado, y eso no se pregunta. ¿Me vas a mandar una? —le contestó su cuñada.

—Mejor que eso, te la voy a llevar en mano, así aprovecho para ayudar a mi hermano, que seguro que me lo agradecerá.

—No lo dudes, Gael, que voy como pollo sin cabeza.

Nos montamos en el coche, haciendo el pedido por teléfono para recoger en el local que nos cogía de camino, así iríamos más deprisa y llegarían calentitas. También pedimos unos panes de ajo que hacían allí y que estaban para chuparse los dedos. Cuando nos vieran aparecer cargados

de cosas, seguro que se enfadaban, porque no les gustaba molestar a nadie, pero eran nuestra familia, y ese niño nos iba a colmar a todos de felicidad, al igual que el nuestro. Empezando por su tío, al que se le caía la baba al saber que llevaría su nombre, y terminando por mi hermana Emma, que decía que ella era su tía también.

Capítulo 39



Aunque parezca mentira, encontramos aparcamiento en la misma puerta del edificio, así nos resultaría más cómodo trasladar todo, puesto que no queríamos que lo vieran hasta que no llegáramos arriba. Así que, Gael bajó la caja con el cochecito de su sobrino, y la dejó en la puerta, y volvió a por el resto de las bolsas con las cosas que le compramos en la tienda de bebés, mientras yo llevaba las cajas de las cuatro *pizzas*; una para cada uno, porque tanto Macarena como yo comíamos que daba gusto vernos, y llamamos al telefonillo.

—Abre, *mascabrevas*, que somos nosotros —le dijo Gael utilizando un apelativo que le decía cuando era pequeño y que le cabreaba de una manera inusitada.

—Voy, *cabezabuque* —le respondió el otro, lo que hizo que subiéramos riendo, y es que les gustaba buscarse el uno al otro, pero no podían estar separados, el tiempo que lo habían estado, lo habían pasado muy mal, ambos.

Cuando llegamos arriba, ya estaba Alejandro esperándonos con la puerta de su casa abierta, y menos mal, porque de otro modo, no sé cómo íbamos a hacer para sacar todo eso del ascensor.

—¿Qué es todo esto? ¿Os habéis vuelto locos? ¡Macarena, corre ven, mira estos dos cómo vienen! —dijo Alejandro visiblemente emocionado.

—Para nuestro sobrino, lo mejor del mundo, hermano —le contestó Gael, tendiéndole las bolsas para poder sacar la caja.

—¿Os parece poco lo que habéis hecho ya por nosotros? Nos habéis cambiado la vida, le habéis dado un giro de ciento ochenta grados desde que aparecisteis el otro día, y ahora esto —dijo Macarena mirando todas las cosas que traíamos.

—Vale, vale, ahora lo vemos todo, pero primero busca un hueco en donde podamos comer, que las *pizzas* están calentitas y yo me muero de hambre, mi solitaria me está pidiendo munición —le dije a mis cuñados mientras entraba y todos empezaron a reírse.

—Es que mi mujer no tiene un niño en la barriga, tiene una solitaria. Si la hubieseis visto comer este mediodía, habríais flipado, qué manera de comer, por favor —explicó Gael.

—Qué me vas a contar a mí, si eso va aumentando con los meses, la mía no le hace ascos a nada, solo a la fresa. Lo mismo la ves con un bocadillo de atún con mayonesa, que a los cinco minutos está comiéndose un dulce.

—Pues se me va a ir el sueldo en darle de comer, entonces. —dijo entre bromas y riéndose.

—De eso nada, chaval, que yo tengo mi propio dinero y un padre que me consiente en todo —le contesté mientras que, tanto él como mi cuñado, despejaban la mesa del salón para poder comer.

Cenamos como siempre que nos juntábamos, con risas y tiritos por parte de los dos hermanos, ya que el pequeño decía que parecía mentira que hubiera tenido que llegar yo para quitarle a la loca esa de encima, y el otro le respondía que había llamado al Vaticano para que le mandaran un exorcista, pero que no había llegado a tiempo.

Les contamos el encontronazo que habíamos tenido con el papá de la criatura, así como los comentarios que se había dedicado a difundir la susodicha por todo el hospital, manchando el buen nombre de su hermano.

—Como tenga el placer de cruzarme con ella por el hospital, le voy a poner dos buenas banderillas a la gilipollas esa —dijo Alejandro a su hermano.

—No merece la pena, créeme. Ella misma va a caer por su propio peso —le respondió Gael.

—Bueno, ahora que ya tenemos el estómago lleno, y mientras que los chicos se dedican a rellenar cajas, vamos a ver los regalitos que le habéis traído al pequeño Gael —dijo Macarena, intentando cambiar de tema.

—Vamos, vamos. Que me muero de ganas de que lo veáis —les dije nerviosa, entregándoles las bolsas.

—Todo esto ha salido de la cabecita y del bolsillo de mi chica, mi regalo es y será otro, pero lo recibiréis en la casa nueva el jueves por la mañana —le contó Gael, dejando claro que él no tenía nada que ver.

—Pues vamos allá —dijo Macarena a la vez que abría el primer paquetito, y sacaba de él una colección de bodis para el bebé, con una serie de mensajes de lo más graciosos.

Así fueron abriendo todos, uno por uno, en los que encontraron absolutamente de todo lo necesario para los primeros meses del bebé, desde chupetes, biberones hasta ropita.

—Te has vuelto loca, no sé cómo os voy a poder pagar todo lo que estáis haciendo por nosotros —decían tanto mi cuñado como su chica, con lágrimas en los ojos.

—Aquí nadie tiene que pagar nada, no seáis absurdos, somos familia —les dije restando importancia al tema—. Además, os queda por abrir el más grande, espero que te guste, Macarena, pero si no es así y tenías otro modelo en mente, solo tienes que ir a la tienda y

cambiarlo por el que más os guste. La chica tiene mi teléfono para llamarme por si hay que abonar algo más.

Mi cuñado trajo la caja grande y empezó a abrirla, ya que desde fuera no se podía apreciar lo que era, y cuando lo vio, se arrodilló llorando como si no hubiera un mañana.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —le pregunté preocupada, al ver que Macarena, que estaba a su lado, se puso a llorar también.

—¿Qué me estás contando? ¡Si es el último modelo que ha salido en carritos de bebé! Además de que, sirve hasta los tres años, así que no voy a tener que comprar ninguno más, puesto que trae todas las adaptaciones, para todas las edades —me respondía ella, que no sabía si reír o seguir llorando.

—De verdad que, si tenías otro modelo en mente, puedes ir a cambiarlo, yo te acompaño si quieres.

—No digas tonterías —me contestó Alejandro mientras venía a darme un abrazo—. Si el único cochecito que teníamos en mente es uno que nos iba a prestar una compañera del trabajo de Macarena.

—Y el color es ideal, porque puedo ir personalizando los accesorios, y todos le irán bien. Anda que no va a ir chulo mi niño en ese pedazo de carricoche.

Una vez que abrieron los regalos, tanto Gael como Alejandro se dedicaron a guardar sus cosas en cajas, y fue cuando nos dimos cuenta de que el pequeño Gael, casi toda la ropa que tenía preparada era heredada, con lo que no me pareció justo, ya que mi hijo estrenaría todo, y él no iba a ser menos. Tenía que hablar con todas las chicas para irnos de compras para él, y que pudiera llevar todo nuevo, por lo menos de pequeñito.

Eran pasadas las doce de la noche cuando dimos por finalizada la jornada, dejando entre los dos casi todo recogido, eran pocos los enseres que quedaban pendientes, así que estaría todo listo cuando llegara el camión de la mudanza el miércoles. Nos despedimos de ellos, que nos volvieron a agradecer todo otra vez, y nos dirigimos al coche.

—¿Te imaginas la cara que van a poner cuando lleguen los de la tienda de muebles con el dormitorio del niño? —le pregunté a Gael.

—He estado a punto de contárselo, pero he preferido esperar a mañana, que han sido demasiadas emociones juntas por un día —respondió.

—Sí, entre lo del juicio y las compras, al pobre de tu hermano casi le da un infarto de los nervios. Mi padre me ha dicho que ha quedado listo para sentencia y que, seguramente, estará mañana a primera hora.

—Lo sé, me llamó Marcelo nada más salieron del juzgado para contarme la cantidad de contradicciones en las que incurrió mi padre.

—Oye, por cierto, en el maletero he dejado la caja de la que mi hermano te habló esta mañana, tiene que haber multitud de cosas, porque pesa un quintal y, desde ya te digo, que yo no quiero absolutamente nada de lo que hay.

—Ahora lo miramos, por simple curiosidad más que nada. Ya que me extraña muchísimo que Silvia se la haya dejado. Lo de los pendientes y el bolso, puede ser que lo haya hecho porque ya no esté de moda ese modelo o porque se lo haya visto a alguna de sus amigas, y ella tenía que llevarlo todo exclusivo —comentó entre risas, ya que las acciones de su ex dejaban mucho que desear.

Llegamos a casa y lo primero que hicimos fue ponernos ropa cómoda, no sin antes darnos una ducha conjunta, en la que volvimos a dejarnos llevar, y de la que salimos más que satisfechos, ya que no podíamos apartar las manos el uno del otro.

Una vez que estuvimos listos, Gael se dirigió al garaje, para sacar la caja del maletero, ya que decía que así, al día siguiente, se la podíamos dar a Leo y que hiciera el reparto entre sus amigas.

Nos quedamos alucinados por la gran cantidad de cosas que había, la mayoría sin estrenar. Pero lo que más nos asombró, fue una serie de cartas que iban asociadas a cada regalo. Todas firmadas por una tal Malena, y que daban a entender que tenían una relación amorosa.

Capítulo 40



—Me parece mejor que le des la caja a su legítima dueña, con cartas incluidas ya que, si es lo que parece, creo que le gustará conservarla —le dije a Gael una vez que vimos todo lo que había en ella.

—No tengo claro si la ha dejado adrede, para que yo leyera las cartas y supiera de su orientación sexual, o si se le ha traspapelado con el jaleo de toda la mudanza —respondió él.

Y con esa conversación, nos quedamos dormidos, abrazados el uno al otro. Cuando me desperté, Gael ya no estaba a mi lado, y es que él tenía que entrar a trabajar a las ocho, ya que hoy le tocaba la revisión de los pequeños que se encontraban ingresados, y quería estar listo para las doce y media, que era la hora en la que tenía la cita con el ginecólogo.

Me tomé mi cacao, el que acompañé con una tostada con mermelada de melocotón, que era mi preferida, y me apresuré a vestirme, ya que quería pasar antes por el despacho de mi padre en el hospital, para ver cómo les había ido a mi cuñado y a su chica. Mientras desayunaba, había hecho una llamada al estudio, en la que me informaron que Leo y Paloma se estaban haciendo cargo del proyecto asignado a las mil maravillas, y que habían llegado a la misma hora de siempre, por lo que le comenté a Nazaret que apuntara o me informara de la hora a la que se marchaban, ya que, tanto una como el otro, recibirían un cheque a final de mes con la remuneración de esas horas.

Llamé a mi padre a través del manos libres del coche, para saber si estaba en su despacho y para decirle que estaba a punto de llegar. En esa llamada me informó de que se encontraba conmigo en la cafetería, ya que estaban con él Macarena y Alejandro, que ya habían firmado el contrato de su nuevo puesto de trabajo, y con los que se dirigía a tomar un café. Le mandé un mensaje a Gael por si podía reunirse con nosotros, y me contestó al instante que en cinco minutos me esperaba en la puerta, puesto que acababa de salir de la habitación del último niño que tenía que revisar, de este modo, de la cafetería podríamos ir directamente a la consulta de ginecología.

Estaba aparcando cuando lo divisé en la puerta, esperándome, así que me di toda la prisa que pude para llegar a su lado, porque los minutos sin él se me hacían horas. Llevaba también la caja de Silvia en el coche, para que Gael se la entregara y ella decidiera qué hacer con esas cosas.

—¿Ya estás aquí, mi amor? —me dijo mientras que se acercaba a darme un beso.

—Estaba cerca cuando te he avisado, solo tenía que aparcar. Por cierto, en el maletero está la dichosa cajita, a ver si puedes entregársela hoy —le comenté mientras que lo abrazaba, cuando…

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! Al señor infiel y a la señora roba maridos. —Escuchamos la voz de Silvia, que se acercaba por detrás de nosotros.

—¿Tú me acusas a mí de infiel? ¿En serio? —le dijo Gael— No te muevas de aquí, que tenemos una cajita que te pertenece y que te dejaste en la unifamiliar, en la que hay unas cartas muy reveladoras de una tal Malena.

—¿Esa? Ni siquiera te molestes en traerla, la dejé para que la tiraras, lo mismo que yo hice con Malena, tirármela, y durante mucho tiempo. De hecho, casi todo el que duró nuestro matrimonio —contestó ella muy altiva, queriendo dejarle claro que lo había hecho con la intención de que Gael lo supiera—. Chico, lo que tú no me dabas, porque no me servías ni para eso, lo tenía que buscar fuera, y la conocí en uno de «los congresos».

—Pues me alegro por ti de que ella pudiera darte lo que necesitabas.

—Todo no, porque yo quería ser madre, y eso ella no podía ofrecérmelo, por eso terminamos, lo nuestro no cumplía con mis expectativas. Pero os voy a decir una cosa, en especial a ti, no te vayas a creer que te vas a ir de rositas después de arrebatarme todo lo que debía de ser mío: un marido que está que cruje, una casa, un bebé, todo eso volverá a mí, aunque sea lo último que haga —me dijo con una cara de loca impresionante.

—¿Estás amenazando a mi hija? —Escuchamos a mi padre que había llegado y se había enterado de todo, nosotros no nos dimos ni cuenta.

—Déjalo, papá, no merece la pena —le hablé a mi padre, intentando que Silvia no montara un numerito y se saliera con la suya.

—No, sí que merece la pena. ¿No me vas a contestar? —le instó mi padre a que hablara.

—Considéralo una advertencia —dijo ella en un tono chulesco. Gael iba a decir algo, cuando mi padre se le adelantó.

—Recoge tus cosas y pasa por mi despacho en una hora, estás despedida.

—No puedes despedirme, no tienes ninguna queja de mí en cuanto al trabajo se refiere —dijo ella con mucha altanería.

—Por supuesto que puedo, es más, debo, porque acabas de amenazar, en mi presencia, además a la pareja de uno de tus compañeros, y eso está registrado como motivo de despido. —Ella quiso contestarle, pero mi padre continuó hablando, no dándole la oportunidad de replicar nada—. Te lo advertí, Silvia, que si intentabas algo así te ibas a la calle. Demasiado he hecho ya ignorando la cantidad de barbaridades que te has dedicado a lanzar sobre Gael, intentando

manchar su nombre, cosa que no has conseguido, porque su profesionalidad y carisma lo avalan.

Ella levantó la cabeza, muy orgullosa, y se marchó, no sin antes lanzarnos una mirada a Gael y a mí que daba miedo. Tan enfurecida estaba que ni siquiera se dio cuenta de que Alejandro estaba allí con nosotros, y al que tenía retenido Macarena, ya que en su cara se podía ver como sus intenciones eran plantarle cara a su excuñada, pero era mejor dejar las cosas como estaban.

—Es que no puedo con ella, te lo prometo —decía Alejandro una y otra vez, moviendo la cabeza para darle mayor énfasis al asunto.

—Ya está, en un par de horas estará fuera de nuestras vidas para siempre, y ya no tendremos que verla más —nos contaba mi padre, queriendo tranquilizar el asunto, que había sido un poquito incómodo, vamos a dejarlo ahí.

—Ojalá sea verdad eso que dices, papá, sobre todo para la tranquilidad de Gael y Alejandro, que serán los que la tengan que ver por los pasillos.

Entramos en la cafetería y, tanto Macarena como yo, nos pedimos una tila, ya que los nervios que todavía sentíamos eran palpables desde el otro extremo del local, de lo mucho que nos temblaban las piernas y las manos.

Tras ese ratito desayunando con la familia, Gael y yo subimos a la consulta de ginecología, y tanto Alejandro como Macarena, decidieron acompañarnos, ya que decían que querían ver a su sobrino por primera vez. Sabíamos que no tendríamos problemas, por ser el padre y el abuelo quienes eran, así que les dijimos que sí. Estaba tumbada en la camilla esperando ver a mi pequeño o pequeña, mi garbancito.

—¿Has tenido náuseas o algún tipo de trastorno durante este primer trimestre, Sofía? —me preguntaba la ginecóloga mientras que ponía el gel en mi abdomen para poder pasar luego el ecógrafo.

—La verdad es que no, estoy teniendo un embarazo de lo más tranquilo, a excepción de que me encuentro muy cansada, dormiría a todas horas.

—Eso es muy normal, tienes que darte cuenta de que tu cuerpo, ahora mismo, está trabajando el doble porque, no solo tiene que hacer sus funciones propias, sino que también está creando otra vida. Otra cosa que experimentan mucho y que me comentan mis pacientes, es un aumento del apetito sexual, que, por la cara de mi compañero, creo que también te está pasando —nos explicó con una sonrisa en los labios—. Y aquí está el protagonista del día, vamos a escuchar su corazoncito. ¿Queréis saber el sexo?

—¡Sí, por favor! —exclamé muy emocionada, mientras que Gael asentía con la cabeza.

—Pues es… ¡Una niña! —dijo la ginecóloga mirándome primero a mí y luego a Gael— Enhorabuena, compañero, vas a tener una princesita.

A Gael le caían las lágrimas por el rostro, dejando ver lo feliz que se encontraba. En realidad,

a nosotros nos daba igual lo que fuera, con que viniera sano y bien, nos dábamos por satisfechos.

Capítulo 41



—¿De cuánto tiempo estás? —le preguntó la ginecóloga a Macarena, que lloraba de la emoción de saber que todo iba bien y que sería una niña.

—Estoy de treinta y una semanas, ya mismo le vemos la carita —le contestó mi cuñada—. En cuanto termine mi baja maternal, me incorporaré al equipo de este hospital, como psicóloga. Mi chico empieza mañana mismo, como jefe del equipo informático.

—¡Qué bien, nuevos compañeros! Pues déjame que te eche un vistazo, anda, porque supongo que darás a luz aquí, así que me gustaría ser yo quien te llevara el resto del embarazo —dijo Lucía, la ginecóloga, muy contenta por lo que le habían contado—. Perdón, no quería avasallarte, que lo mismo ya tendrás tu ginecólogo de confianza.

—No, para nada. Estaba llevando los controles que me ofrecían en la Seguridad Social. Hasta este momento, no me podía permitir otra cosa. Pero no saques conclusiones erróneas, por favor, que tanto Sofía como Gael, así como su padre, en el preciso instante de que tuvieron conocimiento de ello, se han desvivido por nosotros y nuestro bebé —dijo ella apurada.

—Anda vamos, túmbate en la camilla y prepárate mientras que termino con Sofía, a la que voy a mandar unas analíticas rutinarias, así como a recetarle un complejo vitamínico que la ayude con el cansancio. A lo del apetito sexual no le voy a poner remedio, porque como lo haga, tu chico me mata —habló riendo, dedicándole una mirada a Gael, que reía dándole la razón.

Cuando terminó con nosotros, dándonos todas las indicaciones necesarias, pasamos a la otra habitación, donde se encontraba ya Macarena preparada, puesto que la enfermera la había ayudado con todo.

—Como tú estás de más tiempo que Sofía, podemos utilizar el ecógrafo 5D, en el que verás su carita tal y como la verás el día del parto, bueno a lo mejor un poquito más delgada ahora, que a este muchacho todavía le queda tiempo para crecer y engordar. ¿Queréis verlo? —informó y preguntó Lucía.

—Me encantaría, pero no sé si podremos…—contestó ella preocupada, ya que no sabía si podrían permitírselo, y tanto Gael como yo, nos dimos cuenta. Qué triste tenía que ser pasar por un momento tan bonito con la incertidumbre de no saber si a tu hijo le podría faltar algo,

económicamente hablando, pero por desgracia, en estos tiempos solía ocurrir a menudo.

—Dale Lucía. Y no te preocupes más por el dinero, Macarena, que las consultas entre compañeros o familiares no se cobran y, si se cobraran, para eso estamos sus tíos y su segundo abuelo, para que este niño no sufra carencia alguna de aquí en adelante —le dijo Gael, con unas palabras que le salieron del corazón y con las que yo estaba totalmente de acuerdo.

—Pues vamos allá, y tranquila chica, que aquí estamos entre colegas profesionales —dijo pasando el ecógrafo correspondiente por su vientre, después de haber untado el gel—. ¡Mirad qué carita, si es un muñeco!

—¡No me lo puedo creer, si se ve como si le hubiésemos hecho una foto! Es precioso, mi niño es precioso —exclamaba Alejandro, visiblemente emocionado.

—Ahora, una cosa te voy a decir, no puede ser más clavado a su tío, es una fotocopia —decía Lucía entre risas—. Ni tu hija se va a parecer tanto, tenlo claro.

—Tanto me ha hablado tu hermano de ti en estos meses, y me ha enseñado tantas fotos, que al final el niño es un clon tuyo. ¡Si va a tener hasta el mismo nombre! —exclamó Macarena y todos explotamos en una carcajada, esa que llevábamos aguantando desde que Lucía había dicho aquello.

—Todo está de maravilla, Macarena. A partir de la semana que viene, vamos a empezar con la gimnasia maternal, así como con algún que otro registro. Este niño está muy grande para el tiempo que estás, por lo que aventuro que no llegarás entera a las cuarenta semanas, es muy probable que des a luz antes.

»Ahora vamos a pesarte, por si hay que hacer alguna modificación en la alimentación, pero no lo creo, con que des algunos paseos a diario, irá perfecto. Aprovecha tú también, Sofía, y los hacéis las dos, para prevenir el sobrepeso, que, en tu caso, estamos al límite, aunque eso tampoco quiere decir nada, que muchas embarazadas cogen cuatro o cinco kilos en el primer trimestre, y ya luego van más lentas, no te vayas a preocupar.

—A mí lo único que me preocupa es que tengo hambre todo el día, da igual si como mucho o poco —le contesté a Lucía, que me dijo que con lo que me había recetado para el cansancio, también vería reducido mi apetito.

Salimos de la consulta que no cabíamos en sí de felicidad, pero mientras nos dirigíamos al despacho de mi padre, tuvimos la mala fortuna de cruzarnos con la susodicha, aunque esta vez no dijo nada, tan solo pasó por nuestro lado mirándonos con cara de odio, y dándole un empujón con el hombro a Gael, esa mujer me daba cada vez más grima.

—¿Cómo os ha ido todo? —preguntó mi padre, nada más nos vio aparecer por su despacho.

—De lujo, Pablo, mejor no podría haber ido —respondió Alejandro—. Me va a faltar vida para agradeceros a todos lo que estáis haciendo por nosotros.

—Abuelito, se te va a caer la baba, porque vas a tener dos nietos preciosos, Macarena traerá al

mundo un bebé que es idéntico a su tío, y yo…—le dije añadiendo un poquito de suspense al asunto.

—Nosotros traeremos a tu princesa. —Terminó Gael por mí, cuando vimos que a mi padre le resbalaban las lágrimas por las mejillas.

—No sabéis lo feliz que me habéis hecho, los cuatro —puntualizó mi padre, que nos abrazaba a mi cuñada y a mí—. Yo sí que no voy a tener vida para agradeceros. Hasta hace unos meses, ni sabía de la existencia de mi hija Sofía, y ahora, me hacéis abuelo por partida doble.

—Realmente, tu nieta solo será ella… —dijo mi cuñado visiblemente emocionado.

—Mis nietos serán los dos, no hay discusión para ello. Tengo tantas ganas de verle la carita a mi niño Gael como a mi niña… ¿Habéis pensado ya en un nombre?

—Pues la verdad es que no nos ha dado tiempo, puesto que siempre hablamos de nombres de niños, pero hay uno que me gusta muchísimo. ¿La llamamos Alejandra? —pregunté dirigiendo mi mirada a mi chico, que se había dado cuenta por dónde iban los tiros.

—Me parece un nombre perfecto, amor. Mi pequeña, Alejandra —me contestó a la vez que ponía su mano en mi barriguita.

—Vosotros seguid haciéndome llorar, que al final me voy a ganar el apodo de grifo abierto. Desde que entré esta mañana por las puertas del hospital, estoy llorando, y tengo una reputación que mantener —decía mi cuñado limpiándose las mejillas, mientras que todos estallamos en risas.

—La otra opción era llamarla Gala, pero entonces pensé que las otras abuelas se podrían sentir discriminadas, y Manuela Gala Renata, como que queda un poquitín recargado —comenté entre risas.

—Te ha faltado decir al final «mi amol» para que sonara a telenovela venezolana antigua —replicó mi padre, mientras que Macarena parecía que se iba a ahogar de la risa, le faltaba hasta el aire.

Nos fuimos todos juntos hacia la casa de mi madre, ya que allí nos estaban esperando el resto, a excepción de mi hermano Leo, que seguía en el estudio, y al que le mandé una foto de la ecografía adjuntando un audio en el que le decía que iba a ser el tío más guapo del mundo. Me contestó que menos mal que mi cuñado había engendrado un chico, porque se veía rodeado por mujeres, y que se iba a parecer a Maluma en el vídeo musical aquel cada vez que hiciéramos una foto familiar. Y es que mi niño tenía arte a rabiar, a todo le sacaba punta, como cuando le dije que llevaba la caja de Silvia de vuelta, que me escribió que, al final, gracias a su cuñado, iba a quedar como el rico de la pandilla, como aquel que estaba en la indigencia, vamos, o que mi padre no le daba todo lo que le pedía para sus gastos, era un caso.

Entramos en la casa de mi madre, la nueva por supuesto, porque la antigua ya la había dejado y la habían puesto en alquiler hasta que Emma tuviese edad para decidir qué hacer con ella. Por

lo que nos comentó Renata, esta semana iría a verla una pareja joven que, según le habían dicho, estaban buscando por la zona. Estaban todas en el jardín, expectantes por saber cómo había ido todo, puesto que no les habíamos dicho nada de lo ocurrido, decidimos que lo haríamos cuando los tuviéramos a todos delante.

—Dios mío de mi alma, ¡cómo se parece al tío! —exclamó mi madre en cuanto vio la foto de la ecografía que le habían dado a Macarena.

—Es como si viera a mi Gael de recién nacido. En mi vida había visto tanto parecido entre un bebé y su tío. Macarena, solo pídele a Dios, al destino o a la vida, que no se parezca a ninguno de los dos cuando eran pequeños, porque te aventuro una infancia muy distraída.

»No ideaban nada bueno, cuando no se le ocurría a uno, lo pensaba el otro, yo vivía en un continuo dolor de cabeza —explicaba Gala a mi cuñada, que alternaba la mirada, horrorizada, entre uno y el otro.

Capítulo 42



Los meses fueron transcurriendo de lo más tranquilos y, a pesar de que durante los primeros meses cogí bastante peso, tal y como predijo la ginecóloga, frené en seco, y ahora, a mis seis meses de gestación, lucía la misma barriga que cuando me hicieron aquella ecografía en la que me dijeron el sexo de mi bebé.

Tanto Macarena como yo, nos encontrábamos en ese momento en la sala de espera de la consulta de Lucía, yo porque tenía que hacer la revisión rutinaria, y mi cuñada porque tenía ciertas molestias desde esa mañana, y decidió acompañarme para comentárselo a la doctora, ya que ella estaba a solo una semana de salir de cuentas. Gael iba a bajar en cuanto tuviera un hueco, pero tenía su consulta a reventar, todo debido a un fuerte virus respiratorio que había atacado de manera brutal a los niños de dos a cinco años. Daba mucha fiebre y tos, así que no sabía cuándo le sería posible, Alejandro sí que se tomó un descanso en su jornada laboral para ver lo que le decía Lucía a su chica.

—Bueno, bueno, hoy tenemos dos por una. ¿Y el otro papá, en la consulta? Porque he oído que hay *overbooking* en pediatría desde hace unos días, andan todos los compañeros como pollos sin cabeza —nos explicaba la doctora.

—Sí, porque dicen que hay un virus o algo así, la verdad es que yo no entiendo mucho de eso, solo lo que me comenta Gael cuando llega a casa.

—Macarena, tienes mala cara. ¿Te ocurre algo? —le preguntó Lucía a mi cuñada, que de momento se puso muy pálida e hizo un gesto de sufrimiento.

—Ay, Lucía, llevo encontrándome rara desde que me he levantado, por eso había venido, pero ahora he notado un pinchazo en la parte baja de la espalda que me ha dejado sin respiración —contestó ella, llevándose la mano al costado.

—Túmbate en la camilla y desnúdate de cintura para abajo, la enfermera te ayuda, y confirmamos mis sospechas. Sofía, si te parece bien, voy a atenderla a ella antes, porque me parece más urgente —me indicó Lucía, a lo que yo accedí sin pensarlo, porque no me perdonaría que le pasase algo a alguno de los dos por mi culpa, yo podía esperar, e incluso que me dieran cita para otro día.

Tras hacerle un reconocimiento y ante la preocupación de los papás, Lucía, con una sonrisa en los labios, les informó que estaba de parto.

—Me parece que el pequeño Gael tiene mucha prisa por llegar al mundo, puesto que ya tienes varios centímetros dilatados. No te vamos a pasar ni a una habitación, vas directamente a paritorio o no nos dará tiempo de ponerte ni la epidural, que ya estás al límite.

»Un centímetro más, y no te servirá de nada, pero estate tranquila, que todo va muy bien y el peque está totalmente encajado, va a ir muy rápido —explicó la doctora, mientras llamaban a un celador para que viniera con una camilla. Nosotros llamamos a toda la familia, ya que nadie quería perderse el acontecimiento.

Gael estaba también de guardia como pediatra, por lo que le avisaron para que bajara a paritorio y así poder hacer la primera revisión del bebé, así que se disculpó con las madres y padres que tenía en la sala de espera de la consulta, a los que les explicó las varias opciones que tenían. Una era esperar a que él terminara, lo que no sabía el tiempo que podía tardar; otra era coger cita para otro día, ya que se repartirían en la agenda de lo que quedaba de semana. Los que estaban más cogidos o tuvieran más fiebre, que bajaran a urgencias pediátricas, donde un compañero los atendería lo antes posible, y se marchó hacia donde le habían indicado, lo que no sabía es que, quien venía al mundo, era su sobrino.

—Ya estamos aquí —dijo mi madre, que venía acompañada de Renata, Gala y Sergio, el que había salido corriendo de su empresa, porque decía que llegaba su nieto postizo. A estas alturas, estos dos niños iban a tener más abuelos que nombres tenía la duquesa de Alba.

—Acaban de entrar, aunque la doctora ha dicho que va a ser rápido —les expliqué, mi padre aparecía en ese momento con Gael.

—Voy dentro, que me han avisado de paritorio, y tengo que estar ahí durante todo el parto. Pero ya me podíais haber dicho que era mi sobrino, joder, que me he enterado porque he coincidido con tu padre en el ascensor —dijo Gael nervioso.

—Ha sido todo muy rápido, ni siquiera ha podido hacerme la revisión, se ha puesto de parto en la consulta —le conté lo que había sucedido.

—Bueno, mejor, así puedo estar yo presente. Ahora le diré a Lucía que te la haga por la tarde, que salgo de guardia a las seis —me dijo mientras me daba un beso en los labios y otro en la barriga, una costumbre que había cogido desde que habíamos salido de la consulta aquel día.

A pesar de que iba a ser rápido, las cuatro horas no nos la quitó nadie, pero estábamos informados por Gael, que nos iba enviando un mensaje de vez en cuando, hasta que lo vimos salir junto con su hermano y sobrino en los brazos, notablemente emocionados los dos.

—Os presento al nuevo miembro de la familia, el pequeño Gael —dijo Alejandro señalando a su hijo, ese que iba en brazos de su tío, al que le tenía agarrado un dedo. Desde ese momento, todos nos dimos cuenta de que la conexión entre los dos iba a ser brutal, y que ese niño, junto con nuestra hija, se iba a convertir en la debilidad de todos, pero especialmente de mi chico.

—¡Qué bonito es! —dijo Gala entre lágrimas.

—¿Qué tal la madre? —preguntaron a la vez las tres.

—Una campeona, ha luchado como una jabata por traer a este chicarrón al mundo, que ha medido cincuenta y cuatro centímetros y ha pesado cuatro kilos ochocientos setenta gramos —dijo el orgulloso padre.

—A ver, déjame inmortalizar este momento de tío y sobrino —dije sacando el móvil para hacerles una foto, esa que subiría más tarde al Instagram, cuando sus padres me dieran permiso.

—Bueno familia, vamos para dentro con este pequeñín al que hay que tomar las huellas y darle de comer, que no veas la cantidad de chupetones que lleva en la mano ya —nos comentó Gael mientras se llevaba dentro a su sobrino.

—Ahora, en un rato, subirán a Macarena a la habitación ciento seis, podéis esperarnos allí —nos dijo Alejandro antes de entrar con su chica, a la que estaban aseando, ya que, según nos contó Gael, no habían tenido que cogerle ni un solo punto, por lo que su recuperación sería muy rápida, tan solo tenía los pies hinchados de la epidural, pero en unos días y dando algunos paseos, se le bajaría pronto.

Nos fuimos todos a la habitación que nos había indicado Alejandro, y que se trataba de una privada, en la que además había una pequeña terraza, en la que podría estar tranquila los días que permaneciera allí, que serían muy pocos, por lo que nos habían dicho los doctores.

Como no había traído la bolsa del bebé, entre todos decidimos comprarle lo necesario, tanto para ella como para el niño. De esta manera, Alejandro no tendría que ir a su casa a recogerla, lo que le llevaría al menos una hora entre ir y volver. Así, podía aprovechar mejor el tiempo con los dos, porque las primeras horas son las más duras para una madre, aunque también las más bonitas.

Cuando llegaron a la habitación, ya estaba todo allí, mi madre y Renata se habían encargado de ir a comprar todo al centro comercial que había a pocos metros del hospital. También le trajeron un ramo de flores precioso y unos bombones, que eran una delicia, y de los cuales también me trajeron una caja a mí, porque me encantaban.

—¿Qué es todo esto? Os habéis vuelto locos, de verdad. Si yo podía ir a casa en un momento a por todo lo necesario —dijo Alejandro cuando vio lo que habíamos dejado sobre la cama del acompañante.

—No hacía falta, de verdad. —Lloraba mi cuñada ante tanta muestra de cariño por parte de todos, cuando apareció mi chico con la cunita de su sobrino.

—Cuñada, me ha dicho la doctora, que es posible que no tengas leche, que ya te lo comentó en su momento, así que aquí te traigo el primer biberón para mi sobrino, y no te vayas a agobiar, que las madres primerizas os preocupáis en exceso. La leche de fórmula tiene las mismas propiedades que la materna, así que se va a criar igual de bien, incluso mejor, porque así tienes

controlada la cantidad de cada toma —le explicó Gael muy pacientemente, cuando vio la cara que ponía Macarena.

Capítulo 43



Macarena ya se encontraba en casa, Lucía le dio el alta al día siguiente de dar a luz, ya que decía que era una tontería que permaneciera ingresada sin tener puntos ni nada de relevancia, que estaría mucho más cómoda en su casa, así que Gala decidió quedarse con ella y el bebé durante el día hasta que Alejandro regresara del trabajo. Esto lo hizo durante los primeros días, para ayudarla mientras se recuperaba y se acostumbraba a su nueva rutina.

Yo seguía trabajando, mientras Leo y Paloma se estaban ocupando del proyecto de la urbanización en Marbella, le echaba un vistazo a unos planos de otro trabajo que llevaría a cabo nuestra delegación de Londres, esa que daba los mismos e incluso más beneficios que la española, pero en la que su director se jubilaría el año que viene, así que estaba pensando en enviar a mi hermano a cubrir su puesto, por lo que iba a comentárselo en ese momento.

—Leo, ¿puedes venir a mi despacho, por favor? —le llamé por la línea interna, puesto que, cogieron tal soltura los dos, tanto él como Paloma, que les había asignado despacho propio. Estos chicos llegarían a ser alguien importante dentro del mundo de la arquitectura.

—Dime hermanita, para qué soy requerido —soltó con mucha guasa.

—Me gustaría comentarte algo, a ver si tú lo ves bien, si no, tendría que empezar un proceso de selección —le dije, sabiendo que me diría que sí, ya que era una oportunidad única, además de que no tenía ningún problema con el idioma, ese que los dos hablaban con fluidez, puesto que tenía claro que, si se iba mi hermano, ella iría detrás.

—Al grano, Sofía, no me hagas perder el tiempo, que tengo mucho trabajo, no estamos para tonterías —me dijo mientras me sacaba una sonrisa, no se podía ser más descarado que él.

—Ponte serio por una vez, hazme el favor —le dije sonriendo y él se cruzó de brazos, como si fuera un guardaespaldas—. Vamos a ver, en la delegación de Londres, se va a quedar una vacante…

—Me voy —me interrumpió.

—Pero déjame hablar, por Dios bendito, que no callas ni debajo del agua. Desde luego que, si fueras mudo, reventabas, hijo mío —le dije sin poder parar de reír—. La vacante es la de la

dirección del estudio, y creo que no hay nadie más capacitado que tú, aparte de que tienes mi total confianza.

»No me vayas a decir que todavía no has terminado la carrera porque, para cuando se quede libre ese puesto, ya la habréis terminado los dos. Porque si os poneis de acuerdo y estáis conforme los dos, ella será tu mano derecha allí, al igual que es Nazaret es la mía aquí.

—Ahora en serio, gracias por la oportunidad, por dejarnos aprender de la mejor. Por supuesto, estaré más que encantado, al igual que Paloma, de aceptar ese puesto, es todo un honor para nosotros poder llegar a lo más alto de tu mano, y encima acabada de terminar la carrera —me dijo muy emocionado por el ofrecimiento.

—Por supuesto, todos los gastos de alojamiento y demás, correrán a cargo del estudio —le dije—. Cuando se vaya acercando más la fecha, buscaremos algo que os guste a los dos, si es que queréis vivir juntos.

—Ya lo estamos, hermanita, aunque no de manera oficial, pero al final pasa más tiempo en mi casa que en casa de sus padres, esos que están encantados conmigo.

Una vez finalizada la conversación, cada uno siguió a lo suyo, pasando la mañana rápidamente. Esa tarde, cuando Gael terminara su turno, teníamos que ir a la consulta de Lucía para revisar cómo iba mi séptimo mes de embarazo. Así que recogí mis cosas y pedí un taxi para que me llevara al hospital. En esta etapa del embarazo, ya no me atreví a conducir, ya que tenía miedo de sufrir algún golpe por un pequeño accidente.

—Buenas tardes, Greta. ¿Ya ha terminado Gael? —le pregunté a la enfermera de mi chico, que se encontraba en su mesa.

—Está atendiendo al último pequeño que teníamos en la lista hoy, pero no creo que tarde demasiado. Puedes esperarlo aquí conmigo, si quieres, y así me cuentas qué tal va todo, que hace mucho tiempo que no pasas a verme, me tienes abandonada —me reclamó Greta, ya que nos habíamos hecho buenas amigas en estos meses, y siempre que venía al hospital, pasaba por aquí para tomarnos un café en la sala de descanso, pero como Gael no tardaría, y teníamos la cita a las tres y media, no le había dicho nada.

Nos pusimos al día, ya que ella me contó que había empezado el proceso para la inseminación artificial, porque tenían problemas para concebir de manera natural, y habían decidido recurrir a este método, a pesar de que ya estaban en la lista de adopción, puesto que ella decía que una cosa no quitaba a la otra, que le apetecía ser madre de las dos maneras.

Cinco minutos después, vimos salir a un papá con su pequeño en un carrito, que se veía de lo más espabilado, a pesar de no tener más de cinco o seis meses, y que había venido para un control del niño, ese que había salido genial. Era un papá soltero, ya que la madre del niño, que fue un lío de una noche, no quería tenerlo y él, en vez de incitarle al aborto, la convenció para que lo tuviera y luego firmara la renuncia a favor de él, que era el padre, de manera que tenía la custodia en exclusiva del niño, ya que la madre no quiso ni siquiera verlo, había actuado como un vientre de alquiler.

—¿Nos vamos, cariño? —me preguntó Gael cuando recogió todo lo de la consulta y salió donde me encontraba con Greta.

—Sí, a ver si hoy le podemos ver la carita con la ecografía 5D, porque el mes pasado no hubo manera, se puso de espaldas —dije yo riéndome.

—Mira qué lista la pequeña, todavía no ha salido, y ya le ha hecho un calvo a sus padres. —Reía la enfermera de mi chico al decirlo, y nosotros le acompañamos en las risas.

Cuando llegamos, ya estaba Lucía esperándonos, porque su consulta ya había terminado, pero como Gael quería estar presente, no tuvo problema en alagarla un poco más.

—Vamos a ver si esta señorita nos enseña hoy la carita o, por el contrario, nos va a mostrar el culete otra vez —nos dijo Lucía, mientras que extendía el gel por mi vientre—. Te veo genial, Sofía, tienes mucho hueco dentro, por eso tienes tan poquita barriga, así que los últimos meses te van a resultar muy cómodos, que son los que se hacen más pesados para las embarazadas. Mírala, hoy ha tenido la decencia de mostrarse.

—¡Es igualita que su primo! ¡Si parecen gemelos! —exclamé al ver la carita de mi niña, que también era una fotocopia de su padre.

—Pues sí, son como dos gotas de agua. Está claro los genes que predominan en esta familia, van a ser dos rompecorazones como también saquen el color de ojos de Gael. —Y es que mi chico tenía unos ojos grises que llamaban la atención.

Salimos de allí muy contentos y emocionados, aunque también salí con la baja médica porque, tal y como nos explicó Lucía, estos últimos meses eran los más delicados, y debía descansar para el normal desarrollo del bebé, así que me lo tomé con calma, me iría con Macarena a pasear al pequeño Gael.

Le envié la documentación a la gestoría que nos llevaba todos los temas del estudio, tanto en España como en la delegación de Londres, para que fueran tramitando todo el papeleo, y me puse en contacto con Nazaret, que sería la que ocuparía mi puesto mientras estuviera de baja, citándola en mi casa a las seis de la tarde, para explicarle todo lo que tenía pendiente.

—¿Dónde vamos a comer? ¿Qué te apetece? —me preguntó Gael, puesto que ninguno de los dos habíamos comido todavía.

—Si te digo lo que me apetece, me vas a decir que no. Y no, no pongas esa sonrisa que no es lo que estás pensando, chaval —le dije al ver su cara de pícaro y esas dos cejas alzadas—. Me muero por comerme un sándwich de pollo y una ración de patatas fritas con mucha mayonesa.

—Tus deseos son órdenes para mí, preciosa mía. Además, que ya sabes que no quiero que la niña salga con un antojo en la frente, de ninguna de las maneras y, si no satisfago tus antojos, corremos el riesgo. No podemos arriesgarnos de esa manera tan gratuita.

Y así fue, me llevó a una famosa hamburguesería de la ciudad, en la que satisfice mi antojo y

de la que casi tengo que salir rodando.

Capítulo 44



A las seis en punto, estaba Nazaret llamando al interfono de la verja, pero no venía sola, le acompañaban todos nuestros amigos, así como una bandeja de pasteles de una pastelería que me encantaba, y de lo que ellos eran conscientes.

—Adelante, chicos. Sofía está en el salón, preparando todos los planos en la tableta, para que te sea más fácil acceder a ellos —le explicó Gael a Nazaret mientras los invitaba a entrar.

—Esta no es hora de trabajar, jefa, así que suelta eso y prepara café para todos, que nosotros ponemos los pasteles.

—Serás capulla, si para preparar el café solo tienes que meter la cápsula en la cafetera —le contesté riéndome.

—No te levantes, ya los preparo yo, que se cómo les gustan a todos —me dijo Gael, cuando vio que me iba a levantar y es que, a pesar de la medicación que me había recetado la doctora, seguía cansada, en menor medida, eso sí, pero llegada una hora, solo me apetecía estar tirada en el sofá.

Mientras que Gael y los chicos preparaban todo, nosotras nos sentamos en el sofá, solo faltaba Lourdes, pero no había podido salir de su tienda, ya que una de las chicas se había roto un pie, y todavía no le habían mandado a nadie para su sustitución de la empresa de trabajo temporal de la que tiraba en estos casos, puesto que las chicas que tenía allí trabajando estaban con contrato fijo.

—Nazaret, esto es lo que hay pendiente de clasificar y asignar, así como otro proyecto más que necesita la verificación, pero que todavía no han enviado de la delegación de Londres, aunque supongo que Cameron lo enviará mañana a primera hora. Si ves que son las diez y no lo ha enviado, lo llamas y le mandas un correo reclamándolo.

»Por otro lado, tanto Leo como Paloma llevan bien el tema de las modificaciones de la urbanización de lujo de Marbella, pero deben viajar allí a mediados de la semana que viene, acuérdate de concertar la cita con los dueños, así como de echarle un vistazo a su trabajo, aunque tengo plena confianza en ellos.

—¿Algo más? —me preguntó con segundas— Porque tengo entendido que esta tarde habéis

ido a ver si mi sobrina os dejaba verle la cara.

—De trabajo, nada más. Con respecto a lo otro, ¡por fin nos ha dejado verla! Y os vais a quedar alucinadas de lo mucho que se parece a su primo, podrían pasar por gemelos, os lo prometo —les dije a la vez que les mostraba el sobre que contenía las fotos de la ecografía.

—Por favor, si hasta ha hecho el mismo gesto con la nariz que hace Gael. Aquí, en esta foto, fíjate —le decía Almudena a Nazaret mientras que le señalaba la imagen a la que se estaba refiriendo.

Entre risas, estuvimos todos viendo las fotografías de la ecografía de mi pequeña, con las bromas de Iker, que decía que no, que a Gael no le iba a hacer falta prueba de paternidad que, en todo caso, tendría que ser yo la que pidiera una de maternidad, porque la niña no había sacado mío ni el color de las uñas.

Tras unas horas, en las que volví a explicarle a Nazaret otra vez todo lo que tenía pendiente, e incluso le envié un correo electrónico con todo detallado, para que no se le pasara por alto nada, despedimos a nuestros amigos, quedando el fin de semana en nuestra casa para hacer una barbacoa, a la que también asistiría mi cuñado Alejandro con su chica.

Días anteriores, había subido la foto del pequeño Gael con su tío, ya que sus padres me dieron permiso para ello, decían que así su tío presumiría del parecido de los dos, y puse un texto que decía: «el parecido entre los dos no es pura coincidencia». Haciendo referencia a eso que aparece en algunas películas en las que la historia está basada en hechos reales, y quedó de lo más bonita.

Nos sentamos a ver una película que teníamos pendiente, y de la que solo vi los primeros cinco minutos, ya que me quedé completamente dormida, ni siquiera me di cuenta de cuando Gael me llevó a la cama, estaba totalmente en el séptimo cielo.

A la mañana siguiente, me desperté temprano, a lo justo para ver cómo mi chico se terminaba de arreglar para irse al trabajo. Ese día tenía guardia de ocho de la mañana a ocho de la tarde, doce horitas de nada, así que le comenté que, si no tenían otros planes, seguramente me iría con Macarena y el bebé a dar un paseo, ya que lucía un día estupendo, ni mucho frío ni mucho calor, a pesar de que estábamos ya a mediados de noviembre.

—Si necesitas algo o te encuentras mal, me llamas al móvil que vengo corriendo —me dijo antes de salir de casa, mientras me daba un beso.

—Sabes que voy a estar bien, no te preocupes. Ahora voy a llamar a Macarena a ver qué planes tiene, por si me puedo acoplar, y no llevarme todo el día sola y aburrida, porque al final cogeré los planos y me pondré a trabajar desde casa, y no quiero estresarme, tal y como me dijo Lucía —le contesté mientras le ponía bien el cuello de la camisa, que era una cosa que me sacaba de quicio, verlo mal puesto.

Entró en el coche y se marchó, no sin antes repetirme por gestos que lo llamara ante cualquier problema, a lo que yo asentí con la cabeza.

—Cuñadita, buenos días. ¿Qué haces hoy? —le pregunté cuando la llamé, un poco más tarde, eso sí, que cuando Gael se fue era demasiado temprano todavía.

—Hola Sofía, corazón. Pues mira, como Alejandro está hoy de guardia de doce horas, y me aburro como una ostra sola en casa, había pensado en salir a dar un paseo y comer por la zona del paseo marítimo. Porque este niño es tan bueno, que no da ni malas noches, con la cuarentena que tiene, solo llora para comer, y encima se toma el biberón de las doce de la noche, y ya no pide otro hasta las siete de la mañana. Se lo toma y se vuelve a dormir —me dijo muy contenta, ya que todo lo que le habían contado de que los bebés no dejaban dormir por la noche, en ella no se estaba cumpliendo.

—Qué alegría, hija. Ojalá, Alejandra también se parezca a su primo en eso. Ay, por cierto, que ayer se me olvidó enviarte la foto, con tanto ajetreo de dejar el estudio organizado, porque ya estoy de baja, no caí. Pero vamos, que ahora te las enseño, porque me uno a tu plan. Dame quince minutos, y te recojo en tu casa, aunque tendrás que conducir tú, que yo ya no puedo.

—Perfecto, como Gael ya está listo, solo falta que yo termine de arreglarme. Si llego a saber que estabas ya de baja, te hubiera avisado, pero pensé que todavía estarías en el estudio.

—Qué va, más quisiera yo, porque me aburro como una ameba en mi casa, que tú por lo menos tienes al niño, pero yo me siento como un mueble más.

—Pues venga, ve a vestirte que te recojo con el coche, mejor, en diez minutos estoy allí —me comentó antes de colgar la llamada.

Me dirigí al vestidor, y me decanté por unos pantalones de pitillo azul marino, que conjunté con un jersey suelto en color camel, como las botas y el bolso que llevaría, y una chaqueta *oversize* también en azul, y un pañuelo largo de los dos colores. Me recogí el pelo en una coleta alta, y me puse un poco de rímel y de *gloss* labial, porque desde que estaba embarazada, como que me veía tan bien que no necesitaba usar mucho maquillaje, y en menos de diez minutos, ya estaba en la verja esperando a Macarena, que no tardó nada en aparecer.

—Buenos días, señora embarazada —me dijo con guasa, haciéndome señas para que me sentara detrás, que era donde iba la sillita del bebé, con él por supuesto.

—Buenos días, corazón. ¡Pero qué bonito está! Aunque cada día se parece más a su tío —le dije, dándole un beso en la mejilla a ambos, antes de cerrar la puerta del coche—. Vas a flipar cuando veas el parecido de los dos primos, dentro de unos años, se pueden hacer pasar por gemelos.

—¿Tanto se parecen? Me parece increíble.

—No te puedes hacer una idea, si hasta hacen el mismo gesto con la parte de las cejas y la frente, en una de las fotografías se ve claramente.

Hicimos el trayecto en coche muy tranquilamente, hasta llegar a la zona del paseo marítimo por la que queríamos pasear, donde nos pusimos a buscar aparcamiento, ese que encontramos en

seguida.

Capítulo 45



Pasamos una mañana estupenda, en la que el pequeño Gael casi ni se hizo notar, solo protestaba cuando tenía hambre, así que, llegada la hora de comer, decidimos sentarnos en la terracita de un bar próximo a la playa.

—Hace un día magnífico —le dije Macarena mientras nos sentábamos en una de las mesas de la terraza—. Al solecito se está de lujo.

—La verdad es que sí. Al pasar, he visto un parquecito cerca de aquí, en el que podríamos dar un paseo y sentarnos un rato después de comer —me informó mi cuñada.

—Tengo una idea, comemos aquí y el café nos lo pedimos para llevar, así nos lo podemos tomar allí, aunque yo el café de lejos, mejor una infusión.

Pedimos la bebida al camarero, mientras echábamos una ojeada a la carta *online* que mi cuñada tenía en el teléfono móvil y que había obtenido capturando un código QR que había en la mesa.

Al final, nos decantamos por pedir varias medias raciones para compartir, así podíamos probar un poquito de todo.

—Parece mentira que pueda estar aquí sentada en la terraza de un bar, sin preocuparme de lo que vaya a gastarme. Si me lo dicen medio año atrás, le hubiera contestado a quien fuera que estaba loco, y todo gracias a vosotros.

—No me des más las gracias, por favor, que me siento hasta mal por ello. No hemos hecho nada que no se haga por la familia —le contesté, porque la pobre no paraba de agradecer a todo el mundo lo que habíamos hecho por ellos, cuando no tenía por qué hacerlo.

—Pero es que tú no sabes la tranquilidad que es para nosotros contar con un sueldo fijo a final de mes, y, además de lo cuantioso que es, una casa en la que mi hijo pueda crecer tranquilo, y por la que pagamos una cuota de hipoteca irrisoria, que encima la terminaremos de pagar en muy pocos años. Es como si todo nuestro proyecto de vida se hubiese visto cumplido.

—Pues entonces, ahora solo te toca disfrutar de esa tranquilidad, que ya te la mereces, e

intentar ser feliz en la vida, tal y como lo estás ahora.

Estuvimos allí comiendo y bebiendo hasta cerca de las cinco de la tarde, pero había algo que me incomodaba, y no era la compañía, os lo aseguro. Era como si me sintiera observada, y yo no paraba de mirar a un lado y a otro de la calle, por si veía algo raro.

Sabía que Ángel no podía ser, puesto que pasó a disposición judicial el mismo día en el que salió la sentencia, pero no descartaba la opción de que se lo hubiera encargado a alguien, que capaz era.

No quería decirle nada a Macarena, puesto que no quería preocuparla, demasiado sufrimiento había tenido ya en la vida, pero me notó el desasosiego que tenía.

—¿Por qué no me cuentas que te pasa? Te noto inquieta desde que hemos llegado aquí —me preguntó preocupada, y es que mi cara debía ser todo un poema.

—No sé, en realidad no me pasa nada. Pero es que tengo la sensación de ser observada, es como si alguien tuviera la vista clavada en nosotros, no te puedo explicar más —contesté mirando de nuevo a nuestro alrededor.

—Yo también me he sentido así durante el paseo, pero no le des más vueltas, tiene que ser la presión que hemos sentido durante todo el proceso de Ángel y Gala.

—Será eso, que vemos fantasmas dónde no los hay —le dije, y en ese momento sonó mi móvil, por lo que di un salto, sobresaltada, mientras que Macarena reía por mi reacción. Era Gael quien me estaba llamando.

—Hola amor, ¿qué tal estás? ¿Al final has salido con mi cuñada? —se interesó nada más escuchó mi voz al otro lado de la línea.

—Hola cariño, pues mira sí, hemos salido esta mañana y ahora estamos en el paseo marítimo. Hemos comido en una terracita en la que se estaba de lujo, y ahora Macarena ha ido a pedir un café y una infusión para llevar, porque hemos visto un parque cerquita de aquí y vamos a sentarnos un ratito allí a tomárnoslo. ¿Y tú? ¿Qué tal va la mañana? —le pregunté, puesto que todavía le quedaban unas cuantas horas por delante.

—Pues la mañana ha sido caótica. Ha habido un brote de salmonela en el comedor de un colegio y hemos tenido las urgencias saturadas. Tanto, que ha sido ahora cuando hemos medio controlado el tema, así que me voy a comer un bocadillo rápido, y entraré de nuevo, aunque ahora me toca consulta, que llevo un retraso de casi una hora por culpa de todo este caos, así que no sé si saldré más tarde, te aviso con lo que sea.

—Perfecto, te dejo para que puedas comerte el bocadillo tranquilo. Un beso, te quiero.

—Os quiero —dijo Gael antes de cortar la llamada. En ese momento llegó Macarena con los dos vasos. Los pusimos en una especie de bandeja que llevaba el carrito del bebé en el manillar, de manera que los padres pudieran ir bebiendo algo a la vez que manejaban el cochecito, sin

tener que llevarlo en la mano.

—Toma anda, lleva tú el carrito y así vas haciendo prácticas —me dijo Macarena antes de irnos, en tono de burla.

—¿Para qué? Si tengo claro que, en cuanto la niña nazca, no me van a dejar llevarlo, si no es el padre, serán los abuelos o los tíos. Voy a tener que echar una instancia cada vez que quiera pasear a mi hija —le contesté entre risas mientras que cogía el cochecito de Gael—. Menos mal que siempre me quedará pasear al niño.

—Si es que no pareces ni embarazada, hija, qué alegría. Esa barriga fue la que me quedó a mí cuando di a luz de Gael —me fue hablando ella mientras paseábamos hasta el parque, de manera que ninguna de las dos habíamos abierto el vaso, esperamos a llegar al parque para hacerlo.

Nos sentamos en un banquito que había al solecito, y pusimos al niño también al sol, porque a la caída de la tarde ya empezaba a refrescar un poco. Macarena me dijo que le diera el biberón, puesto que sabía que me encantaba ver a Gael comer, esa cara de paz que tenía. Cada día que pasaba se parecía más a su tío, era increíble cómo la genética se inclinaba hacia un lado o hacia el otro.

—Ahora cuando le saque los gases a Gael, y lo ponga en el cochecito de nuevo, voy a llamar a Alejandro, a ver qué tal le ha ido el día. Seguro que está tan enfrascado con el trabajo que ni se ha acordado de la hora que es, me apuesto lo que quieras a que ni siquiera ha comido —me dijo Macarena, cogiendo al niño de mis brazos, que ya había terminado de comer, para hacer lo que dijo.

—Seguro, estos hombres son así —le dije riendo, pero esa sensación que tenía desde que nos bajamos del coche, seguía presente en mí.

—Voy a llamar a Alejandro —dijo mi cuñada, buscando el móvil por todo el bolso, el cuál llevaba en el cochecito, sin encontrarlo—. Ya sé, me lo he tenido que dejar olvidado encima de la mesa de la terraza donde hemos comido, puesto que lo saqué para capturar el QR y ya no lo volví a guardar.

—Ve por él, antes de que lo coja alguien. Si vas tú sola irás más rápido que si vamos las dos con el cochecito, yo te espero aquí con el niño —le ofrecí a Macarena, teniendo claro que, en cuanto viniera, le diría que nos fuésemos ya para casa. No iba con ella porque el coche estaba aparcado en la dirección contraria, sino me iría.

—¿En serio no te importa? —me preguntó indecisa.

—Anda ya, qué me va a importar. Así, cuando vuelvas, nos marchamos, antes de que caiga la noche del todo.

—No tardo —me contestó mientras que se iba casi corriendo.

La sensación aumentó en el momento en el que me quedé sola, así que, para distraerme, me

dediqué a mecer el coche del niño, esperando que su madre no tardara más que unos minutos y pudiéramos irnos cuanto antes.

Ese fue mi último pensamiento, cuando noté un escalofrío que no me dejó reaccionar para, a continuación, notar cómo me agarraban por detrás y me ponían un pañuelo en la boca, y perdí el conocimiento, no sin antes escuchar unas palabras en mi oído que me dejaron totalmente paralizada…

«*Ahora es cuando va a empezar vuestro calvario, puta. Vais a pagar por cada lágrima que me habéis hecho derramar, por cada sueño que no voy a poder cumplir por vuestra culpa».*

Me eché a temblar en ese mismo momento, a temblar y a llorar. Era la voz de una mujer, pero no la reconocí en ese instante. Ojalá, todo fuese una pesadilla y, al despertar, estuviera todavía en mi casa, en mi cama.

Capítulo 46



Cuando me desperté, estaba rodeada de mucha gente, y aunque aturdida, reconocí a Macarena chillando y llorando. Me incorporé, y me di cuenta de que eran sanitarios, así como agentes de la policía los que nos rodeaban, no me salía ni la voz para preguntar lo que estaba ocurriendo, ya que el miedo corría por mis venas.

—¿Qué…qué ha pasado? —Logré pronunciar en un determinado momento.

—¡Sofía! Menos mal que has podido despertarte, estoy muy asustada, cuando llegué… —gritaba Macarena desde donde salió corriendo hacia mí.

—Señorita, lo primero, ¿cómo se encuentra? —me dijo un sanitario que me estaba tomando la tensión en este momento.

—Gael… ¿Dónde se encuentra el pequeño Gael, Macarena? —dije, con lágrimas en los ojos, al darme cuenta de que el cochecito del niño no estaba por ningún lado.

—Se lo han llevado, Sofía, se lo han llevado —me decía mi cuñada desconsolada.

—¿Cómo que se lo han llevado? ¿Quién ha hecho algo así? —Salían de mi boca una pregunta tras otra, sin encontrarle explicación a nada.

—Señorita, vamos a ir por pasos. Le tomaremos declaración y luego la llevarán los sanitarios hasta el hospital, en el que le harán todas las pruebas pertinentes para asegurarnos de que se está todo bien, mucho más en el avanzado estado de gestación en el que se encuentra, y del que su cuñada nos ha hecho partícipes.

»¿Qué puede contarnos? ¿Qué es lo último que recuerda? Cualquier cosa de la que se acuerde, puede ser importante, crucial para la investigación —me decía el policía que se encontraba a mi lado.

—Lo último que recuerdo es que estaba aquí con el bebé, esperando a que regresara mi cuñada, que había acudido a buscar su teléfono móvil, que se había dejado olvidado en una mesa de la terraza del local donde habíamos comido —conté, intentando hacer memoria de todo lo que había pasado.

—¿Por qué no la acompañó usted? —seguía preguntando el agente de policía.

—No la acompañé porque pensamos que iría más rápida sola, y que como el coche estaba aparcado en la dirección opuesta, la esperaríamos aquí para, nada más volver, regresar a casa, antes de que cayera la noche —le expliqué.

—Muy bien, continúe. ¿Recuerda algo más? —me invitó a seguir hablando el policía.

—Sí, que llevaba toda la mañana, desde que nos bajamos del coche, con la sensación de que me estaban observando, como si alguien tuviera la mirada clavada en mí… También recuerdo que, al quedarme sola, esa sensación aumentó, y me que sentí un escalofrío recorrerme la espalda, cuando alguien me agarró por detrás, poniendo un pañuelo en mi boca, ahí perdí el conocimiento.

—¡Sofía! ¡Macarena! —gritaban Gael y Alejandro que venía corriendo hasta nosotras.

—El niño. ¡¿Dónde está el niño?! —gritaba Alejandro totalmente desesperado.

—Se lo han llevado, Alejandro. Se lo han llevado. Mi niño, mi bebé… —le explicaba Macarena desconsolada.

—Va a aparecer, te lo juro, Macarena, nuestro bebé va a aparecer —la consolaba Alejandro mientras que la abrazaba, meciéndose juntos, buscando ese consuelo y ese apoyo que necesitaban el uno en el otro.

—Ha sido por mi culpa, Gael, si nos hubiésemos ido con ella, el niño estaría ahora mismo con su madre. —Lloraba mientras que me abrazaba a él, sintiéndome culpable por la situación.

—No mi amor, no ha sido tu culpa, nadie podía imaginar que esto pasaría, relájate, que tampoco es bueno en tu estado —me decía Gael, intentando paliar ese sentimiento de culpa que albergaba en mi interior.

—No es tu culpa, ni de nadie, solo de la persona que se lo ha llevado, Sofía. Ni tuya por no haber acompañado a Macarena con el niño, ni de ella por haber querido recuperar el móvil —me decía Alejandro, queriendo que, dentro de la preocupación y la pena que todos sentíamos, no nos culpáramos ninguno.

—Señorita, tenemos que trasladarla al hospital, si ya ha terminado de hablar con la policía… no perdamos más tiempo —me dijo el sanitario que estaba a mi lado.

—¡Espera! ¡Recuerdo algo más! —exclamé, acordándome de las palabras que una mujer me había susurrado al oído— Alguien, una mujer, antes de caer inconsciente, me susurró algo, no recuerdo exactamente sus palabras, pero era algo así como que empezaba nuestro calvario, que íbamos a pagar por todo lo que le habíamos hecho.

—¿Reconoció la voz? ¿Le sonaba familiar, al menos? —preguntó otro de los policías que había presente.

—No sé quién puede ser, aunque sí puedo asegurar que la he oído en otra ocasión, pero no en ese tono, se me viene como más fuerte…no sé explicarlo.

—Haga memoria, por favor. Sería fantástico tener un hilo del que tirar. Porque, aunque hemos solicitado las cámaras de todos los comercios que se encuentran en un radio de dos kilómetros desde donde ha ocurrido todo, empezar con una pista así, aligeraría las cosas muchísimo.

—Piensa cariño, ¿dónde has podido escuchar esa voz? —me pedía Gael con calma.

—Haz un esfuerzo, por lo que más quieras, Sofía —me decía Alejandro, que no paraba de llorar.

A mí me iba a estallar la cabeza, a parte de la presión que sentía en el vientre, que se me había puesto duro como una piedra, y que notaba cada vez más, pero no podía parar de pensar, tenía que encontrar a la propietaria de esa voz, cuando un flas me vino a mente, como si fuera un fotograma de una película, y de lo que no había sido consciente hasta este momento…

—¡Silvia! ¡Ha sido Silvia! —exclamé gritando, ante el desconcierto de todos— Macarena, trae tu móvil, rápido. Busca la foto que nos hemos hecho en la playa, en la que aparezco yo con el niño en brazos, corre.

Ella con manos temblorosas, lo sacó de su bolso y me lo tendió.

—Aquí está —dije ampliando la imagen—. No me he dado cuenta de que era ella la que nos estaba siguiendo, hasta ahora, que me ha venido la foto. Ni siquiera había reparado en ella, pero de pronto he pensado que a esa mujer la conocía, y así como inconscientemente, mi mente ha asociado la voz que me susurró al oído con ella.

—¿Está completamente segura, señorita? —insistió el policía.

—Totalmente convencida, agente. Ha sido ella —le contesté feliz, ahora teníamos que averiguar el porqué de sus actos.

—¿Conocen los datos de esta mujer? Nombre, domicilio y demás —nos interrogó el policía. Yo no sabía nada de ella, pero Gael habló rápido.

—Se llama Silvia Mendoza, hasta hace unos meses, trabajaba en el Hospital Clínico Santa Clara y, supongo, vivirá con sus padres, en la urbanización Quinto Centenario, calle Cristóbal Colón, chalé veintiséis. Y es mi exmujer, por si también sirve de algo en la investigación —habló Gael, dándole todos los datos que conocía de Silvia.

—¿Creen que puede tener algún motivo por el cuál ha querido hacer algo así? Aparte de la venganza, que eso lo tenemos claro al decir que es su exmujer —dijo el policía, que ya había mandado la foto de Silvia a todas las unidades, dando, además, la descripción del carrito del niño, así como de este, la ropa que llevaba y demás.

—Solo se me ocurre una cosa —dijo Gael, visiblemente preocupado—. Que haya confundido

a mi sobrino con mi hijo.

—Explíquese señor Garza, por qué dice eso —le instó a seguir hablando otro policía.

—Mi novia está embarazada, y ella lo sabía, pero no conocía de cuántas semanas de gestación, y ha pensado que era mi hijo en vez de mi sobrino. Porque, además, es una calcomanía mía, nos parecemos como dos gotas de agua. Supongo que, al ver que Sofía apenas tenía barriga, que podría confundirse perfectamente con la que tiene una mujer a los pocos meses de dar a luz, y verla con el niño, ha supuesto que era nuestro —les explicó Gael, mientras que mi cuñado lo miraba totalmente alucinado por el relato que estaba contando.

—Ya tenemos toda la información y hay una patrulla dirigiéndose al domicilio de sus padres. Ante cualquier avance que tengamos, os iremos informando —nos dijo uno de los agentes de la policía encargados del caso.

—¡Ay! —grité tras sentir un fuerte dolor en el bajo vientre, que me dobló por la mitad.

—¡Nos la llevamos, deprisa, no hay tiempo que perder! —dijo uno de los sanitarios de la ambulancia, a la vez que me tumbaba en una camilla con ruedas, con toda la premura del mundo.

—Voy con ella. Por favor, llevadla al Hospital Santa Clara, yo soy médico allí y es de su familia —dijo Gael mientras que corría al lado de mi camilla, sin soltarme la mano en ningún momento, y dándome palabras de ánimo continuamente.

Mi cuñado, avisó de todo a la familia, tanto de mi traslado al hospital como de todo lo sucedido, por si alguno tenía suerte de cruzarse con Silvia y con el bebé. Ellos tenían que ir hasta la comisaría de policía más próxima, ya que tenían que formalizar la denuncia de la sustracción del bebé, así como facilitar las fotos del móvil, y en las que la policía había descubierto que aparecía en más fotos de todas las que nos habíamos hecho.

Capítulo 47



Mientras iba en la ambulancia, notaba que algo no iba bien en mi embarazo, era como si, de repente, hubiera dejado de notar los movimientos de mi bebé y me juré a mí misma que, como le pasara algo a cualquiera de los dos bebés, yo iba a terminar en la cárcel, porque a esa tiparraca me la cargaba, aunque fuera lo último que hiciera.

—Tranquila, mi amor, que verás como todo sale bien y todo se queda en un susto —me decía Gael agarrado a mi mano, y viendo cómo las lágrimas salían de mis ojos sin que pudiera controlarlas.

—Te juro que, como le pase algo a Gael o a nuestra niña, la mato. Yo voy a terminar en la cárcel, pero serán los años mejor empleados de mi vida —le decía a mi chico sin poder parar de llorar, y lo hacía por varios motivos, la pena de lo que estaba pasando, la rabia, el dolor físico que estaba sintiendo, era un cúmulo de cosas.

—No le va a suceder nada a ninguno de los dos, te lo prometo. Ahora mismo está la policía localizando a Silvia, y en nada el pequeño Gael estará con sus padres, sano y feliz —insistía mi chico.

Tal y como llegamos al hospital, ya estaban mis padres junto a Renata allí. Sergio había acompañado a Gala hasta la comisaría, para que Alejandro y Macarena no estuvieran solos, tampoco, en ese duro trance.

Una vez que me cambiaron de camilla, llegó Lucía, mi ginecóloga a los bóxeres de urgencias, me palpó el vientre, y miró a Gael muy seria.

—Nos la llevamos a quirófano. ¡Ya! —le habló mi ginecóloga a los dos celadores que pasaban por el pasillo en ese momento, apremiándolos a que se dieran prisa.

—¿Qué pasa Lucía? —pregunté preocupada.

—No te preocupes, cielo. Esta niña que tiene mucha prisa por venir al mundo y vamos a realizarte una cesárea de urgencia —me contestó Lucía, intentando tranquilizarme.

—Pero eso no puede ser, Lucía, todavía me quedan ocho semanas para salir de cuentas —le

dije a mi ginecóloga, que en ese momento estaba llamando al anestesista con urgencia.

—Es algo rutinario, mi amor, ocurre más veces de las que crees —me contestó Gael, que continuaba de mi mano.

—Sofía, cariño, como estás demasiado nerviosa, y no queremos que te pongas más al escucharnos hablar, ya que lo tendremos que hacer en un vocabulario demasiado técnico, que no vas a entender, tanto Gael como yo, hemos decidido aplicarte una anestesia general, así que te quedarás dormidita casi sin darte cuenta, y cuando despiertes de nuevo, ya habrá terminado todo y tendrás a tu niña en el mundo —me indicó Lucía nada más entrar en el quirófano.

❖ ❖ ❖

Mientras tanto en la comisaría…

—Es que todavía no me lo creo —le decía Macarena a Gala y a Sergio, que habían acudido con Marcelo, el abogado de mi padre y al que le tendríamos que poner un monumento, porque siempre estaba disponible el pobre.

—Ni yo, todavía me tiemblan las piernas, y lo seguirán haciendo hasta que vea entrar a mi niño de nuevo por la puerta. ¿Por qué esa mujer querría hacer daño gratuitamente? —le contestó Sergio, que sentía a ese niño como un nieto, al igual que mi madre y todos los demás, aun sin ser de su sangre.

—¿Familia Garza? —preguntó un policía, y todos asintieron— Podéis pasar, por favor.

No pudieron pasar todos, pero sí Macarena junto con Alejandro y el abogado, a un despacho de las dependencias, donde les esperaba un agente de paisano que pertenecía a la brigada de menores desaparecidos.

—Buenas tardes, siéntense, si son tan amables —les indicó a los tres—. En el momento de los hechos, solo estaba usted presente, ¿verdad?

—En realidad, yo llegué después de que ocurriera todo. La que estaba presente era mi cuñada, que llevaba conmigo toda la mañana, pero que ha sido trasladada al hospital de inmediato, ya que está embarazada y sentía un fuerte dolor —contestó Macarena.

—Sé que es doloroso para usted, pero necesito que me cuente de nuevo todo lo que vio cuando llegó al lugar en cuestión.

—Cuando llegué —empezó a relatar ella—, me encontré a Sofía, mi cuñada, como muerta en el banco en el que la dejé sentada, y junto al que ya no estaba el carrito de mi bebé. Me acerqué a ella, gritando, y empecé a darle golpecitos en la cara, intentando que despertara, pero no lo hacía, entonces llamé al ciento doce, mientras que corría por los alrededores buscando a mi niño.

—¿Habíais notado algo raro durante el día?

—Sí, las dos habíamos tenido una sensación rara, como de que nos observaban, desde que habíamos bajado del coche y empezamos a pasear por la zona. Después de comer, viendo a mi cuñada tan nerviosa le pregunté y me confirmó que la sensación iba a más.

—No le tomó usted importancia a sus palabras, por lo que veo —indicó el policía.

—Me parece que esa apreciación está fuera de lugar, ¿no cree? —le recriminó Marcelo—. Está usted dando a entender que mi clienta es, poco menos, que responsable de esta desaparición.

—Le pido mil disculpas si es eso lo que se ha interpretado, nada más lejos de la realidad. Aquí la única persona responsable es la que ha cometido el delito, nadie más. Continúe, por favor.

—Como usted bien ha dicho, no le di importancia, ya que pensé que esa sensación se debía a la situación que recientemente habíamos sufrido con nuestro suegro, que fue acusado de maltrato continuado hacia su esposa, y por la que nos habíamos visto expuestas en varias ocasiones.

»Una vez que le hice saber mi punto de vista, continuamos con los planes que teníamos, que no eran otros que tomarnos un café en el parque en el que sucedió todo, hasta que me di cuenta de que había olvidado mi móvil en el local donde habíamos comido, y procedí a ir a recogerlo, mientras que ella y mi bebé me esperaban allí —siguió contando Macarena los hechos.

—Me han comentado mis compañeros de patrulla que la mujer que, supuestamente, ha llevado a cabo la sustracción del menor aparece en algunas de las fotos que se habían tomado durante el día y que eso, unido al reconocimiento de la voz por parte de su cuñada, ha sido determinante para llegar a la conclusión de que ha sido ella. ¿Me equivoco? —preguntó el agente.

—No, no se equivoca. Esa mujer es el diablo con cara de ángel. A mi hermano lo tenía chantajeado, por un error que creía que había cometido, cuando en realidad la negligencia la cometió su padre. Es por eso por lo que pensamos que lo ha hecho como venganza hacia mi hermano, por el divorcio, confundiendo a mi hijo con el bebé de mi hermano, que todavía no ha nacido, o eso espero al menos —le contestó Alejandro al policía.

—¿Podría ver esas fotos? —preguntó, esperando su permiso, ya que podría considerarse una incursión a la intimidad de mi cuñada.

—Por supuesto, aquí están —le dijo ella tendiéndole el móvil—. Yo lo único que quiero es que vuelva mi bebé, y cuanto antes mejor, a ser posible.

—No tengan ninguna duda de que así será, y que no escatimaremos en tiempo y esfuerzos para conseguirlo, como usted ha dicho, lo antes posible. Voy a mandar imprimir estas fotos, con su permiso. En seguida vuelvo.

—Solo quiero que esté bien, mi niño, me estará echando de menos y a ti también, que eres el que lo tienes siempre en brazos. ¿Le habrán dado de comer? ¿Lo estarán cuidando?...

—Ya, ya, cariño. —Agarró Alejandro la mano de Macarena, y la besó, intentando frenar toda esa batería de dudas que le estaban llegando a su cabeza—. Todo va a ir bien, y nuestro pequeño estará muy bien cuidado, no te preocupes por eso. Esa chalada lo único que quiere es tener al hijo de Gael con ella, hacer de su madre, no le va a ocurrir nada malo, te lo prometo.

—Pues ya está todo, id a casa a descansar que, en cuanto tengamos algún avance o pista nueva, nos pondremos en contacto con vosotros —dijo el policía tendiéndoles la mano a los tres.

Salieron del despacho, donde habían permanecido por espacio de más de tres horas, ya que las preguntas que le habían hecho se repetían una y otra vez, pero realizadas de diferentes formas, porque querían ver si incurría en alguna contradicción, cosa que no fue así, ni mucho menos, pero había de todo en esta vida, y no podían dar las cosas por hecho.

—Por el amor de Dios, que ya estábamos desesperados. Pensábamos que os estaban acusando a vosotros de la desaparición del bebé —dijo Sergio en el momento en el que los vio aparecer.

—Es rutina, Sergio. Ellos tienen que investigar absolutamente todo porque, en este caso no ha sido así, pero hay de todo, entre ellos padres que hacen desaparecer a sus hijos por hacer daño a la pareja, por sometimiento y por mil cosas más —le contestó Marcelo.

Capítulo 48



Salieron de la comisaría y Gala insistió en que debían ir a comer algo, puesto que Macarena había vomitado todo lo ingerido después del suceso, pero Alejandro ni siquiera había probado bocado.

—¿Se sabe algo de Sofía? —preguntó Macarena mientras se tomaba una infusión de manzanilla para asentar el estómago, que todavía lo tenía revuelto, ya que los nervios no se habían marchado, ni lo harían hasta que no tuviera a su bebé de nuevo entre sus brazos. Sergio y Gala se miraron interrogantes, ya que ninguno de los dos quería añadir una preocupación más a la pareja, pero no tuvieron más remedio que empezar a hablar.

—¿Os habéis quedado mudos o algo? ¿Qué le pasa a mi cuñada? —habló Alejandro enfadado por el mutismo de su madre y de Sergio.

—Todavía está en el quirófano —respondió la pareja de mi madre—. Ahora vamos a ir para allá.

—¿En el quirófano? ¿Qué hace ella en un quirófano? No entiendo nada y me voy a volver loco.

—Cuando llegaron al hospital, no iba bien. La placenta se había desprendido, por lo que la vida, tanto de ella como de la niña, corrían peligro. Le están practicando una cesárea de urgencia, tu hermano solo ha salido para explicarle a los que están allí la situación, y ha vuelto al quirófano con ella. No tenemos más noticias.

—¡Esa hija de puta ¿no ha tenido bastante ya?! ¿Le parece poco todo el daño que le ha infringido a mi hermano? —contestaba Alejandro al borde de la histeria, puesto que la situación cada vez estaba más complicada, con su pequeño desaparecido, y su sobrina y cuñada al borde de la muerte.

—No quiero ni imaginar el calvario por el que tiene que estar pasando Gael en estos momentos. El sentimiento de culpabilidad que debe tener por haber dejado que esa mujer entrara en su vida —habló Macarena, que ya estaba un poco más serena. Preocupada y triste, porque eso no se le iba a quitar hasta ver a su hijo sano y salvo, pero un poco menos nerviosa.

Se trasladaron todos hasta el hospital, porque ni Alejandro ni Macarena querían entrar en su casa hasta que no tuvieran al bebé con ellos, porque decían que iba a ser peor, ver su cunita, su cambiador, y que se volverían locos de dolor allí, así que se fueron en el coche de Sergio.

Al llegar allí, estaban todos en la sala de espera, hasta los amigos de los dos, junto a Leo y Paloma, todos querían estar presentes, dando y sintiendo el apoyo de unos en los otros, pero con las caras de preocupación.

—Me voy a acercar un momento por la zona, a ver si sale alguien y me cuenta cómo va la cosa, porque no puedo más —dijo mi padre desesperado, cuando en ese momento, aparecía Gael con cara de estar agotado por tanto sufrimiento.

—Gael, hijo mío, ¿cómo están Sofía y la niña? Dime que están bien, por favor —suplicaba mi madre, que fue la primera en levantarse en cuanto lo vio salir.

—Nos ha costado, pero ya están a salvo. La pequeña Alejandra sufrió una parada cardíaca, debido al sufrimiento fetal al que se había visto sometida por culpa de la presión de la placenta, pero pudimos recuperarla rápidamente, y ahora mismo, se encuentra en la UCI de neonatal, pero solo por precaución, nada más.

»El desprendimiento de la placenta ha sido provocado por una patada, que suponemos que Silvia le dio una vez que la dejó sin conocimiento. Por culpa de eso, tuvo una hemorragia interna que ha afectado a su útero, por lo que le va a costar volver a quedarse embarazada, no es imposible, tal y como me ha dicho Lucía, pero sí bastante más complicado, ya que han tenido que quitarle un trozo del cuello de la matriz.

»También había perdido mucha sangre, por lo que costó estabilizarla, pero afortunadamente, tanto la una como la otra, están fuera de peligro —explicó Gael con lágrimas en los ojos.

—Ya, hermano, ya pasó. Ahora solo nos falta que nos devuelvan a mi hijo, y la felicidad será completa —le decía Alejandro a su hermano mientras que lo abrazaba.

—Por un momento he sentido que las perdía a las dos, ha sido el peor momento de mi vida, os lo juro. Que la policía procure encontrar a esa hija de puta antes que yo, porque como lo haga yo primero, me van a tener que buscar a mí, pero por asesinato —decía llorando como un niño pequeño.

—Tranquilo hijo que, aparte de la policía, hay más gente buscándola. En cuanto me enteré de lo que había pasado, me puse en contacto con un detective privado, en el que tengo puesta toda mi confianza, pues no es la primera vez que trabaja conmigo, y se puso manos a la obra de inmediato. No creo que tarde mucho en dar con ella y con el bebé —les explicó mi padre a todos.

—Gracias, Pablo, de verdad. Si mi hijo aparece pronto, sano y salvo, quiero bautizarlo pronto, en el mismo momento en el que Sofía y la niña se encuentren bien, y me gustaría que fueras su padrino. Sé que, en principio, habíamos pensado en su tío, pero sé que no se va a enfadar si te lo pido a ti, que eres como su abuelo, ya que por mi parte no va a tener ninguno —le pidió Macarena a mi padre.

—Será un honor para mí ser su padrino, Macarena. Pronto estaremos celebrando el bautizo de

mis dos nietos, y todo esto quedará tan solo en un desagradable recuerdo.

—Hijo, no nos has dicho cuánto ha pesado ni medido la niña —le indicó su madre a Gael, al que se le había pasado por alto, con todo lo que había pasado en ese quirófano.

—Es muy pequeñita, mamá, pero toda una luchadora y una guerrera. Tendrá que permanecer en la incubadora un mes, mínimo, todo dependerá del peso que coja en esas cuatro semanas. Ha nacido con dos kilos ciento quince, y ha medido cuarenta y dos centímetros, parece una muñequita, con esos ojos tan abiertos, pendiente de todo su alrededor, pero es tan bonita, se parece tanto al pequeño Gael —dijo, y rompió en llanto de nuevo, pero Macarena indicó que lo dejaran llorar, que necesitaba liberar la tensión de todo, y esa era la mejor manera de hacerlo.

—Desahógate hermano, lo necesitas —lo consolaba Alejandro.

—Me siento tan culpable por todo, Alejandro. Jamás debí dejar entrar a esa víbora en mi vida, ha sido peor que un cáncer para mí. Desde el mismo momento en el que la conocí, todo han sido desgracias en mi vida, y te juro que ya no puedo más —le explicaba a su hermano, con la cabeza dejada caer en su regazo, como si fuera un niño al que tuviera que dar abrigo y cariño en ese momento. En la vida nadie había visto a Gael de esa manera, tan vulnerable.

—Vete a casa, Gael. Yo me quedo esta noche con mi hija —le dijo mi madre a mi chico.

—No puedo, Manuela, no puedo alejarme de ella ni un momento, no hasta que todo esté normalizado. Voy a bajar al vestuario a darme una ducha y ponerme ropa limpia, así como otra bata, y luego entraré de nuevo en la UCI para revisar a mi princesa, antes de irme a la habitación con mi mujer porque, aunque todavía no le he puesto un anillo en el dedo, la considero así —le respondió Gael, que se levantaba para ir hasta su taquilla, en la que tenía ropa y batas limpias siempre, porque tratando con niños, uno nunca sabía qué podía pasar.

En ese momento, vieron cómo mi padre se apartaba, poniéndose el teléfono en la oreja y, después de escuchar lo que el interlocutor le decía, sonreía y colgaba con alegría, dirigiéndose hasta donde estaban todos sentados, esperando a que le dijeran la habitación a la que me trasladarían.

—Tengo una buena noticia, buena no, maravillosa —dijo mi padre con lágrimas en los ojos, pero esta vez de pura felicidad—. El detective ha localizado a Silvia, que curiosamente no está sola, sino con otra chica y con un hombre más mayor, y el bebé está con ellos. Ya ha avisado a la policía, advirtiendo que vengan de paisano, puesto que como escuchen sirenas, van a salir escopeteados, y tienen sus coches cerca. Ahora mismo están cenando en un restaurante cercano al domicilio de la otra chica.

Todos saltaron de alegría, cuando en ese momento, Alejandro recibía una llamada a su móvil, indicándole que ya tenían al bebé en su poder, que lo trasladaban hasta el hospital en el que estábamos para hacerle un chequeo rutinario pero que, a simple vista, se encontraba en perfecto estado.

Capítulo 49



Todos saltaron de alegría, por fin las malas noticias se estaban arreglando, y estaban todos esperando la llegada del pequeño Gael, que apareció en brazos de una policía, que lo acunaba con cariño.

—Gael, ha aparecido, mi hijo ya está aquí —le dijo Alejandro a su hermano por teléfono, ya que cuando recibieron la noticia, este ya se había marchado para ducharse y cambiarse de ropa.

—Enseguida subo, que nadie se haga cargo de su revisión, dile a quién sea que ya lo hago yo —le contestó Gael, que corrió escaleras arriba para llegar cuanto antes, y lo hizo en el mismo momento en el que pusieron al bebé en brazos de su madre.

Alejandro, al igual que Gael, cayeron abrazados de rodillas, llorando a moco tendido delante del bebé, que dormía ajeno a todo lo que se había formado alrededor de él.

—Perdóname, hermano, y tú también, Macarena. Necesito que me perdonéis para poder seguir adelante, porque el perdón de Sofía sé que no me va a costar tenerlo. —Lloraba Gael tomando a su sobrino en brazos.

—No tenemos nada que perdonarte, Gael, en absoluto, solo tenemos que darte las gracias, a todos en verdad, por todo lo bueno que habéis traído a nuestras vidas —le respondió Macarena acariciando su brazo y su espalda.

—Ha sido por mi culpa, si esa mujer no hubiera estado en mi vida, si no la hubiera conocido nunca, nada de esto habría ocurrido.

—No has sido tú Gael, métetelo en la cabeza. Tú no tienes que hacerte responsable de los actos cometidos por los demás —le respondió Alejandro.

—Gracias, a los dos, por ser como sois —dijo Gael emocionado por las palabras que le habían dirigido—. Y ahora, me llevo a mi príncipe para hacerle todas las pruebas oportunas, en seguida os lo devuelvo.

—Gael, ya está Sofía en planta, despierta, en la habitación doscientos cuatro, por si queréis subir a verla, que ha preguntado por vosotros —le dijo un compañero que había salido a

buscarlo.

—Gracias Jorge, ahora mismo subimos.

—Permitidme, por favor, que pase yo primero con el bebé, que sé que le va a dar mucha tranquilidad saber que ya lo hemos recuperado, y en quince minutos, subís el resto, pero no todos a la vez, de dos en dos —dijo Gael con el niño en brazos, y al que le había cambiado el semblante en cuestión de minutos.

—Perfecto, Macarena y yo seremos lo últimos, así esperaremos allí a que vuelvas con el bebé —le dijo su hermano.

Lo que menos me esperaba era ver aparecer a Gael con el bebé en brazos, ese que en principio creí que era mi pequeña, pero al que luego reconocí por su ropita y tamaño.

—Lo tenemos, mi amor, lo tenemos sano y salvo, lo han encontrad —me decía Gael acercándose con el bebé.

—Gracias a cielo, había perdido la cuenta de las veces que se lo he pedido a la vida, que tanto él como mi niña estuvieran bien, dime que es cierto que nuestra princesa también se encuentra a salvo —le pedí llorando.

—Está en la incubadora, nos ha costado, pero ya está totalmente fuera de peligro. En cuanto le haga la revisión al pequeño Gael, vendré de nuevo y te enseñaré fotos, y mañana te bajaré para que la veas y le des el biberón, ya que tenemos que controlar lo que come, para ver si su crecimiento es el adecuado —me explicó Gael, mientras me daba un breve beso en los labios.

—Mis niños, mis preciosos niños ya están a salvo. Solo de pensar que podría haberles pasado algo por culpa de la loca esa… —expresé en alto, a la vez que Gael negaba con la cabeza.

—Luego hablaremos tranquilamente, mi amor, ahora me voy a llevar a este peque, que además están todos queriendo entrar a verte —me respondió en el momento en el que alguien llamaba a la puerta, eran mis padres y Renata.

Estuvieron pasando todos por la habitación, uno detrás de otro, hasta que les llegó el turno a mis cuñados, esos que, en cuanto llegaron junto a mi cama, se pusieron a llorar los dos, abrazados a mí.

—¡Qué susto, Sofía, qué miedo más grande he pasado! —me decía Macarena sin soltarme de la mano. Alejandro permanecía sentado en el sofá que habían habilitado para las visitas.

—Y yo, solo de pensar en que la loca esa pudiera hacerle algo al niño, se me revolvían las tripas. ¿Cómo ha sido? ¿Cómo han dado con ella? —le preguntaba, deseosa de conocer los datos.

—Pues según nos ha contado la policía cuando han traído al bebé, el detective que contrató tu padre para localizarla, el cual tenía todos los datos que Pablo sacó de las fichas de los empleados, la vio salir, casualmente, de un chalé cercano a la vivienda de sus padres, ya que empezó a

buscar por ahí, y la siguió.

»En principio iba ella sola, sin el bebé, lo que hizo dudar al detective, pero decidió seguirla y fue cuando descubrió el pastel. Por lo visto, como sabía que la iban a investigar, se puso de acuerdo con una tal Malena, con la que por lo visto había tenido una relación amorosa en el pasado y, sabiendo que seguía loca por ella y que hacía tiempo que no se veían, le contó la milonga de que Gael le había quitado a su hijo, valiéndose de malas artes, para criarlo contigo, y que ella no podía vivir sin su bebé...

—Y la otra loca la creyó y se ofreció para ayudarla, ¿me equivoco? —Saqué mis propias conclusiones.

—Efectivamente. Pero como no podían salir del país, según la otra, porque las estarían buscando, le dijo que se quedara ella con el niño, que saliera y entrara con él como si se lo estuviera cuidando a una amiga o a una jefa, mientras que ella preparaba la casa que su padre le había facilitado, y que había comprado a través de una sociedad, para que no fuera fácil localizar al propietario y que relacionaran la compra con él, y que se verían esa misma noche para cenar en ese restaurante. Cena a la que se unió su padre, sin tener ni idea de que los estaban siguiendo.

»Una vez localizado al bebé, el detective avisó a la policía, que entraron de paisanos, como si fueran a cenar y se acercaron a ellos, se suponía que para ver al bebé. En el momento en el que los vieron confiados, la policía que se había acercado junto con su compañero, le contó una historia de que ella había perdido uno poco después de su nacimiento, para intentar conmoverlas, y lo consiguió, ya que le preguntaron si quería cargarlo en brazos.

»Cuando consideró que el bebé ya estaba a salvo, se identificaron los demás como policías y procedieron a la detención de los tres. Lo único que ha salido dañado es el carrito de Gael, así como su bolsa y todo lo que había, que salió rodando por el suelo y fue pisoteado —me contaba Macarena emocionada.

—Eso es lo de menos, en cuanto venga Gael de vuelta, le compro yo a mi niño otro por Internet y solucionado, faltaría más. Lo importante es que ya está con sus padres, con su familia, y que se encuentra a salvo de esa víbora, que ya no va a tener acceso a nosotros nunca más —le contesté feliz, por fin se había acabado esta pesadilla, ahora solo faltaba que mi niña fuese una luchadora y saliera adelante, cosa de la que, tanto su padre como yo, estábamos totalmente convencidos.

—Ya está aquí el príncipe de la familia —dijo Gael al entrar en la habitación, mientras que les tendía el niño a sus padres—. Ha comido y está cambiado, así como completamente sanito. Afortunadamente, no hay que lamentar males mayores, así que, ya estáis cogiendo el camino a casa con él, y a descansar.

—Pablo me acaba de mandar un mensaje diciéndome lo mismo, además de que me coja la semana de vacaciones y que, si necesitamos ayuda psicológica, no dudemos en venir —le contestó Alejandro, que miraba a su niño en brazos de su mujer, como si le pareciera mentira verlo así.

—Gael, mi amor. ¿Recuerdas la marca y el modelo del carrito que le compramos a tu sobrino? Porque necesito que le compres uno exactamente igual por Internet y que se lo envíen a su casa,

que el otro está totalmente destrozado. Y todos los accesorios también, que no le falte de nada.

—A sus órdenes, tus deseos son órdenes para mí —me contestó con guasa.

Una vez salieron de la habitación en dirección a su casa y nos quedamos Gael y yo solos, se sentó en la pequeña butaca que había, acercándola a mi cama para poder cogerme la mano.

—Tienes cara de cansado, amor, deberías irte a casa tú también y así descansar. Yo estoy bien y, si necesito algo, siempre están las enfermeras a golpe de timbre —le dije a mi chico.

—Por mucho que me digas, no me voy a mover de aquí, que te quede claro. Además de que tenemos muchas cosas de las que hablar —me contestó muy serio—. Quiero empezar por pedirte perdón por todo lo sucedido, si no hubiese dejado entrar a esa maldita mujer en mi vida, nada de esto hubiera pasado.

—Tú no tienes culpa de nada, Gael, y no tengo nada que perdonarte, pero si es lo que necesitas escuchar para obtener paz mental, la tienes por completo, el amor que siento por ti no me dejaría hacer otra cosa —le contesté.

—He pasado mucho miedo, Sofía. Tanto por mi sobrino, ya que no sabía hasta donde podría llegar Silvia por hacerme sufrir, como por vosotras. Tengo que contarte todo, por ti y por mí, por los dos, para que sanemos nuestras heridas juntos.

»Hubo un momento en el quirófano en el que creía que os perdería a las dos, y me volví loco. La niña tuvo una parada nada más nacer, a causa del sufrimiento fetal, pero la recuperamos en seguida, no temas por ella —me explicó ante mi cara de horror.

»Todas esas lesiones que tenías han llevado a Lucía a tener que extirparte un trozo de matriz, por lo que va a ser muy complicado que vuelvas a quedarte embarazada, mi amor, no volveremos a ser padres por medios naturales, es prácticamente imposible.

—Eso es lo de menos, hay mil formas de ser padres, no me preocupa. Lo que tenemos que valorar es que estamos vivas, que saldremos adelante las dos, lo tengo claro, y que juntos, formaremos la familia que queríamos tener.

—Cásate conmigo, Sofía. Tengo claro que no es una pedida en condiciones, y que no tengo un anillo para ponerte en el dedo, pero no puedo pasar un minuto más de mi vida sin teneros a mi lado —me pidió, hablando con el corazón en la mano.

—Es la pedida perfecta, y sí, claro que me caso contigo, en cuanto estemos las dos en condiciones de hacerlo —le contesté.

Epílogo



Cinco años después…

Ni que decir tiene que mi pequeña salió adelante, no tuvimos que lamentar ninguna secuela, que era lo que más temíamos. Manejaba a su hermano y a su primo cómo le daba la gana.

Sí, sí, habéis leído bien, a su hermano, pero será mejor que explique todo desde el principio.

Alejandra estuvo ingresada en neonatos durante seis semanas más, y nos negamos a volver a casa sin ella, así que nos mantuvimos en aquella habitación del hospital hasta que le dieron el alta a nuestra pequeña. Para entonces, yo ya estaba completamente recuperada de la cesárea, por lo que decidimos bautizar a los niños a la semana siguiente, con una ceremonia religiosa y una pequeña celebración en casa de mi padre, en la que nos encontraríamos los de siempre, nadie más. Los padrinos de Gael eran mi padre y su mujer, y los de Alejandra, mi madre y su pareja, así no habría enfado entre los hermanos y los amigos. Fue en esa celebración donde mi chico me dio el anillo y donde me preguntó de nuevo si quería casarme con él, lo que hicimos a los pocos meses, concretamente la tarde de fin de año, y que volvimos a celebrar en el mismo sitio, en casa de mis padres, pero esta vez con un *catering* que se ocupó de todo.

Alejandra y su primo parecían gemelos, porque a pesar de que mi niña nació prematura, creció hasta estar a la altura de su primo, y como además se parecían tanto, pues llegó el momento en el que nos lo decían por la calle. Ambos iban al mismo colegio y a la misma clase.

Cuando mi niña contaba con dos añitos, decidimos ampliar la familia, así que adoptamos a Nico, un pequeño que nos enamoró a su padre y a mí, que había perdido a sus padres biológicos hacía unos meses, y que no contaba con más familia, tenía un añito cuando se vino con nosotros, con lo que se llevaba muy poco tiempo con su hermana.

Ella era mandona por naturaleza, como decía mi madre y, con solo un grito, ponía a los otros dos en órbita, que hacían lo que ella quería, cuando ella quería y como ella quería.

Mis cuñados no se habían decidido a ampliar la familia hasta ahora, que Macarena se encontraba embarazada de nuevo de cinco meses, era una niña, así íbamos igualando los números.

Nazaret e Iker seguían juntos, todavía no se habían casado ni tenían hijos, decían que eso lo dejaban para más adelante, que todavía no era su momento. Almudena y Paul, por el contrario, sí se habían casado y tenían dos mellizos de nueve meses, que se llamaban Paulina y Carlos, y que eran más buenos que el pan, siempre tenían una sonrisa en la cara. Sin embargo, Lourdes y Jairo rompieron poco después de pasar lo del pequeño Gael, pero eran buenos amigos, ambos tenían nuevas parejas. Lourdes el comercial de uno de los proveedores con los que trabajaba y Jairo una compañera de trabajo, que también se habían acoplado a nuestro grupo perfectamente.

Actualmente, Leo y Paloma llevaban a las mil maravillas nuestra delegación de Londres, vivían juntos y estaban embarazados de cinco meses. Un embarazo que no fue buscado, pero sí muy querido por ellos, que seguían tan enamorados como el primer día. Ni que decir tiene, que mi empresa iba subiendo que daba gusto, teniendo la agenda completa tanto en España como allí, en la que habíamos tenido que contratar más personal, pues no dábamos abasto.

Nazaret acababa de darme una bolsita de la farmacia, y me fui al cuarto de baño un momento. Y sí, es lo que estáis pensando, tenía un retraso de unos días, pero es que me sentía igual de cansada que cuando estaba embarazada de mi hija mayor, y preferí salir de dudas, a pesar de que sabía que era prácticamente imposible por las lesiones que me provocó todo lo sucedido antes de la cesárea de Alejandra.

—Amor, ¿qué haces aquí dentro sola tanto tiempo? —me preguntó Gael, que me encontró sentada en nuestro cuarto de baño y con la prueba de embarazo en la mano— ¿Eso es lo que estoy pensando?

—No te lo vas a creer… —le dije, mostrándole la prueba, con un positivo como una casa de grande, y que me decía: «Embarazada de cinco semanas».

—¿Vamos a ser padres de nuevo? ¡Vamos a ser padres de nuevo! —gritó con la prueba en la mano, y salió corriendo por todo el jardín.

Yo salí detrás, con una mezcla de incredulidad y felicidad, que no cabía en mí de gozo, mientras que mi marido se abrazaba a todo el mundo, hasta que se vino de nuevo a mi lado.

—Vámonos —me dijo, y yo me quedé desconcertada por completo—. Nos vamos ahora mismo a que te vea Lucía y que me diga que todo va bien.

—Estás completamente loco, pero si así te quedas más tranquilo, vámonos.

Nos montamos en el coche, no sin antes dejarles encargado a los niños que se portaran bien y a los mayores que les echaran un ojo.

Cuando llegamos, ya estaba Lucía esperándonos en la consulta, con todo preparado para hacerme una ecografía.

—Antes de empezar, quiero que os quede claro que puede ser un falso positivo. Y no, no soy pesimista, soy realista, y sabéis que las posibilidades de que sea de verdad son prácticamente nulas —nos dijo muy seria—. Pero vamos allá y salgamos de dudas.

—¿Ves algo? —le preguntó un Gael nervioso.

—De momento, veo un padre histérico. Haz el favor de relajarte y dejarme trabajar —le contestó mientras que pasaba el ecógrafo por mi vientre—. Es, no sé cómo llamarlo. ¿Un milagro? No solo estás embarazada, sino que lo estás de mellizos, o sea, que has fecundado por dos veces. Enhorabuena, está todo perfecto, lo único que voy a hacer, es darte la baja, ya que sería un embarazo de alto riesgo por lo que tú ya sabes, por lo demás, todo perfecto.

Volvimos de nuevo a casa, y les dimos la noticia a todos, que nos abrazaron y lloraron con nosotros de alegría, todos excepto nuestra hija.

—¿Otros dos niños, papi? —le preguntó a su padre— Pues espero que ninguno sea una niña, porque así seguiré siendo tu princesa.

—Siempre serás mi princesa, mi vida. El amor por los hijos no se divide, se multiplica —le contestó su padre dándole un beso después, lo que la dejó más conforme. Con Nico fue otro cantar, este estaba encantado de tener más gente con la que jugar.

—Hermanito, está claro que eres un envidioso, cada vez que mi mujer se queda embarazada, al poco tiempo, embarazas tú a la tuya —decía Alejandro riendo.

—Debe ser eso, pero yo con cuatro, me planto. Ni uno más.

No os he hablado aún ni de Silvia ni Ángel, por no enturbiar nuestra felicidad, pero no os voy a dejar con la duda. Tanto Ángel como el padre de Silvia estaban en la cárcel, y aún les quedaban muchos años de condena por cumplir, ya que se demostró que la sociedad a través de la que se compró aquella casa, tenía como administrador único a mi suegro, y que se compinchó con su amigo para joder a sus hijos, pues él estaba al tanto de que el hijo de Gael todavía no había nacido, pero se calló la boca y no dijo nada, con lo cual, a la condena de maltrato hubo que sumarle la de cooperador necesario del secuestro de un menor. Además, se descubrió también que la sociedad estaba constituida con el capital de Gala, con lo cual tuvo que disolverla y devolverle todo su dinero.

Malena fue absuelta, ya que se demostró que fue engañada por Silvia, que se había convertido en una marioneta de ella. Y, por último, aunque no menos importante, Silvia estaba interna en un psiquiátrico, y sin vistas de salir en la vida, porque le diagnosticaron un trastorno de personalidad grave y agresivo, se creía sus propias mentiras y estaba totalmente convencida de que era la madre de ese bebé. En fin, que la mente humana es a veces impredecible.

Afortunadamente, todo tuvo un final feliz y es que, tenía que reconocer que Gael y mi familia siempre serían mi debilidad, la debilidad de la CEO.

FIN